KARIN LINDBERG

Primavera en escocés



KARIN LINDBERG

Primavera en escocés



PRIMAVERA EN ESCOCÉS

PASIÓN EN EL LAGO NESS

LIBRO TRES

KARIN LINDBERG



ÍNDICE

Prólogo

Kiltarff, Escocia

Capítulo 1

Capítulo 2

3. Buenos Aires

Kiltarff, Escocia

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Fin…

Acerca de la autora

Agradecimientos

Gratis para ti

Copyright © Karin Lindberg

Diseño de portada: Catrin Rausch

Imagen de portada: © Deopositphoto

@ankmsn, @Freepik

Primera edición en español Marzo 2025

Social Media

Instagram @karinlindbergschreibt

Facebook karinlindbergauthor

TikTok @karinlindbergschreibt

Todos los derechos reservados.

Cualquier uso o reproducción de este libro —incluso en extractos— así como la traducción de esta obra solo está permitida con la autorización por escrito de la autora. Los personajes y las acciones en la novela son ficticios. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es pura coincidencia y no es intencionado.

Consigue tu libro GRATIS:



Más información en www.karinlindberg.info.

En mi sitio web podéis suscribiros al boletín gratuito. Además de todas las fechas actuales, recibiréis regularmente material adicional gratuito y oportunidades exclusivas de participar en sorteos.

Karin Baldvinsson

Am Petersberg 6a

21407 Deutsch Evern

SOBRE EL LIBRO

Cuando llega la primavera a las Tierras Altas de Escocia, no solo se derrite la nieve, también los corazones...

Una noche en las Tierras Altas de Escocia, sola bajo las estrellas. Esa es la escapada favorita de Kendra cuando su vida cotidiana como dueña de un pub se vuelve abrumadora. En su lugar favorito, con una vista impresionante hacia el lago Ness, sueña en secreto con ese hombre que algún día conquistará su corazón. A la mañana siguiente, eso es exactamente lo que ocurre: un atractivo desconocido interrumpe su acampada. Tras ver juntos el amanecer frente a la legendaria masa de agua, Kendra anhela desesperadamente volver a verle, a pesar de no saber nada de ese hombre por el que ahora suspira. Poco tiempo después, el moreno argentino se presenta en su pub y Kendra se entera de que ha comprado una antigua mansión por la zona. Cuando él se le insinúa, no puede creer su suerte. Sin embargo, Kendra sospecha que Alejandro oculta parte de su historia; parece estar huyendo de algo en lugar de querer establecerse en su pueblo. ¿Podrá Kendra arriesgarse a abrirle su corazón?

PRÓLOGO



Kiltarff, Escocia La pantalla reflejaba el titilar de la chimenea, que de algún modo encajaba con su estado de ánimo. Alejandro Álvarez estaba sentado en un sillón de respaldo alto en el salón del castillo de Kiltarff y miraba fijamente su teléfono móvil, que yacía sobre una mesa de cristal a su lado. En la penumbra, el dispositivo parecía oscuro y amenazador. Sin embargo, se alegró de que no parpadeara intensamente. Ni siquiera era posible, pues lo había apagado porque ya no soportaba que le bombardearan con mensajes de todo el mundo.

—¿Quieres otra copa? —le preguntó su viejo amigo y anfitrión Kenneth McGregor, cuya presencia había olvidado por completo durante un instante.

—No, gracias, prefiero mantener la cabeza despejada — respondió Alejandro. No le había contado a su antiguo compañero de equipo hasta el último detalle de por qué había aceptado finalmente su invitación a Escocia. Pero incluso allí, en el remoto norte, los titulares debieron de llegar, al menos a la gente que sigue el deporte del polo con interés.

Alejandro se alegró de haber hecho este viaje gracias a Kenneth. Hasta entonces, siempre había tenido demasiadas cosas que hacer y, sencillamente, no había encontrado el momento en su estresante vida. Ahora todo era distinto, y lo único que Alejandro ansiaba hoy era un poco de paz

y tranquilidad. Eso más que nada.

Cerró los párpados un momento y se estremeció al recordar la pesadilla en la que se habían convertido los últimos días. Había imaginado que su carrera acabaría de otra manera. De una completamente distinta.

Alejandro tragó saliva y se enderezó. Podía sentir los ojos de su amigo clavados en él, este se mostraba preocupado, pero no le presionó ni le exigió información. Sin duda, Kenneth también había leído las noticias de los medios de comunicación, que, como tantas veces, tergiversaban la verdad para magnificar el escándalo. La mayoría estaban escritas en español, por supuesto, pero uno o dos titulares habían llegado a las páginas internacionales de polo. Kenneth se dio por satisfecho cuando Alejandro le explicó brevemente que tales noticias solo pretendían arrastrarlo al fango y hundirlo, que ni una sola palabra era cierta. Alejandro exhaló con fuerza. Aquellos bastardos habían conseguido arruinar su hasta entonces impecable reputación. Por completo.

Sin embargo, Alejandro había decidido no dar ninguna rueda de prensa, entrevista u otra declaración. Solo había hecho saber a través de su representante que ninguna de las crónicas era cierta. Por desgracia, la prensa sensacionalista nunca se interesa por la historia real. Así que no tenía sentido intentar aclarar las cosas…

En algún momento, la tormenta de mierda se calmaría y todos olvidarían lo ocurrido. O no. Algunas manchas no salen ni frotando.

En su caso, Alejandro ni siquiera podía decir exactamente qué había hecho mal. Y no quería seguir pensando en ello. Pero no sabía qué hacer a continuación. Este escándalo había llegado en el peor momento posible.

—Preferiría desaparecer por completo durante unos meses — declaró finalmente Alejandro, al tiempo que exhalaba con suavidad.

—Te comprendo. ¿Has pensado en algún destino en particular?

—No estoy seguro. No, la verdad es que no. Definitivamente debe ser un lugar donde nadie me conozca y donde se respete mi paz y tranquilidad.

Kenneth exhibió una amplia sonrisa en su rostro.

—Tengo una idea…

—No irás a decir aquí, en tu casa, ¿verdad? No, no puedo aprovecharme de vuestra hospitalidad durante tanto tiempo. — Aunque apreciaba mucho a Kenneth y a su compañera Ellie, a quien acababa de conocer, quedarse en casa de unos amigos no entraba en sus planes.

Kenneth se frotó la barbilla.

—Vale, lo entiendo, pero puedo garantizarte que a nadie en las Tierras Altas le interesa el polo ni el mundo de los ricos y famosos.

—Sí, y que aquí hace un frío del carajo, también. —Alejandro curvó los labios en una sonrisa irónica.

Kenneth se rio a carcajadas.

—Comprendo que tu hermoso culo argentino esté helado, pero todo es acostumbrarse. De todas formas, no hay muchos lugares en el mundo donde se reflexione mejor que aquí. Y el invierno acabará pronto.

Alejandro se levantó y caminó lentamente hacia las ventanas del salón, que iban del suelo al techo, para pensar. Contempló el lago Ness, que brillaba en la oscuridad, reflejando la luna plateada y las estrellas. Siempre había algo inmensamente tranquilizador en mirar hacia el agua, ya fuera el mar, un río o un lago escocés.

—Sí, puede ser —murmuró para sí—, seguro que aquí no me busca nadie.

KILTARFF, ESCOCIA

La pantalla reflejaba el titilar de la chimenea, que de algún modo encajaba con su estado de ánimo. Alejandro Álvarez estaba sentado en un sillón de respaldo alto en el salón del castillo de Kiltarff y miraba fijamente su teléfono móvil, que yacía sobre una mesa de cristal a su lado. En la penumbra, el dispositivo parecía oscuro y amenazador. Sin embargo, se alegró de que no parpadeara intensamente. Ni siquiera era posible, pues lo había apagado porque ya no soportaba que le bombardearan con mensajes de todo el mundo.

—¿Quieres otra copa? —le preguntó su viejo amigo y anfitrión Kenneth McGregor, cuya presencia había olvidado por completo durante un instante.

—No, gracias, prefiero mantener la cabeza despejada — respondió Alejandro. No le había contado a su antiguo compañero de equipo hasta el último detalle de por qué había aceptado finalmente su invitación a Escocia. Pero incluso allí, en el remoto norte, los titulares debieron de llegar, al menos a la gente que sigue el deporte del polo con interés.

Alejandro se alegró de haber hecho este viaje gracias a Kenneth. Hasta entonces, siempre había tenido demasiadas cosas que hacer y, sencillamente, no había encontrado el momento en su estresante vida. Ahora todo era distinto, y lo único que Alejandro ansiaba hoy era un poco de paz y tranquilidad. Eso más que nada.

Cerró los párpados un momento y se estremeció al recordar la pesadilla en la que se habían convertido los últimos días. Había imaginado que su carrera acabaría de otra manera. De una completamente distinta.

Alejandro tragó saliva y se enderezó. Podía sentir los ojos de su amigo clavados en él, este se mostraba preocupado, pero no le presionó ni le exigió información. Sin duda, Kenneth también había leído las noticias de los medios de comunicación, que, como tantas veces, tergiversaban la verdad para magnificar el escándalo. La mayoría estaban escritas en español, por supuesto, pero uno o dos titulares habían llegado a las páginas internacionales de polo. Kenneth se dio por satisfecho cuando Alejandro le explicó brevemente que tales noticias solo pretendían arrastrarlo al fango y hundirlo, que ni una sola palabra era cierta. Alejandro exhaló con fuerza. Aquellos bastardos habían conseguido arruinar su hasta entonces impecable reputación. Por completo.

Sin embargo, Alejandro había decidido no dar ninguna rueda de prensa, entrevista u otra declaración. Solo había hecho saber a través de su representante que ninguna de las crónicas era cierta. Por desgracia, la prensa sensacionalista nunca se interesa por la historia real. Así que no tenía sentido intentar aclarar las cosas…

En algún momento, la tormenta de mierda se calmaría y todos olvidarían lo ocurrido. O no. Algunas manchas no salen ni frotando.

En su caso, Alejandro ni siquiera podía decir exactamente qué había hecho mal. Y no quería seguir pensando en ello. Pero no sabía qué hacer a continuación. Este escándalo había llegado en el peor momento posible.

—Preferiría desaparecer por completo durante unos meses — declaró finalmente Alejandro, al tiempo que exhalaba con suavidad.

—Te comprendo. ¿Has pensado en algún destino en particular?

—No estoy seguro. No, la verdad es que no. Definitivamente debe ser un lugar donde nadie me conozca y donde se respete mi paz y tranquilidad.

Kenneth exhibió una amplia sonrisa en su rostro.

—Tengo una idea…

—No irás a decir aquí, en tu casa, ¿verdad? No, no puedo aprovecharme de vuestra hospitalidad durante tanto tiempo. — Aunque apreciaba mucho a Kenneth y a su compañera Ellie, a quien acababa de conocer, quedarse en casa de unos amigos no entraba en sus planes.

Kenneth se frotó la barbilla.

—Vale, lo entiendo, pero puedo garantizarte que a nadie en las Tierras Altas le interesa el polo ni el mundo de los ricos y famosos.

—Sí, y que aquí hace un frío del carajo, también. —Alejandro curvó los labios en una sonrisa irónica.

Kenneth se rio a carcajadas.

—Comprendo que tu hermoso culo argentino esté helado, pero todo es acostumbrarse. De todas formas, no hay muchos lugares en el mundo donde se reflexione mejor que aquí. Y el invierno acabará pronto.

Alejandro se levantó y caminó lentamente hacia las ventanas del salón, que iban del suelo al techo, para pensar. Contempló el lago Ness, que brillaba en la oscuridad, reflejando la luna plateada y las estrellas. Siempre había algo inmensamente tranquilizador en mirar hacia el agua, ya fuera el mar, un río o un lago escocés.

—Sí, puede ser —murmuró para sí—, seguro que aquí no me busca nadie.

CAPÍTULO 1



—¿Estás loca? —jadeó Ava, atónita. Kendra miró a la cara a su amiga, que estaba de pie frente a ella con las manos en las caderas, negando con la cabeza.

—¿Loca?, ¿por qué? —quiso saber Kendra, aunque sabía a qué se refería Ava. Pero no le apetecía entrar en detalles.

—¿Has mirado el termómetro? Fuera hace mucho frío. Aún es invierno —continuó Ava sin avergonzarse.

Kendra sonrió. Su amiga tenía razón. Aunque la mayor parte de la nieve se había derretido en los últimos días, las noches en las Tierras Altas seguían siendo gélidas y, sobre todo, muy largas. Ese era exactamente el motivo por el que Kendra quería ir sola. Podría ser la última oportunidad de ver las raras auroras boreales este invierno. El cielo estaba despejado y las estrellas ya brillaban sobre ella. Su aliento dejaba pequeñas nubes blancas en el aire del atardecer.

—No estoy hecha de azúcar —dijo encogiéndose de hombros. Luego, cerró de golpe el maletero de la furgoneta que le había prestado Colin, el novio de Ava. Su amplia zona de carga en la que podías estirarte era perfecta para un viaje así.

El azúcar sería mejor, aguanta bastante bien las heladas, a diferencia del cuerpo humano. Por un lado, era tierno que Ava se preocupara por ella, aunque se conocieran desde hacía poco tiempo, pero, por el otro, Kendra solo deseaba que la dejaran en paz. Se alegraba de que sus amigos hubieran encontrado la felicidad en el amor, pero seguía siendo dolorosamente consciente de lo que ella misma se había perdido. No lo admitiría aunque se lo preguntaran, pero se sentía sola. Aunque estuviera en todo momento rodeada de personas.

—Por favor, Ava, relájate. Me llevo un saco de dormir térmico, ropa de abrigo y una manta eléctrica a pilas. No moriré congelada; además, no hará tanto frío. Tampoco es la primera vez que hago esto y conozco los riesgos.

Ava exhaló con fuerza y se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Tengo miedo por ti. Debe de ser muy peligroso estar sola ahí fuera. Las mujeres de las Tierras Altas sois muy duras.

Kendra dejó escapar una risa entre dientes.

—Agradezco que te preocupes, pero no me da miedo la oscuridad y aquí ya no hay lobos ni osos. No los ha habido desde hace siglos.

—Los animales no son lo peor que se esconde en la oscuridad. — Ava frunció el ceño.

Kendra se despidió de su amiga con un abrazo. No quería oír nada más.

—No te preocupes. Me cuidaré y, como te he dicho, no es la primera vez que hago una cosa parecida.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofreció Ava.

Kendra respiró hondo.

—Eres muy amable, pero de verdad que necesito un tiempo a solas para pensar.

—¿Pasa algo? —quiso saber Ava—, ¿ha ocurrido algo?

—No, no. De verdad que no pasa nada —recalcó Kendra, apretando los labios. Se guardó para sí el hecho de que sentía que la aplastarían si se quedaba allí. También se calló que había vuelto a discutir con sus padres sobre los temas habituales porque querían retirarse. Con un poco de distancia, todo volvería a la normalidad, como siempre.

Ava asintió por fin y aceptó la decisión de su amiga.

—Entonces asegúrate de que llevas el móvil contigo y de que la batería está cargada. Por si necesitas ayuda.

Kendra sonrió.

—Sí, mamá.

—Hablo en serio. Y cuando vuelvas, también te pondrás en contacto, ¿hecho?

—Iré a tu despacho mañana por la mañana, si insistes. ¿Cómo va la reforma?

Ava había llegado a Kiltarff a finales del año anterior para convertir un ala del castillo local en un hotel. Kendra era amiga de los propietarios desde hacía mucho tiempo y ahora Ava formaba parte de su círculo de amistades. Había dejado atrás su antigua vida en Londres y se había enamorado de Colin, que regentaba una tienda de alimentación en el pueblo. Tras algunas idas y venidas, los dos se habían convertido en una hermosa pareja.

—En principio, va bien, pero los plazos son muy ajustados. Los obreros trabajan prácticamente día y noche y, aun así, no sé si podremos respetar la fecha de apertura prevista. Como es natural, Kenneth y Ellie están muy molestos porque aún no pueden empezar a hacer publicidad, aunque algunas habitaciones ya están terminadas, pero no todas. Nadie quiere irse de vacaciones a un edificio en obras. Tendremos que pensar en otra cosa, quizá un evento más grande con invitados o algo así.

—Entiendo. —Kendra asintió—. Todo saldrá bien, estoy segura.

—Dios quiera que así sea. —Ava expulsó el aire de sus pulmones con un silbido.

—Bueno, tengo que irme —dijo finalmente Kendra—. Gracias otra vez a Colin por prestarme la furgoneta hasta mañana.

—Ojalá no te la hubiera dejado.

—Eres un encanto, Ava. Te garantizo que es mil veces más seguro pasar una noche sola en las

Tierras Altas que viajar en el metro de Londres.

Ava sacudió la cabeza con resignación.

—No importa lo que diga, terminarás haciendo lo que quieras. Hasta mañana, querida.

Entonces, Kendra subió al vehículo y arrancó el motor.

Poco después, la furgoneta salió renqueando del patio, Kendra giró a la izquierda, condujo más allá del castillo, por la vieja carretera rural junto al lago Ness y sintió cómo la tensión abandonada su cuerpo con cada metro que recorría. Era una noche clara, las estrellas brillaban con fuerza. Estaba deseosa de montar el campamento. Al cabo de una hora, llegó a su destino. Este lugar mágico era un secreto que solo conocías si eras de la zona. Afortunadamente, los lugareños custodiaban este tesoro y lo protegían de una posible avalancha de turistas.

Aparcó la furgoneta de modo que cuando se acurrucara en el saco de dormir, pudiera ver el cielo estrellado y el lago Ness. La previsión meteorológica era buena y, con un poco de suerte, podría vislumbrar la aurora boreal. Kendra salió del saco de dormir e inspiró el aire limpio y helado. Cerró los ojos. Se quedó quieta durante unas cuantas respiraciones, saboreando la sensación de libertad y aislamiento. Eso era exactamente lo que había ido a buscar. Estar sola no era sinónimo de soledad, al contrario. Allí podría recargar las pilas y meditar, conectar con el presente. Su vida cotidiana era agitada, trabajar en el bar familiar siempre significaba largos turnos y estrés. Aunque le encantaba La Linterna, también conllevaba mucha responsabilidad y no podía compararse con un trabajo de nueve a cinco. A diferencia de otros, ella no podía salir de la oficina y no pensar en el trabajo hasta el día siguiente. Siempre había algo que hacer u organizar en La Linterna . Sobre todo después de la crisis económica, la cual habían conseguido superar, las cosas tardaron mucho tiempo en reactivarse. Sin embargo, aún había varias reparaciones costosas que debía hacer.

«Ahora no», se dijo, y abrió los ojos. Luego, rodeó la furgoneta, cogió una silla plegable del maletero, una mesita, una cocina de gas y la que sería su cena. Lo montó todo, abrió una lata de cerveza y calentó una sopa. No necesitaba luz, la noche era lo suficientemente luminosa. Mientras removía la sopa con una cuchara, preparó todo lo demás. Se enrolló en el saco de dormir, de modo que solo sus pies, aún protegidos con unas botas resistentes, quedaran al aire, y se hundió en la silla de jardín.

Luego dio un sorbo a la cerveza y suspiró de placer. Kendra sintió que sus labios se curvaban hacia arriba y, al mismo tiempo, que sus hombros, completamente tensos, se hundían un poco. Tendría que haberlo hecho hace mucho tiempo, pero, de algún modo, siempre le había ocurrido alguna cosa. En el pasado, había tenido que estar allí por su compañero, Colin. Antes de juntarse con Ava, había necesitado un empujón de vez en cuando y también la ayuda activa de su padre y de su abuela senil. Pero, ahora, por fortuna, todo le iba bien. Se alegró por él. Colin era un gran tipo que se merecía haber encontrado por fin al amor de su vida. Aunque hubiera luchado tan vehementemente contra ello.

—Hombres —murmuró, sonriendo para sí misma. Luego sacó la olla del fogón y la colocó sobre una tabla estrecha, que apoyó en el reposabrazos de la silla y sujetó con firmeza. El delicioso olor de su plato favorito impregnó el ambiente: Cullen skink, una sopa de eglefino

ahumado y patatas que servían en La Linterna. Sopló sobre la cuchara y empezó a comer. Las estrellas brillaban sobre el oscuro y reluciente lago Ness y la luna esparcía un fulgor plateado. Un búho ululaba a lo lejos mientras una suave brisa soplaba a su alrededor. Era maravilloso.

Con la comida caliente y la cerveza en el estómago, la invadió una agradable sensación de desmayo. Kendra bostezó y se estiró. Dormiría unas horas y luego vería si había auroras en el cielo. Satisfecha, guardó los platos sucios en el maletero —no quería atraer bichos ni otros animales—, que le serviría de dormitorio esa noche. Poco después, se tumbó en el colchón de la furgoneta, se acurrucó en el saco de dormir y cayó en un sueño profundo y sereno.

Un golpe recurrente hizo parpadear a Kendra. Aún estaba somnolienta, y la tenue luz del amanecer se colaba por las ventanas delanteras hasta el colchón. Maldita sea, había dormido toda la noche y ni siquiera había oído cerrarse la escotilla a causa de una ráfaga de viento. Un suave alborecer apareció en el cielo, una pequeña franja en el oscuro horizonte. Entonces, se oyó otro ruido sordo. Frunció el ceño, aquello no era normal. Todo su cuerpo se puso en alerta.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —oyó que alguien llamaba desde fuera. Era una voz masculina, grave, y el hombre hablaba con un fuerte acento extranjero.

«Mierda», pensó. El día anterior se había reído de Ava y ahora su corazón latía desbocado mientras se preguntaba si se trataba de un asesino en busca de una víctima. Al segundo descartó esa ocurrencia. Era muy improbable, pero no del todo descabellado, tuvo que admitirse a sí misma, aunque un asesino en serie probablemente no esperaría hasta la madrugada para atacar. A no ser que no hubiera encontrado a nadie hasta ahora. A ella.

Kendra emitió un grito ahogado y se sobresaltó al salir de sus confusos pensamientos.

—¿Hola? —volvió a sonar la voz oscura.

Puso los ojos en blanco ante su estúpida reacción. Por supuesto que el tipo al otro lado, fuera quien fuera, no era un asesino. Se arrastró hasta la puerta del maletero y la abrió. Se calzó las botas y salió, aún envuelta en el saco de dormir, asomando solo los pies. Hacía mucho frío en el exterior, se había formado escarcha en los árboles y en la hierba. Su aliento dejaba tras de sí nubes de vaho blanco, señal inequívoca de lo excitada que estaba.

Y entonces vio al hombre. Llevaba un gorro de lana negro del que sobresalían unos mechones de pelo del mismo color. A juzgar por su ropa, no era un vagabundo, llevaba una costosa chaqueta azul oscuro de plumón. Tenía la tez bronceada. Su corazón dio un vuelco al mirarle a los ojos marrones, que se abrieron con asombro. Probablemente el hombre no esperaba ver salir a una mujer del coche.

Por fin, Kendra volvió a hablar.

—¿Qué quieres de mí?

Aún estaba un poco aturdida y no había visto la aurora boreal, si es que la había habido. Podría enfadarse por eso más tarde, pero ahora mismo necesitaba concentrarse en mantener la compostura. El tipo estaba bueno, no sabía muy bien por qué, pero cuanto más lo miraba, menos

sentía el frío matutino.

El hombre dio otro paso, y el pulso de Kendra volvió a acelerarse. Tal vez había sido un error salir así después de todo; aunque llevara ropa cara, aún podía ser un criminal. Respiró hondo y no se movió; los hombres eran como animales salvajes, no podías permitir que olieran el miedo. «Otra ridiculez», pensó, obviamente los comentarios de Ava la habían afectado más de lo que le hubiera gustado. Normalmente no era así. Y su reacción tampoco podía describirse como miedo, era más bien una tensa excitación que no podía explicar. Desde luego, no era normal. Dejarse controlar por una explosión de hormonas solo por conocer a un hombre guapo no era propio de ella.

—Lo siento —se aclaró la garganta—. Debo de haberme perdido.

Kendra soltó el aire que retenía en sus pulmones.

—¿Perdido? —repitió ella lacónicamente, sin entender por completo las palabras porque seguía embelesada como una adolescente.

Él se encogió de hombros.

—Sí, no podía dormir y conduje un poco.

Kendra miró a su alrededor en busca de un coche. Y efectivamente, delante había un todoterreno.

—¿Y no tienes navegador por satélite? —Ella frunció el ceño, eso era inusual.

—Mmm. No, por desgracia no. La empresa de alquiler de coches me dio una de esas cosas portátiles, pero no funciona. Está estropeada.

Kendra enarcó una ceja. Su acento era sexi. Hablaba un inglés perfecto, pero utilizaba palabras poco habituales.

—Entiendo. ¿Y a dónde ibas?

Él abrió la boca en un largo bostezo y luego se sacudió de pies a cabeza con un ligero temblor.

—Lo siento, ha sido una noche corta. Intentaba volver a Kiltarff.

Ella analizó cada una de sus palabras.

—Te ofrecería un café, pero solo tengo una taza —explicó Kendra, que por fin había recuperado la compostura. Así que, en realidad solo era un turista inofensivo. Aun así, se preguntó qué hacía allí tan temprano. Además, parecía que llevaba horas conduciendo. Las ojeras y el bostezo lo delataban.

El desconocido se acercó y miró dentro de la furgoneta.

—Estás bien equipada —dijo alegre y un poco sorprendido.

Kendra se encogió de hombros, sin intenciones de explicar por qué acampaba aquí sola y por qué parecía tener práctica en ello.

—Para llegar a Kiltarff, solo tienes que ir en esa dirección. Sigue el camino. Mira, ven conmigo, te enseñaré algo.

Dio unos pasos hasta un saliente rocoso y se agarró con fuerza al saco de dormir. Hacía bastante frío y, aunque probablemente parecía una oruga, no tenía intención de quitárselo, porque debajo llevaba unos pantalones holgados de chándal que no eran nada sexis. Él se acercó a ella y pudo percibir el aroma de su aftershave. Olía bien. De hecho, muy bien. Sensual y fresco. Lo miró de perfil. Tenía las mejillas angulosas, cubiertas por una oscura sombra de vello facial. Sus labios, carnosos y sensuales, se abrieron y cerraron bajo la atenta mirada de Kendra. Dios, ¿acababa de decir algo? Se había olvidado por completo de escuchar.

—¿Disculpa? —preguntó ella, echando un vistazo al lago Ness para distraerse de él, lo cual no resultaba nada fácil. El hombre tenía un aura muy atractiva, de cuyo efecto ella no podía escapar. Tampoco quería hacerlo, aunque sabía que su reacción hormonal era una locura.

—He dicho que es muy, muy bonito. ¿Eres de la zona?

—Sí. A las dos cosas. —De pronto le invadió un calor asfixiante y se vio tentada a deshacerse del saco, pero se contuvo. De lo contrario, él pensaría que era una ermitaña loca. Por otra parte… Las posibilidades de que volviera a ver a aquel turista eran escasas. Seguramente solo haría una breve parada en Kiltarff y luego continuaría su ruta, que incluía lugares como Fort William e Inverness. La gente como él solía tener varios puntos clave que ansiaba tachar de su lista cuanto antes. Dedujo que su acento era español, al igual que su aspecto. Se preguntó si viajaba solo. No le había visto un anillo en el dedo, pero eso no significaba nada hoy en día.

Y entonces recordó lo que quería mostrarle allí, al borde de los acantilados. Extendió un brazo y señaló el lago Ness, que brillaba bajo el débil sol de la mañana.

—¿Ves eso? ¿Allí al final? Ese es el pueblo de Kiltarff, y, en la otra orilla, puedes ver el castillo de Kiltarff, el viejo castillo.

Estaba tan cerca de ella que su brazo casi la tocaba. A esa distancia, confirmó que la diferencia de altura era considerable, y que tenía un aspecto muy deportivo. Lo notaba en su postura, a pesar de la chaqueta de plumas. En su cabeza aparecieron imágenes obscenas de él y ella que no debían estar ahí. Era completamente absurdo, pero demostraba lo mucho que necesitaba volver a tener una relación con un hombre. Era de suponer que esas fantasías también desaparecerían. «Este no es lugar ni momento para eso, Kendra», pensó, medio divertida, medio escandalizada por sus claros impulsos. No solía sentir tanta excitación, la verdad. Probablemente se debía a que sus nervios estaban a flor de piel. Por desgracia, una noche de descanso y reclusión no parecía haber sido suficiente para obrar un cambio en eso.

—Muy bonito, ¿así que tengo que ir por allí? —interrumpió el silencio que había entre ellos. Su voz aterciopelada le produjo un escalofrío.

Kendra asintió. Tenía la garganta seca como el desierto.

—Así es, no puedes perdértelo.

Él sonrió ampliamente.

—No tienes ni idea del tiempo que llevo conduciendo por la zona. Bien, seguiré tus indicaciones.

Ella frunció el ceño. No creía que estuviera loco u ocultara malas intenciones, pero podía estar equivocada.

—Tampoco hay muchas calles por las que perderse —murmuró, sin prestar atención a sus propias palabras. En su cabeza, no dejaba de imaginarse cómo era él sin la chaqueta de plumas, si tenía el pecho depilado o con vello… Ella lo prefería depilado…

—Bueno, eso demuestra que soy un completo incompetente. Espero no haberte privado de dormir. —La miró con una mezcla de asombro e interés. Kendra evitó su mirada; no quería que se diera cuenta de lo que en verdad ocurría en su interior. Sería demasiado embarazoso.

El sol naciente bañaba el cielo de un suave rosa pastel y unos cuantos patos sobrevolaban el lago Ness. Era hermoso y, por un segundo, Kendra deseó que ese hombre fuera su pareja, que la rodeara con sus brazos y disfrutaran juntos de aquel momento perfecto, como amantes. Pero no era suyo. Y no tardaría en salir de su vida tan rápido como había aparecido. Dejó escapar un leve suspiro.

Debía olvidar la idea de tener un príncipe azul a su lado. A las mujeres como ella nunca les ocurría; los romances inesperados solo se daban en las películas o en los cuentos de hadas. Pero Kendra vivía en la realidad. En momentos como este, se arrepentía de ello.

—Me encanta el comienzo del día —murmuró él. Ella respiró con calma y miró hacia delante, esperando que él empezara a andar ahora que sabía adónde ir. Pero no se movió. No habló. Podía ver su aliento mezclándose con el de ella en el aire helado. Le hormigueaba la piel… Se sentía tan viva. Casi electrizada.

Al cabo de un rato —debieron de ser minutos— se aclaró la garganta y se apartó. Kendra sintió una tristeza completamente absurda e irrazonable. No sabía nada de aquel desconocido. Ni siquiera su nombre.

Eso tampoco importaba. Mientras ella ya soñaba despierta con cómo sería estar en sus brazos e imaginaba una historia romántica en la que ambos fueran protagonistas, él probablemente solo pensaba en alejarse y retomar su camino cuanto antes.

—Así que eres madrugadora —quiso saber.

—Sí, si vale la pena. —Kendra sonrió.

—Bueno, sin duda merece la pena. Has elegido un sitio precioso. Gracias por ayudarme. Adiós.

Él dio unos pasos y ella le siguió con la mirada. Él se volvió una vez más, levantó la mano, la saludó y desapareció como un espejismo en el desierto.

Suspirando, Kendra volvió a la furgoneta, colocó la mesa, la silla y la cocina a gas y se preparó una taza de café bien cargada. Ya no lo necesitaba, estaba despierta, pero una bebida caliente en el estómago siempre era bienvenida. Llevaba consigo una barrita de avena, que mordisqueó. Una extraña melancolía se apoderó de ella mientras cogía la taza con ambas manos y contemplaba el paisaje familiar. Ya había amanecido, pero el sol de la mañana aún no era lo bastante fuerte como para calentarla. Un barco navegaba por el lago Ness. Las vistas en ese rincón del mundo no tenían precio, nunca se cansaba de sentarse allí.

Y, sin embargo, no estaba contenta. Aquella noche no le había proporcionado el alivio que esperaba. Al mismo tiempo, tenía que admitir que aquel hombre la había trastornado por completo. Por supuesto, no sabía nada de él; podría ser un tipo que pega a su mujer y carece de propósitos de vida. Pero para ella era el compañero perfecto, cortés, cariñoso y apasionado. Sabía por experiencia propia que la mezcla de amable y ardiente rara vez o nunca se daba. Al menos no en su cosmos. Kendra soltó un suspiro teatral e hizo una mueca.

—Me he vuelto completamente loca —gimió y sacudió la cabeza. No podía explicarse su reacción, pero había sentido una atracción tan fuerte que aún temblaba por dentro. Debía de haberlo imaginado. Tenía que dejar de soñar con el gran amor que había aparecido de repente en su vida. Aquel hombre no era el adecuado para dicho papel. Su imaginación se había descontrolado.

Además, ya hacía rato que se había ido. No volvería a verle, y aunque lo hiciera, se marcharía de Kiltarff tan rápido como había llegado. Y, con su piel pálida, sus pecas y su pelo rojo, lo más seguro es que no fuera su tipo. Definitivamente, no era su tipo. Un hombre como él tenía garantizado exhibir a su lado a una mujer igual de sensual, de curvas deliciosas, labios carnosos y rizos negros brillantes.

—Pues, mala suerte. —Suspiró y volvió a su café. Era hora de volver a su vida, donde la esperaban facturas que pagar y problemas del trabajo.

CAPÍTULO 2



Alejandro caminó lentamente por la alfombra azul de la mansión Keating. Las tablas del suelo crujían a cada paso. De las paredes colgaban cuadros de distintas épocas. Algunos, no demasiado antiguos, representaban las Tierras Altas escocesas, mientras que otros parecían extrañas reliquias de una época pasada. Si se mudaba allí, haría retirar esa galería ancestral. Era horrible sentir constantemente esos pares de ojos con sus rostros pintados al óleo fijos en él. Aparte de eso, la casa solariega estaba amueblada con gusto y era sorprendentemente acogedora. La tenue iluminación creaba una atmósfera agradable.

A su lado, Flora Henderson no paraba de parlotear sobre las ventajas de la villa. Era la agente inmobiliaria con la que Kenneth y Ellie le habían puesto en contacto. Aparentaba unos cincuenta años, era bastante bajita y su pelo corto y gris tenía un ligero tinte morado. En general, se mostraba muy animada, le gustaba hablar y parecía conocer a todo el mundo. Vivía en Kiltarff y había respondido inmediatamente a la consulta de Kenneth ofreciéndole la mansión Keating. Alejandro no había dudado mucho; al fin y al cabo, echar un vistazo no costaba nada.

—Podrías quedártela amueblada, con todo lo que ello conlleva — le dijo.

Alejandro se sorprendió.

—¿Con todo?

Flora asintió con entusiasmo.

—Sí, a menos que quieras redecorarla por completo… Eso también es posible, por supuesto. Solo lo menciono porque tenía entendido que buscabas una solución a corto plazo para poder mudarte cuanto antes.

Alejandro no quería saber exactamente qué le había dicho Kenneth, pero el mensaje parecía haberse transmitido de forma correcta. No tenía ni tiempo ni ganas de redecorar una casa tan grande, ni siquiera sabía cuánto tiempo se quedaría.

Ahogó un bostezo, la noche había sido demasiado corta. Tras dar vueltas sin dormir en la cama, se había subido a su coche de alquiler y había conducido sin rumbo por el pueblo; por desgracia, se perdió en el camino de vuelta y no llevaba el móvil consigo. El navegador por satélite no fue de gran ayuda. Había sido casi providencia divina cuando encontró a la mujer que, al parecer, vivía en su furgoneta. «Pobrecilla, ¿qué lleva a alguien a vivir en esas condiciones?», pensó, recordando sus hermosos ojos verde esmeralda que no habían abandonado su mente desde que los vio.

—¿Alquilar? —La voz de Flora Henderson había subido una octava, sacando a Alejandro de sus recuerdos. Bajaron por la gran escalera curva de roble, Flora agarrada a la ornamentada barandilla.

—Eh, sí. —Estaba un poco irritado—. Alquilar, ese sería mi deseo.

—Lo siento, debe de haber habido un malentendido. La casa solariega está en venta, no es un piso de vacaciones que se pueda reservar con poca antelación.

Maldijo para sus adentros, pero intentó que no se le notara. Por el amor de Dios, no quería meterse en problemas, y menos en la lejana Escocia.

—Muy bien, ¿cuál sería su precio entonces? —preguntó, en su situación estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa si con ello se ahorraba el desagradable revuelo de la prensa.

—¿Por qué no acabamos la visita? Aún no lo has visto todo. Ya hemos llegado al último piso y quería enseñarte el hermoso paisaje que se disfruta desde la suite principal sobre el lago Ness.

Impresionante, ¿verdad?

La vista era realmente fantástica. Desde allí podía ver incluso el castillo de Kiltarff, con sus altos árboles y tejados puntiagudos, encaramado a orillas del lago Ness. La panorámica del lago era muy tranquilizadora y todo el ambiente resultaba agradable. Al mismo tiempo, no había detectado ni una mínima señal de vida en la casa; ni siquiera una simple prenda de ropa del anterior casero en los armarios. En general, esta propiedad era muy diferente de su vivienda habitual. «Diferente» en este caso era algo bueno. Incluso muy bueno, si lo pensaba un rato. Pero, ¿comprarla casi por obligación? Respiró hondo. Algo así había que considerarlo con detenimiento, aunque el dinero no fuera un problema.

Cuando por fin llegaron al vestíbulo, volvió a levantar la mirada. Los muebles de la galería eran exquisitos y las altas ventanas hacían que el ambiente fuera luminoso y agradable, a diferencia de muchas casas antiguas que había tenido ocasión de visitar. En el centro, una araña de cristal brillaba sobre el elegante suelo de baldosas blancas y negras.

—La casa la construyó un inglés en los años setenta y ochenta; se casó con una escocesa y ella no quiso abandonar su tierra natal. Después de que se perdiera la batalla de Culloden en 1746, cada vez más ingleses vinieron aquí…

Alejandro tenía poca idea de la historia local, pero al mismo tiempo le parecía apasionante y le habría gustado aprender más sobre ella. Sin embargo, de momento carecía de la paciencia necesaria para escuchar la conferencia de Flora. Podría leer sobre lo ocurrido en Escocia más tarde, tal vez tomando una copa de vino en la biblioteca. Le gustó la idea y su cuello se relajó un poco.

—¿Qué más falta por ver? —preguntó un poco impaciente, temiendo que Flora mantuviera un monólogo de una hora en lugar de continuar la visita.

Flora sonrió, era evidente que conocía bien a sus clientes, lo que la hacía muy simpática.

—Vamos, por aquí.

Primero lo condujo a un luminoso salón con un reluciente suelo de parqué en espiga. Había un piano de cola blanco en el centro de la habitación y un cuadro de aspecto lúgubre colgado sobre la chimenea que no atraía en absoluto a Alejandro. Aparte de eso, le gustaba el ambiente campestre. El estampado de rosas inglesas de los sofás y sillones parecía acogedor. Era muy diferente del entorno moderno en el que había vivido en Buenos Aires, donde la arquitectura se caracterizaba por las líneas limpias y el diseño minimalista. Pero… Quizá podría sentirse a gusto aquí durante un tiempo, precisamente porque le distraía de su antigua vida.

—Bien —fue todo lo que dijo, y continuaron su camino.

La biblioteca era un sueño. Las estanterías estaban llenas hasta el techo de libros encuadernados en cuero. No tenía ni idea de lo que contenían, pero aquella sala emanaba un agradable olor a polvo y a viejas historias. Un sofá Chesterfield marrón oscuro y dos sillas ocupaban el espacio frente a otra chimenea, que aún tenía cenizas. La repisa de la chimenea estaba vacía. En un rincón había un escritorio antiguo de madera tropical oscura sin una sola hoja

de papel.

—Supongo que el propietario actual no viene aquí a menudo — dijo Alejandro.

—Para ser sincera, no. Kiltarff no es para todo el mundo. Muchos niños abandonan el nido y nunca vuelven. Hoy en día, las nuevas generaciones se van a las grandes ciudades, y no lo entiendo en absoluto. ¿Qué buscan en Londres o Edimburgo que no pueden tener aquí? —Con un gesto amplio, señaló el lujoso mobiliario y las ventanas del suelo al techo que daban al jardín, algo descuidado. Si se quedaba con la casa, sin duda tendría que cambiar ciertos detalles. Nada que no fuera posible.

—¿No se entristecerá la familia si pierde la casa? —preguntó. Si había algo que quería evitar, eran problemas porque otros miembros de la familia pudieran no estar de acuerdo con la venta.

Flora se encogió de hombros.

—Ahora es distinto. Los terratenientes ya no son lo que eran. Ya he mencionado que el constructor era inglés; la conexión con Escocia no es tan profunda.

Alejandro enarcó una ceja y casi se echa a reír. Al principio había pensado que Flora bromeaba, pero lo decía en serio, al menos eso se desprendía de la expresión seria de su rostro.

—Eso fue hace más de doscientos años, ¿cuántas generaciones han pasado desde entonces? —Alejandro frunció el ceño.

Flora se encogió de hombros como si no hubiera nada más que decir. Pero ahora sonreía. A Alejandro le parecía gracioso que la gente siguiera hablando de desconocidos incluso después de siglos. Seguramente no lo decía en serio… O quizá sí, no le quedaba claro. En cualquier caso, sonaba emocionante, y él sabía poco sobre las guerras jacobitas, así que se pondría al día. Tal vez eso explicaría los prejuicios subliminales que aún existían contra los ingleses.

—La propiedad cuenta también con establos y algunos pastos que actualmente están arrendados —explicó tras un momento de silencio—. ¿Te interesa?

—¿Establos?

—Quién sabe si allí encontramos uno o dos tesoros más. —Flora sonrió con entusiasmo.

No tenía ni idea de lo que quería decir, pero le interesaba. No los tesoros, sino la posibilidad de tener caballos. No había pensado de forma consciente en sus propios animales en los últimos días, pero seguía echándolos mucho de menos. Con el fin de su carrera, había planeado empezar algo nuevo, pero aún no sabía qué. Tal como estaban las cosas en la actualidad, tendría que aparcar todos los planes por el momento. Pero la posibilidad de traer allí al menos a algunos de sus polo argentinos, la raza criada para el deporte ecuestre, le hizo sentir un poco de esperanza por primera vez en días.

Esa esperanza se desvaneció pronto. Los establos estaban completamente descuidados. Aunque el lugar seguía en pie, los innumerables agujeros en el tejado y la suciedad no invitaban

a guardar caros caballos de deporte en aquella construcción en ruinas. Hacía mucho frío y había corrientes de aire. No podía tener allí a sus animales argentinos, y menos en esa época del año. Todos enfermarían.

—Un poco de color aquí y allá… —balbuceaba Flora sin parar— y quedará como nuevo.

Apretó los dientes y volvió a salir. Unas nubes espesas se habían colado entre el sol y parecía que pronto empezaría a llover o a nevar.

Aún quedaban pequeños montones de nieve en los rincones más sombríos de la propiedad. Tembló y se subió un poco más la cremallera de la chaqueta.

—Mira, incluso hay dos carruajes bajo la vieja cochera.

Ni siquiera se molestó en girar la cabeza.

—Eso no me interesa.

Volvió por el camino de grava hasta la entrada principal de la mansión y la observó desde fuera. Flora le siguió, pero él fue más rápido. Los viejos muros no parecían muy acogedores sin la luz del sol. Las ventanas lo miraban desafiantes. Como la puerta principal estaba abierta, volvió por el pasillo hasta el salón. Cerró los ojos durante un largo suspiro y prestó atención, pero no escuchó nada. Nada excepto un vacío helado que le dejó sin aliento. Quizá no era tan fácil como había pensado alejar sus problemas. Probablemente había sido una idea estúpida pensar siquiera en huir de allí. Respiró hondo, volvió a salir y cerró la puerta tras de sí. Al final sonó un tintineo.

La amable agente inmobiliaria pareció darse cuenta de que necesitaba unos minutos a solas. Quizá era habitual que los clientes precisaran ver la casa una segunda vez sin guía antes de decidirse a comprar.

Levantó la vista y sonrió.

—Bueno, ¿qué me dices?

Alejandro no quería ser grosero, después de todo, ella había sacado tiempo para él y para la visita con poca antelación.

—¿Sabes qué? ¿Por qué no me envías el resumen y más tarde concretamos los detalles? —sugirió. Aún no le había dicho el precio y parecía inútil hablar de ello.

Flora no parecía decepcionada ni molesta.

—Por supuesto, lo comprendo. No deberías precipitarte en una decisión así.

Intercambiaron sus datos de contacto y se despidieron.

—Si necesitas algo más, puedes encontrarme en la tienda.

—¿La tienda?

—Sí, tengo una peluquería, la agencia inmobiliaria es solo mi negocio secundario, pero ya sabes, van bien juntos. ¿Qué mejor lugar para enterarte de las noticias que una peluquería? Así puedo elegir a mi siguiente objetivo. —Sonrió ampliamente, pero a la vez parecía seria.

«Los escoceses tienen un sentido del humor único», pensó Alejandro, y tuvo que reprimir una carcajada antes de responder:

—Suena lógico.

Se despidieron y Alejandro subió a su coche de alquiler mientras Flora atravesaba la verja de hierro forjado y desaparecía al doblar la esquina. Él apoyó las manos en el volante y miró consternado a través del parabrisas. No tenía ni idea de lo que iba a hacer consigo mismo y con su vida en un futuro próximo.

En la chimenea de La Linterna crepitaba un fuego y en la radio sonaba música suave. Solo había dos mesas ocupadas. Una pareja alemana estudiaba su itinerario y había pedido el plato del día, pastel de carne —una especialidad de la casa—, y cerveza de barril. En la otra mesa estaba sentada una familia británica comiendo patatas fritas y hamburguesas. Kendra sostenía la carpeta con los documentos contables delante de ella e intentaba controlar el caos. Odiaba el papeleo, pero había que hacerlo. Se pasó la mano por la frente y dio un sorbo a su té de jengibre mientras su mente divagaba —una vez más— sobre el encuentro con el desconocido de aquella mañana. Por desgracia, era una causa perdida. A menudo se había sentado allí y había imaginado que, un día, el hombre de sus sueños entraría por la puerta, se mirarían a los ojos y pasarían juntos el resto de sus vidas. Por supuesto, eso nunca había ocurrido, y las posibilidades de que ocurriera no habían aumentado últimamente. Había menos turistas que antes y, además, en invierno no pasaba nada. O casi nada.

Tomó otro sorbo de té mientras se recordaba a sí misma que debía calmarse de inmediato. Nunca conseguiría terminar el maldito trabajo que el contable esperaba con impaciencia, ya iba retrasada. Pero lo único que veía ante ella eran unos ojos color caramelo y unos sensuales labios masculinos. Suspiró suavemente y dejó la taza a su lado. En ese momento, la puerta se abrió. Acompañado de una ráfaga de viento helado, un hombre vestido con un plumífero azul y un gorro de lana negro entró en el comedor.

Kendra hizo un gran esfuerzo por mantener la boca cerrada y evitar escupir el té, lo que provocó que se atragantara y, acto seguido, tosiera. «Dios mío, no me lo puedo creer», pensó. El desconocido irresistible de la mañana echó un vistazo alrededor del pub en busca de un asiento cómodo. Cuando su mirada se encontró con la de ella, sus ojos se abrieron de par en par, luego sonrió y se acercó a la barra.

—Buenas tardes —saludó con su maravilloso acento. Kendra pagaría mucho por oír su voz aterciopelada, un poco áspera y tan atractivamente oscura. La hacía derretirse.

Parpadeó y casi se cae de la silla. Dios, debía controlar sus hormonas. De lo contrario, el tipo

pensaría que era una total incompetente.

—Oh, hola —gimió sin aliento y se levantó. Creyó que estaría más segura sobre dos piernas que sobre el tambaleante asiento. Por desgracia, no esperaba que sus rodillas se convirtieran en gelatina. Por precaución, se agarró al mostrador para no torcerse el tobillo.

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Te has vuelto a perder? —le preguntó sonriendo. Al mismo tiempo, se alegró de que su voz expresara cierta seguridad y de que tal vez incluso hubiera conseguido ser un poco graciosa.

Sin embargo, el desconocido parecía preferir otro tipo de humor, pues se le había formado una pronunciada arruga entre las oscuras cejas.

—No, en realidad quería pedir algo de comer y beber.

No había ningún signo de alegría en sus facciones, al contrario, era como si verla hubiese apagado la luz de su interior. ¿Qué demonios le había pasado? Kendra se quedó mirándolo un momento. Aunque seguía pareciéndole de lo más atractivo, tuvo que admitir que se había imaginado todo lo demás. Tal vez haya sido bueno volver a verle antes de pasarse el resto de su vida suspirando por una ilusión. En cualquier caso, aquel hombre no tenía mucho en común con el chico de sus sueños en términos humanos. En su imaginación, él se habría reído y le habría pedido que en el futuro estuviera siempre a su lado para no perderse.

El hecho de que reaccionara de forma tan descortés a su pequeña broma solo demostraba que su conocimiento de la naturaleza humana y su gusto por los hombres eran pésimos. Sin duda era un idiota. Uno guapo, pero no de los que ella quería.

—Por favor, toma asiento en una de las mesas libres —respondió mientras se levantaba—. Enseguida te traigo el menú.

Asintió y se dirigió a una mesa junto a la ventana. Kendra cogió una carta y le siguió. Cuando se hubo quitado el abrigo y el gorro, le entregó la carta.

—¿Qué deseas para beber? —preguntó con educación.

Levantó la vista y la tristeza y la soledad de sus ojos despertaron algo en Kendra que no podía expresar en ese momento. Se le secó la garganta y tragó saliva. Tal vez no fuera culpa suya que él hubiera reaccionado de forma tan extraña a su broma.

—Una Coca-Cola, por favor —respondió.

—Coca-Cola, vale. —Guiñó un ojo—. Enseguida vuelvo para tomarte nota de la comida.

Atónita, volvió a su mostrador. Tenía que dejar de juzgar y clasificar a gente que ni siquiera conocía. Por un lado, claro, formaba parte de su trabajo, y no solía equivocarse. Pero en cuanto el «material digno de ser pareja» entraba por la puerta cada año bisiesto, algo en su interior empezaba a ponerla tan nerviosa que ni siquiera podía expresarlo. Supo entonces que se había acabado. Nunca viviría el cuento de hadas con el que había soñado durante años. A partir de hoy,

no se ilusionaría más, sino que se enfrentaría a los hechos. Pronto podría demostrarlo cuando atendiera al apuesto caballero de la ventana. Kendra cogió un vaso y lo llenó con la Coca-Cola que había pedido, luego se volvió hacia su cliente.

—¿Sabes ya qué vas a comer?

El menú estaba cerrado delante de él. Ella levantó la barbilla y, contra su voluntad, el corazón le dio un vuelco al mirarle a los ojos. «Tanto atractivo debería estar prohibido», pensó mientras se obligaba a sonreír afanosamente. Esperaba que él no se diera cuenta de lo nerviosa que estaba. Por desgracia, su corazón ya latía de nuevo más deprisa.

—¿Puedes recomendarme algo? —preguntó, sin parecer desesperado ni molesto. Sin embargo, le rodeaba un aura vulnerable y Kendra se preguntó qué le preocupaba.

Y luego esa voz.

Suspiró.

—Depende de lo que te guste. El pescado y las patatas fritas siempre son buena opción, pero nuestro pastel de carne también lo es, por supuesto. Si prefieres comida vegetariana…

—¿Vegetariana? —la interrumpió con una carcajada, como si ella hubiera hecho un chiste. Era evidente que eran totalmente incompatibles en lo que se refería al humor.

Y, por supuesto, también para todo lo demás.

Tal vez terminaría convenciéndose a sí misma si se lo repetía lo suficiente.

Bastante, para la resolución que había tomado hace unos minutos. Tal vez era una causa perdida, o tal vez fuera la estación. Este invierno eterno la ponía de los nervios; era aún peor estar sola en las interminables noches oscuras.

—Entonces, ¿algo con carne? —concluyó.

—Tomaré el pescado y las patatas fritas. Gracias. —Le hizo un gesto amistoso con la cabeza y levantó las comisuras de los labios.

—Buena elección.

Se detuvo un momento. Solía hacer a sus invitados algunas preguntas como de dónde eran, adónde iban y si estaban disfrutando de Escocia. A la gente le gustaba eso. En cambio, con él, se sentía un poco fuera de lugar. No sabía por qué, pero ahora él desprendía una cierta actitud distante que no había mostrado aquella mañana.

«Muévete, Kendra», se instó a sí misma, pero sus pies no respondían. Se aclaró la garganta, porque él también parecía estar congelado de algún modo. Su mirada penetrante se posó en ella, haciéndola preguntarse si tendría algo en alguna parte de la cara. Con cuidado, levantó la mano y se pasó las yemas de los dedos por los labios. Fue un movimiento lento y muy deliberado, y las

pupilas del desconocido se dilataron mientras la observaba.

Vale, ese no había sido el plan. Algo en aquel movimiento tocó una fibra sensible en él. No solo una fibra, todo su sistema nervioso se había encendido como un fuego artificial. Todo eso era una tontería, una absoluta tontería. Pero era cierto. Se podía cortar el aire entre ellos. No había forma de saber si él podía sentirlo, pero el hecho de que hubiera abierto ligeramente los labios y siguiera mirándole la boca podía interpretarse como tal.

Pero ella no quería eso. Era un cliente que probablemente estaba de paso. «Lo estoy haciendo otra vez», pensó, y se enfadó consigo misma. Estaba imaginando algo que no existía.

Antes de que pudiera hacer el ridículo, se dio la vuelta a toda prisa y fue a la cocina a darle la comanda a su padre. Estaba sentado en una silla de la cocina haciendo un crucigrama. Lamentaba que no hubiera más cosas que hacer, pero, por otra parte, hacía mucho tiempo que su padre no se sentía motivado para trabajar en La Linterna. En realidad quería jubilarse, pero Kendra aún no había podido contratar a un cocinero, en parte porque no es que hubiera una gran selección de aspirantes en la zona, y en parte porque apenas pagaban un sueldo decente…

—¿Pescado y patatas fritas, papá?

Levantó la vista. Tenía las gafas puestas sobre la nariz y el pelo gris oculto bajo una redecilla. Su chaqueta de cocinero, de un blanco inmaculado, se tensaba ligeramente alrededor de su barriga.

—¿Eso es todo? —respondió con una ceja levantada.

Asintió con pesar.

—De momento, sí.

—Kendra, deberíamos hablar de los horarios de apertura, no tiene sentido. —Dejó el crucigrama a un lado y se levantó.

Ella respiró hondo.

—Ahora no, papá.

—¿Cuándo, entonces, Kendra?

Levantó una mano para silenciarle. No estaba de humor para discutir el tema que más odiaba en aquel momento. Por quincuagésima vez. Para poner fin a la conversación, huyó de la cocina.

Soltó de golpe todo el aire que retenía en los pulmones. Dios, este día había sido realmente agotador… No quería mirar a su cliente de pelo oscuro, pero su cuerpo ya no parecía obedecerle. Se sentó con las piernas cruzadas ante la barra, sujetando una Coca-Cola con una mano y frotándose las sienes con la otra, como si tuviera una terrible migraña o una crisis vital. Apartó la mirada, solicitaban su atención en otra parte. La familia de cuatro quería pagar.

BUENOS AIRES



El sudor goteaba de la frente de Alejandro sobre la cinta sin que se diera cuenta. En el televisor colgado en la pared frente a él estaban dando las noticias. Al menos aún no habían mencionado su nombre. Eso era un progreso. En algún momento, las noticias volvieron a ser solo eso, noticias. Parecía haber temas más interesantes aquel día, y él se alegraba por ello. Pero eso no significaba que sus problemas hubieran desaparecido. Al contrario, era muy posible que solo se tratara de la calma que precede a la próxima tormenta. Alejandro aceleró un poco el paso y, aunque le ardía el muslo izquierdo, siguió adelante. El tejido cicatricial alrededor de una vieja herida de equitación estaba completamente endurecido. El dolor pasaría, pero al mismo tiempo era una distracción bienvenida del sordo latido de su interior. Cuando hubo pasado la marca de los veinte kilómetros, aminoró el paso y continuó a velocidad de paseo durante unos minutos más, hasta que su pulso volvió a regularse. Siguió bebiendo sorbos de su botella de agua. En algún momento, desconectó por completo la cinta de correr y pisó el suelo de madera de su gimnasio. Cogió una toalla y la utilizó para secarse la cara, el cuello y los antebrazos antes de ir corriendo a la cocina a por otra botella de agua fría de la nevera.

Poco después, salió a la terraza de su ático y se apoyó en la barandilla. Soplaba una brisa fresca, agradable y confortable, y unas nubes oscuras surcaban el cielo. Unos ruidos extraños procedentes de la calle llamaron su atención. Le bastó una mirada hacia abajo para darse cuenta de que, incluso desde el decimoquinto piso, estaba rodeado por una multitud de gente.

—Mierda —murmuró al ver las pancartas que la turba sostenía en el aire mientras gritaba.

Al parecer, aún no había terminado.

Soltó una dura maldición, volvió al salón, cerró la puerta de cristal de golpe y se frotó la cara. En ese mismo momento, sonó el timbre de la puerta y se sobresaltó. Dios mío, ¿había conseguido irrumpir ya la chusma en el edificio?

Atravesó el piso a grandes zancadas y comprobó quién era por la mirilla. Exhaló aliviado y abrió la puerta.

—Mamá —gimió—. Pasa. ¿Qué haces aquí?

—¡Dios mío, Alejandro! —Abrazó a su hijo, sin importarle que estuviera todo sudado—. ¿Qué ha pasado esta vez?

Aunque sabía exactamente de qué se trataba, negó con la cabeza.

—No puedo decírtelo. —No quería hablar de ello. Era un desastre. Un desastre absoluto—.

Déjame darme una ducha rápida y luego hablamos. ¿Puedo ofrecerte un café?

Su madre le acarició la mejilla.

—No hace falta, hijo, estoy bien. Ve primero a refrescarte.

Con un suave suspiro, desapareció en el cuarto de baño y regresó unos minutos después en pantalones cortos, camiseta y con el pelo aún mojado. Encontró a su madre María en la cocina, preparando empanadas, un plato popular en varios países de Latinoamérica. Sin embargo, su madre tenía una receta especial que solo compartía con la familia. Alejandro conocía los ingredientes y le gustaba cocinarlas él mismo cuando tenía tiempo para el ocio, cosa que no ocurría en aquel momento.

—No tienes mucho en la nevera, hijo —advirtió ella sin levantar la vista de la encimera. Nunca dejaba de sorprenderle lo rápida que era. Se había duchado en un santiamén y ella ya estaba poniendo el relleno en los circulitos de hojaldre. Quizá se había traído algo de casa en el bolso que él no había visto cuando entró… No lo sabía y tampoco le importaba. Solo entonces, al sentir el tentador aroma del relleno, se dio cuenta del hambre que tenía. Vale, sí, debía de haber traído algún que otro ingrediente, porque desde luego en su casa no quedaba carne picada.

—Hace tiempo que no estoy aquí —explicó él, aunque ella lo sabía, por supuesto.

—Está bien, pero tienes que comer —respondió con una sonrisa cariñosa.

Se sentó en un taburete de la isla de la cocina y observó sus suaves movimientos. Su madre seguía tiñéndose el pelo de negro azabache incluso a los cincuenta y cinco años, pero eso era lo único de ella que no era real. No era una de esas muchas señoras que se habían estirado la piel de diversas partes del cuerpo para mantenerse en eterna juventud. Se alegraba de que su madre no le diera importancia, porque admiraba sus arruguitas alrededor de los ojos que demostraban lo mucho que le gustaba reír, aunque probablemente estuviera muy estresada en ese momento y tuviera menos motivos para reír que de costumbre. Sin duda, Alejandro se había visto expuesto a varios escándalos y él sentía lástima por ella. Era una carga para todos, y eso no era justo. Ella era la menos culpable.

—¿Cómo está Valentina? ¿Y papá?

Su madre se encogió de hombros mientras sacaba una olla de un cajón y vertía un poco de aceite en ella.

—Todo bien. Tu hermana y tu padre te envían saludos, pero será mejor que me digas cómo estás tú.

Se detuvo un momento y lo miró a la cara. Su mirada penetrante lo escrutó y frunció el ceño, preocupada.

—No estás bien —dijo finalmente sin que él respondiera.

Alejandro se encogió de hombros, se levantó y se sirvió un vaso de zumo. No era una persona

a la que le gustara hablar abiertamente de sus sentimientos. Tampoco quería arrepentirse, eso no cambiaría la situación.

—Ya pasará.

—¿Qué vas a hacer ahora? No puedes dejar que esto te afecte. Me duele en el alma la forma en que escriben sobre ti. No está bien.

—Si lo niego y salgo en tertulias, atosigarán aún más a esa pobre chica. —Miró el móvil, la pantalla parpadeaba. Por suerte lo había puesto en silencio. Desde la distancia, vio que era su representante. Se pondría en contacto con él más tarde.

—Nunca lo entenderé —murmuró su madre y encendió la cocina para calentar el aceite.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —levantó la mirada—, ¿cómo puedes enamorarte de alguien a quien ni siquiera conoces? Entiendo que eres una superestrella aquí en Argentina y que toda esta situación es un festín para los medios, pero me cuesta verlo porque tú no eres así, porque no es culpa tuya.

Alejandro dio un sorbo al zumo, se le había secado la garganta. Hasta ahora no había conocido realmente el lado oscuro de la fama. De buena gana habría prescindido de ella. Quizá fue una suerte que le ocurriera al final de su carrera. Sabía que se le consideraba atractivo, y no en vano, además de su exitosa carrera como jugador de polo, tenía muchos contratos publicitarios con los que ganaba bastante dinero. Era un icono, pero esta imagen no reflejaba su verdadera naturaleza. Había tenido suerte, porque así era el mundo: injusto. Obtuvo más dinero por una publicación de Instagram que lo que algunas personas ganan en toda su vida. Por un lado, atraía la envidia; por otro, tenía muchos admiradores. Esta chica, sin embargo, había ido demasiado lejos, se había imaginado cosas que no eran. Una pena, pero, ¿realmente se la podía culpar por ello?

—¿Alejandro? —La voz de su madre lo sacó de sus pensamientos.

—Perdona, ¿qué has dicho? —Parpadeó.

—Está bien, cambiemos de tema. ¿Qué tal Kenneth? —Utilizó un palillo de madera para comprobar que el aceite estuviera caliente y luego añadió algunas de las empanadas. El líquido dorado hacía espuma.

—Se encuentra muy bien, y tiene una esposa encantadora a su lado.

—Me alegro. ¿Cómo está sin el polo? —Su madre conocía a Kenneth de cuando jugaba en un equipo con él.

—Bastante bien por el momento, creo. Está un paso por delante de mí. —Ya está, lo había dicho. Alejandro se sentía fuera de lugar en ese momento. Inútil, para ser exactos. Ser el rostro de una gran marca no le bastaba a largo plazo. Pero jugar al polo se había acabado para él. Había superado la edad en la que ya no quería someterse a ese estrés. Además, con los años, cada vez era más difícil compensar las lesiones anteriores con un entrenamiento específico. Tuvo que

enfrentarse a los hechos. A sus treinta y cinco años, ya era un veterano, una leyenda. Dios, incluso en su cabeza eso sonaba terrible.

—Me parece estupendo. Estoy encantada de que ahora quiera formar una familia.

—Bueno, no dijo nada de formar una familia…

Intuía lo que estaba a punto de ocurrir. Su madre le había dicho a menudo que quería nietos y una nuera guapa, una gran boda con una novia vestida de blanco y bendecida por un sacerdote. No le faltaban pretendientes, pero a la mayoría de ellas no les gustaba como persona, solo unas pocas lo conocían como era realmente en privado.

Quizá también fuera culpa suya por nunca dejar que nadie se le acercara tanto. No, desde luego que no. Pero aquí ni siquiera podía ir a tomar un café sin que le reconocieran. Siempre llamaba la atención en un bar porque era una estrella del deporte. Podía tener una mujer en cada dedo, pero esa no le parecía forma de encontrar el amor. A esas mujeres les interesaba la imagen que él proyectaba, y su fortuna, por supuesto. Aunque eso le bastara, llevaba tiempo sin dejarse ver en público, lo que significaba que tampoco iba a conocer a nadie. La prensa le perseguía a todas partes y en todo momento. No solo ellos. Exhaló audiblemente.

Cuando su madre le puso delante un plato de empanadas con salsa, perdió el apetito, pero no pudo ni quiso negarse. Ella estaba aquí porque quería hacer algo bueno por él. Alejandro no quería decepcionarla y tampoco era su intención que se sintiera como un estorbo. Estaba agradecido de que su familia le creyera y le apoyara, lo cual no era nada fácil.

Sorprendentemente, mamá María guardó silencio tras desearle buen apetito. Ni una palabra sobre los nietos tan esperados, una posible boda de ensueño y una buena nuera católica. Ni siquiera había terminado de comer cuando ella se despidió de él porque tenía otra cita. De repente se encontró solo en su cocina y se preguntó si quizá sólo quería verle un momento. Una sensación de calor le recorrió el estómago. Se terminó el plato de empanadas —le sentó bien comer algo casero— y llamó a su representante.

Después de que Nicolás le dijera lo molesto que le resultaba no poder localizarle, se lo dijo en pocas palabras:

—Tienes suerte de que LaMaria te sea fiel y de que sigan queriendo planear esta sesión de fotos.

Alejandro sabía que tenía razón. LaMaria era una gran empresa de moda conocida por sus polos, patrocinaba el deporte del polo y equipaba a los mejores equipos.

—Lo sé —fue todo lo que dijo. Se guardó para sí que lo único que quería en realidad era un poco de paz y tranquilidad. No era culpa de Nicolás que estuviera en una situación de mierda. Pero, en secreto, estaba de acuerdo con su representante: Si LaMaria dejaba de contratarle como imagen de su campaña por lo ocurrido, sería su perdición. Tarde o temprano ocurriría, Alejandro era consciente de ello, pero entonces el fin de la colaboración tendría otros motivos — su retirada definitiva del polo— y no estaría causado por este escándalo. Respiró hondo.

—¿Así que vas a acudir a la cita? —volvió a preguntar Nicolás.

—Claro que lo haré. Al menos si se aseguran de que haya paz y tranquilidad mientras dure la sesión.

Nicolás gimió, él también estaba luchando en ese momento.

—Sí, yo también lo espero. Pero por eso te llamo. El shooting tiene lugar en Europa.

No podía creérselo, acababa de llegar.

—¿En serio?

—Sí, y creo que es una buena idea trasladarlo allí. En Inglaterra a nadie le interesan estos cotilleos. Los británicos tienen otras cosas de las que preocuparse, como sus propios escándalos.

Nicolás volvía a tener razón.

—Muy bien. ¿Te vas a encargar de los vuelos o qué?

—Ya no revisas tu bandeja de entradas, ¿verdad?

Alejandro hizo una mueca de culpabilidad.

—Estaba ocupado —se defendió, pero por supuesto Nicolás sabía que era mentira.

—No importa. Ya has recibido toda la información por correo electrónico. Así que, por favor, no metas la pata, ¿vale? Necesitamos este contrato publicitario. Y no olvides las promociones que aún tienes que hacer.

—También debo haber recibido correos electrónicos al respecto.

—Así es, aunque aún no entiendo por qué gestionas tu propia cuenta, alguien puede hacer eso por ti.

—Podría, pero no quiero. Yo decido qué se publica y cómo se ve mi perfil. Tienes que dejarme esta responsabilidad personal a mí.

Si lo delegaba también, pronto no tendría nada más que hacer. No tardó mucho en publicar las imágenes que ya le habían enviado editadas, pero quería tenerlas en sus manos. Ni siquiera había pensado en los pies de foto. Claro que no. Pero no se trataba solo de publicidad, por supuesto que tenía muchas instantáneas de su carrera en activo, que aún le gustaba mostrar y colgar en ocasiones especiales. El polo había sido su vida, y aunque estaba en paz consigo mismo, incluso teniendo en cuenta que había puesto fin a su carrera tras la última temporada, seguía buscando una conexión con él y recordaba con cariño sus éxitos.

Quizá debería ir hoy a los establos y ver lo que se cocía por allí. Eso sin duda lo distraería.

Tras colgar, comprobó su buzón de voz, que también podía ver en su teléfono. Dios mío.

Había recibido un número increíble de mensajes, pero uno en particular le llamó la atención. Era de Flora Henderson y tenía como asunto «Exposé».

Alejandro se dejó caer en el sofá y abrió el mensaje. Revisó de nuevo todas las fotos. Aunque ya había visto la mansión con sus propios ojos, era bueno volver a verla. Cuando leyó el precio al final de la página, chasqueó la lengua. Habían pagado mucho por ella, pero lo cierto es que era enorme y estaba amueblada con antigüedades caras. El dinero no era el problema, la única cuestión era si la idea estaba condenada al fracaso desde el principio. Nunca le había gustado el clima británico y en Escocia era mucho más duro. Por otra parte, podría ver a Kenneth más a menudo, al menos durante unas semanas o meses. Pero, ¿comprar una casa para eso? En el fondo, la idea era una tontería, incluso una locura, y sin embargo se encontró dando vueltas por el piso, pensando en lo que se llevaría de Buenos Aires si realmente compraba la mansión Keating.

KILTARFF, ESCOCIA

«Quizá la solución sea un marketing más específico», pensó Kendra mientras se inclinaba hacia delante y se acercaba a la pantalla de su móvil para ver mejor las fotos. Se sentó con las piernas cruzadas sobre la cama: ¿qué podía hacer para que La Linterna fuera un poco más popular? Se rascó la cabeza y suspiró. El futuro parecía sombrío. Pasarían el invierno, pero, ¿luego qué? ¿Y si este verano tampoco había clientes? El pub solía ser una mina de oro, pero ahora todo era distinto. Aparte de ella y su padre, solo había un temporero en el bar; no podían permitirse más, y no necesitaban más porque no había clientes. Para ella, eso significaba aún menos tiempo libre. Eso estaba bien, si no fuera por la carga de preocuparse por qué hacer a continuación.

Kendra se mordisqueó el interior de la mejilla y tecleó los términos de búsqueda «marketing», «pub» e «histórico». Las primeras entradas eran anuncios, no quería que la engañaran. Entonces, al final de la página, vio un resultado con que captó su atención: UK Pub Award. Hizo clic en él y su estado de ánimo mejoró al instante.

—¿Por qué no? —murmuró mientras las comisuras de sus labios se estiraban hacia arriba. Era mejor que no hacer nada.

No tenía ni idea de si tenía posibilidades de ganar. No, probablemente no. Había muchísimas tabernas tradicionales en el reino, pero quizá participar le ayudaría a darse a conocer un poco más. Leyó los requisitos y resopló.

—Genial —refunfuñó. Hasta ahora había conseguido no perder el tiempo en las redes sociales. En Kiltarff, la gente seguía reuniéndose con sus amigos con cita previa o por casualidad. Las distancias en el pueblo no eran grandes. Pero el requisito básico para participar era tener una página de fanes en Facebook y una cuenta en Instagram.

Soltó una suave maldición y se levantó de la cama. Probablemente no tenía ninguna

posibilidad, porque las competiciones de este tipo debían de ser como esos programas de televisión. Al final, no ganaba el mejor, sino el que tenía más espectadores.

Demasiado estúpida. Hizo una mueca, pero no quería rendirse todavía. Tenía que hacer algo, y sabía que no atraería a más gente quedándose sentada. Cruzó el pasillo hasta la puerta de comunicación. Kendra seguía viviendo en casa de sus padres, o había vuelto a ella, pero tenía su propio espacio. Sin embargo, no utilizaba su pequeña cocina. La nevera ni siquiera estaba encendida, ¿para qué? Pasaba la mayor parte del tiempo en La Linterna, y si quería comer algo, lo hacía allí; si no, siempre había comida lista en la cocina de su madre. Además, no necesitaba mucho.

—Hola, mamá —saludó y encendió la cafetera. Aunque la casa de su familia era bastante anticuada, tenían una máquina moderna que molía granos frescos para cada taza. Su madre estaba sentada a la mesa de la cocina, hojeando una revista con una taza de earl grey delante.

—Kendra —empezó ella, y Kendra se dio cuenta por su tono de que probablemente no quería tener esta conversación.

Sin darse la vuelta, colocó la taza bajo el grifo y pulsó el botón. El sonido del molinillo de café le dio un breve respiro antes de que su madre continuara.

—¿Has estado buscando un cocinero?

Kendra puso los ojos en blanco, sopló sobre el café recién hecho y se volvió hacia su madre.

—Sí —mintió—, pero no hay nadie que quiera trabajar en Kiltarff por una manzana y un huevo.

—Querida, esto no puede seguir así. Sabes que tu padre y yo teníamos un acuerdo: queremos disfrutar de nuestra jubilación. Ya hemos trabajado bastante en el bar.

Su madre era la versión mayor de sí misma, al menos por fuera. Sin embargo, ahora se distinguían algunas canas en su pelo pelirrojo. Tenía los mismos ojos verdes que su madre. La única pregunta que nunca pudieron responder era cuál de las dos tenía más pecas en la cara; había demasiadas para contarlas.

Su madre pesaba unos kilos más que Kendra, pero era cualquier cosa menos gordita. De hecho, Kendra deseaba tener más curvas. A pesar de que su adolescencia había estado marcada por el sobrepeso, ese rasgo ya no era tan pronunciado en ella en la actualidad, pero si la vida fuera una lista de deseos, pediría unos pechos más grandes y unas caderas bien curvadas. A menudo y casi siempre la consideraban demasiado joven; pocos la creían cuando confesaba que pronto celebraría su trigésimo cumpleaños. Todos le decían que fuera feliz, pero ella no podía. Su vida era complicada, aún más complicada de lo que podía parecer a primera vista. Sí, ahora dirigía el negocio familiar, pero ese no siempre había sido su sueño. Sin embargo, los planes habían cambiado. Así eran las cosas ahora, e intentaba sacar lo mejor de ellas, pero era difícil. Mucho más difícil de lo que había imaginado. No podía arreglárselas sin la ayuda de sus padres y eso le molestaba.

Era comprensible que quisieran parar, pero Kendra no tenía ninguna solución.

—Sí, mamá, créeme, ojalá pudiera hacerlo sola —fue todo lo que dijo. Tomó un sorbo de café y se quemó el labio. Soltó una maldición.

—¡Kendra! —Su madre odiaba que utilizara palabras vulgares.

—Lo siento, y puedes estar segura de que a mí tampoco me gusta que tengáis que seguir atados al negocio.

El corazón le latía con fuerza y tenía un nudo en el estómago. No quería estar enfadada, pero lo estaba. Kendra se levantó y sus ojos se posaron en la foto familiar que había en el alféizar de la ventana, junto a una maceta de hierbas. Todo era distinto entonces. Su madre sonreía a la cámara mientras su padre abrazaba a sus dos hijas y reía. Muchas cosas habían cambiado desde entonces.

No, todo había cambiado. Pero la muerte de su hermana pequeña no tenía nada que ver con el bar, por supuesto. Por otra parte, Kendra se había sentido obligada a ayudar a sus padres, a aliviarlos. Había abandonado Historia y Arqueología en el primer trimestre y se había quedado en Kiltarff. No se arrepentía de ello, en absoluto. Pero si Libby no hubiera caído enferma, su vida habría sido diferente. Kendra le había prometido a su hermana pequeña, que siempre había soñado con dirigir ella misma el pub, que se ocuparía de ello. Y eso era exactamente lo que haría, solo que no sabía cómo. Los planes de Libby eran grandiosos: quería convertir el pequeño pub en un restaurante especial. Kendra no se veía en condiciones de hacerlo, y Kiltarff no necesitaba un segundo bar con menú degustación junto al Bluebell.

Kendra se frotó la frente con la mano.

—Voy a La Linterna.

—¿Ya? —Su madre enarcó una ceja y miró su reloj de pulsera.

—Sí, se me ha ocurrido algo. —Dejó la taza en el fregadero, aunque aún estaba medio llena. Tenía que salir urgentemente de casa. Podía sentir que su madre la miraba, pero no dijo nada. Kendra salió de la cocina sin decir palabra, se puso las botas y la chaqueta y se marchó. Entonces respiró hondo, recordó que no llevaba el móvil, corrió a su habitación y se lo metió en el bolsillo trasero de los vaqueros. Bajó corriendo la colina y cruzó el puente sobre el canal de Caledonia hasta La Linterna. Maisie pasó junto a ella en bicicleta y la saludó. Su librería y su pequeño café también habían sufrido pérdidas económicas debido a la ausencia de turistas, pero de algún modo se mantenía a flote, sobre todo porque los lugareños siempre le compraban. Y de vez en cuando también necesitaban pequeños regalos. Kendra la saludó de vuelta con una sonrisa y se marchó.

Esperó un momento frente a La Linterna y observó el viejo edificio. Seis chimeneas se alzaban sobre la cubierta de tejas negras. Los ladrillos grises estaban desiguales y las ventanas con parteluz necesitaban una limpieza. Incluso la puerta de entrada de roble oscuro seguía siendo original. Innumerables generaciones habían pasado por allí, bebiendo cerveza y comiendo estofado, así estuvieran de paso o por costumbre. Pero actualmente, un pub ya no tenía el mismo estatus que antaño. Kendra no podía juzgar si eso era bueno o malo. Pero estaba claro que algo

tenía que cambiar, y no se refería al interior, porque ese era el sello distintivo de la casa. No podía ser más auténtico y, de todos modos, ella no tenía dinero para remodelarlo.

—¿Qué te pasa? —preguntó alguien, y Kendra se dio la vuelta. Colin le sonrió a la cara—. En mi tienda no aceptamos a raritas.

—Muy gracioso —respondió y se echó a reír—. Estoy pensando.

—Ah, ¿y en qué piensas?

Kendra suspiró.

—Necesito idear algo, no quiero quejarme pero, por alguna razón, las cosas no van bien en este momento.

Colin regentaba la tienda del pueblo y hacía poco que había alquilado la furgoneta.

—Todos estamos viviendo la misma situación.

—Me parece como si este invierno no fuera a acabar nunca.

—A ti también te afecta el tiempo, lo comprendo. —Ese día hacía un frío glacial y unas espesas nubes grises se arremolinaban en el cielo. El lago Ness tenía un aspecto oscuro y amenazador, mientras los árboles de la orilla extendían sus ramas desnudas en el aire.

—No se trata de hacer frente al tiempo —explicó Kendra—. Se trata más bien de que nuestro pub ya no es rentable. El verano pasado no conseguimos facturar lo que solíamos otros años.

—Entiendo. —Colin asintió—. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Realmente no quería quejarme —admitió ella con franqueza—. Sé que todo el mundo aquí está luchando contra el mismo problema.

Colin le puso una mano en el hombro, su mirada compasiva era demasiado. Le ardían los ojos. Y no quería llorar, aún menos en la calle, donde todo el mundo podía verla. Kendra tragó saliva para deshacerse del nudo que tenía en la garganta.

—¿Sabes cuál es tu verdadero problema? —dijo Colin con suavidad.

Sacudió la cabeza.

—Que siempre quieres hacerlo todo tú sola. Tienes amigos, ¿sabes?

A Kendra se le encogió el corazón. Estaba conmovida.

—Sí, lo sé, pero, ¿cómo se supone que vas a ayudarme? No puedo obligarte a comer en mi bar dos veces al día —intentó bromear—. Y tampoco quiero robarle el negocio a Ellie con el cobertizo para botes. Por suerte nuestra oferta es fundamentalmente distinta.

—No se trata solo de que seamos tus clientes. Espero que lo sepáis. Si tenéis alguna duda, podéis hablar conmigo. Dios sabe que os he pedido ayuda muchas veces.

Sabía que se refería a la situación con su padre y su abuela. Tras la muerte de la madre de Colin, su padre había perdido el rumbo por completo y había dejado a Colin solo con Laden y su abuela, que sufría demencia. Kendra le había echado una mano con las tareas del hogar y —metafóricamente hablando— había apagado pequeños fuegos porque su amigo era incapaz de hacerles frente. Pero esto era distinto: su problema no se resolvía con un poco de limpieza o charlando.

—Había pensado en presentar el pub a un certamen —explicó finalmente.

—Pero… —Colin enarcó una ceja.

—Los requisitos de inscripción son una cuenta de Instagram y una de Facebook.

—¿Cuál es el escollo? ¿Te ayudo a crearlas?

—Ni siquiera tenemos página web, Colin. Y no, eso puedo hacerlo yo misma. Es que… —dudó—. Para tener una oportunidad real, necesitaríamos millones de simpatizantes. Seguramente se decidirá por votación, ¿quién nos daría su voto? Aunque todo Kiltarff se conectara y nos votara, nunca sería suficiente.

—¿Para qué sirve el premio? —Frunció el ceño.

—Bueno, más clientes, por supuesto. El lago no atrae a la gente a Kiltarff desde hace mucho tiempo.

—¿Sabes qué? ¿Por qué no lo intentas? ¿Desde cuándo abandonas la guerra antes de librar la primera batalla?

Kendra lo miró fijamente y luego chasqueó la lengua.

—No sé, parece una auténtica hazaña.

Colin le dio un codazo en el costado.

—Tú eres capaz de conseguir todo lo que te propongas.

—Ya no tengo doce años y hace tiempo que no creo en los cuentos de hadas. —Eso no era del todo cierto, porque aún seguía esperando su final feliz con carroza blanca… Que, por supuesto, no tenía nada que ver con La Linterna . Pero eso no se lo diría a Colin bajo ningún concepto.

—Venga, ya. ¿A qué viene tanta negatividad sin siquiera haber empezado? No te reconozco.

Kendra suspiró y se encogió de hombros.

—Lo sé, es un poco abrumador. Sería más fácil si no tuvieras que hacerlo todo tú sola.

Colin la miró sin decir palabra durante un suspiro y luego afirmó:

—Te sientes sola.

Kendra abrió mucho los ojos.

—No, desde luego que no. Mírame, rara vez o nunca estoy sola.

Quizá le ayudara repetirse ese mantra hasta el día de su muerte. Por supuesto, sabía que Colin tenía razón, pero no quería parecer desesperada. Por lo demás, no le resultaba difícil reprimir sus verdaderos sentimientos hasta el punto de que nadie se diera cuenta. ¿Por qué su expresión había empezado a tambalearse de repente?

Colin la abrazó, lo que pilló a Kendra completamente por sorpresa, pero no se resistió. Le acarició la espalda, no con ternura, sino de forma amistosa. El abrazo no era más que eso, y ambos lo sabían, porque Colin estaba muy feliz con su pareja, y Kendra lo veía como un hermano más que como un posible amante. Afortunadamente. Así que podía dejar que ocurriera, en realidad le sentaba bien. Respiró hondo.

—Dios, todo parece tan incierto que me está dando un ataque de nervios —murmuró avergonzada.

—Ya veo, no hace tanto tiempo yo sentía lo mismo, Kendra. Tú me ayudaste entonces, ¿recuerdas? Déjanos ayudarte ahora. Ava podría echarte una mano creando y organizando tu cuenta de Instagram, ¿verdad? Ella sabe del tema. Se lo pediré ahora mismo.

—Tiene mucho que hacer con la renovación del castillo. No puedo pedirle que lo haga. —Kendra dio un paso atrás y se aclaró la garganta—. Deja que lo intente yo primero y, si no puedo hacerlo, me pondré en contacto contigo.

—Una criatura tan tierna y a la vez tan testaruda —dijo Colin sacudiendo la cabeza.

—¿«Tierna y testaruda»? Yo no soy tierna.

Colin se rio y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Di lo que quieras, te apoyaremos. Nos vemos. Que se dé bien el día.

La dejó allí de pie. Kendra no sabía qué pensar, pero se sintió mejor. Tenía suerte de tener tan buenos amigos.

CAPÍTULO 4



Hacía un frío estremecedor. Alejandro se subió la cremallera de la chaqueta hasta justo debajo de la barbilla. Casi se avergonzaba de actuar como un pelele, pero la sesión fotográfica en una yeguada del norte de Inglaterra había tenido lugar al aire libre y estaba helado hasta los huesos. Por suerte, tras varias horas, por fin tenían todo el material que necesitaban. El fotógrafo estaba encantado, y él también. No había sido fácil modelar para la campaña de verano con una camiseta de manga corta a cuatro grados Celsius. Le habría encantado darse un baño caliente durante una hora, pero lo único que había en el plató era una caravana con calefacción. «Menos mal», se dijo, con eso bastaría. En realidad, no sería mala idea coger ahora el coche y conducir hacia el norte. No tenía que volver hasta el día siguiente, pero le costaba fiarse del destino. Con la suerte que había tenido en las últimas semanas, era posible que un tsunami dejara intransitables todas las carreteras hacia Escocia.

Frunció los labios y luego chasqueó la lengua. Podía olvidarse de todos sus problemas durante los próximos meses. Solo tendría que centrarse en un proyecto y respetar el plazo de entrega. Nicolás valía su peso en oro como representante; de hecho, había conseguido negociar un contrato para un libro durante aquella época difícil. Alejandro disponía de seis meses para escribir sus memorias, incluyendo sus éxitos deportivos y su ascenso, así como una historia muy personal. Estaba deseando ocuparse de esas memorias; también había conseguido rechazar al escritor fantasma que le habían propuesto. Escribiría él mismo. Por fin tendría una tarea significativa con la que llenar sus últimos y deprimentes días, y ¿dónde hacerlo mejor que en la soledad de un país extranjero? Sonrió y se despidió del equipo y de los empleados de su socio publicitario LaMaria.

—Gracias, Alejandro, ha sido un placer trabajar contigo —dijo la mujer en tono cariñoso. No parecía importarle el frío. Llevaba una blusa de escote pronunciado y una falda ajustada, y los pies calzados con unos brillantes zapatos de tacón. Era guapa y, en verdad, a Alejandro no le hubiera importado llevar la conversación a otro nivel.

En el pasado, podría haberlo alegrado. Pero en aquel momento carecía de la chispa que sacaba a su libido de la hibernación. No estaba interesado en ella, pero no quería ser grosero, así que sonrió.

—Ha sido un honor, querida… —«Dios mío, ¿cómo se llamaba?», pensó febrilmente y entonces recordó que ella se había presentado como María, Mary— querida Mary.

Su sonrisa se volvió un poco menos radiante, parecía haber notado que él había tardado más de la cuenta en recordar su nombre.

—Bueno, ¿en qué andas ahora, si no te importa que te pregunte? ¿Vuelves a Buenos Aires?

Intentó mantener su brillante fachada, pero lo último que quería hacer era informar a aquella mujer, responsable de las relaciones públicas de la marca, sobre el lugar al que viajaba. Pero tampoco podía meter la pata con ella. No le resultaría fácil, nunca se le había dado bien ser diplomático o reservado. Tampoco nunca había ocultado sus asuntos ni fingido que no existían.

Hoy la situación era diferente, no podía ni quería permitirse nada que diera lugar a ningún tipo de exposición. Había tenido demasiada en las últimas semanas, sobre todo titulares negativos.

—Viajaré a un lugar secreto —explicó con una sonrisa esperanzadamente seductora—. Voy a escribir mis memorias. —Dios, aquello sonó como si estuviera a punto de morder el polvo. Su vida aún no había terminado. Bueno, su vida como atleta profesional sí.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par.

—Eso es muy emocionante, ¿así que ahora también vas a ser escritor?

Ella pareció encontrarlo atractivo, porque se acercó un poco más. El aroma de su perfume, de una intensidad casi imperceptible, le llegó a la nariz y tuvo que contenerse para no sobresaltarse. En lugar de eso, asintió y se quedó exactamente donde estaba.

—Así es, ¿quién lo hubiera dicho? —Intentó sonreír.

Una mano femenina se apoyó en su brazo. Tenía las uñas largas y rojas, perfectamente cuidadas. Todo en ella era delicado e impecable. Excepto sus pechos, voluptuosos y, desde luego, poco naturales. Alejandro no se reconocía, porque lo que antes le había gustado ahora casi le repugnaba. Lo único que quería era conocer a gente de verdad. Gente de verdad. No como aquella relaciones públicas que se interesaba por su vida de famoso, ni como la mayoría de sus conocidos, que habían mostrado su verdadera cara —superficial y falsa— durante el escándalo.

—Me resulta extremadamente sexi cuando un hombre sabe usar el cerebro —dijo ella, y sus alarmas sonaron con fuerza. Tenía que marcharse cuanto antes.

—¿Por qué no me das tu número de teléfono y te llamo cuando haya terminado mi primer borrador?

«Nunca en trescientos años», pensó mientras mostraba su sonrisa más amable.

Ella jadeó de excitación.

—¿En serio? —Su voz había subido tres octavas.

Alejandro asintió. Conocía ese juego al dedillo, lo que no significaba que le gustara. Pero en su vida había tratado con mucha gente que no le caía bien y cuyas historias no le interesaban lo más mínimo. En cierto modo, se alegraba de que pronto ya no tuviera que contar con ellos. Por el momento, sin embargo, no podía permitirse tener más enemigos en su radar. Agradecía a LaMaria y, por tanto, también a ella, María, por seguir siéndole leal. Así que sacó un papel del bolsillo de su chaqueta y un bolígrafo.

—Sería un gran placer, ¿verdad?

Se lo entregó. Ella parpadeó, sus labios rojos se entreabrieron ligeramente para revelar una hilera de dientes rectos y de un blanco deslumbrante, cogió el papel y el bolígrafo y garabateó su número, dibujó un corazoncito al lado y escribió «María» debajo.

Definitivamente aquella mujer recibía instrucciones a menudo. Sintió un poco de lástima por ella, desde luego no era mala persona, pero no era con quien quería pasar la vida. Y algo más

estaba fuera de lugar para él. Había tenido suficiente sexo sin sentido como para provocarle un orgasmo, pero nada más. También le asustaba un poco que de repente —¿o por fin?— hubiese madurado. Su madre estaría encantada, y él se esforzaría por decírselo.

Volvió a coger la nota.

—Me encantaría charlar contigo, pero me llama el trabajo y tengo que irme.

Se despidió con dos besos, luego se dirigió a su coche de alquiler y arrancó a toda velocidad. Al cabo de unos kilómetros, se detuvo a un lado de la carretera, se quitó la chaqueta y la tiró en el asiento trasero. Por un momento consideró tirar simbólicamente el número de teléfono por la ventanilla. Luego pensó en el medioambiente y en que tal vez, en algún momento, podría necesitar sus datos de contacto. Sabía que eso no significaba que fuera a acostarse con ella. Alejandro subió el volumen de la música, sintiéndose mejor con cada kilómetro que conducía. Estaba deseando llegar a Escocia y disfrutar del tiempo libre que le esperaba. Por fin lejos, sin que nadie más que su familia y Nicolás supieran dónde estaba.

Sonó su teléfono, por suerte ya estaba conectado al sistema de manos libres.

—Hola, amigo mío —respondió al ver que era Kenneth.

—Alejandro, qué alegría escuchar tu voz. ¿Cómo estás?, ¿dónde estás?

Sonrió. Era gratificante que tuviera conocidos de confianza incluso en las remotas Tierras Altas.

—Voy de camino a Kiltarff, pero probablemente pase la noche en algún sitio.

—Siempre puedes dormir con nosotros, espero que lo sepas.

—Sí, lo sé, y te lo agradezco, pero no será necesario. Quiero ir de compras mañana y pasar la primera noche en Kiltarff, en mi nueva casa. Soy un poco supersticioso al respecto. —Tuvo que reírse.

—Como desees, amigo. Siempre serás bienvenido aquí. Pero te reunirás con nosotros mañana por la noche. Estamos organizando una pequeña cena, extraoficialmente, así que deja el esmoquin en el armario.

—¿Es que se celebra algo especial? —Pensó en un posible compromiso, porque había intuido que Kenneth estaba preparado para dar el siguiente paso.

—Sí, por supuesto.

—¿Sí?, ¿el qué?

—¡Tu llegada! —Kenneth se rio—. Alejandro, tengo que colgar, tenemos una reunión sobre la reforma. Conduce con cuidado y nos vemos mañana, ¿vale? Avísame cuando hayas llegado.

Kenneth colgó y Alejandro miró un poco confuso en dirección a la carretera. Esperaba que no

le dieran mucha importancia, porque no quería que lo presentaran como una superestrella del polo. Aunque dicho deporte no existiera en Kiltarff, dar a conocer su relevancia en ese mundillo cambiaría la forma en que la gente lo percibe. Quería tener la oportunidad de que lo trataran como a los demás, no como a una celebridad. Marcó el número de Kenneth, pero saltó el buzón de voz. Así que dejó un mensaje:

—Amigo, soy yo otra vez, Alejandro. Solo quería pedirte que la cena sea informal, quiero evitar a toda costa llamar demasiado la atención, ¿vale? No quiero que me presentes como una estrella del deporte, estoy buscando paz y tranquilidad en Escocia después del estrés de las últimas semanas. Espero que no te ofendas, pero esto es muy importante para mí. Si es posible, me gustaría mantener el anonimato; no sé si eso es necesario en Kiltarff. Ayuda, estoy diciendo tonterías, así que Kenneth, por favor, llámame.

Dio por terminada la conversación y se sintió estúpido, pero Kenneth seguramente entendería de qué estaba hablando. Respecto a ese tema, estaban más o menos en el mismo barco. Bueno, no del todo. Kenneth vivía recluido desde hacía algún tiempo y, afortunadamente, nunca se había visto sometido a semejante tormenta de mierda. Alejandro comprendía ahora por qué su amigo parecía tan sano y feliz. Era evidente que le sentaba bien vivir alejado del bullicio, sin todos los adornos del circo del polo y la alta sociedad.

* * *

Kendra había cerrado los ojos y echado la cabeza hacia atrás mientras Carly, la segunda peluquera de la tienda, le aclaraba el pelo. Hoy se había permitido el lujo de dejarse mimar.

En su caso, eso significaba recibir un rico tratamiento capilar y que le sanearan las puntas. Disfrutó del suave masaje mientras el agua caliente le corría por la cabeza.

—Dime, Flora, ¿es cierto que has vendido la mansión Keating ? — oyó preguntar Kendra a otra clienta.

—Sí, querida, así es. Esta mañana he estado en la notaría de Inverness. Encima el nuevo propietario paga el precio total de compra en efectivo.

Los párpados de Kendra seguían cerrados, pero no pudo evitar escuchar la conversación, quisiera o no. No le importaba si Kiltarff tenía uno o más ciudadanos nuevos.

—¿Qué te parece? —intervino la otra clienta, que se parecía mucho a Fenella Fraser, la de la carnicería.

—Bueno, el método de pago no importa, siempre que yo reciba mi comisión, por supuesto. Te lo aseguro, ¡esta noche abriré una botella de champán!

—Vaya, te felicito. Pero espero que no te plantees cerrar tu negocio por culpa de la riqueza.

Flora se rio con ganas.

—Quiero demasiado a mis clientas como para hacer eso, y un pequeño colchón financiero nunca hace daño a nadie, ¿verdad?

Kendra reprimió un suspiro. Una inyección inesperada de dinero también le vendría bien. Su peluquera, Carly, cerró el grifo y envolvió la cabeza de Kendra en una toalla seca después de escurrirle el pelo.

—Te digo —la voz de Flora se suavizó— que el nuevo amo es una auténtica belleza. Si tan solo tuviera veinte años menos y no estuviera casada…

Kendra reprimió una sonrisa, Flora era sencillamente divina. Expresaba sus pensamientos con total naturalidad, por eso era tan popular, pero también sabía cuándo callar. En cualquier caso, no era una cotilla notoria, los verdaderos secretos estaban a salvo con ella. Kendra tuvo que admitir que sentía cierta curiosidad por el futuro casero. Por supuesto que conocía la mansión Keating , aunque nunca hubiera puesto un pie en el venerable edificio. Los viejos muros llevaban varios años deshabitados. Era una historia similar a la de Kenneth y el castillo de Kiltarff, salvo que la de Kenneth había sido diferente: había regresado a su ciudad natal y allí había encontrado la felicidad. Obviamente, ese no era el caso del heredero de la familia, Matt Keating. Aunque si era feliz o no, solo él lo sabía. Era unos años mayor que Kendra, había pasado su juventud en costosos internados, de ahí se marchó a la universidad y nunca regresó porque se había peleado con su familia. A pesar de que Matt había ordenado modernizar la casa tras la muerte de sus padres, nunca había vuelto.

—Kendra, sígueme a la zona de corte —la apremió Carly, sacándola de sus pensamientos.

Cuando Kendra volvió a su asiento, miró a Carly en el espejo, que estaba de pie detrás de ella, peinándola.

—¿Crees que deberíamos probar algo con el color? —preguntó Kendra insegura. Quería un cambio, algo que la hiciera sentirse mejor.

Carly sacudió la cabeza, con las suaves ondas volando y su pelo color avellana brillando a la luz.

—Te lo desaconsejo totalmente. Tu color de pelo es tan especial y hermoso.

Kendra respiró hondo y reprimió una mueca.

—Sí, sí, lo sé, solo un dos por ciento de la población mundial es pelirroja y tiene pecas… Aun así.

Carly sonrió.

—¿Ves? Eres única. ¿Por qué no eres feliz?

—Creo que mi vida necesita un cambio. —Kendra hizo una mueca.

—Bueno, teñir no te lo aconsejo, tus pigmentos de color son extremadamente sensibles y hay

que tratarlos con cuidado. Podemos hacerte otro tipo de cambio de imagen. No tiene por qué ser necesariamente de color, puedo hacerte un corte recto con flequillo, por ejemplo. O algo más radical, como un corte pixie. Aunque creo que sería una pena, porque tienes unos rizos naturales preciosos. — Carly enarcó una ceja—. ¿No será que tienes problemas con los hombres? Normalmente los clientes quieren probar estilos nuevos cuando se han separado.

—No, no… —Kendra se rio—. Ningún hombre a la vista y, por tanto, ninguna separación.

—Dímelo a mí. Yo también estoy a dos velas… —Carly sonrió irónicamente, sacó el peine y siguió con el pelo de Kendra, luego hizo una pausa—. ¿Entonces cortamos solo las puntas o vamos con algo más radical?

Kendra inspiró y espiró. Si algo tenía claro es que el pelo corto no iba con ella.

—Solo las puntas —decidió resignada.

—Buena elección, puedo secártelo con el secador, un poco diferente de lo habitual, ¿sí? Y maquillarte un poco… Seguro que te sentirás mejor cuando salgas de aquí. Te lo prometo.

Kendra se encogió de hombros, insegura. Iba a cenar más tarde a casa de Kenneth y Ellie, y tanta preparación podría ser demasiado. No era de las que se maquillaban mucho, apenas un poco de delineador de ojos y máscara de pestañas.

—No sé. Quizá un maquillaje muy suave, algo natural.

Carly asintió con entusiasmo.

—No lo dudes, no te recomendaría otra cosa con una piel tan bonita. Te daremos un poco aquí y allá y quedarás espléndida.

—¿Podrías cubrir las pecas?

—¡No! —Abrió los ojos—. ¡Estás loca!

Kendra suspiró.

—Odio estas cosas.

Carly le puso las manos en los hombros.

—¿Tan mal estás hoy?

—No tienes ni idea.

—Oh, sí, querida. Algunos días es así. Déjame probar, si no te gusta, lo quitamos.

CAPÍTULO 5

Alejandro se detuvo frente a las ventanas del castillo de Kiltarff con un vaso en la mano y bebió un sorbo del mejor whisky escocés. El fuego crepitaba en la chimenea y creaba un ambiente acogedor. Le encantaba el olor a leña quemada y el suave calor que desprendía. Ellie estaba a su lado y acababa de contarle los avances de las obras. Llevaba un vestido hasta la rodilla y zapatos planos, con las mejillas sonrojadas de alegría y emoción. Bluebell, el restaurante que Ellie tenía en el antiguo cobertizo para botes, había cerrado ese mes para poder concentrar toda su energía en amueblar el hotel. Antes había visitado las habitaciones que ya estaban terminadas.

—Está quedando muy bien —elogió con toda la intención.

—Sí, así es. Pero es un ir y venir constante, siempre hay imprevistos. El calendario fue apretado desde el principio. No tengo ni idea de si podremos abrir en primavera, pero espero que sí.

—¿Has planeado ya algo concreto para la inauguración? —quiso saber.

Ellie se frotó la barbilla.

—Bueno, aún no hemos llegado a un acuerdo.

Kenneth estaba hablando con dos amigos, Colin y Stuart, a quienes había presentado a Alejandro hacía unos minutos.

—Lo siento, no quería ser indiscreto.

Ellie se rio.

—Oh, no, no es eso. —Ella cruzó una mirada con Kenneth, y Alejandro notó que el aire brillaba entre ellos. Era tan evidente lo mucho que se querían, tan hermoso de ver. Ellie continuó —: Quiero organizar una especie de baile, con invitados que también dormirán en el hotel.

Alejandro hizo una mueca.

—¿Y eso no le convence a Kenneth?

—No está muy dispuesto a utilizar sus contactos con fines profesionales.

Alejandro pudo entender un poco a ambos.

—Pero el hotel es de bastante categoría, ¿no? Sería la clientela adecuada.

Ellie asintió.

—Sí, es cierto. Solo tenemos unas pocas habitaciones, no funcionaría con el turismo de masas, y tampoco buscamos eso.

—Bueno, no puedes obligar a Kenneth, pero yo podría hablar con él —se ofreció—. Puedo entender que quiera separar su antigua vida de su nuevo negocio, pero quizá cambie de opinión.

—Oh, sí, sería estupendo —sonrió Ellie—. Ambos estamos atascados con el tema en este momento.

—Será un placer ayudar.

La criada acompañó a otros dos invitados a la habitación. Uno de ellos era Ava, a quien ya había conocido durante su visita; era la arquitecta de la reforma y también la novia de Colin. Alejandro se alegró de que la cena fuera con sus amigos más íntimos, así podría memorizar nombres y caras inmediatamente. Además, todos los invitados parecían muy simpáticos. Sus temores de que su supuesta condición de famoso diera lugar a escenas embarazosas eran infundados. Se sintió aliviado y, aunque llevaba poco tiempo allí, ya tenía la sensación de haber pasado unas largas vacaciones.

Una persona le resultaba vagamente familiar, pues su pelo rojo brillante eclipsaba a todos los presentes. Lo llevaba semirecogido, con algunos mechones enmarcando su rostro en forma de corazón y contrastando con su piel pálida e impecable. Se volvió hacia Alejandro como si sintiera que la miraba. Cuando sus ojos se encontraron, el mundo dejó de girar durante un segundo. Aquellos ojos verde esmeralda le habían perseguido en largas noches de insomnio; no había podido olvidarlos desde su primer encuentro. Pero hoy tenían un aspecto completamente distinto. El cambio era increíble. Casi espectacular. Las pecas eran la guinda del pastel de su belleza.

La boca boca de Alejandro se secó por completo. Tragó con fuerza y todo lo demás se desdibujó a su alrededor. Llevaba un vestido de encaje color crema que la hacía parecer inocente y sexi al mismo tiempo. Era hermosa, todo en ella era delicado y refinado. «Cielos», pensó, era la reencarnación de una diosa. Sabía que en Escocia había muchas historias en las que las criaturas míticas desempeñaban un papel importante; ahora tenía la impresión de estar contemplando a un hada de una de esas viejas leyendas.

¿Cómo podría haberse imaginado que vivía en la calle y se ganaba unos dólares en un bar? Recordó la última vez que se habían visto allí. Él le había dado una propina muy generosa porque pensó que le vendría bien el dinero. En lugar de darle las gracias, lo había mirado mal, como si la hubiera insultado. Alejandro sintió calor y reprimió el impulso de aflojarse el cuello de la camisa azul claro. Lentamente volvió al aquí y ahora y se dio cuenta de que Ellie les estaba haciendo señas para que se unieran a ella. La criada les sirvió una copa y se acercó a ellos.

Ellie sonrió.

—Ahí lo tienes. Alejandro, ya conoces a Ava. Y ella es Kendra MacKenzie, la dueña de La Linterna, un pub estupendo de la ciudad.

«Kendra», repitió en su cabeza. Un hermoso nombre que nunca antes había oído. Le sentaba

bien.

—Encantado de conocerla —dijo Alejandro. Su voz sonaba áspera. Se aclaró la garganta.

—Kendra, ¿puedo presentarte a Alejandro? Ha comprado la mansión Keating y se ha mudado hoy.

Sus ojos verde esmeralda se abrieron de par en par, parpadeó y lo miró sorprendida. Alejandro hubiera dado la mitad de su fortuna por saber lo que ocurría en su interior. Sus hermosos labios estaban entreabiertos y por un momento fantaseó con su sabor. Inspiró bruscamente y sus latidos se aceleraron.

Inapropiada. Su reacción ante esta fascinante mujer fue totalmente inapropiada.

Y entonces ella sonrió, haciendo que su corazón diera un vuelco.

—Encantada de conocerlo.

Casi había olvidado lo melodiosa que sonaba su voz.

—Lo mismo digo —respondió.

—Ellie, sé que no son horas de hablar de trabajo, pero, ¿puedo hacerte una pregunta rápida? —rogó Ava a su anfitriona.

—Por supuesto, no hay problema. Disculpadnos un momento — anunció a Kendra y Alejandro, y luego los dejó allí de pie.

Kendra dio un sorbo a su whisky. Él encontraba increíblemente sexi este gesto. Las mujeres que conocía hacían muecas al probar algo que no fuera champán o vino caro. Ella, en cambio, parecía apreciar el sabor ahumado y con cuerpo.

—Interesante —murmuró él, y ella ladeó ligeramente la cabeza, sin darse cuenta de lo que quería decir. Claro que no, ni siquiera se había dado cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz alta.

—¿Te parece bien que nos tuteemos? —Ella sonaba un poco insegura, él quiso quitarle la incertidumbre y le sonrió.

—Sí, claro. No somos tan viejos, ¿verdad? —Sonrió de vuelta, recordando que, teóricamente, él ya era pensionista. Más o menos. Reprimió una mueca ante sus absurdos pensamientos. ¿Cuántos años podía tener? Era difícil saberlo. Por un lado, irradiaba juventud e inocencia, por otro, parecía sabia y conocedora del mundo. Quería conocerla mejor, saber todo sobre ella. Apenas se reconocía a sí mismo; normalmente no reaccionaba con tanta intensidad ante los nuevos conocidos. Quizá fuera porque Kendra era tan especial, tan diferente… No tenía ni idea, pero no podía ni quería negar que le fascinaba. Se habían encontrado tres veces hasta el momento y cada vez había visto un lado completamente distinto de ella, un lado que le parecía encantador.

Kendra echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada.

—No, la verdad es que no.

Vio el pulso palpitante en su cuello y quiso apretar sus labios contra los de él.

«Contrólate», se dijo en silencio y se apresuró a beber un sorbo de whisky. El ardor que sentía en la garganta y el estómago era confortante, pero solo le distraía del hecho de que le palpitaban las entrañas. Sí, era lujuria lo que corría por sus venas, pero era algo más que deseo sexual. No solo quería explorar su cuerpo, quería saberlo todo sobre ella: lo que la hacía vibrar, lo que la convertía en la persona que era hoy.

—¿Todas las damas escocesas beben whisky? —preguntó finalmente, porque no sabía de qué otra forma empezar la conversación. Los nervios se apoderaban de él.

—En primer lugar, no soy una dama. —Las comisuras de sus labios se crisparon traicioneramente—. En segundo lugar, no lo sé. Pero ahora entiendo por qué reaccionaste de forma tan extraña el otro día cuando te ofrecí un plato vegetariano. Es de suponer que todos los argentinos coméis solo filetes, ¿no? —Guiñó un ojo.

Ajá, Kendra se estaba burlando de él, cosa que le pareció refrescante. Estaba acostumbrado a que la gente lo mirara con asombro o, más recientemente, con repugnancia.

—Ya veo —dijo encogiéndose de hombros, y también tuvo que reírse—. Lo siento, no pretendía ofenderte generalizando con que todas las escocesas son así o asá.

Kendra lo ignoró.

—Oh, no, no pasa nada. Debo reconocer que estoy acostumbrada a los estereotipos. Quiero decir, mírame, pelo rojo y pecas… —Puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza—. Lo único peor son las preguntas sobre si realmente las escocesas no llevan nada bajo la falda.

En cuanto se percató de la ambigüedad a la que se prestaba su última frase se avergonzó un poco de no haber dicho algo más adecuado.

—Así que lo más probable es que no vivas en tu furgoneta…

Mientras pronunciaba las palabras, Alejandro sintió un calor terrible. Otra cosa que había entendido completamente mal.

Kendra se quedó con la boca abierta.

—¿Pensabas que… que era una vagabunda?

Sacudió la cabeza.

—Soy bastante estúpido —explicó con una sonrisa irónica—. Pero, ¿qué demonios hacías sola ahí fuera? ¿Te estabas escondiendo de alguien?

Kendra enarcó una ceja y volvió a sonreír.

—No, en absoluto. Pero necesitaba un poco de tiempo para mí, tenía muchas ganas de ver las auroras boreales aquella noche, a veces se puede en invierno, si el cielo nocturno está despejado. Pero me las perdí.

La observó con fascinación y se preguntó si tendría novio. Quizá se habían peleado y ella se había marchado por eso… Alejandro tuvo que admitir que no le gustaba nada la idea. Le preguntaría discretamente a Kenneth si vivía con alguien o tenía pareja.

—Vaya, suena muy bien lo de las auroras boreales, y el mirador era realmente único —intentó mantener la conversación sin soltar más tonterías.

Ella se encogió de hombros.

—Sí, pero, por favor, no se lo digas a nadie. No queremos que un grupo de campistas arme jaleo de repente y esparza su basura por ahí. Por desgracia, eso ocurre a menudo.

Se había acercado y hablaba casi en un susurro, mientras sus ojos brillaban divertidos. El aroma de un delicado perfume le llegó a la nariz y confundió sus sentidos. Habría sido tan fácil inclinarse y enterrar la cara en su pelo. Quería sentir su piel, explorarla. Sorprendido por la intensidad de su deseo, tragó saliva y se frotó la barbilla sin afeitar.

—Seré una tumba —respondió bromeando, y vació el resto de su vaso. Tras el primer sorbo, se sintió extrañamente reanimado… ¿Sería el alcohol? No, claro que no, ni siquiera podía autoconvencerse de ello. Kendra le gustaba, eso estaba claro. Al mismo tiempo, sabía que no podía lanzarse a tener una aventura, incluso si ella estaba interesada en él. Quería encontrar su lugar en Escocia y no crearse nuevos problemas. Kenneth y Ellie no querrían que empezara algo con una chica cuando se marchaba dentro de unos meses. Eso solo complicaría las cosas, y él quería y necesitaba evitarlo.

Era extraño que Kendra fuera la primera mujer en semanas que despertaba su deseo sexual. Ahogó una maldición. No podía ceder a ese deseo bajo ninguna circunstancia, de lo contrario, podría volver a hacer las maletas antes de lo que le hubiera gustado, y la lista de personas que lo despreciaban se alargaría aún más. Sin olvidar que Alejandro no buscaba una aventura, ni siquiera una relación; primero tenía que poner su vida en orden.

Iba a decir algo cuando Kendra le presentó a otra amiga que acababa de llegar.

—Maisie tiene una librería y una cafetería.

Alejandro miraba hipnotizado los labios de Kendra y apenas oía las palabras que decía sobre su amiga.

«Ahora contrólate». Se obligó a concentrarse en Maisie y sonrió a la recién llegada. La librera se mostraba simpática, pero bastante tímida. Llevaba el pelo rubio ceniza recogido en un moño y tenía unos preciosos ojos castaños. Parecía la clase de persona con la que puedes contar para lo que sea.

—¿Y ahora quieres vivir aquí? —preguntó Maisie—. La mansión Keating es enorme.

Kendra estaba a su lado y sentía sus ojos clavados en él, pero él estaba concentrado en Maisie, o al menos intentaba estarlo.

—Bueno, de momento voy a quedarme aquí. Necesito algo de tiempo para mí. Y paz y tranquilidad; espero poder encontrar ambas. Y sí, la finca es enorme, eso es cierto. Rezo por no perderme cuando vuelva. —Pretendía parecer una broma, pero había algo de verdad en ello. La mansión Keating tenía demasiadas habitaciones para él solo, pero era preciosa y por eso la había comprado. No tenía por qué conservarla para siempre.

Maisie se rio entre dientes.

—Sí, paz y tranquilidad seguro. Aquí tampoco pasa gran cosa, así que estoy segura de que no sufrirás demasiado ajetreo. ¿Vives en Argentina? Ellie también mencionó eso.

Sus mejillas se sonrojaron, como si se sintiera incómoda al preguntar tan directamente.

Asintió, esperando que Ellie se hubiera guardado ciertos detalles. Por otra parte… Cuando tecleó su nombre en un buscador, obtuvo miles de resultados. Pero ni Kendra ni Maisie parecían haber hecho una «investigación» exhaustiva sobre él, de lo contrario no estarían siendo tan imparciales, estaba seguro.

—Sí, tengo un piso en Buenos Aires, pero en este momento era demasiado para mí. Tenía que salir después de haber terminado recientemente mi carrera activa en el polo. Necesito reorientarme. — No quería contar su dolorosa historia, pero estos detalles eran inofensivos. Al mismo tiempo, buscaba un cambio de tema porque no quería hablar de sí mismo. También le incomodaba revelar que tenía suficiente dinero como para comprar una vieja mansión solo porque ya no quería vivir en Buenos Aires. No le agradaba que le definieran por su riqueza, y tampoco tener que justificarla. Afortunadamente, Kenneth se unió a ellos en ese momento.

—Señoritas, ¿puedo robarles a Alejandro un momento? —Le brillaron los ojos, su amigo parecía realmente contento. Se alegró por él.

Las dos mujeres se rieron y dijeron:

—Por supuesto, adelante.

Kenneth le pasó un brazo por el hombro y lo condujo unos metros más allá. Había varios whiskys sobre una mesa y se sirvió otro trago a Alejandro y a sí mismo. Cuando dejó la botella y le entregó el vaso a Alejandro, Kenneth parecía un poco inquieto, casi nervioso.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber Alejandro. Se le hizo un nudo en el estómago.

Kenneth se pasó una mano por el pelo.

—Yo… Bueno, ni siquiera sé cómo empezar.

Alejandro se puso tenso. La ligereza que acababa de sentir se había evaporado de repente y su tono cambió a uno desagradable.

—Escúpelo ya, sea lo que sea.

Kenneth engulló su bebida, siseó y luego siguió balbuceando.

—Quiero declararme a Ellie y quería preguntarte algo.

Alejandro casi escupe su whisky, tragó y reprimió una tos.

—¿Sí?

Luego respiró aliviado; el hecho de que no se tratara de él, sino de Kenneth y Ellie, lo relajó de inmediato. Le gustaría ayudarlos, aunque no tenía ni idea de qué papel podía desempeñar en una proposición de matrimonio. Alejandro no era precisamente un experto en hacer de Cupido para otros, aunque eso ya no era necesario en este caso. Tenía curiosidad por saber qué quería Kenneth de él.

—Cuando te visité esta tarde en Keating Manor, me fijé en esos dos preciosos carruajes debajo de la cochera. Me encantaría que me prestaras uno…

—Por supuesto, cuando quieras, pero primero tenemos que comprobar su estado. ¿Y los caballos? ¿Has pensado en eso?

Kenneth sonrió.

—Puedo arreglármelas. No son polo argentinos, pero puedo pedir prestados buenos caballos de tiro a un amigo.

—Genial, suena emocionante. ¿No echas de menos montar a caballo? —Alejandro dio un sorbo a su whisky.

Kenneth respiró hondo.

—Sí, lo echo de menos. Pero el último año ha sido una montaña rusa para mí. Primero la muerte de mi padre y todo lo que eso conllevó, luego conocí a Ellie… y quería pasar cada minuto con ella. Y ahora la reforma del hotel, que aún no hemos terminado. Pero ahora que lo mencionas, sí, siento un hormigueo por todas partes. Echo mucho de menos montar a caballo, aunque no sé cómo reaccionaría a eso mi hombro vago.

Alejandro conocía la grave lesión de Kenneth, la cual puso fin a su carrera. Una dolorosa despedida que, a diferencia de la suya, él mismo había elegido.

—No hace falta que juegues al polo… —murmuró Alejandro.

—Así es. —Kenneth sonrió y parecía completamente relajado y a gusto. Alejandro nunca había visto a su amigo tan equilibrado y feliz, ni siquiera en sus mejores tiempos deportivos.

—Yo sí echo mucho de menos trabajar con los animales, pero me pregunto si mis caballos soportarían el clima de aquí.

—¿Estás considerando la idea de traer a tus ejemplares a Kiltarff? Eso es apasionante.

—Bueno, eso es adelantarse mucho a los acontecimientos. Además, el establo está en unas condiciones lamentables, lo que lo hace imposible.

—Sí, lo he visto. Hay que hacerle unos cuantos arreglos para poder volver a utilizarlo.

—Definitivamente, mis caballos no son el problema. Mañana echaremos un vistazo a los carruajes y veremos si puedes utilizar uno de ellos sin romperlo. —Le dio una palmada en el hombro a Kenneth, con suavidad, por supuesto—. No conocía ese lado romántico tuyo. Me alegro.

Kenneth hizo una mueca y luego se rio.

—Yo tampoco. Yo tampoco. —Frunció los labios—. Las cosas que uno hace por amor… Sé que Ellie es una romántica y quiero que recuerde esta proposición para siempre como uno de los mejores momentos de su vida. Así que no soy una causa perdida, ¿verdad?

Era reconfortante ver lo feliz que era Kenneth con Ellie. No parecían encajar a primera vista debido a sus orígenes y, por lo que él sabía, no habían tenido un comienzo fácil. Ella se había colado en su casa como criada porque quería alquilar el cobertizo para botes, mientras que Kenneth, el conde de Glencairn, había vivido como un ermitaño y nunca había dejado que nadie se le acercara. Y entonces cayó la flecha de Cupido. Kenneth se despojó de gran parte de su rigidez aristocrática, mientras que Ellie hizo un esfuerzo por adaptarse al papel de señora del castillo. Era estupendo verlo, aunque Alejandro sabía que no todo el mundo podía tener una historia de amor tan singular como esta. Desde luego, él no la buscaba. Lo único que quería era volver a encontrar su paz interior.

Kendra se alegró de que Alejandro —le encantaba el sonido de su nombre en su cabeza— estuviera sentado al otro extremo de la mesa mientras la criada, Molly, servía la comida que Ellie había preparado. El apuesto argentino la ponía nerviosa incluso desde la distancia. Ni en sus sueños más salvajes había esperado que fuera el ominoso amigo del que Ellie le había hablado cuando le había cursado la invitación para la velada. «Esto no es una señal», se dijo a sí misma. Alejandro no era el hombre de su vida, aunque le parecía condenadamente atractivo. Su pelo negro, demasiado largo y rizado, la invitaba a meter las manos en él y despeinarlo. Dios, tuvo que controlarse para no babear. Maisie le dio un codazo en el costado.

—¿Qué te pasa? —susurró.

Kendra apartó por fin la mirada del fogoso argentino.

—Eh, nada de nada. Solo estaba pensando.

—Mientes, pillina. Se te escapó un suspiro cuando viste a Alejandro. Te gusta.

Kendra cerró los ojos brevemente y se volvió hacia su amiga. En voz lo bastante baja para que nadie pudiera oírla, confesó:

—Te equivocas, pero en serio, ¿quién no pensaría que está superbueno?

Maisie asintió.

—¿Verdad?, aunque yo soy más del otro tipo.

Ahora Kendra tenía que reírse. En cierto modo eran parecidas, salvo que Maisie esperaba una versión moderna del señor Darcy, mientras que Kendra no tenía ideas tan concretas de cómo quería que fuera su príncipe azul. Maisie era la mayor fan de Jane Austen que Kendra había conocido nunca. Su pequeña obsesión la había llevado a abrir la librería y el café. Tenía una colección considerable de libros de Austen en su piso, que había traído de todos los rincones del mundo. El mismo libro en distintos idiomas y versiones, pero ¿no tenían todos sus peculiaridades? Maisie no era la única que soñaba con el amor, pero su media naranja tenía que cumplir ciertos requisitos, y probablemente por eso seguía soltera. Un poco como Kendra. Reprimió otro suspiro.

—¿Qué estáis susurrando? —Stuart se unió a la conversación.

—Cosas de mujeres —explicó Maisie asintiendo con la cabeza—. ¿Cómo va el negocio en el taller?

Stuart cortó un trozo de carne y lo pinchó con el tenedor.

—No puedo quejarme, la gente vuelve satisfecha. También tuve que reparar unos cuantos coches destrozados durante el invierno, se gana mucho dinero con la carrocería.

—Eso es estupendo —dijo Kendra, contenta de que la crisis no tuviera repercusiones negativas para todos.

Dio un sorbo a su vino y volvió a mirar en dirección a Alejandro. Inspiró al encontrarse con su mirada, que se posó en ella. Sus ojos oscuros la atravesaron. Su corazón se aceleró involuntariamente, jadeó y el oxígeno de la habitación pareció evaporarse. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro cuando el argentino se llevó la copa a los labios y bebió. Ella lo contempló sorber. Dios, nunca había pensado que algo tan mundano pudiera ser tan cautivador. Sentía la garganta seca como el desierto y no podía moverse. Ni siquiera quería hacerlo.

¿Lo percibía él también? Ese vínculo invisible que los conectaba. Ellie habló con Alejandro y él rompió el contacto visual.

«Despierta», pensó Kendra y se bebió el vaso de agua de un trago. Tenía un calor increíble. Quería coger la servilleta y abanicarse. Era imposible que sintiera lo mismo que ella, ¿no? Ella misma pensaba que sus reacciones físicas eran completamente exageradas, pero no podía evitarlo. Nunca había experimentado nada parecido, pero temía estar imaginándoselo todo

porque lo deseaba tanto. No confiaba en sí misma.

Cuando se sirvió el postre —Ellie había desaparecido un momento en la cocina—, todos suspiraron extasiados cuando vieron llegar una tarta de lava con chocolate líquido.

Kendra había tenido cuidado de no beber demasiado vino tinto, tenía que mantener sus sentidos bajo control. No quería abalanzarse sobre Alejandro cuando estuviera achispada; podría haberlo hecho, por la forma en que reaccionaba a las hormonas. Luego, cogió la cuchara con la mano y la hundió en el pastel. Olía bien y, aunque ya no tenía hambre, lo saboreó. Sintió un hormigueo en la nuca.

Mientras se llevaba un pedazo a la boca, miró a Alejandro al otro lado de la mesa. Sus pupilas se dilataron al verla comer el postre. Su abdomen se tensó de deseo. Nunca le había parecido sensual comer nada. Hasta hoy. De repente se sintió genial, le gustó sentirse deseada. Quizá estaba borracha después de todo. Fuera lo que fuese, solo quería ver este momento como lo que era: un cambio bienvenido en su aburrida vida. Aunque todo fuera producto de su imaginación, seguía siendo agradable. Quizá había malinterpretado su mirada, pero esa noche fingiría que él la encontraba tan atractiva como ella a él.

Después del café, el grupo se dispersó y Kendra decidió irse a casa. Al día siguiente podría dormir hasta tarde —una ventaja de regentar un pub—, pero no quería dar la impresión de estar esperando algo. O a alguien.

Cuando salió al aire fresco de la noche un poco más tarde, envuelta en su chaqueta de invierno, respiró hondo. Sus mejillas brillaban, estaba emocionada. Kendra se sentía genial, tan viva.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —sugirió Stuart. Maisie ya se había marchado con Ava y Colin.

—No, no te molestes, conozco el camino —bromeó.

—Vale, nos vemos dentro de unos días. —Stuart le dio una palmada en el hombro y se marchó en su propia dirección. Kendra paseó por los terrenos del castillo; era una noche tranquila, sin viento y estrellada. La luna brillaba sobre ellos, difundiendo una luz plateada que se reflejaba en el lago Ness. La grava crujía bajo sus finas suelas de cuero. Aunque sentía frío, lo ignoró. En secreto, deseaba que alguien la llamara y le pidiera que esperara. Alguien no. Él.

Pero no pasó nada… Claro que no pasó nada. Hizo una mueca. Eso sería demasiado bueno. Demasiado de cuento de hadas. Demasiado irreal.

Y aun así…

Kendra suspiró y se fue a casa. Entró en el piso de su abuela por la puerta de su apartamento. Cuando se hubo quitado los zapatos y la chaqueta, se dio cuenta de la sed que tenía. Necesitaba urgentemente un vaso de agua, así que se deslizó por el pasillo hasta el salón de sus padres. Las luces del salón y de la cocina seguían encendidas. Estaba a punto de decirles que había vuelto y desearles buenas noches cuando oyó fragmentos de conversación que la sobresaltaron hasta la

médula.

—Todo parece tan inútil… —reconoció la voz de su madre—, sin futuro.

Kendra no podía oír lo que venía a continuación, pero tampoco quería acercarse demasiado. Cerró los ojos y apoyó la frente en la pared.

—Tiene que llevar su propia vida —oyó decir a su padre con un fuerte suspiro.

—No debería seguir viviendo en casa a los treinta y tantos años.

A Kendra se le escapó una lágrima. Sí, ella misma se daba cuenta de eso, pero la perspectiva de vivir sola en una caja de zapatos en alguna parte —porque no podía permitirse otra cosa— no era mejor.

—¿Cómo vamos a enseñarle que ya es hora de cuidar de sí misma? —preguntó ahora su padre.

Kendra quería gritar que no se trataba de ella, sino de sus padres. Pero incluso ella los comprendía un poco. Sabía que querían retirarse para poder disfrutar juntos de su jubilación y no seguir trabajando en el pub.

—Quizá deberíamos cerrar La Linterna —sugirió su madre, y Kendra soltó un silbido.

¡No! Le encantaba La Linterna. No podían hacer eso. La idea de cerrarlo conmocionó tanto a Kendra que se tambaleó. Literalmente el suelo se movió bajo sus pies.

—No tomemos esa decisión ahora, cariño. Aún nos va bien. Esperemos al verano.

Así, su padre había conseguido un aplazamiento. No sabía si debía alegrarse por ello o no. El hecho de que decidieran por encima de ella no era justo. Sabía que lo hacían por su bien, pero le ofendía profundamente que sus padres ni siquiera le hubieran preguntado qué pensaba ella de todo aquello.

Kendra salió de la habitación lo más silenciosamente posible y cerró la puerta de conexión con un suave chasquido. Se tiró en la cama y apretó la cara contra la almohada. Quería gritar, quería llorar, pero no le salía nada. Estaba congelada. Por fin se incorporó y abrió el cajón de la mesilla de noche. Sacó un álbum de fotos, se sentó con las piernas cruzadas, lo hojeó lentamente y gimió.

—Oh, Libby —murmuró, acariciando con la punta de los dedos la vieja foto, que estaba protegida bajo una lámina de plástico. Estaba sentada en una roca junto al lago Ness con su hermana pequeña, riéndose de la cámara. Todo iba bien entonces. Libby tenía el mismo pelo rojo brillante que ella y, sin embargo, era muy diferente. Libby había sido mucho más inteligente, había conseguido todo lo que se había propuesto. Nunca había albergado las dudas que siempre habían acompañado a Kendra. Era tan injusto que Libby hubiera enfermado. Cuántas veces Kendra había mirado al cielo y rezado para que su hermana saliera adelante… Nunca obtuvo respuesta a sus plegarias. Ahora estaba sola y la echaba de menos cada día.

Volvió a moquear y una lágrima rodó por el rabillo del ojo. Kendra pensó en sus padres; sabía que solo tenían buenas intenciones para ella. Querían un futuro para su hija en el que no tuviera que trabajar hasta tarde en el pub, como habían hecho ellos toda su vida. Pero a Kendra le encantaba el negocio tradicional que había pertenecido a la familia durante generaciones. Había sobrevivido a guerras y crisis graves, así que desde luego no podía acabar así. Su desesperación era grande, temblaba por dentro, pero por fuera estaba completamente tranquila. Probablemente nadie se daría cuenta de lo mal que se sentía, y eso era bueno. No quería que la compadecieran. Kendra había practicado durante años la ocultación de sus verdaderos sentimientos. Había sido necesario, porque sus padres ya tenían bastante de qué preocuparse con la enfermedad de Libby y, tras su muerte, era tarea de Kendra animar a sus padres y apoyarlos en su dolor.

Sin embargo, le resultaba difícil, cada vez le costaba más tener que resolverlo todo consigo misma. Donde había pasado un rato animado y feliz durante la cena en el castillo, ahora solo encontraba soledad. Se sentía vacía y agotada.

CAPÍTULO 6



La oscuridad le miraba desde todos los ángulos. Alejandro se tumbó en el enorme colchón del dormitorio principal y miró al techo. Las pesadas cortinas de terciopelo no estaban completamente corridas, un tenue resplandor de luz de luna caía sobre el parqué. Olía raro, todo parecía distinto. No esperaba sentirse como en casa de inmediato; estaba acostumbrado a viajar y dormir en diferentes camas. Pero los ruidos desconocidos de la casa desierta le impedían conciliar el sueño, aunque estaba agotado. El hecho de sentirse como un intruso en su nuevo hogar le incomodaba aún más.

Por desgracia, ya había sufrido insomnio en Argentina, pero esperaba que eso cambiara allí. Probablemente estaba pidiendo demasiado. También tenía el estómago lleno y había bebido más alcohol de lo habitual, algo a lo que no estaba acostumbrado. Pensó en las últimas horas y se relajó un poco. La velada había sido estupenda y la había disfrutado al máximo, y no solo porque había tenido una vista excelente de la hermosa Kendra desde su lado de la mesa.

Se lo había pasado muy bien. Los amigos de la pareja eran todos simpáticos, pero en aquel momento se dio cuenta de una cosa muy clara: seguía estando solo. Había sido estúpido por su parte pensar que podría dejar atrás sus problemas con un cambio de aires.

Alejandro suspiró, apartó el grueso edredón y sacó las piernas de la cama. Llevaba un pantalón de pijama y una camiseta, pero enseguida sintió frío.

«Cobarde», pasó por su mente, y entonces no se puso nada. Sin embargo, se calzó unas zapatillas que estaban tiradas en un rincón y salió de su nuevo dormitorio. Encendió la luz del pasillo y bajó a la cocina. Allí también buscó a tientas el interruptor y encendió la luz. Percibía un olor desconocido a madera vieja. La casa estaba fresca y silenciosa. «Deshabitada», pensó.

Alejandro se frotó la frente con la mano y se preguntó qué le había llevado a comprar aquellos muros. Durante el día resultaba un poco espeluznante deambular entre muebles ajenos, pero, por la noche, esa sensación se intensificaba aún más y alimentaba su inquietud interior. Sobre el suelo de baldosas blancas y negras había una extensa mesa con doce sillas donde solía cenar el personal. Tenía innumerables abolladuras y golpes y había sido lijada con el paso de los años. Toda una hilera de ollas, sartenes y utensilios de cocina de hierro colgaban de la larga pared, encima de la encimera. Había una gran cocina con seis fuegos que parecía bastante anticuada. No tenía ni idea de cómo funcionaba una cocina rural como esta.

—Supongo que necesitaré cerillas —murmuró consternado. Al menos el frigorífico parecía nuevo, con las superficies de acero inoxidable relucientes, pero no necesitó abrirlo para darse cuenta de que estaba vacío. Kenneth le había sugerido que contratara a alguien para que le ayudara con las tareas cotidianas: la compra, la limpieza, la colada, el orden…

En Buenos Aires, Alejandro tenía una criada que lo cuidaba dos veces por semana, pero allí, en Escocia, lo que realmente quería era apreciar la soledad por el momento. Quizá tuviera que renunciar a la idea, pero, por otra parte, no se sentiría más cómodo allí solo porque alguien pasara a su lado con un plumero. Sonrió, de algún modo la idea le parecía divertida, aunque era consciente de que no conocería a otra Ellie, tal y como probablemente pensaba Kenneth, porque así era como había conocido él a su actual pareja.

Alejandro no quería novia ni que le tendieran una trampa. Solo quería paz y tranquilidad, pero era evidente que no podía soportarlo, de lo contrario no estaría aquí de pie.

—Mierda —gimió y salió de la cocina. Fue a parar al estudio, que estaba conectado a la biblioteca por una puerta doble. Encendió únicamente la lámpara del escritorio, que proporcionaba una luz suave. Sobre la chimenea colgaba una pintura al óleo, que por fortuna no era un retrato. El resto de la habitación era oscura y olía a polvo y a una época pasada que ni conocía ni le importaba. El ambiente estaba cargado de un sentimiento lúgubre, lo que se veía acentuado por las largas sombras.

—Dios mío —refunfuñó, molesto consigo mismo—. Ahora ya sueno como mi madre.

Ella era supersticiosa, sobre todo cuando se trataba de lo sobrenatural, aunque era católica estricta. Alejandro nunca había reparado en ello, no creía en esas cosas. Y, sin embargo, ahora se preguntaba en qué silla estaba sentado y por qué le parecía que estaba en el lugar equivocado, como si otra persona tuviera que sentarse allí en vez de él.

Abrió el cajón superior del escritorio y no se sorprendió al ver que no estaba vacío. En general, la casa parecía limpia y desocupada, pero aún llena de secretos esperando a ser descubiertos. Al día siguiente averiguaría quién era la persona que le había vendido la villa. Había coincidido brevemente con Matthew Keating en la notaría, pero no habían hablado más allá de las formalidades. Flora no había mencionado nada acerca de que el lugar estuviera encantado, y no parecía estarlo. Y aunque lo estuviera, él no tenía miedo de los fantasmas o como se llamaran. No estaba loco y tampoco pensaba mucho en los espíritus.

Así que cerró el cajón y sacó su ordenador portátil de la mochila, que ya había colocado allí. Alejandro quería escribir sus memorias en ese escritorio, era el lugar perfecto para ello. Allí

podía pensar, sentarse cómodamente y deleitarse con la exquisita decoración del estudio. Además, Flora se había asegurado de que el wifi funcionara. Alejandro prendió la pantalla del ordenador, introdujo su contraseña y abrió el navegador de Internet. En lugar de consultar los medios de comunicación, buscó caballos. Se le hizo un nudo en el estómago y sintió un hormigueo. Sí, tendría que hacer algo con el establo para poder volver a montar. Eso le ayudaría y le distraería. Si estaba cansado físicamente, no tendría que pasar noches en vela por cavilaciones inútiles.

A la hora de comer, Kendra seguía de mal humor. Se sentó en La Linterna y se sirvió una taza de earl grey. Había evitado a sus padres toda la mañana porque no quería que supieran que había escuchado su conversación involuntariamente. Además, no sabía cómo reaccionar ante las decisiones que tomaron. Saber que ahora había un indulto no oficial para La Linterna la estaba matando. Aceptaría todo menos eso; el pub significaba mucho para ella. Si abordaba el tema con sus padres, temía que acabara en una gran pelea; Kendra ya estaba a punto de perder los nervios.

—¿Estás bien? —oyó la voz de Ava a su lado, que sostenía el móvil de Kendra porque quería ayudarla a configurar su cuenta de Instagram.

Mierda, Kendra estaba completamente ensimismada y se había olvidado de la presencia de Ava. El calor se disparó en sus mejillas. Kendra se esforzó por sonreír.

—Sí, sí, claro, lo siento, estaba distraída.

Se sacudió ligeramente, como si pudiera deshacerse de todo lo que la molestaba. Era un pensamiento estúpido, por supuesto, pero no sirvió de nada.

La preocupación con que Ava la miró no hizo más que aumentar su inquietud.

—Parece como si hubieras visto un fantasma.

Kendra se rio. Por desgracia, sonó artificial y demasiado aguda.

—Es que he dormido mal y estoy cansada.

La expresión de Ava dejó claro que no se creía ni una palabra de lo que decía Kendra, pero en lugar de interrogarla más, sonrió animándola.

—Lo solucionaremos, Colin me ha dicho lo importante que es para ti este premio del pub.

Kendra exhaló, contenta de que Ava pensara que esa era la cuestión.

—Sí, sí, para mí es importante que a La Linterna le vaya bien, aunque sinceramente no tengo ni idea de cómo voy a conseguir tantos seguidores en tan poco tiempo. No quiero hacer trampas.

Kendra había averiguado que se podían comprar seguidores por poco dinero, pero decidió no

hacerlo; no creía en la competencia desleal. Y los seguidores falsos tampoco le servirían de nada.

—Me parece bien, y con los hashtags adecuados, seguro que llegarás a mucha gente en cuestión de días. —Sonrió y volvió a centrar su atención en el teléfono móvil—. Bien, ya hemos creado la cuenta. He introducido todo en el aviso legal, la dirección de correo electrónico y demás. ¿Y la página web?

—Eeeh… —Kendra frunció los labios—. Eso lo haré yo misma, pero todavía no me he decidido por un proveedor, hay varios que parecen fáciles de montar con un sistema modular. ¿Tienes alguna recomendación?

Ava se rascó la cabeza.

—Todo depende de las habilidades técnicas de cada uno.

Kendra era bastante inexperta en ello, de lo contrario habría creado una hace mucho tiempo…

—Bueno —balbuceó.

Obviamente, Ava lo comprendió.

—Ya nos ocuparemos de eso, una cosa a la vez. Cuenta con mi ayuda. Pero olvidémonos de la página web por ahora y centrémonos en la página de fanes de Facebook.

—Agradezco mucho tu ayuda, sobre todo sabiendo lo estresada que estás ya.

Ava sonrió y señaló el plato vacío del que antes había comido pescado y patatas fritas.

—A barriga llena, corazón contento. O al menos eso dice el refrán. Rara vez almuerzo tan bien, aunque en realidad no puedo quejarme. Siempre puedo coger algo de la cocina del castillo, pero en un día estresante de trabajo suelo limitarme a comer chocolatinas y galletas… Hasta que por la tarde me doy cuenta de que estoy empachada de azúcar o hambrienta. Créeme, Kendra, me haces un favor dejándome ayudarte con tus redes sociales y el sitio web de vez en cuando. No es ninguna molestia para mí.

Kendra sonrió y una cálida sensación se extendió por su estómago.

—Sin duda te estoy muy agradecida por ello.

—Lo sé, pero no tienes por qué, cariño. Disfruto mucho haciendo esto. Y ahora dime, ¿qué te parece Alejandro, el amigo de Kenneth?

Kendra sintió que se acaloraba. ¿A qué venía ese cambio de tema tan repentino? No tenía ni idea, pero sabía una cosa: con su piel blanca, por desgracia, no ocultaba ningún sentimiento. Por supuesto que se estaba sonrojando.

—¿Por qué? —preguntó mientras su corazón traidor latía más deprisa. Cogió la taza de té y dio un sorbo.

—Porque tiene ocho millones de seguidores. Seguro que eso también puede ayudarte un poco…

Kendra escupió el té formando un gran arco y empezó a toser. ¿Ocho millones?

Ava saltó a un lado y se agachó. Por desgracia, fue demasiado lenta. El líquido la alcanzó. Kendra se sintió terriblemente incómoda. Aún sin aliento, corrió hacia la encimera y cogió varias servilletas y paños para limpiar el desastre.

—Dios, lo siento mucho —balbuceó Kendra, evitando mirar a Ava. Estaba demasiado avergonzada. Por el rabillo del ojo, vio que su amiga sonreía mientras se limpiaba la blusa con pañuelos de papel.

—Por tu reacción, deduzco que no lo sabías —comentó Ava con una amplia sonrisa.

Kendra hizo una pausa y se dejó caer en la silla frente a Ava. Dejó escapar un profundo suspiro y levantó las cejas.

—No, la verdad es que no lo sabía. Quiero decir, no es que acose a la gente ni nada por el estilo.

Kendra ni siquiera se lo había planteado porque aún no tenía redes sociales. Pero, por favor. ¿Ocho millones? Debía de haber oído mal.

—¿Cuántos has dicho? —preguntó Kendra, para estar segura.

—Ocho millones.

Tragó saliva.

—Dios mío —murmuró—, qué asco.

Ava se encogió de hombros.

—Todo lo que necesitas saber es que es una superestrella en Argentina.

Kendra estaba demasiado confusa para pensar con claridad. Al mismo tiempo, el dato era devastador. Desde luego, alguien tan famoso no se involucraría con una simple campesina. Era hora de dejar de fantasear. De eso no cabía duda. Así que… no iba mal encaminada cuando pensó que una mujer sureña de curvas voluptuosas le sentaría bien.

Kendra tragó saliva con fuerza e intentó que no se le notara, pero seguía decepcionada. La mirada penetrante de Ava desveló que probablemente la fachada de Kendra se había venido abajo y su amiga podía notar que algo no iba bien.

—Bueno, te puedo asegurar que no voy a pedirle un consejo, Ava —aclaró Kendra directamente—. Sería muy embarazoso. Seguro que está harto de que la gente lo idolatre para que él les haga un favor. Pero, ¿cómo consigue tantos seguidores?

—No creo que Alejandro se ofenda si le pides un consejo. No hace falta que le pidas que anuncie La Linterna en su cuenta. Y la explicación de ese número: el polo es muy importante en Argentina, de verdad. Colin me lo contó, sabe mucho de Kenneth. Su popularidad es probablemente otra de las razones por las que Alejandro está aquí.

La velocidad del discurso de Ava mareó a Kendra.

—No te sigo.

—Bueno, dijo que venía en busca de paz y tranquilidad. Parece que apenas puede salvarse de las hordas de grupis de Argentina.

Kendra ni siquiera parpadeó. Menos mal que se había enterado ahora y no cuando ya hubiera profundizado mucho más en sus fantasías de cuento de hadas. Al menos ahora sabía a qué atenerse y nunca volvería a considerar la posibilidad de que él fuera el indicado para ella… «Hordas de grupis», resonó en su cabeza. Era absurdo. Difícilmente se enamoraría de ella, con su pelo rojo y sus pecas.

—No creo que las fans lo hayan seguido hasta aquí —intentó bromear Kendra, pero fracasó, porque, en su mente, ella ya era una grupi, incluso antes de saber lo deseado que era él en realidad. En cualquier caso, podía confirmar a los ocho millones que estaba tan bueno en la vida real como en sus fotos de las redes sociales, incluso sin haberlas visto nunca. Tampoco tenía interés en verlas. Ya era bastante incómodo saber a cuánta gente llegaba con una sola publicación. Y desde luego no le pediría que la ayudara con la cuenta recién creada del pub.

En ese momento, la puerta de La Linterna se abrió y un cliente entró en el comedor. No, no era un cliente cualquiera, era Alejandro. Y como siempre, atrajo la atención de todos. Si fuera de cera, se derretiría a sus pies; por suerte era de carne y hueso, así que se tensó y lo saludó cortésmente. «Trátalo como a cualquier otra persona», se recordó a sí misma, dándose cuenta de que hacía tiempo que su pulso se había disparado hasta límites insospechados.

—Hola. —Respiró y parpadeó.

Maravilloso.

Una sonrisa amistosa apareció en sus sensuales labios. Estaba sin afeitar, el tono oscuro de su barba combinado con su pelo demasiado largo le confería un aspecto algo descuidado que la costosa chaqueta de plumas mitigaba. Era un poco extraño que aún hiciera frío ese día, el sol brillaba, el tiempo era primaveral para los estándares escoceses.

—Hola, Alejandro —susurró Ava y se levantó. Se alisó la falda—. ¿Qué tal la primera noche en la nueva casa?

Se encogió de hombros y saludó a Ava con dos besos.

—Aún tengo que aclimatarme, y no tengo nada para comer, por eso estoy aquí.

Ava se rio y se volvió hacia Kendra, que seguía sentada en su silla como si hubiera crecido en

ella. Se inclinó hacia delante y también le dio dos besos, su inconfundible aroma le llegó a la nariz. Dios, ese delicioso olor a sándalo y bergamota la mareaba.

Retrocedió demasiado deprisa y Kendra se agarró al borde de la mesa.

—Bueno, queridos —tartamudeó Ava—, tengo que volver a la obra, os veré luego. Alejandro, puedes ocupar mi lugar, ya está caliente.

Kendra se apresuró a recoger los paños y las servilletas y se levantó tan deprisa que su silla se volcó con un fuerte estruendo. Se agachó para recogerla, Alejandro había intentado hacer lo mismo y ella chocó de frente con él. Gritó y saltó hacia atrás tan deprisa que casi se cae.

—Lo siento.

Deseaba que se abriera un hueco en el suelo y la tragara. Qué torpe. Qué vergüenza. Alejandro se frotó la frente con una sonrisa. Sabía el efecto que tenía en las mujeres… En ella.

—No hay problema, ¿te encuentras bien?

Su mirada penetrante se fijó en Kendra, y durante un segundo estuvieron solos en La Linterna. El aire vibró, la piel de Kendra se erizó.

—Sí, todo va bien. ¿Y tú? —consiguió decir mientras se disponía a recoger el desastre. Por supuesto, se le habían caído la mitad de las servilletas y los paños. Se maldijo interiormente por su torpeza.

Aunque no podía moverse, Ava fue más rápida. Con movimientos suaves, a pesar de su falda lápiz, y sus tacones altos, juntó los trapos mojados de Kendra y los colocó detrás del mostrador.

—Ya está, ya no molesto más a las dos bellezas, cuidaos.

Con estas palabras, Ava abandonó La Linterna. Estaban solos, no había otros comensales en el salón; la hora de comer había terminado hace rato y apenas había turistas en la ciudad en esa época.

Kendra no sabía cómo actuar. Solo podía hacer una cosa: mirar fijamente a Alejandro y observar cómo se quitaba la chaqueta y la colgaba sobre una silla. Debajo llevaba un jersey fino de cuello alto que resaltaba su tez bronceada de un modo muy atractivo. No dudaba ni un segundo de que todos los corazones femeninos del mundo volarían hacia él si publicaba una sola foto suya. Por supuesto, no podía olvidar que había conseguido a la mayoría de sus admiradoras a través del deporte, pero desde luego no a todas. Tampoco quería saber mucho más de ellas. Lo que estaba claro, sin embargo, era que un hombre como él podía tener diez mujeres en cada dedo en cuanto entraba en una habitación.

Esta afirmación le hizo darse cuenta una vez más de que no tenía ninguna oportunidad con un tipo como él. Y por mucho que lo lamentara en el fondo de su corazón, se alegraba de saberlo ahora y no cuando fuera demasiado tarde. Aunque no tenía ni idea de cómo definir «demasiado tarde» en su caso. Sin embargo, no podía negar que seguía sintiéndose muy atraída por él.

Reprimió un suspiro.

El roce de las patas de la silla sobre las viejas tablas del suelo la devolvió al presente. Solo tenía una tarea: preguntarle qué quería pedir.

—Eh, sí —dijo, enderezando la espalda. Ya había hecho el ridículo bastante por hoy. Decidió ser más profesional a partir de ahora—. ¿Qué te sirvo, Alejandro? ¿Quizá quieras primero ver el menú?

Él le dedicó una sonrisa radiante que hizo revolotear las mariposas de su estómago.

—¿Tienes alguna recomendación para mí?

Kendra sonrió, estaba de nuevo en su elemento. Mientras pudiera hablar de La Linterna y del menú, estaría a salvo. Gracias al cielo por ello.

—Cualquier plato con mucha carne y poca verdura, ¿no es así? — Guiñó un ojo y recordó su primera visita a La Linterna.

Se echó a reír.

—Te he pillado… Así que no has olvidado nuestra conversación.

—¿Cómo podría? Sería una mala camarera si no recordara algo así.

Inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado y la miró con una extraña expresión que hizo que algo en su interior se estremeciera.

—Por supuesto —dijo entonces, su sonrisa ya no era tan radiante —. Ahora en serio, comeré cualquier cosa, ¡solo elige! O espera, ¿cuál es tu plato favorito?

Kendra se sorprendió. Frunció el ceño.

—¿Mi plato favorito?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, ¿o no tienes? Oh, no, probablemente sea algo parecido al sushi, ¿no?

—¿Sushi? —repitió y se rio—. No, pero tiene algo que ver con el pescado. Me gusta mucho la Cullen skink.

—¿Qué es eso? Nunca he oído hablar de ese plato.

—Es algo muy especial, tengo que admitirlo. Es una especie de sopa, con patatas y eglefino ahumado. Por supuesto, tiene algunos ingredientes secretos, porque la nuestra se hace según una antigua receta familiar. Si te la cuento, me temo que tendré que matarte — bromeó.

Alejandro enarcó una ceja y luego asintió.

—Vaya, suena delicioso. Sin duda tomaré esa Cullen skink, muchas gracias. Y una cerveza de jengibre para acompañarla, por favor.

—Me sorprende que te guste.

—Cuesta un poco acostumbrarse, pero me duele un poco la garganta, así que probablemente no me hará ningún daño.

—Aquí además es típico servirla muy caliente.

—Considerémoslo un reto. —Ahora él guiñó un ojo—. Me pregunto si soy lo bastante duro para ello.

Kendra estaba un poco irritada porque le parecía que estaba flirteando con ella. No, desde luego que no. Probablemente era su manera de tratar a las mujeres, era un encantador nato. Y un seductor. Fuera lo que fuese, le recordó lo que era y lo que no era parte de su trabajo allí.

—Bueno —dijo—, me aseguraré de que comas y bebas algo.

—Muchas gracias, guapa.

Se quedó paralizada un segundo, luego se dijo a sí misma que su amabilidad no significaba absolutamente nada y desapareció primero detrás del mostrador y luego en la cocina. Su padre no estaba allí en ese momento; ella le había mandado a casa antes porque la hora del almuerzo había terminado hacía tiempo y no esperaba que nadie quisiera comer después de las dos. Pero siempre había preparada Cullen skink porque quería que el pescado estuviera bien cocinado. Así que solo tenía que calentar una ración más para Alejandro. Kendra puso una olla, la removió y dispuso la vajilla y el pan. Mientras el plato hervía a fuego lento, preparó la bebida y se la llevó.

—Permiso —anunció cuando llegó a su mesa.

—Adelante. —Él le hizo un gesto amistoso con la cabeza.

Kendra vertió casi la mitad de la espumosa cerveza de jengibre en el vaso y lo colocó frente a él con la botella al lado.

—Disfrútala.

—¿Quieres hacerme compañía un rato?

—¿Yo?

Enarcó una ceja y la miró divertido.

—Eh, sí, tú. Solo si puedes sacar tiempo, claro.

—Claro —respondió ella—, déjame comprobar cómo va la sopa, ahora mismo estoy sola en La Linterna.

—¿Sola? —Frunció el ceño.

—Sí, mi padre suele encargarse de la cocina, pero no había mucho que hacer, así que se ha ido a casa y no volverá hasta la tarde…

—Ah, ya veo. ¿Llegué en un mal horario?

—Es más complicado que eso, en realidad tenemos la cocina abierta todo el tiempo. Pero ahora, en invierno, está un poco más tranquila —se apresuró a decir. No quería contarle toda la historia, no se conocían lo suficiente para eso. Nunca se conocerían lo suficiente para eso, de lo contrario, pensaría que ella intentaba aprovecharse de él. Ya debían existir muchas personas así en su vida. Kendra no quería ser una más.

—Ahora vuelvo. —Desapareció de nuevo en la cocina. Se tomó un momento, respiró hondo y se abanicó. Luego, removió la sopa y se aseguró de que estuviera bien caliente. Cuando sus latidos se hubieron calmado un poco, vertió la ración de Alejandro en un plato hondo, cogió los cubiertos y el cuenco del pan y los llevó a la mesa.

—Aquí tienes, espero que te guste.

—Mmm —gimió él, cerrando los ojos y olfateándolo—. Huele delicioso.

Su corazón saltó de alegría. Quizá le hubiera gustado un poco menos si hubiera rechazado su plato favorito. Una tontería, pero así lo sentía. Kendra reprimió un suspiro. Ese hombre era perfecto, o casi. Tenía una pequeña cicatriz blanca encima de la ceja izquierda. Apenas era visible, había que fijarse mucho.

¡Mierda! Lo había vuelto a hacer. Ella lo miró con odio.

—¿Por qué no te sientas? —preguntó mientras sostenía la servilleta sobre su regazo.

—Ahora vuelvo. —Necesitaba beber algo, ya tenía la garganta seca de nuevo. Consideró por un momento abrirse una cerveza, pero el alcohol solo empeoraría la situación. Como propietaria de un pub, corría el peligro constante de que los clientes esperaran que bebiera con ellos. Por eso mantenía la formalidad durante las horas de trabajo y solo de vez en cuando se permitía tomar una copa con los amigos. Finalmente se preparó otra taza de té y aprovechó el poco tiempo para calmarse por dentro. Ese era su plan. Sin embargo, no tuvo mucho éxito, como pudo comprobar al sentarse a la mesa con él.

—¿Qué te parece? —quiso saber.

Rompió un trozo de pan y se lo metió en la boca.

—Está delicioso. ¿El pescado es ahumado?

Le encantaba el tono cálido de sus ojos color caramelo. Podía pasarse horas perdida en ellos. Kendra sonrió y apretó la taza de té con ambas manos.

—Sí, ahumamos nuestro propio pescado.

—Vaya, eso suena emocionante. ¿Quizá tu padre pueda enseñármelo?

Por suerte para Alejandro, no tenía té en la boca en ese momento, o lo habría duchado como a Ava. Enarcó una ceja.

—¿Quieres aprender a ahumar eglefino a la antigua usanza?

Él se encogió de hombros y siguió disfrutando de la sopa.

—Sí, mucho. Es una cosa que me gusta de Inglaterra.

—Escocia —le corrigió ella.

—Sí, de los británicos, en general —dijo con una sonrisa divertida —. Solo aquí he comido eglefino ahumado, así que debe de haber un truco en la preparación.

Kendra mostró una amplia sonrisa.

—¿Y crees que podrías averiguarlo tan fácilmente?

—Eso es lo que esperaba. —Alejandro se echó a reír—. Pero por lo visto antes tienes que ser aceptado en el círculo de confianza, ¿eh? —Las comisuras de sus labios se crisparon traicioneramente.

—En realidad no es tan complicado, pero cada uno tiene su propia técnica. Mi padre, por ejemplo, utiliza un viejo barril de whisky, que le da un sabor especial, y por supuesto, también hay que saber cuánto tiempo tiene que estar el pescado en el humo: si te quedas corto, no tendrá sabor, y si te pasas, quedará seco y casi incomible.

—Eso suena a verdadero arte —dijo él.

Kendra no quería mirarle los labios, le costaba concentrarse. Sin embargo, su tensión se alivió un poco a medida que la conversación fluía con naturalidad. No se mostraba distante ni engreído, lo cual era de esperar dado su éxito y su aspecto.

—Realmente lo es —murmuró, pensando con nostalgia en lo bien que le había ido a La Linterna durante tantos años… Hasta que la crisis los golpeó a todos. Ahora muchas empresas luchaban por sobrevivir.

Se sorprendió cuando, de repente, Alejandro le cogió la mano. Su piel era cálida y suave, una sensación de hormigueo le recorrió el brazo y le cosquilleó todo el cuerpo. Lo miró a los ojos y la expresión amable y cariñosa que había en ellos hizo que se le formara un nudo en la garganta. Tragó saliva e intentó deshacerse de ese nudo, pero no consiguió articular ninguna palabra.

—Eh —intervino Alejandro—. Siento si te he incomodado. No era mi intención.

—Oh, no —se apresuró a contestar Kendra—. No lo has hecho.

Las cejas de su comensal se fruncieron con escepticismo.

—Mi cocina de Keating Manor es enorme —cambió de tema, cosa que ella agradeció—. No sé qué son la mitad de las cosas que hay ahí ni cómo utilizarlas.

Kendra sonrió.

—¿En serio? —sonrió Kendra.

Dudaba un poco de que hubiera algo que no pudiera hacer.

Él asintió con la cabeza y dio otro bocado al pan.

—No tengo ni idea de cómo voy a cocinar nada en ese lugar.

—Eso sería bueno para mí —bromeó.

—Claro, siempre podría venir aquí, pero el problema es que me gusta comer en casa. He dormido en tantos hoteles durante mi vida y he comido tantos platos que otros me han preparado… Me gustaría recuperar un poco de normalidad.

Hizo una pausa, sus ojos se abrieron de par en par, y luego continuó:

—Lo siento, esto va mucho más allá de una conversación trivial. No quería aburrirte.

—No lo haces. En absoluto. —Al contrario, podría escucharle durante horas. Le encantaba su acento y el sonido áspero de su voz. Pero prefería guardárselo para sí misma. Lo contempló limpiarse la boca con una servilleta y beberse el resto de la cerveza de jengibre.

—¿Quieres tomar otra cerveza? —preguntó.

—No, gracias, hoy ya he bebido demasiado. —Se aclaró la garganta—. ¿Qué te parecería ayudarme a averiguar cómo funcionan los electrodomésticos de mi cocina?

Kendra estaba confusa, parpadeó y se preguntó por un momento si había oído mal.

—Eh, ¿qué?

Torció los labios en una sonrisa irónica.

—Tengo la impresión de que eres muy competente en estos asuntos, y me vendría bien algo de ayuda.

Kendra no sabía cómo clasificarlo, su tono era ligero y juguetón, su lenguaje corporal abierto y relajado.

—Competente —repitió.

Le oyó exhalar y luego tensarse.

—Vale, no es eso. Me encantaría volver a verte, pero fuera del pub.

Kendra estaba segura de que se le habían puesto los ojos vidriosos. ¿Quería pedirle una cita? Si esa era su intención, se trataba de la sugerencia más extraordinaria que jamás había escuchado.

—Estoy más acostumbrada a que la gente quiera enseñarle a alguien sus sellos o preguntarle si le apetece tomar un café — bromeó, aunque, por supuesto, era probable que tan solo necesitara ayuda de verdad o intentara ser amable. Seguro que Alejandro había descubierto que aquí todo el mundo estaba dispuesto a ayudarse mutuamente y, como amigo de Kenneth, había sido aceptado al instante en el círculo de amigos. No creía que él tuviera otro tipo de interés en ella, qué tontería haber supuesto eso en primer lugar. Una vez más, había permitido que el deseo guiara sus pensamientos, ¿no? Se sentía insegura y terriblemente nerviosa.

El silencio era un poco opresivo, se dio cuenta al levantar la vista tímidamente. De pronto se sintió molesta consigo misma; no solía ser tan bocazas. Pero aquel hombre la alteraba por completo, mucho más de lo que a ella le hubiera gustado.

—No colecciono sellos —fue todo lo que dijo. Estaba completamente serio, el humor había desaparecido de su mirada, y por un segundo ella creyó distinguir en sus ojos algo insólito. Anhelo.

—Siempre trabajo hasta muy tarde, no cerramos hasta las nueve o nueve y media de la noche —intentó disimular. Era mejor no acercarse demasiado, de lo contrario, corría el riesgo de abalanzarse sobre él solo para averiguar si realmente olía tan bien como recordaba.

—Oh, no importa —contestó, recobrando un tono alegre—. Me he levantado tarde.

Ella lo miró sin pronunciar palabra y se preguntó qué podía querer decir. Ayuda, ¿por qué era tan complicado? ¿O lo estaba complicando ella? Sí, probablemente. Decidió calmarse un poco.

—¿Estoy siendo demasiado insistente? —quiso saber él.

Kendra se rio.

—¿Insistente? No, desde luego que no, solo me preguntaba si estabas bromeando.

—Soy muchas cosas, pero cómico no es una de ellas —explicó con aquella sonrisa sensual que hacía que su corazón latiera más deprisa.

—De acuerdo —respondió con un largo ronquido—. Entonces iré cuando pueda y te explicaré cómo funciona tu cocina.

—Sabes que esto es solo una excusa para conocerte. —Los ojos de Alejandro brillaron.

De repente, el nerviosismo de Kendra volvió y su ritmo cardíaco se disparó.

—Mmm.

Alejandro se levantó y puso veinte libras sobre la mesa.

—Será mejor que me marche antes de que se me vaya la boca. ¿Nos vemos luego?

—No te gusta dejar las cosas a medias, ¿verdad? —Ella no pudo hacer más que reírse, una alegría desmesurada inundó su cuerpo ante aquellas palabras.

Él se levantó y ella hizo lo mismo espontáneamente. Alejandro rodeó la mesa hacia ella y el corazón de Kendra dio un vuelco. Acto seguido se inclinó sobre ella y, por un momento, pensó que iba a besarla en los labios, pero todo quedó en un roce fugaz en la mejilla mientras le apoyaba la mano en el hombro. Dios, olía incluso mejor de lo que ella recordaba. Más. Quería más.

—Te veré esta noche, hermosa —exhaló.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Kendra, erizando su piel.

—Hasta luego —graznó.

Alejandro se puso la chaqueta y salió de La Linterna, no sin volverse hacia ella una última vez. Kendra se quedó de pie junto a la mesa, atónita. Parpadeó y se secó la cara mientras se preguntaba si lo había soñado.

Completamente abrumada —no podía creer lo emocionada que estaba—, recogió los platos y se los llevó a la cocina. Las próximas horas se las dedicaría a las redes sociales, pero de ninguna manera iba a buscar una cuenta concreta. Una cosa era saber que era popular (¡un eufemismo despiadado!), y otra babear por sus publicaciones. Definitivamente, no quería hacerlo, porque sabía que aumentaría su nerviosismo hasta nuevos límites. Y tenía que evitarlo a toda costa, ya estaba haciendo bastante el ridículo.

¿Realmente había dicho que quería conocerla mejor? ¿Y lo decía en el sentido en que ella imaginaba, o quizá solo como amiga?

Sí, tenía que ser eso. Kendra se sentó en un taburete de la barra con un gemido y sacó el móvil. Por supuesto que Alejandro se dedicaba a ligar en Kiltarff. Dios, había sido tan estúpida como para pensar por un segundo que su interés podía significar otra cosa. Enterró la cara entre las manos y pensó en cómo debía comportarse. En cualquier caso, estaba claro que tenía que demostrarle de algún modo que sus sentimientos eran solo platónicos. No podía dejar que pensara que le gustaba. Sin embargo, no tenía ni idea de cómo hacerlo si se derretía a sus pies por culpa de las hormonas cada vez que lo veía. Ya se le ocurriría algo más tarde.

Kendra miró su móvil y revisó el correo electrónico. No encontró nada destacable, volvía a tener lo que parecían miles de mensajes de spam, intentando venderle las cosas más locas. Un correo, sin embargo, la hizo sonreír: un adivino quería leerle la buenaventura por «sólo» veinticinco libras. «Sí, eso sí que sería una buena idea», pensó Kendra, y tuvo que soltar una risita ante un destello de inspiración. Se lo pensó un momento y luego asintió. Sí, era genial. Sin duda asustaría a Alejandro si le hacía creer por un segundo que Kendra podía ser algo más que una simple conocida. Si él estaba realmente interesado en ella, este plan acabaría con su deseo y ella se ahorraría muchos problemas y disgustos innecesarios.

Satisfecha con su idea, empezó a hacer fotos de La Linterna , quería publicarlas en las redes sociales. No tenía tiempo para pensar en ciertos argentinos todo el día, tenía un bar que salvar. Kendra solo había hecho unas cuantas fotos cuando se abrió la puerta.

—Hola Kenneth, ¿a qué se debe este honor? —bromeó y le dio un rápido abrazo.

—Hola Kendra, ¿cómo te va?

—Bien, ¿qué te pongo? —Ella se sorprendió al verlo sentado ante la barra. Parecía un poco nervioso—. ¿Va todo bien? —quiso saber ella.

—Ponme un vaso de agua.

No hizo más preguntas, volvió detrás de la barra y se lo sirvió.

—Aquí tienes.

Kenneth cogió el vaso con una mano, pero no abrió la boca para beber. En su lugar, dijo:

—Tengo una pregunta para ti.

Kendra intentó disimular la sorpresa, tan solo esperaba que todo fuera bien entre él y Ellie. Sabía que la reforma era estresante y que sin duda afectaría a su relación. Pero la última vez que se habían visto no parecían tener ningún problema. Por supuesto, podía estar equivocada.

—¡Claro, dispara! —Esperó ansiosa.

Kenneth tragó saliva y sus mejillas se sonrojaron.

—Yo… Quería… —tartamudeó.

Kendra no lo reconocía, normalmente estaba tan seguro de todo lo que hacía.

—Está bien, puedes contármelo —le animó ella.

—Bien, allá voy. —Sonrió nervioso—. Quiero declararme a Ellie, pero me gustaría que fuera algo especial y tengo algunas ideas.

Kendra respiró hondo. Vaya, qué buena noticia. Se alegró mucho por ellos.

—¿De verdad? Es genial, ¡qué bien, Kenneth!

Sin embargo, percibió un pequeño «pero» en la confesión y sintió curiosidad por oír qué más tenía que decir.

—Sí, bueno, yo… Dios, es muy duro para mí.

Ella notó el nerviosismo de su amigo y reprimió una sonrisa.

—Adelante, dilo, estaré encantada de ayudar en lo que pueda.

—Lo sé, por eso estoy aquí. Ya he hablado con Ava y Alejandro, ambos están de acuerdo, pero tu ayuda también sería muy bienvenida. Sé que tienes mucho entre manos y, si te resulta demasiado, dímelo, ¿vale?

—¿Por qué no me cuentas primero lo que tienes en mente?

—Como habrás podido observar, Ellie sigue estremeciéndose cada vez que alguien menciona que soy el conde de Glencairn.

—Sí, me he dado cuenta, le intimida mucho.

—Lo sé, y me entristece, porque al fin y al cabo el título es parte de mí, y si se convirtiera en mi esposa, sería condesa…

Ahora Kendra entendía a dónde quería llegar.

—¿Tienes miedo de que diga que no porque no siente que tiene el mismo valor cerca de ti?

Kenneth vació a medias su vaso de agua.

—Sí, así es. No puedo entenderlo, porque Ellie es estupenda, pero se siente insegura por ello. ¿Qué opinas?

Kendra se frotó la barbilla.

—Mmm, es complicado. Pero está claro que te quiere más que a nada, y se las está arreglando bien con el castillo y todo eso. Lo hace lo mejor que puede.

—Sí, es cierto, pero una boda, y lo que ello conlleva, cambia muchas cosas. Solo quiero que por fin sea toda mía y yo todo suyo. Estoy chapado a la antigua y quiero una escritura y un sello para nuestra relación. Eso incluye que se convierta en mi condesa.

Dios, ¡era tan dulce y estaba tan enamorado! Hermoso.

—Es maravilloso, Kenneth. Estoy segura de que dirá que sí.

—Pero incluso tú tienes dudas, ¿verdad?

Kendra respiró hondo.

—No todas las chicas sueñan con ser princesas, me temo que eso es cierto. Pero ella te quiere, dirá que sí.

—Oh, no suena convincente. No debería emocionarme, ¿verdad?

—A ver, explícame cuáles eran tus ideas.

—Quería alquilar un carruaje, dar un paseo por Kiltarff y luego celebrar una pequeña fiesta. Pero no en el castillo, en primer lugar porque aún estamos de obras allí, y en segundo lugar porque ella se enteraría en cuanto empezara a preparar algo.

—¿Así que vas en serio? —Kendra cruzó los brazos delante del pecho y notó cómo las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba.

—Oh, sí, muy en serio, pero me gustaría saber tu opinión porque la conoces mejor. —Se alegró de que acudiera a ella en busca de consejo y siguió escuchando—. Había planeado recogerla en el castillo en el carruaje y luego ir a la finca de Alejandro, donde la esperarán todos sus amigos. La mansión Keating es el escenario perfecto para la fiesta y voy a pedirle que se case conmigo allí. Pero me preocupa que salga corriendo y gritando.

—Vaya, eso es… muy romántico.

—Sí, entonces, ¿qué te parece?, ¿le gustará? También estaba pensando que podríamos organizar algún tipo de celebración histórica, es decir, que todo el mundo venga vestido de época.

—Pero no es un baile de máscaras, ¿verdad?

—No, pero algo tradicional, ya sabes, hombres con falda escocesa y mujeres vestidas a cuadros, y bailar hasta altas horas de la noche.

—Dios mío, Kenneth, eso es mucho trabajo.

—Por eso he pedido ayuda, y Alejandro tiene la mansión con el salón de baile.

—¿Y yo? —Ella aún no sabía exactamente con qué debía apoyarlo. Entonces tuvo una idea—. Tengo una amiga de Edimburgo, trabaja en cine. Quizá pueda ayudar un poco con el vestuario. Es su especialidad.

—Vaya, sería estupendo. No todo el mundo tiene una falda escocesa en casa como yo —sonrió—. Pero, Kendra, tú sabes lo que le gusta a Ellie. Dime si me odiará o me amará si lo consigo.

Kendra sonrió.

—Seguro que Ellie te adorará, y también creo que se quedará un poco sin habla, en el buen sentido, cuando la recojas en un carruaje y vea la fiesta que has organizado sólo para ella.

—Eso espero —suspiró Kenneth con fuerza.

—¿Quién es el responsable del catering y cuánta gente va a venir?

Él se encogió de hombros.

—Pensaba invitar a nuestros amigos y conocidos más cercanos, y también a nuestros arrendatarios agrícolas, cuyas familias nos han sido leales durante generaciones.

—Así que todavía existe eso.

—Sí, el castillo de Kiltarff posee algunas tierras que cultivan agricultores arrendatarios. Pero no es como hace siglos, cuando los campesinos tenían que renunciar a casi todo, es una asociación justa.

—No esperaba menos. Solo una cosa más.

—¿Sí? —Levantó la vista.

—¿Cómo vas a conseguir que Ellie se ponga un vestido de época?

Kenneth sonrió con picardía.

—Ahí es donde entras tú, Kendra.

—¿Cómo se supone que voy a hacerlo?

—No sé, háblale de alguna fiesta o evento para La Linterna.

—Oye, me estás dando ideas, aunque mis clientas no habrían llevado vestidos de baile en aquella época. Más bien sencillos vestidos de lino, y los chicos de la taberna habrían sido personajes semidesconocidos, no nobles. Quizá lo haga algún día: una velada histórica, una fiesta. Una buena idea. —Inmediatamente le vinieron a la mente imágenes de cerveza en viejas jarras, perdices y jabalíes asándose en el fuego. Dejó a un lado esos pensamientos, ahora se trataba de Ellie y Kenneth—. De acuerdo, pensaré en algo.

—¿Puedes llevarte a Ava contigo para convencer a Ellie?

—Por supuesto, lo haré encantada. Ava estuvo aquí antes, ¡no dijo nada!

—Les pedí que guardaran el secreto.

—Será una gran sorpresa. ¿Y cuándo se supone que tiene lugar todo esto?

—Lo antes posible, no quiero esperar más. Ellie es la mujer de mis sueños y quiero que sea mía con toda mi alma.

Kendra gimió.

—Eso es lo que yo pensaba. ¿Y sabe Alejandro algo de su papel como casero?

¿Quizá esa era la razón por la que le había pedido que le ayudara con los utensilios de cocina? Pero no estaría pensando en proporcionar él mismo la comida a los invitados, ¿no?. No, descartó inmediatamente la idea.

Kenneth respondió a su pregunta riendo.

—Sí, adivina, él fue quien me dio la idea. Cuando le pregunté por el carruaje, sugirió que

podíamos hacer mucho más: una fiesta a lo grande.

No sabía qué pensar de ello… O, por desgracia, sí lo sabía. Deseó tener a alguien capaz de pensar en algo tan genial para ella. No, Kendra sacudió la cabeza; nadie lo haría, y menos Alejandro. Ella nunca tendría nada con él. Al menos no como lo de Kenneth y Ellie. Y si las circunstancias se dieran —cosa que de algún modo no podía imaginar—, él únicamente estaba interesado en algo a corto plazo. Un hombre como él no parecía adecuado para una relación seria con una mujer normal. No sabía por qué estaba tan segura de ello. Quizá se debiera a los prejuicios que tenía contra los famosos atractivos.

—Cuenta conmigo, me reuniré con Ava y Alejandro, ¿vale? ¿Los invitados ya están informados del plan? —Kendra intentó volver a centrarse en su interlocutor.

—Sí, vamos a montar una especie de tienda de disfraces en la mansión Keating. Los demás invitados llegarán un poco antes para poder disfrazarse… Hasta que yo aparezca con Ellie.

—Es una idea muy chula, ¿harás algo parecido para la inauguración del hotel?

Kenneth frunció el ceño.

—Sí, tal vez. Ellie y yo aún no nos hemos puesto de acuerdo sobre lo que queremos hacer exactamente. Pero de momento no puedo pensar con tanta antelación, soy un manojo de nervios.

—Es bonito ver lo mucho que os queréis. —Le puso una mano en el brazo—. Seguro que dice que sí.

CAPÍTULO 7



Debería haberle dado a Kendra su número de teléfono, así habría conseguido el de ella y podría llamarla ahora. No, eso era estúpido. Vivían en el mismo lugar, al menos por ahora, y aunque tuviera su número, no la llamaría solo para preguntarle dónde estaba. La idea era tan ridícula como extraña: nunca había sentido la necesidad de recordarle el plan a nadie. ¿Seguro que ella no se había olvidado de él? ¿O es que él no había sido claro y ella no se había dado cuenta de que la había invitado a pasar el día?

O no quería ir y solo había dicho que sí por educación. Fuera lo que fuese, a Alejandro todo esto no le causaba entusiasmo, sino todo lo contrario. Nunca se había sentido tan inquieto e inseguro. Se había pasado todo el día intentando infructuosamente escribir sus memorias y solo había conseguido redactar dos frases, que al final borró. Después había caminado hasta el centro comercial, que también era una oficina de correos, un banco y una gasolinera, y había comprado algo de cenar. No es que ahora quisiera cocinar para Kendra, probablemente ya habría comido en el pub, pero esperaba sentirse más como en casa en Keating Manor si tenía algo en la nevera. También había comprado dos botellas de vino, siempre era bueno estar preparado.

Se alborotó el pelo mientras caminaba por el salón de la casa. Incluso había encendido un fuego en la chimenea porque el parpadeo y el crepitar tenían un efecto tranquilizador en él. No quería seducir a Kendra, sino conocerla mejor y hacer que se sintiera cómoda en su presencia. Había algo en ella que lo atraía, algo de lo que quería más. No creía que aquel sentimiento fuera producto de su soledad, no tenía clara la causa.

—Seré ingenuo —gruñó, caminando sin rumbo de un lado a otro. Miró su reloj de pulsera; eran poco más de las diez—. No va a venir.

Justo cuando se dejó caer en el sofá inglés estampado de rosa, sonó el timbre de la puerta. Jadeó y su corazón se aceleró.

—Maldita sea —murmuró y se enderezó, luego dio largas zancadas hacia la puerta y volvió a respirar hondo. Tuvo que sonreír, no había sido tan estúpido desde… Nunca. No recordaba haber sido nunca tan estúpido. Toda su vida, incluso en su juventud, había actuado desinhibido y confiado frente a las mujeres; sabía que atraía al sexo femenino. Pero con Kendra quería más que eso, quería gustarle como persona, no como objeto sexual. Aquel pensamiento lo sorprendió.

Abrió la puerta y sonrió. Un suave resplandor de luz cayó sobre su hermoso rostro, sus ojos brillaban como dos lagos oscuros. Misteriosos y profundos.

—Hola, me alegro de verte —la saludó.

—¿Llego demasiado tarde? ¿Te he molestado? —Parecía insegura, o quizá estaba nerviosa…

Sacudió la cabeza.

—Llegas justo a tiempo.

Luego le dio dos besos. Inhaló profundamente y percibió un aroma a melocotón, ¿quizá era el champú? En cualquier caso, olía delicioso.

—Nunca me molestarías, ni siquiera a las tres de la mañana. ¿Por qué no entras?

Se hizo a un lado y observó cómo ella cruzaba vacilante el umbral. Se desabrochó el abrigo gris y miró a su alrededor. Esperaba que la casa no pareciera demasiado grande. Recordaba lo imponente que le había parecido la primera vez que la vio.

—¿Me permites? —preguntó señalando su abrigo.

—Claro. ¿Me quito los zapatos?

É

—No es necesario, solo si quieres, pero el suelo está helado. —Él mismo llevaba zapatillas para mantener calientes los pies. Aún no se había acostumbrado al duro clima y a las corrientes de aire de las habitaciones. «Soy un blandengue», pensó y apretó los labios.

—No, está bien —dijo ella. Cerró la puerta tras de sí y se quedó quieta. No sabía qué decir ni

qué hacer. No se reconocía, esa sensación extraña la irritaba.

Sonrió tímidamente.

—¿Cocina?

—Sí, cierto. —Se rio—. Pero no sé si es prudente por mi parte llevar de primeras a una mujer tan guapa a la cocina… Espero que no te lo hayas tomado a mal. —Pretendía que sonara a broma, pero había más verdad en ello de lo que pensaba en un principio. No quería disgustarla ni ofenderla, pero buscaba una excusa para volver a quedar. Se extrañó al atraparse sobreanalizando cada palabra que ella decía. No solía darle tantas vueltas a las situaciones.

—Por eso estoy aquí, ¿no? —respondió ella, divertida.

—Eh, sí, entonces ven conmigo. Me encantaría ofrecerte una copa de vino. ¿O no bebes? —quiso saber.

—Me gusta tomar una copa de vez en cuando, pero en el trabajo prefiero limitarme al té o al agua, de lo contrario se convierte muy rápido en demasiado.

—Por supuesto, lo comprendo. No te sientas obligada por mí.

Kendra le puso una mano en la parte superior del brazo.

—No te preocupes, estoy segura de que nadie me obligará a hacer nada que no quiera.

Sintió un cosquilleo en el estómago. Enarcó una ceja, pero no contestó y, en su lugar, caminó con ella por el largo pasillo hasta la cocina de la casa. El suelo estaba cubierto de viejas baldosas de piedra y la iluminación era más bien tenue. No olía a ninguna comida deliciosa, solo un leve aroma a tostadas en la sala. Había encontrado una tostadora en uno de los muchos armarios y se había hecho un bocadillo para cenar. Kendra miró a su alrededor y él aprovechó para observarla. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba unos vaqueros oscuros y una blusa rosa. Aunque el contraste con su pelo rojo no podía ser mayor, le sentaba bien, y probablemente era esta inusual combinación de colores lo que la hacía tan perfecta. Su piel brillaba como el alabastro y, aun en la penumbra, podía distinguir sus pecas.

—Es realmente grande —comentó Kendra y se volvió hacia él. Él se quedó desconcertado, pero no se apartó, sino que la miró profundamente a los ojos. Algo en su interior se derritió al perderse en aquel verde esmeralda.

—Lo siento —respondió él en un murmuro y se humedeció los labios—. Soy un mal anfitrión. ¿Blanco o tinto?

Inclinó ligeramente la cabeza.

—Lo que tengas.

—No, no, tengo los dos, ¿cuál prefieres?

—Entonces tomaré vino blanco.

Asintió y se dirigió a la nevera. Era bueno tener algo para entretenerse. Mientras descorchaba la botella, buscaba dos copas por los armarios en los que servir la bebida. Eso lo tranquilizó un poco. Probablemente solo se comportaba de forma tan extraña porque toda su vida había descarrilado. Aliviado por haber encontrado una solución a su nerviosismo, se relajó y se volvió hacia Kendra con las copas en la mano. Ella estaba junto a los fuegos, toqueteando, y finalmente soltó un grito triunfal.

—Ya está, funciona. Aunque está un poco anticuada. —Su radiante sonrisa le dejó sin aliento —. Ven aquí, te lo enseñaré.

Alejandro se acercó y apenas escuchó. Mientras ella le explicaba cómo poner en marcha la cocina, él le miraba los labios, hipnotizado. Cuando terminó, se dio cuenta de que le había hecho una pregunta. El calor le subió por el cuello hasta las mejillas.

—Toma, brindemos por eso —se apresuró a decir y le tendió el vino. Las yemas de sus dedos se tocaron y Kendra se estremeció ligeramente.

Así que ella también lo había sentido, ese hormigueo electrizante. Respiró hondo.

—Brindo por ti. Por ti.

Golpeó ligeramente su copa contra el de ella.

—Salud.

El vino corrió por su garganta, fresco y afrutado. Afortunadamente, no había olvidado sus buenos modales. Sugirió que podían hablar un rato en el salón, donde estarían más cómodo.

—Suena bien. —Ella asintió y le dedicó una sonrisa sincera que llegó hasta sus hermosos ojos.

Mientras recorrían la corta distancia, Kendra le preguntó por la fiesta de compromiso prevista. Satisfecho de haber encontrado un tema inocuo, aceptó.

—Por favor. —Finalmente, le ofreció sentarse en uno de los sofás enfrentados. Por comodidad de ambos, Alejandro se sentó en el contrario a Kendra. No quería que ella se sintiera presionada. Aunque a él no le importaría sentirse presionado por ella. Era hermosa y parecía como si toda la lujuria que había dado por perdida se despertara de repente en él. Una palabra suya y estaría dispuesto a proporcionarle un delicioso clímax tras otro durante el resto de la noche.

Alejandro tragó con fuerza e intentó reprimir las imágenes que surgían en su interior. Dios, se estaba comportando como un adolescente. Con suerte, ella no se daría cuenta de que sus pantalones se movían más de lo que a él le hubiera gustado.

—¿Y te parece bien que la fiesta se celebre en tu casa? — preguntó ahora Kendra.

Se recompuso y cruzó las piernas.

—Sí, por supuesto. Creo que estos viejos muros necesitan desesperadamente una nueva vida.

—¿Hay también un salón de baile?

—Sí, al menos sospecho que estaba pensado para celebraciones mayores. Aún necesita un poco de arreglo, pero creo que es perfecto. Estaré encantado de enseñártelo más tarde.

Kendra asintió y bebió un sorbo de su vino.

—Vale, tengo curiosidad por verlo.

—Además, me gustaría organizar una fiesta para mis amigos. ¿Tú conoces alguna empresa de catering que se pueda encargar de la bebida, la comida y el personal de servicio?

Una sonrisa se dibujó en su rostro, mostrando una hilera de dientes blancos y rectos.

—Por supuesto, pero tengo que decir que el tiempo va muy justo. Cuando a Kenneth se le mete algo en la cabeza, lo quiere para ya. Puedo ayudarte con los contactos. Por un momento pensé que ibas a cocinar tú mismo para todos.

Se rio.

—No, en este caso no. Además, pensaba más en comida para picar, no una cena formal ni nada por el estilo. Kenneth calculó que habría unos cincuenta invitados.

—Sí, también me lo dijo —asintió—. Conozco a algunas personas a las que puedo llamar. Las bebidas son el menor de los problemas, y si realmente va a ser comida para picar, espero que también podamos arreglárnoslas.

—¿Hacéis eso en La Linterna? —quiso saber.

Su sonrisa ya no parecía tan radiante como antes.

—Yo, bueno, sí, puedo pedírselo a mi padre. Podríamos hacerlo, por supuesto, en principio no sería un problema.

—¿Pero? —Alejandro enarcó una ceja y percibió la vacilación de Kendra. Así que se apresuró a añadir—: Sólo si quieres hablar de ello, claro.

Kendra dio un sorbo a su copa y continuó:

—Es complicado. No quiero aburrirte con ello. —Se aclaró la garganta—. Dejémoslo en que puedo encargarme del catering. ¿Tienes alguna idea concreta?

—¿Existe el canapé escocés?

Kendra se lo pensó.

—Seguro que se puede hacer algo, lo investigaré. En La Linterna no ofrecemos nada parecido, pero estoy segura de que mi padre puede hacerlo si está dispuesto, solo tengo que hablar con él.

Alejandro se dio cuenta de que Kendra estaba siendo un poco contradictoria en su discurso.

—¿De verdad que no te importa? —preguntó con cierta inquietud.

—Sí, bueno, en realidad mis padres quieren retirarse del negocio y la situación está un poco tensa en este momento, con el personal y demás. Les entiendo, llevan años sin irse de vacaciones. Quieren jubilarse. Desean tener tiempo para viajar.

Asintió y se quedó pensativo. Aunque no conocía bien a Kendra o a sus padres, podía comprender que un cambio generacional en una empresa, por pequeño que fuera, siempre iba asociado a dificultades. Sin embargo, tampoco sabía cómo podía ayudar. Lo pensaría con calma, quizá se le ocurría algo. El ambiente era tenso, percibía el malestar de Kendra, que no iba dirigido a él, al menos eso creía. Parecía estar a kilómetros de distancia, mirando fijamente al fuego.

—Quizá puedas preparar bocadillos de filete, solo para mí — intentó bromear—. Ya sabes, bistec y otros cortes. La carne argentina es especialmente sabrosa.

Ella lo miró y le brillaron los ojos.

—Eso lo dices porque no habrás probado nunca la ternera escocesa de las Tierras Altas. Es inigualable, si no más tierna y sabrosa.

—Alguna vez podemos hacer una cata a ciegas —propuso y sonrió.

Ahora Kendra también tuvo que reírse.

—Buena idea. —Se le escapó un tímido bostezo—. Lo siento, anoche dormí muy mal.

—Uf, gracias a Dios. Pensaba que era yo, que te aburría.

Ella sacudió la cabeza, e incluso en la oscuridad él pudo ver que el color de sus mejillas hacía juego con el de su blusa. Pensó que era hermosa. Dejó el vaso y se levantó. Sus ojos se abrieron de par en par cuando él le tendió la mano.

—Estás agotada, Kendra. Ven, te enseñaré el salón de baile y luego te llevaré a casa.

Ella apoyó una mano sobre la suya y él la ayudó a levantarse. Alejandro disfrutó de la sensación de piel sobre piel y la sostuvo un poco más de lo necesario. No le dijo si le irritaba. Le quitó la copa y la condujo a través de la sala verde hasta la habitación contigua. Había un Steinway blanco en el centro y una zona de estar con muebles victorianos en un pequeño mirador. También había algunas sillas, aparadores y cómodas aquí y allá. Todo estaba un poco desordenado, pero eso se podía arreglar con unos simples movimientos.

—Bueno, ¿qué me dices? —preguntó tras encender la luz. Dos grandes arañas de cristal brillaban sobre ellos, unos pequeños apliques iluminaban las paredes empapeladas y había dos grandes chimeneas. El ambiente era agradable, aunque hacía mucho frío, pues esta parte de la casa no tenía calefacción.

Kendra giró sobre sus talones y sus rizos rojos volaron. El corazón de Alejandro se aceleró y, por un momento, imaginó cómo sería bailar con ella por el pasillo.

¿Por qué esperar?

—¿Me concedes el honor? —se atrevió a preguntar él, tomando de la mano a Kendra.

Sus ojos verdes se abrieron con sorpresa y sus sensuales labios se fruncieron ligeramente cuando él la estrechó entre sus brazos y bailó con ella alrededor del piano. Un vals rápido sonó en la cabeza de Alejandro, que lo tarareó suavemente para los dos. Ella se dejó llevar, con movimientos ágiles y acompasados, como si llevaran años ensayando aquel momento. Su calor se extendió por él, su aroma le llenó las fosas nasales. Sus miradas se fundieron.

—Perfecto —murmuró Alejandro mientras su corazón daba un brinco.

Kendra comenzó a respirar más deprisa, con las pupilas dilatadas. En algún momento se dio cuenta de que ya no estaban bailando, sino simplemente de pie, en silencio, mirándose el uno al otro. Era un momento mágico; él era consciente de cada una de sus respiraciones. Su proximidad, su olor, sus delicadas curvas… Y entonces acercó la boca a la de ella y la saboreó. Dejó que sus labios se deslizaran suavemente sobre los de ella y la acarició con ternura mientras sus manos viajaban de la cintura al cuello hasta que finalmente las enterró en su pelo. Kendra suspiró suavemente, provocando un torbellino en su interior. La deseaba. La deseaba tanto que creía que iba a estallar. Pero se contuvo, porque reconocía que Kendra era especial y deseaba hacérselo saber a través de sus actos. Pero seguía sin poder parar. Ni siquiera quería. Su lengua jugaba con la de ella, era electrizante. Único. Ansiaba más. Mucho más.

Cuando ella deslizó los dedos bajo el dobladillo de su camisa y le acarició la espalda, él jadeó. Tuvo que esforzarse mucho para no caer sobre ella en el acto. Con el poco autocontrol que le quedaba, se apartó de ella. Alejandro no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban allí parados, probablemente ni siquiera recordaría su propio nombre si alguien le hablara ahora. Debía de haberse dado cuenta de lo alterado que estaba, pero ella seguía allí y no parecía sorprendida. Kendra respiraba tan agitadamente como él, le sujetaba la cara con las manos y apoyaba la frente en la de ella.

—Ha sido… —balbuceó Alejandro—, increíble.

Nadie dijo nada durante unos instantes; finalmente, la razón prevaleció sobre la lujuria.

—Vamos, querida, te llevaré a casa.

Le cogió la mano y entrelazó los dedos con los de ella. No quería precipitarse, quería tomarse las cosas con calma. Conocerla antes de dar el siguiente paso. Kendra no parecía haber recuperado aún el habla, se mostraba tan confusa como él. Le apretó la mano para hacerle saber

lo bien que lo estaba haciendo. Mientras la ayudaba a ponerse el abrigo, volvió a abrazarla.

—Ha sido maravilloso pasar este rato contigo —susurró Alejandro —. Me encantaría besarte toda la noche. Seré sincero: me gustas. Quiero conocerte mejor, Kendra. Pero tampoco quiero precipitarme, ¿vale? ¿Podemos repetir esto en otra ocasión?

Kendra tragó saliva y luego asintió. Aunque ella parecía tener la vida resuelta, un futuro definido gracias al pub, distinguía en su mirada un sentimiento contradictorio. Soledad. Algo le golpeó en el pecho, porque conocía demasiado bien esa sensación. Se preguntó por qué de pronto parecía tan vulnerable y, al mismo tiempo, sintió un deseo urgente de protegerla de todo el mundo.

—¿No eres feliz? —suspiró—. Quiero que seas feliz.

Dios, ¿qué le pasaba? Nunca pensó que pudiera ser tan emocional.

A Kendra le tembló el labio inferior y por un momento pensó que estaba a punto de llorar. Pero entonces una sacudida recorrió su esbelto cuerpo, se tensó y sonrió. Era una sonrisa falsa que no le llegaba a los ojos.

—No pasa nada.

Escuchar aquellas palabras fue como recibir un cubo de agua helada. Alejandro parpadeó un par de veces y respiró hondo. Vale, quizá ella no había vivido el momento tan intensamente como él. Eso era posible, por supuesto. No era ningún secreto que sus nervios rozaban niveles estratosféricos tras el estrés de las últimas semanas. Pero no se lo había esperado y eso le decepcionó más de lo que le gustaría admitir.

—No te preocupes —repitió ella y dio un paso atrás—. Yo… Sé cómo volver, no tienes que acompañarme.

Sintió como si Kendra hubiera cerrado una puerta y sus sentimientos se hubieran quedado al otro lado, ahora ocultos para él. Parecía distante. No fría. Pero distante. Inalcanzable.

—No sé, no deberías andar sola por la noche.

Soltó una risa, pero sonaba demasiado aguda para ser auténtica.

—No seas tonto, he pasado aquí toda mi vida. Conozco Kiltarff como la palma de mi mano. Buenas noches.

Le saludó con la cabeza como si fuera un conocido lejano y no el hombre con el que se había besado apasionadamente hacía solo unos minutos.

Alejandro no sabía cómo reaccionar. Estaba confundido. Primero se había abierto a ella, le había confesado que quería más de ella, y ella había reaccionado de forma muy distante.

Nunca le había ocurrido algo así y no sabía qué hacer. No era un hombre que rogara a una

mujer que no mostraba interés por él, al menos así interpretaba su comportamiento. No la obligaría a gustarle, aunque le doliera. Le sorprendió lo mucho que le afectó el rechazo de Kendra.

Kendra quería abofetearse, azotarse y, sobre todo, ocultarse bajo las sábanas el resto de su vida. No tenía ni idea de lo que le había ocurrido. O quizá sí, lo sabía. Había tenido un ataque de pánico. Alejandro la había besado de una forma que nunca olvidaría: Sus mejores sueños se habían hecho realidad. Pero luego se había dado cuenta de que era un error, de que él y ella nunca podrían ser pareja. Era mejor terminar ahora. Se dio cuenta de que su reacción lo había herido, pero su ego lo superaría, porque eso no era comparable al dolor que sufriría ella si se entusiasmaba con él y luego lo perdía. Y eso era exactamente lo que ocurriría. Alejandro no había venido para quedarse, todo el mundo lo sabía. No había ocultado que solo había comprado la propiedad para tener unos meses de paz y tranquilidad. Un superrico podía salirse con la suya en cualquier momento. Esa era la segunda razón por la que nunca podría estar con él: ambos vivían en mundos completamente distintos. El dinero tenía un significado diferente en el cosmos de él y en el de ella. Kendra luchaba cada día por ganarse la vida —quería salvar La Linterna a toda costa porque se lo había prometido a Libby —, mientras que Alejandro no tenía nada ni nadie a quien cuidar. Una unión así difícilmente podía funcionar, porque si de algo se había dado cuenta era de que nunca permitiría que su novio —o lo que fuera durante un breve periodo de tiempo— la mantuviera económicamente. No quería depender de nadie, quería tomar las riendas de su vida.

Le pareció lógico, pero entonces recordó las sensaciones que su contacto había provocado en ella. Nunca había sentido nada igual. Había sido el mejor beso de su vida.

—Dios mío —gimió y enterró la cara en la almohada—. La he liado.

Sin embargo, aquellas palabras carecían de sentido, porque no podía estropear algo que no existía. No sabía qué pensar ni qué sentir, pero una cosa estaba clara: a partir de ahora, se mantendría lo más alejada posible de él. No es que fuera a hacerse ilusiones o, en el peor de los casos, se enamorara de él. El peligro estaba ahí, él la atraía casi mágicamente. En cuanto estaba cerca de Alejandro, Kendra dejaba de ser ella misma. Bastaba que una mirada de aquellos ojos color caramelo para que se derritiera y olvidara todo lo demás.

«Ya basta», se dijo a sí misma. En su cabeza sonaba aún más decidida, pero su instinto le decía lo contrario. Respiró hondo varias veces. Luego se puso boca arriba y miró al techo. No quería pensar en Alejandro ni en la sensación de sus labios sobre su piel, pero no podía evitarlo. Volvió a rememorar los hechos de esa noche. Habían tenido una agradable charla sobre la fiesta prevista, sí, habían tomado una copa de vino, pero eso no era razón suficiente para perder la cabeza y el control por completo. El estómago se le apretó de deseo. Fue al entrar en aquel salón de baile que, de pronto, todo cambió. Se sintió tan bien. Tan real.

Pero eso no puede estar bien.

¿Y luego? ¿Todo el rollo sobre querer conocerla y demás?

«Quizá fuera un truco suyo», intentó autoconvencerse. No era posible que un exdeportista profesional famoso, conocido por no entablar relaciones duraderas, tuviera de repente otras cosas en la cabeza. Desde luego, él no las tenía.

De camino a casa, se había encontrado con Ava, que estaba paseando al perro de la abuela de Colin. Charlaron brevemente y, como era de esperar, el tema giró en torno a Alejandro, el destacado recién llegado a Kiltarff. Ava le había dicho que, aunque estaba soltero, nunca lo habían visto con la misma mujer dos veces en un evento. Kendra se lo había tomado como una advertencia. Al parecer, su amiga la había descubierto, aunque solo se conocían desde hacía unos meses. Kendra se había dado cuenta de que tenía que vigilar su corazón, y le estaba agradecida a Ava por ello.

Pero en presencia de Alejandro, había tirado su autocontrol por la borda y se había dejado llevar por el beso. Afortunadamente, al final se había recompuesto. Esperaba que no fuera demasiado tarde para ella, porque sus besos eran adictivos. En cuanto lo probó, quiso más. Mucho más.

Las palabras de él aún resonaban en su mente; había dicho que quería conocerla, que quería volver a verla. Parecía sincero, por increíble que sonara, que un hombre como él pudiera estar interesado en ella. Hace tan solo una semana, le habría dicho a cualquiera que le dijera algo así que debería guardar sus cuentos de hadas para otras personas un poco más ingenuas que ella. Pero entonces Alejandro la había besado. Una parte de ella, probablemente una parte estúpida, quería creerle, pero aquella vocecita decidida en el fondo de su cabeza volvía una y otra vez para expresarle una duda razonable. ¿Dónde se había visto una historia de amor así en la vida real? ¿Una celebridad superrica enamorándose de una muchacha de pueblo sin pretensiones?

No, sacudió cabeza con vehemencia, aunque le doliera repetirse a sí misma la hipótesis más probable, pero no conseguiría interiorizarla de otro modo. Era mucho más lógico que quisiera acostarse con ella, y que todo lo demás fuera una artimaña para seducir a las mujeres. No podía creerse que un Alejandro Álvarez estuviera realmente interesado en ella, la chica pelirroja del pueblecito de montaña. Probablemente solo quería sexo. Podía entenderlo, pero no encajaba con sus declaraciones, y si había algo que no estaba dispuesta a permitir era que le mintieran.

Una vez más, llegó a la conclusión de que la única forma de protegerse de su propia debilidad era mantenerse alejada de él. De ninguna manera volvería a visitarlo por la noche. Metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros y sacó un juego de cartas del tarot. Frunció el ceño. Tenía intención de hacer otra cosa con ellas, pero en el calor del momento olvidó su plan por completo, o más bien lo ignoró. Sabía que si lo llevaba a cabo, lo ahuyentaría y no se repetiría una situación similar con él. Tuvo la vaga premonición de que aquellas cartas la acompañarían de ahora en adelante.

—Bueno, a ver —murmuró y dejó la baraja. Kendra no era una experta en eso, lo había comprado por diversión en la librería de Maisie. Mezcló las cartas y sacó una de ellas. Cuando vio el símbolo, gimió. Ante ella había un esqueleto, la Muerte. Apretó los labios. Kendra sabía que la carta no simbolizaba realmente la muerte de una persona, sino que debía interpretarse en sentido figurado. La carta significaba un nuevo comienzo, reflexión, dejar ir. En el tarot, la muerte simbolizaba cambios externos que debían conducir al equilibrio interior. Significara lo

que significara, en su caso, no era la carta más acertada y decidió no continuar. No era de las que creían en cosas espirituales o demasiado supersticiosas. Al menos, no en su totalidad. Kendra puso los ojos en blanco.

—Qué montón de patrañas —refunfuñó y lo guardó todo. Dormir, eso era lo que tenía que hacer. Pero no sabía cómo lo conseguiría. Sentía de todo menos cansancio, estaba hiperactiva y confundida.

CAPÍTULO 8



Alejandro estaba sentado en el salón de su casa con Kenneth y Ava, con tres tazas de café y un paquete de galletas delante. Unas densas nubes colgaban del cielo y apenas había luz en la habitación. Se habían reunido en su casa para ultimar los preparativos de la fiesta de compromiso.

—¿Y dónde está Kendra? —preguntó Ava con el ceño fruncido—. Apenas la he visto en los últimos días, aunque yo también estoy bastante liada en la obra.

Alejandro se fijó en las ojeras de la simpática arquitecta; ya tenía mucho trabajo y ahora había asumido aún más con el evento de Kenneth. También sentía curiosidad por saber la respuesta a aquella pregunta, pues aún no había visto a Kendra en persona. No había vuelto a La Linterna después de la extraña despedida en la que se había sentido rechazado por ella.

Kenneth dio un sorbo a su café.

—Está ocupada —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero dijo que se encargaría de las bebidas; ya las ha pedido.

—Qué raro, no se ha puesto en contacto conmigo. —Alejandro se dio cuenta de que sonaba un poco molesto.

Ava enarcó una ceja, su tono no pareció pasarle inadvertido.

—Al fin y al cabo, la fiesta es en mi casa —se apresuró a añadir.

Kenneth se levantó y se paseó de un lado a otro delante de la chimenea.

—Confía en ella, no nos defraudará. Pero sigue habiendo problemas con el catering.

—¿De verdad? —se sorprendió Alejandro—. Hablé con ella hace unos días y me dijo que su padre podría asumir esa tarea.

—Parece que se equivocó. Antes me ha comentado por teléfono que estaba buscando una alternativa.

Alejandro se mordió el interior de la mejilla, pero no dijo nada.

—¿Quieres que haga algo por ti? —se ofreció.

Kenneth le dirigió una mirada de agradecimiento.

—No, confío en ella. Si dice que se ocupará de ello, lo hará. También he hablado con nuestro antiguo mayordomo Donald.

—¿Cómo que antiguo? —quiso saber Ava.

—Ha servido fielmente a mi familia durante décadas, pero, para ser sinceros, Ellie y yo no necesitamos un mayordomo y él se ha ganado su jubilación. Aunque ahora no sabe qué hacer con tanto tiempo libre y le gustaría ser jefe de camareros en el castillo por las noches y supervisarlos. Podría ayudarme con eso. Parece que aún tiene contactos, dijo que nos enviaría seis o siete señoras para atender a los invitados esa noche.

—Interesante. —Alejandro cogió su taza de café con ambas manos; solo estaba tibio.

Kenneth volvió a sentarse.

—Entonces, ¿qué más nos falta? —preguntó, con aspecto muy tenso.

—Todavía tenemos que echarle un vistazo al carruaje —indicó Alejandro.

—Bueno, eso podemos hacerlo en un momento.

—Ya se han encargado los trajes —añadió Ava, tomando otra nota en su cuaderno—. Por suerte, Kendra tiene una amiga que es escenógrafa de cine y teatro.

Kenneth se frotó la frente.

—Bien, bien. Confío en ti.

—Será memorable, créeme. —Ava mostró una sonrisa alentadora y Alejandro admiró la tranquilidad y profesionalidad que transmitía con tanta calidez, casi angelical.

—Vale, ¿entonces vamos según lo previsto? —preguntó Kenneth a los dos. Antes de que nadie pudiera responder, sonó un teléfono móvil. Alejandro vio cómo Kenneth sacaba su dispositivo del bolsillo del pantalón y miraba la pantalla. Entonces su rostro se ensombreció y volvió a ponerse en pie.

—Disculpadme un momento, tengo que atender esta llamada.

Alejandro y Ava intercambiaron una mirada y ambos tuvieron que sonreír al nervioso novio. Pero el tiempo apremiaba. La fiesta de compromiso debía celebrarse dentro de unos días y aún

faltaban detalles por concretar. Alejandro estaba especialmente preocupado por el carruaje. Tenía la sensación de que podrían tener problemas. A primera vista, el carruaje parecía estar bien, pero a juzgar por el estado de los establos, la estructura podría estar dañada, lo que dejaría el cacharro inservible. Con suerte, Kenneth tendría un plan B en la manga.

—¿Puedo ofrecerte más café? —Alejandro se volvió hacia Ava, que se frotaba los ojos.

—Oh, Dios, no, gracias, ya estoy hecha polvo. Lo único que realmente me ayudaría sería dormir ocho horas seguidas. Pero eso no será posible hasta que la obra esté terminada y el hotel abierto.

—¿Cuánto falta para eso? —se interesó Alejandro.

Ella sacudió la cabeza, frustrada.

—No preguntes. Tendríamos que haber terminado hace mucho tiempo, pero anteayer reventó una tubería. Por un lado, fue bueno, porque aún no habíamos enlucido las paredes, pero, claro, siempre es un fastidio que ocurra algo así. Espero que podamos seguir con el plan de alguna manera.

—¿Hay noticias de la inauguración?

Ava levantó la mirada.

—Kenneth ha elaborado una lista de conocidos a los que podríamos invitar personalmente. Pero aún no está claro cómo lo celebraremos. —Se alborotó el pelo—. No lo sé. ¿Y a ti cómo te van las cosas? ¿Te has adaptado bien?

Asintió, aunque no fuera cierto.

—Quiero trabajar en mis memorias, así que la reclusión me ayuda.

Todavía no había escrito ni cincuenta palabras. Nunca habría imaginado que pudiera ser tan difícil escribir sobre uno mismo.

Alejandro se alegró cuando Kenneth volvió con los dos. Su rostro parecía una oscura nube de tormenta.

—¿Qué pasa? —preguntó Ava.

Kenneth se frotó las sienes.

—Uno de mis arrendatarios ha muerto.

—Oh, lo siento —dijo Alejandro—. ¿Era un buen conocido?

—Sí, así era. Todos en el pueblo lo conocían. Siempre estaba en forma, siempre de buen humor. Ian Clarke seguía fuerte a los ochenta y tres años. —Kenneth suspiró—. Probablemente fue un derrame cerebral, no lo sabemos con certeza. Pero lo más seguro es que muriera en el

acto. Tendré que digerir eso primero. Pero hay algo más.

Kenneth desvió su mirada sombría al suelo de parqué.

—¿Sí? —Alejandro frunció el ceño.

—Quería alquilarle sus caballos. También tiene otro ganado; ahora alguien tiene que ocuparse de ellos. Lo siento, chicos. Tengo que ir a ver qué pasa, ya se me ocurrirá algo.

Kenneth se giró en dirección a la puerta.

—Espera, iré contigo —sugirió Alejandro y se levantó también—. ¿Qué animales necesitan ser atendidos?

—Ganado —le informó Kenneth secamente. Para cuando Ava se levantó y guardó el cuaderno en el bolso, él casi había desaparecido de la habitación.

—¿Ganado de las Tierras Altas escocesas? —preguntó Alejandro. Qué emocionante, el día anterior había leído algo sobre la fauna local en Internet en lugar de trabajar en su texto: ¡Era un verdadero maestro de la procrastinación! El ganado de las Tierras Altas escocesas es una raza antigua que originalmente solo existía en Escocia y las islas Hébridas. Durante unos doscientos años, en los que habían sido criados selectivamente, la noble raza había pastado en los prados sin cambios ni cruces con sangre extranjera. Alejandro no quería perder la oportunidad de echarles un vistazo. Durante mucho tiempo no había sentido ninguna inclinación en este sentido, pero desde que estaba aquí, sus raíces se habían vuelto cada vez más claras y, con ellas, su interés por el ganado y la agricultura.

—Sí —refunfuñó Kenneth.

—Crecí en una pequeña granja en Argentina —dijo Alejandro—. Mi familia apenas tenía un par de vacas, pero nuestro vecino sí tenía un gran rebaño, así que sé algo sobre ellas.

—¿En serio? —Ava pareció sorprendida y le dirigió una mirada desdeñosa, como si no pudiera imaginarse a Alejandro correteando por los prados descalzo y con los pantalones rotos cuando era niño. De algún modo, él podía entenderlo. Habían pasado muchas cosas desde entonces y su éxito deportivo le había convertido en una persona diferente, al menos por fuera.

—Sí, llegué al polo por casualidad, porque me gustaba galopar a lomos de los caballos de un hombre rico. Él descubrió y fomentó mi talento.

—Qué locura. —Los ojos de Ava brillaron.

Kenneth se aclaró la garganta.

—¿Vienes o no? —los interrumpió—. Lo siento, Ava, pero es muy urgente.

Ella les hizo una señal para que se marcharan.

—Tranquilos, yo me vuelvo al hotel, adelante.

Alejandro se despidió de ella y se apresuró a seguir a Kenneth, que ya estaba en camino.

—Podemos coger mi coche —sugirió Alejandro.

—¿Es tuyo? —Kenneth señaló el Range Rover que había junto a la puerta—. Creía que era un coche de alquiler.

No encontré una opción adecuada —explicó Alejandro, abriendo el vehículo con el mando a distancia—, así que opté por comprar un coche. Uno de alquiler no sería una solución a largo plazo, y me gusta tener movilidad.

—Bien. —Kenneth no dijo nada más y subió al coche por el lado del conductor. Alejandro no protestó; si su compañero estaba de ese humor, lo mejor era dejarle decidir a él. Kenneth se sabía el camino de memoria y no tenía paciencia para dar indicaciones. Le pareció bien, así podría disfrutar de las vistas durante un rato.

* * *

Había sido un día sorprendentemente lucrativo para La Linterna. Hacía mucho tiempo que un autobús turístico lleno no llegaba a la ciudad, y todo el mundo tenía hambre. Por primera vez en horas, Kendra tuvo un descanso para beber un poco de agua. Miró el reloj; eran poco antes de las seis y pronto llegarían las reservas de la cena. Kendra se secó la frente y se dirigió a la cocina. No había comido desde el desayuno. Hacía calor y estaba sofocada, aunque las ventanas estaban abiertas. Se detuvo y se quedó helada cuando vio a su padre sentado en un taburete en un rincón, con la cara entre las manos.

Al cabo de unos pasos, estaba frente a él y se arrodilló.

—Papá, ¿va todo bien?

Este levantó la vista, con la cara enrojecida. ¿Dónde estaba mamá? Había venido a ayudar, pero al parecer se había vuelto a ir. Kendra estaba confundida y preocupada, sobre todo por aquello. Esperaba que estuviera bien. Se sentía culpable, ¿no llevaba meses insinuándole que el trabajo era demasiado para él? ¿No estaba tan sano como ella creía? El miedo le ahogó la garganta.

—¿Papá? —volvió a repetir. Le vio respirar hondo.

—Estoy bien —dijo con un profundo suspiro, expresando sin palabras cuánto le pesaba la situación—. Kendra, esto no puede seguir así.

Tragó en seco.

—¿Os habéis peleado? ¿Tú y mamá?

Por la expresión de su cara, reconoció que tenía razón.

—Queremos vivir, Kendra, compréndelo. ¿Y tú? Tienes que dejar de esconderte aquí.

—¿Qué? —jadeó ella. El miedo por él se había desvanecido, estaba bien; se había equivocado, por suerte. Ahora se sentía acorralada y señalada, una sensación que conocía demasiado bien. Desgraciadamente.

—No me escondo.

Se levantó y se limpió las manos en un paño sujeto a su pantalón de cocinero blanco y negro.

—Sí, eso es exactamente lo que estás haciendo aquí. Tenías otros planes para tu vida, cariño. —Su voz sonaba amable, y ella sabía que sus padres tenían buenas intenciones, pero no parecían querer comprender los verdaderos deseos de Kendra.

Tragó saliva. Era cierto que había tenido otros planes, pero eso había sido antes. Antes de que Libby enfermara.

—Los planes cambian, papá. —Era todo lo que podía decir sin llorar. El recuerdo de su hermana pequeña, débil y enferma y luchando aún por sonreír le ahogó la garganta.

Su padre apoyó las manos en la superficie desnuda de acero inoxidable y hundió los hombros. Pensó en su hija, su otra hija, que tenía toda la vida por delante hasta que le atacó el cáncer.

—No, cariño —dijo en voz baja—. Crees que tienes que estar aquí para seguir adelante por nosotros, pero no queremos eso. Queremos que seas feliz, Kendra.

Ella sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Aquí soy feliz.

Su padre se volvió hacia ella, y la mirada arrepentida que le dirigió fue la gota que colmó el vaso. Le tembló el labio inferior y, mientras él negaba lentamente con la cabeza, una lágrima rodó por la mejilla de Kendra.

—No lo eres —fue todo lo que respondió.

—Pero quiero a La Linterna —protestó en voz baja, porque esa era la verdad. Sus padres no veían que se sentía sola. Kendra tenía muchos buenos amigos, pero en su interior, la muerte de su hermana pequeña Libby había dejado un inmenso agujero negro.

Su padre se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Estamos pensando en vender La Linterna o cerrarlo si no encontramos a nadie. Podrías utilizar los beneficios para labrarte un futuro, continuar tus estudios, cambiar de profesión.

Kendra se tambaleó.

—No podéis hacer eso. ¿Una carrera? No, quiero estar aquí — balbuceó mientras el suelo temblaba bajo sus pies. La Linterna era todo lo que tenía, ¿no lo sabían sus padres?

—Llevamos meses intentando que te des cuenta de que esa no es una opción para ti, pero parece que no quieres entenderlo, hija mía.

Otra lágrima rodó por su mejilla.

—¡Pero tengo ideas y planes!

Lo vio jadear y luchar contra sí mismo. El corazón de Kendra latía desbocado.

—Piénsalo, Kendra. Podrías volver a la universidad y vivir por fin tus sueños. —Su padre se quitó el paño y lo dejó sobre la encimera; era casi un acto simbólico, una señal de que había terminado con aquel bar que había alimentado a la familia durante generaciones. Kendra no podía creer lo que estaba ocurriendo.

—¿Por qué querías esperar hasta el verano? —exclamó ella, atónita.

Los ojos de su padre se abrieron de par en par, sorprendidos.

—¿Dónde…?

—No importa, papá. Tomas decisiones sin escuchar mi opinión. También estás destruyendo mi vida.

—Queremos lo mejor para ti.

—La Linterna es todo lo que quiero. —Sentía unas ganas incontrolables de gritar y golpearse el pecho con los puños, pero permaneció inmóvil, congelada.

Sacudió la cabeza y se enderezó. Kendra sabía que cualquier discusión en ese momento era inútil. Las palabras que siguieron la dejaron sin aliento.

—Tu madre y yo nos iremos fuera quince días y luego buscaremos un comprador. Es por tu bien, ¿sabes? Ahora me voy a casa, volveré para el turno de la noche.

Kendra seguía sin poder moverse. No podía creer que todo hubiera terminado.

—No puedes hacerme eso —dijo, sin palabras.

Su padre se acercó e intentó abrazarla. Ella retrocedió. Kendra notó en su interior cómo brotaba una rabia irreprimible que ya no podía contener, ni quería. Estaba harta de que otros decidieran por encima de ella lo que debía o no debía hacer. Seguía siendo la dueña de sus sueños y de su vida. Le apartó la mano.

—Basta ya.

Luego salió furiosa, de vuelta al comedor. Por suerte no había nadie, porque ahora lloraba desconsoladamente.

CAPÍTULO 9



Los pasos de Alejandro resonaron en el suelo de madera al cruzar el puente sobre el canal de Caledonia. Las nubes se habían disipado y los rayos del sol se acercaban al pueblo de las Tierras Altas. Un barco turístico cruzaba el lago Ness y algunos turistas habían venido a explorar la historia de Nessie. Sonrió, por supuesto él también había oído hablar del monstruo marino que había sido la atracción oculta del legendario lago durante décadas.

La extensa masa de agua brillaba oscura y misteriosamente, las nubes se reflejaban en su superficie. Respiró hondo y sintió que se le dilataba el pecho. El aire allí era tan puro y fresco que daba la sensación de ir más cargado de oxígeno que en otros lugares del mundo. Estar allí era el contraste más claro con Buenos Aires y, curiosamente, no echaba de menos ni un ápice su antigua vida. Al principio pensó que añoraría los cafés, los restaurantes y la gente. Pero ocurrió todo lo contrario. Sentía una extraña sensación de libertad porque ya no tenía que cumplir ciertas expectativas. Era como si se estuviera tomando un descanso de sí mismo.

Alejandro se detuvo un momento, apoyando los codos en la barandilla del puente y pensando en lo que había supuesto en un breve instante de debilidad. Cuando había visitado la granja con Kenneth, su amigo había parecido tan desesperado e indefenso que había accedido a cuidar de los animales por el momento. En el fondo no suponía un gran esfuerzo: echar a los caballos un poco de heno en el prado, al ganado ensilado y a las cabras… ¿Qué comían las cabras? Llamaría rápidamente a sus padres, no quería hacer nada mal. Solo habían visto la vieja casita con su tejado negro desde fuera, no había habido tiempo para más. En cualquier caso, los establos estaban en perfecto estado y los animales parecían sanos y en cierto modo felices, así que Alejandro estaba ansioso por empezar su tarea. No le llevaría mucho tiempo, solo el suficiente para que Kenneth encontrara una solución, ya que el arrendatario no tenía hijos y, por tanto, tampoco herederos.

Alejandro sonrió al pensar en los enormes caballos Clydesdales, una antigua raza escocesa con pelaje desgreñado en las patas y crines salvajes. Los cascos de esos ejemplares eran robustos, no como los delicados animales a los que Alejandro estaba acostumbrado, pero al fin y al cabo, un caballo seguía siendo un caballo. Quizá pronto diera un paseo.

Pero no ese día, porque tenía otra cosa en la cabeza que llevaba tiempo posponiendo. Al principio había alimentado su ego herido, pero ahora prevalecía la curiosidad: ¿por qué Kendra se había comportado de forma tan extraña? Volvió a respirar hondo y continuó su camino hacia La Linterna . De la chimenea salía humo, así que sin duda estaba abierto. Ya se había dado cuenta de que el lunes era día libre y hoy era martes. Su corazón latió más deprisa cuando empujó la puerta del pub y entró. Olía a leña y a las muchas historias que habían tenido lugar en aquel local durante cientos de años. Siempre le fascinaron las viejas y pesadas vigas que sostenían el techo y el tejado. Las mesas estaban pulidas y lisas de tanto uso, y sobre la repisa de

la chimenea había viejos recipientes para beber que, sin duda, eran originales y antiguos.

Pero esa no era la razón por la que estaba allí. Examinó el bar en busca de Kendra. Había gente sentada en dos mesas, presumiblemente turistas, a juzgar por su ropa funcional y sus mochilas. Alejandro sonrió. Aunque llevaba poco tiempo allí, casi se sentía como un lugareño, lo cual, por supuesto, no tenía sentido, porque su ropa delataba con la misma rapidez que no era de allí. Seguía viajando con su chaqueta de invierno, pues el viento de las Tierras Altas podía ser a veces muy frío y penetrante. Pero ahora no tenía nada de frío. Se quitó la chaqueta cuando Kendra salió de la cocina con dos platos y los llevó a una de las mesas. Cuando lo vio, se estremeció ligeramente. Entonces pareció volver en sí y sonrió. Una sonrisa profesional, de negocios, que probablemente dedicaba a todos los invitados. De algún modo, aquella reacción le molestó, pero no se lo dijo mientras se sentaba en la barra.

Resistió el impulso de volver a buscar a Kendra y esperó. Mientras tanto, colgó la chaqueta en el respaldo del asiento. Pronto Kendra apareció en su campo de visión. Estaba pálida y tenía los ojos inyectados en sangre. Algo se agitó inmediatamente en su interior y tuvo que contenerse para no precipitarse hacia ella y estrecharla entre sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó frunciendo el ceño.

—Por supuesto, ¿cómo estás tú? —respondió ella. Sin compromiso y distante. Eso no le gustaba, pero no dejó que le desanimara. Probablemente Kendra tenía práctica en ocultar sus sentimientos a los demás. Cuando trabajas en este sector, aprendes rápido.

—¿Estás enferma? ¿Te pasa algo?

Sus ojos se abrieron ligeramente y negó con la cabeza.

—No, no pasa nada. —Y de nuevo le asaltó aquella sonrisa falsa que le volvía loco—. ¿Qué quieres tomar? —fue su siguiente pregunta.

—Una cerveza de jengibre, por favor.

—¿La acompañarás con algo de comer? —Ella evitó mirarle a los ojos y él se dio cuenta de que lo que pasó esa noche sí la había afectado más de lo que dejaba entrever. Las comisuras de los labios de Alejandro se crisparon y se relajó un poco.

—Kendra, los dos sabemos que no estoy aquí por la buena comida.

Ella se quedó inmóvil, jadeó y lo miró como un ciervo asustado por los faros de un coche. La vio tragar saliva y separar ligeramente los labios. También se le aceleró el pulso, y una sensación de triunfo invadió el cuerpo de Alejandro. Podía intentar engañarle, pero no era tan buena actriz como creía. Incluso podía entenderla un poco. Por supuesto, era consciente de que ella lo veía como una celebridad con un escándalo a sus espaldas. Quizá creía lo que la prensa escribía sobre él… Ni siquiera había pensado en ello, y eso le hizo recuperar la sobriedad de un modo extraño. Las facciones de Kendra se tensaron, al igual que sus hombros. Con un rápido movimiento, sirvió la cerveza de jengibre y dejó el vaso y la botella frente a él.

—Gracias —dijo Alejandro, con cierto nerviosismo en la voz.

El pulso de Kendra estaba muy por encima del límite saludable, sus rodillas se sentían tan inestables como dos pilares de madera carcomidos por las termitas. ¿Cómo podía aquel hombre tener tal efecto sobre ella cuando lo único que hacía era mirarla? Pero, ¡ cómo la miraba! Como si fuera la única persona del mundo que existía para él… Tan lleno de anhelo e interés genuino. No hacía falta mucho para hacerle hiperventilar. Y luego estaba la frase: «Los dos sabemos que no estoy aquí por la buena comida».

Kendra hizo todo lo posible por no dejar traslucir lo nerviosa que estaba. No, claro que no lo estaba. Alejandro era consciente de su extraño comportamiento, pero no se lo echaba en cara ni parecía desanimado. Al menos no por ahora. Su sonrisa se había difuminado y el agradecimiento había sonado un poco más frío que sus comentarios anteriores. Tal vez se lo había imaginado. Ella no tenía ni idea y, desde que él había aparecido, ya no podía confiar en sus instintos.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —se oyó decir y se dio cuenta de lo estúpido y artificial que sonaba.

—Aún pienso en ello —comentó sin apartar los ojos de ella—. ¿Hablamos de lo que pasó hace unos días?

No mostró un ápice de sorpresa ante aquellas palabras tan directas. Ya debería estar acostumbrada a la franqueza de aquel hombre. Pero en verdad la avergonzaba, aunque solo fuera porque pensar en sus besos le producía un cosquilleo en el cuerpo.

Ahora era el momento de poner en marcha su plan. Si ella accedía, él no perdería ni un segundo en llevarla a su cama. Sus coquetas intenciones solo podían servir para eso, al menos ella ya lo había interiorizado, y Kendra no tenía ninguna intención de convertirse en otra muesca en el poste de su cama. En absoluto. Antes criarían pelo las ranas.

Satisfecha de haber recuperado al menos la mitad de su equilibrio interior, retrocedió brevemente para sacar su baraja de tarot de un cajón. La había puesto allí por precaución, después de que en su última visita a casa de Alejandro «olvidara» utilizar su táctica porque prefería dejar que la besara. Eso no iba a ocurrir hoy.

Sintió calor cuando se volvió hacia él y se acercó a la barra, que afortunadamente actuó como un muro de seguridad para impedirla saltar sobre él. Por desgracia, pudo oler su maravilloso aftershave desde lejos. Ningún hombre debería oler tan bien con esa expresión en la cara. Bueno, pronto estaría huyendo y tendría una cosa menos de la que preocuparse.

—Mira —dijo Kendra, y por primera vez desde que Alejandro había entrado, esbozó una sonrisa genuina y sincera—. Estas son cartas del tarot, ¿sabes algo de ellas?

Una de las cejas de Alejandro se alzó lentamente.

—¿Tarot?

La expresión de Kendra se acentuó. Era exactamente la reacción esperada.

—Sí, así es, yo leeré las cartas por nosotros, es muy importante para mí que todo encaje antes de seguir avanzando. Puedes confiar en ellas, nunca mienten.

Él no contestó, pero bebió un sorbo de su cerveza de jengibre. Ella observó cómo tragaba, cómo se le movía la nuez de Adán y cómo se lamía los labios.

Madre mía.

¿No se había dado cuenta de lo bueno que estaba?

Kendra quiso sacudirse, como si pudiera desterrar la sensación de hormigueo que se había apoderado de ella. Pero lo dejó pasar, probablemente el ego de aquel tipo ya era lo bastante grande, no necesitaba echar más leña al fuego. Sería mejor fingir que no le importaba. Al menos su visita tuvo un efecto positivo: ya no pensaba constantemente en la discusión con su padre, aunque no podía llamarla discusión cuando sus padres habían decidido su destino.

«Maldita sea, concéntrate», se dijo a sí misma y barajó las cartas. Por desgracia, estaba tan nerviosa que se le cayó una al suelo. Reprimió una maldición, la recogió y volvió a empezar.

—¿Es demasiado complicado? —preguntó Alejandro con una sonrisa.

«Idiota», quiso replicar, pero siguió barajando. No era justo culparle de su efecto electrizante sobre ella.

—No, no es nada complicado —respondió ella con una dulce sonrisa. En cierto modo, ahora incluso disfrutaba de este jueguecito para ponerle contra las cuerdas, sin importarle por qué la había elegido a ella como su próxima conquista. Seguro que había más de una mujer en el pueblo a la que le encantaría enredarse entre las sábanas con una superestrella como él aunque fuera solo por una noche. A Kendra eso no le interesaba; ella ansiaba amor y afecto de verdad, no pura pasión. Aunque no dudaba de que el sexo con él sería estupendo.

Kendra hizo una pausa y apartó las imágenes adultas que intentaban apoderarse de sus pensamientos. Luego, dejó de barajar las cartas y le miró directamente.

—La carta superior mostrará lo que nos depararía un futuro juntos.

Tragó saliva y sintió que la sangre le corría por las venas. Tal vez debería haber preparado el juego de modo que no hubiera ninguna carta que señalara algo que le gustara. Pero no se trataba de eso. Casi cualquier hombre perdería el interés por una mujer que dejaba que su destino lo determinara un galimatías. Esa era la mejor forma de deshacerse de un hombre. Lo único más eficaz era mencionar en la primera conversación que buscabas marido porque tu mayor deseo era tener hijos. Había perdido esta oportunidad, así que ahora entraba en juego la adivinación.

—Por favor —empujó el montón volteado—, ¡elige una carta!

Los ojos de Alejandro brillaron y ella siguió sus suaves movimientos, observando cómo

levantaba muy despacio la carta superior con sus largos y sensuales dedos y la miraba. Le sorprendió que participara. Ninguno de sus amigos varones lo hacía, ni siquiera por diversión.

Cuando el rostro de Alejandro se deshizo en una sonrisa tan amplia que la mareó, se aferró a la barra. Y entonces él colocó su cara sobre la madera lisa que tenía delante.

—Bien, Kendra, ¿qué dicen las cartas sobre nuestro destino juntos? —Su voz oscura le produjo un escalofrío.

Intentó que no se le notara la sorpresa mientras repasaba mentalmente lo que sabía sobre el significado de la torre en llamas. Un rayo cae sobre ella y la destruye. Sabía que simbolizaba el mundo emocional, que algo estaba hirviendo, mientras que los deseos y los sueños estallaban como pompas de jabón. Kendra sabía que, aunque de primeras no sonara bien, también significaba nuevas posibilidades, un golpe liberador, aunque hubiera deseado otra cosa. Representaba una época de cambios con el objetivo de abrir nuevos caminos. Si tomabas este camino, podrías encontrar el amor verdadero e íntimo en el viaje.

Kendra exhaló audiblemente.

No era un indicio claro de que Alejandro desempeñara un papel en su vida. Por otra parte, él había sacado la carta. Así que era para él, aunque eso no hacía que se sintiera mejor. ¿Era posible que sus acciones no fueran simples artimañas de seducción? No tenía ni idea, porque a pesar de suspirar por él, no se había molestado en buscarlo, ni siquiera en Internet. Podía ser muchas cosas, pero no era una acosadora.

Mientras por su mente pasaban todo tipo de preguntas, se dio cuenta de que el silencio entre ellos era cada vez más tenso. Por supuesto, Alejandro esperaba una explicación. Le sorprendió que siguiera sentado hablándole. Había querido parecer una tonta gruñona que creía en las señales del universo solo para asustarlo. Por lo visto, no había tenido dicho efecto en él, lo cual molestó mucho a Kendra.

—¿No vas a decirme qué significa eso? —rompió el silencio. Podía oír lo bien que se lo estaba pasando con esta conversación. Era evidente que también disfrutaba avergonzándola.

Demasiado para intentar asustarle con el tarot. Probablemente se había marcado un gol en propia puerta.

—Eeh, esto… —tartamudeó—, es complicado.

É

Él se inclinó hacia delante.

—Tengo tiempo. Puedes ser breve, por supuesto.

Kendra había soltado el anzuelo, ahora tenía que recogerlo y terminar el trabajo.

—Bueno, esta carta no muestra mucho amor, así que me temo que voy a tener que

decepcionarte.

¿Por qué tenía la sensación de que él sabía más de lo que aparentaba? No era posible, ¿verdad? ¿Eran supersticiosos los argentinos? No tenía ni idea.

—Entonces, ¿qué significa esta torre en llamas? ¿No es cierto que un rayo también puede significar enamorarse de alguien?

Mierda. Mierda. Mierda.

Claro que también podría significar eso.

—Eso es poco probable —respondió ella, esforzándose por mantener la compostura—. Esta carta solo demuestra que tu antigua vida ha dado un giro repentino, que puede haber estado asociado a grandes sobresaltos y trastornos… Pero un nuevo rumbo siempre alberga nuevas oportunidades y tal vez, al final, el amor. Pero yo no soy la mujer adecuada para eso. Solo como comentario.

Kendra sintió su mirada penetrante sobre ella, pero evitó hacer contacto visual. Casi esperaba que le preguntara por qué no era la mujer adecuada para él, pero no dijo nada. Hubo otro momento de silencio hasta que ella no pudo soportarlo más.

—Si no me crees, ¿por qué no eliges otra carta?

Cuando las palabras se desvanecieron, rezó interiormente para que no sacara a la gran sacerdotisa o, peor aún, a la emperatriz, que representaba el amor, los sentimientos y la fertilidad.

—Digas lo que digas, estoy empezando a disfrutar con este jueguecito. ¿Qué tengo que hacer para que salgas conmigo?

Los ojos de Kendra se pusieron grandes como platos cuando lo vio sacar otra carta del montón. ¿Había pensado que podía tirar su plan maestro por la borda y luego pedirle una cita? Aún no le había dado la vuelta, pero parecía estar esperando una respuesta.

—Por desgracia, siempre tengo que trabajar hasta tarde, así que me resulta difícil salir después —intentó disculparse.

Él no parecía desanimado.

—Una cita no está ligada a una hora concreta, Kendra.

La forma sensual en que pronunciaba su nombre la hizo inhalar bruscamente. Nadie había pronunciado su nombre como él.

Se quedó callada y no supo qué decir mientras todo en su cabeza daba vueltas y vueltas.

—Si la próxima carta muestra un símbolo de amor, pasarás un día conmigo. —¿Eh? ¿Qué estaba diciendo? Bueno, siendo realistas, ¿qué probabilidades había? Señaló el montón con la cabeza y sonrió desafiante—. Vamos, hay muchas cartas relacionadas a la vida sentimental. ¿O

tienes miedo?

Alejandro enarcó una ceja.

—¿Miedo? ¿De ti? Desde luego que no.

Mierda. Se dio cuenta demasiado tarde de que había intentado provocarla. Su sonrisa confiada la hizo suspirar suavemente. ¿Qué sabía él que ella no supiera? Entrecerró los ojos y pensó.

No, él aún no había visto lo que había sacado. E incluso si lo había visto, debería saber interpretarlo, cosa que ella consideraba improbable. Por otra parte… ¿Cuántas expectativas había cumplido este hombre hasta ahora?

Kendra vio cómo la sensatez abandonada su cuerpo y se oyó a sí misma decir:

—Trato hecho, si se cumple la apuesta, pasaré mi día libre contigo.

El corazón le comenzó a martillear con fuerza contra las costillas. Alejandro también parecía un poco inquieto, así que no, no sabía qué les deparaba el futuro. Podía relajarse, no tenía por qué salir con él o lo que fuera que estuviera tramando.

Estaba a punto de darle la vuelta a la carta cuando ella le cogió la mano. Sus ojos se encontraron. Mientras Kendra intentaba ignorar el tacto de su cálida piel, pensó en lo que quería decirle. Se le había olvidado. Hizo tiempo aclarándose la garganta.

—Explícame algo, Alejandro. ¿Por qué yo?

Al fin. Lo había dicho, una simple pregunta que significaba tanto. ¿Le mentiría? ¿Cuáles podrían ser los motivos de su interés por ella? Se lo había preguntado muchas veces en los últimos días. Demasiadas veces.

Alejandro pareció sorprendido durante un momento, luego asintió.

—Con gusto te responderé. No sé por qué me fascinas tanto, y no quiero analizarlo más, pero desde que te vi por primera vez, no puedo sacarte de mi mente. Es un hecho, y no puedo luchar contra ello. Me gustas, Kendra.

Silencio.

La sangre brotó.

Aún más palpitaciones.

Su mano seguía sobre la de él, pero ahora él había colocado la otra sobre la suya y le acariciaba la piel con el pulgar. Sus terminaciones nerviosas estaban a punto de estallar. Mientras intentaba procesar lo que oía, se dio cuenta de que sus piernas estaban a punto de abandonarla para siempre. Por suerte, no estaban solos en el bar. Al menos estaba segura de que sus labios no acabarían de nuevo pegados a los de él, aunque la tentación no podía ser mayor.

¿No podía sacarla de su mente?

Estaba más contenta con esta frase de lo que quería admitir, e innumerables mariposas revoloteaban en su estómago. Al mismo tiempo, no dejaba de preguntarse si podía confiar en él.

Puede que sus instintos no fueran una buena guía, pero sí, había sonado creíble, por absurdo que le pareciera a Kendra que un famoso atleta profesional estuviera interesado en ella.

—¿Hablas en serio? —gimió finalmente.

Alejandro hizo una pausa e hizo algo que la sorprendió: se rio a carcajadas.

—Eres única —declaró—. ¡Nadie más reaccionaría como tú! Eres inteligente, guapa y tienes mucho que decir. No me imagino a nadie aburriéndose contigo ni un segundo. ¿Por qué te cuesta tanto creerme, Kendra?

Retiró los dedos.

—No creo que sea difícil de entender. Míranos. Yo trabajo en un bar, tú vives en una mansión que acabas de comprar con calderilla. —Dios sabe que Kendra no tenía complejo de inferioridad, pero tampoco era ingenua. Ellos dos eran como la noche y el día…

Se dio cuenta de que algo había cambiado en el rostro de Alejandro. Ya no parecía tan alegre como hacía un momento.

—Lo comprendo. Mi pasado es una carga. Créeme, soy muy consciente de ello. Pero, ¿es justo que me juzgues por esa razón sin conocerme realmente? Ni siquiera me das la oportunidad de demostrarte que soy algo más que la personalidad pintoresca que crees conocer por los medios de comunicación.

Ella frunció el ceño y bajó los párpados, culpable.

—Visto así, no. No es justo.

—Entonces dame la oportunidad de demostrarte que no estoy tan desapegado de la realidad ni soy tan esnob como crees.

Quería creerle, pero también tenía miedo. Porque tenía algo que perder: su corazón.

—No me creo nada —murmuró.

Él inclinó la cabeza y miró a Kendra en silencio durante unos segundos. Su mirada la preocupó y se preguntó qué estaría pasando en su interior. Definitivamente, ya no le hacía gracia.

—Dale la vuelta a la carta, Kendra. Tenemos un trato, ¿no?

Kendra asintió, a pesar de no estar nada segura de querer continuar, pero cumplió su petición de todos modos. Con los dedos sudorosos y el corazón acelerado, giró la carta. Había cerrado los ojos y apenas se atrevía a abrirlos. Cuando por fin se decidió a echar un vistazo, no podía creer lo

que veían sus ojos. ¿Cómo era posible? ¿Alejandro era mago y de algún modo había conseguido invocar a la emperatriz? Pero no, en primer lugar, no había tocado la baraja más de lo necesario y, en segundo lugar, no tenía forma de saber qué significaba. ¿O sí lo sabía?

—No me lo puedo creer —gimió ella.

Alejandro parecía satisfecho, pero también un poco introvertido y ya no tan alegre como antes.

—Bien —dijo él con un gesto de confirmación—. Entonces tenemos una cita, al menos eso deduzco de tu reacción ante esta carta. ¿No vas a explicarme qué significa?

Kendra no quería mentir, era una mujer de palabra. Además, y esta era la razón más importante, estaba deseando con toda su alma pasar tiempo con él.

Parecía inútil.

Respiró hondo.

—La emperatriz es un símbolo importante. Puedes ver que se sienta en un trono de piedra con el signo de Venus. Eso puede tener muchos significados, el horóscopo representa el crecimiento y la madurez, entre otras cosas.

Se guardó el resto para sí y lo dejó pensar lo que quisiera. Por lo visto, sí sabía leer el tarot, o era muy bueno descifrando sus gestos y reacciones, lo cual era totalmente posible. Se sentía vulnerable e insegura en su presencia.

Las comisuras de los labios de Alejandro se crisparon traicioneramente, mientras sus ojos no ocultaban que le gustaba el resultado.

—Muy interesante, me convence tu explicación.

Kendra quiso protestar, buscó una excusa, se dio por vencida y asintió, pero no pudo articular palabra. Estaba demasiado excitada para aclarar sus pensamientos.

Con el rabillo del ojo, se dio cuenta de que los comensales de una mesa querían pagar. Estaba a punto de disculparse cuando se abrió la puerta y entró Ellie. Llevaba vaqueros con botas de trabajo y una camisa de leñador con un chaleco acolchado por encima. Tenía las mejillas sonrojadas, como si hubiera estado corriendo una maratón, lo que le sentaba de maravilla. Ellie era un manojo de energía.

Kendra se volvió hacia Alejandro, cogió el recibo y el datáfono en la mano, rodeó la barra y se acercó a su amiga.

—Hola, querida —la saludó Ellie.

—Hola, me alegro de verte. Vuelvo enseguida, voy a cobrar a aquella mesa.

Ayuda, las cosas se estaban complicando. Kendra había evitado deliberadamente a Ellie durante los últimos días porque no se le daba nada bien mentir y no quería estropear la sorpresa

de Kenneth sin querer. Kendra aprovechó la espera para calmarse un poco y que eso no ocurriera. No podía contarle a Ellie lo que planeaba hacer con sus amigos.

Cuando Kendra volvió con Ellie y Alejandro poco después, sintió un cosquilleo nervioso en el estómago. Aunque no tenía secretos para Ellie, no quería que ella se enterara del trato con Alejandro, y no estaba segura de por qué. Quizá porque su amiga ya le había avisado del peligro que conllevaba involucrarse sentimentalmente con este hombre. Quizá quería detenerla. Y por muy inteligente que fuera ese pensamiento, una parte de ella —probablemente una parte muy estúpida— no quería que la detuvieran. Probablemente Kendra se estaba dejando llevar por las hormonas más de lo que le hubiera gustado.

—Ya estoy aquí, Ellie, ¿te apetece tomar algo? —dijo por fin, recordando que era su trabajo preguntar a los clientes qué querían.

Ellie suspiró y puso los ojos en blanco.

—Ah, sí, pero es demasiado pronto para la ginebra, ¿no? —se rio —. Estoy muy estresada. Pero eso no es nada nuevo. Esta remodelación me está deprimiendo. Mejor tomaré un té verde. Quizá eso me calme un poco.

Kendra creía recordar que el té verde era bastante estimulante, pero probablemente Ellie también lo sabía y solo lo había dicho por decir.

—Claro. Alejandro, ¿algo más?

Sacudió la cabeza.

—No, gracias. Tengo que irme, aún tengo trabajo que hacer.

Sacó un papel del bolsillo del pantalón y lo puso sobre la barra.

—No te he echado, ¿verdad? —Ellie se volvió hacia él y le golpeó en el costado con una gran sonrisa.

Sacudió la cabeza de nuevo y, de repente, Kendra volvió a parecer muy tranquila y alegre, como si su visita a La Linterna hubiera terminado exactamente como se había imaginado.

—No, Ellie, tranquila, no me estás echando. Pero debo ponerme las pilas con las memorias, ya he perdido bastantes días sin hacer nada; me está llevando más tiempo escribir de lo que creía.

—Si puedo ayudarte, por favor, házmelo saber —intentó animarle Ellie.

—No sé de qué manera podrías, ¡pero gracias! —Se despidió de Ellie con un beso en la mejilla y luego le guiñó un ojo a Kendra—.

Adiós, amiga mía —entonó con su voz maravillosamente grave y desapareció de La Linterna. Kendra respiró hondo mientras el revoloteo en la boca del estómago no remitía y casi se escaldaba con el agua caliente que vertió en la taza de Ellie. Retiró los dedos justo a tiempo.

—Uy —dijo Ellie, y Kendra sintió la mirada escrutadora de su amiga sobre ella. Las cartas del tarot seguían sobre la barra. Tal vez debería dejarlas allí, pues de lo contrario Ellie le haría preguntas incómodas que Kendra no quería responder.

—Kendra —llamó Ellie, con expresión repentinamente muy seria —, ¿te ocurre algo?

Kendra empezó a toser.

—Eh, ¿qué? ¿Por qué?

Evitó la mirada de su amiga mientras le servía el té. Con movimientos inquietos, cogió el azúcar y lo colocó junto a la taza de Ellie con más energía de la esperada.

—Está aquí. —Ellie soltó una risita—. Pero, en serio, ¿por qué me evitas?

Kendra respiró lentamente mientras buscaba una excusa plausible. Hasta ahora, siempre había conseguido compaginar La Linterna y su amistad con Ellie, por muy estresada que hubiera estado.

—Tengo muchas cosas en la cabeza —mintió de todos modos, tan solo porque no se le ocurría nada mejor que decir. Su amiga ya tenía bastante con sus propios problemas.

La mirada inquisitiva de Ellie la hizo sudar.

—¡Eso no puede ser todo! ¿Estás enfadada conmigo? Si he sido mala contigo de alguna manera, lo siento, es que estoy muy agobiada en este momento.

—No, no es eso —la interrumpió Kendra.

—¿Entonces qué?

Kendra frunció los labios y hundió los hombros.

—Tengo problemas con mis padres y no sé muy bien cómo afrontarlos.

Eso era cierto, pero no era toda la verdad. Tenía algo más que un pequeño problema. Toda su vida se tambaleaba.

—¿Puedo ayudarte?

—Ya tienes bastante con lo tuyo.

Kendra no podía decirle a Ellie que iban a vender La Linterna; no se atrevía a pronunciar las palabras. Además, temía que Ellie lo viera como sus padres.

—Pero soy tu amiga, Kendra, quiero que hables conmigo cuando te sientas mal.

—Lo sé, pero de momento tengo que pensar por mí misma para saber lo que quiero. —Eso no era del todo cierto, pero tendría que bastar por ahora—. Será mejor que me cuentes las

novedades de la inauguración —intentó distraerse.

Ellie gimió y se frotó la frente.

—No hay demasiadas.

El móvil de Kendra sonó y ella revisó la pantalla. «Mierda», pensó. Laurie tenía que llamar ahora, pero Kendra no podía ignorarla porque probablemente se trataba de los trajes de compromiso. Notó que el sudor se le acumulaba bajo los brazos.

—Ellie, tengo que responder, ¿me disculpas un momento?

Ellie asintió y se echó azúcar en el té, mientras Kendra ya se dirigía a la cocina, donde podría hablar sin ser molestada.

—¿Hola? —respondió—. ¿Laurie?

—Hola, hermosa, ¿cómo estás?

—Kendra se acercó a la ventana y se sorprendió al ver a su padre en el patio. Estaba fumando. Delante de él había uno de los barriles de whisky. Pero eso no era lo que la desconcertaba. Alejandro estaba con él y los dos charlaban como si fueran viejos amigos. No se lo podía creer.

—Todo va según lo previsto, al menos por mi parte. Pero oye, por conseguirte todos esos trajes, me gustaría pedirte un favor a cambio —murmuró Laurie al otro lado.

—Por supuesto —respondió Kendra—. También hay que acordar un pago por las molestias.

—Sí, luego lo solucionaremos. Pero esto es otra cosa…

—¡Maldita sea! —Kendra seguía distraída por Alejandro y su padre. No podía oír de qué hablaban, pero parecían relajados y, de algún modo, familiarizados el uno con el otro. No era de extrañar, pensó, que el aura especial de Alejandro cayera bien a todo el mundo de inmediato. No era arrogante ni engreído, aunque muchos en su posición lo serían. Pero Alejandro no solo seguía siendo normal, sino que además era extremadamente simpático y amable. Dejó escapar un bufido.

—¿Sigues ahí? —oyó que preguntaba Laurie.

—Perdona, ¿qué has dicho? —Kendra se apartó de la ventana, de lo contrario no podría concentrarse.

—Mi jefe, el productor, está buscando una localización con muy poco tiempo.

—¿Qué tipo de lugar? —Kendra no tenía ni idea de por qué Laurie le estaba contando aquello, pero no quería ser ruda con ella, al fin y al cabo le estaba haciendo un gran favor.

—Tras el éxito de producciones como Downtown Abbey y Outlander, quieren hacer algo parecido.

—Pero esas series son tan exitosas por muchas razones —dijo Kendra, que conocía y era fan de ambas.

—Sí, así es, esa es la cuestión. Lo que voy a contarte es confidencial, ¿vale?

—Puedes confiar en mí. —¿A quién le iba a contar secretos de la industria cinematográfica? Tuvo que sonreír.

—Bueno, quieren hacer una serie ambientada en la época de la Regencia. Pero no en Londres, sino en las Tierras Altas.

—Sí, ¿y?

—El nombre será Highland Hotel y estamos buscando un lugar adecuado, una especie de castillo, con mobiliario y decoración de la época y, por supuesto, disponible. Ese es el problema, ningún hotel echará a todos sus huéspedes, y ningún propietario de castillo está dispuesto a prestarlo, o bien las paredes están en un estado lamentable.

Kendra empezaba a comprender de qué se trataba. Era evidente que Laurie había escuchado con atención cuando Kendra le había hablado de Kenneth y Ellie. Sí, quizá el castillo de Kiltarff sí que podía ser una opción.

—¿Insinúas que hable con mis amigos y les comente si estarían interesados en ello?

—O puedes ponerte en contacto conmigo cuando estemos por allí. Los rodajes duran unas semanas, a veces meses, no estoy segura en este caso, pero me he dado cuenta de que mi jefe está en un aprieto y te estaría muy agradecida si pudieras ofrecerme una solución. No es mi trabajo en absoluto, pero…

—¿Por qué no habéis encontrado todavía un lugar para rodar? — interrumpió Kendra a Laurie, que de otro modo probablemente habría seguido hablando hasta pasado mañana.

Laurie gimió.

—Es una buena pregunta. No quiero desvelar demasiado, pero mi jefe… tuvo un lío con el dueño del lugar donde se suponía que iba a rodar, los contratos estaban a punto de vencer. El caso es que las cosas no fueron bien entre ellos. Así que tiró los contratos al fuego.

—Oh, mierda —Kendra se rio, esa historia en sí sonaba como buen material para una telenovela.

—Si pudiera ayudar en esto, me beneficiaría mucho, podría sacar provecho de ello y que por fin se fijara en mí.

—¿Te gusta? —concluyó Kendra.

Laurie chilló.

—¿A mí? ¡¿A quién no?! Está superbueno, pero no le van las relaciones serias. Y a mí me

gusta mi trabajo, nunca me liaría con él si alguna vez se fijara en mí, que no lo hace. —Laurie se rio entre dientes—. ¿Qué tal si hablas con tus amigos, para ver si el castillo es una opción? Mañana voy a Escocia, podemos hablar entonces.

Kendra se sintió un poco mareada. Como si no tuviera ya suficientes asuntos de los que ocuparse.

—¿Mañana ya?

—Sí, ¿no es estupendo? Podríamos alargar un poco la prueba de vestuario y yo podría echar un vistazo a tu pueblo tranquilamente. Kiltarff tiene muchas casas antiguas, calles estrechas y cosas así, ¿no es cierto? Así no tendríamos que construir un decorado de cartón piedra en el estudio.

Dios mío, Laurie hablaba hasta por los codos.

—Vale, sí. Vale. —La cabeza de Kendra echaba humo—. Veré qué puedo conseguirte y luego te avisaré. —Pensó en Alejandro. Dios, sabía que tenía sitio de sobra, y la mansión era sin duda el lugar adecuado para Laurie, porque allí sería la fiesta. Otra cosa era si estaba de humor para la visita. Y había que mantener a Ellie alejada de allí a toda costa. ¡Ayuda! Había tanto que organizar y tan poco tiempo antes del compromiso.

—Vale, te llamaré mañana, ¿de acuerdo? —susurró Laurie al teléfono—. Estaré aquí, en el almacén, recogiéndolo todo.

—Vale, hasta mañana. Te deseo un buen viaje.

Tras colgar, Kendra se abanicó con las manos.

—Estoy de los nervios.

Luego volvió con Ellie. Afortunadamente, ella no sabía nada, y quería que siguiera siendo así.

—¿Estás bien? —quiso saber Ellie.

—Sí, todo está bien, solo era un proveedor que quería confirmar unos datos.

—Oh, bien entonces. Bueno, querida. Debo… —Fue a pagar el té, pero Kendra la detuvo.

—Por favor, no te molestes. Invita la casa.

Las dos se despidieron con un rápido abrazo. Cuando los últimos invitados hubieron pagado, Kendra cerró la puerta y dejó La Linterna. Necesitaba meditar y anhelaba un poco de paz y tranquilidad. Ahora mismo solo podía pensar en un lugar.

CAPÍTULO 10



El aire desprendía un agradable olor a primavera y a hierba fresca. Unas nubes blancas surcaban el cielo azul y los rayos del sol calentaban la espalda de Alejandro. Se detuvo frente a la cochera y tiró del carruaje blanco por la lanza para inspeccionarlo. No conocía a ningún cochero, pero quizá pudiera conducirlo él mismo, no podía ser tan difícil. Sus experiencias infantiles le serían útiles.

Lo que más le preocupaba eran las ruedas. Alejandro resopló y dejó que el eje se deslizara hasta el suelo. Rodeó el coche abierto. A primera vista, parecía estar bien. Lo sacudió aquí y allá, chirriaba y crujía con cada movimiento.

—Eso no inspira confianza precisamente —murmuró, frotándose la barbilla. Luego abrió la puerta y entró. Antes de que pudiera sentarse en el viejo tapizado de cuero agrietado, se oyó una fuerte sacudida, seguida de un estruendo. Alejandro perdió el equilibrio y, afortunadamente, cayó sobre el asiento. Soltó una maldición reprimida y se levantó. Por encima de él pasó una formación de gansos, parloteando ruidosamente; tuvo la sensación de que se burlaban de él. Hizo una mueca al ver los daños. La funda de cuero se había desgarrado por completo en la caída y el tapizado del banco estaba hecho trizas. Mierda, aquello no conseguiría repararlo a tiempo para la fiesta. Pero lo peor era que el carruaje había volcado, lo que solo podía significar una cosa.

Alejandro bajó de un salto e inspeccionó el exterior. La rueda trasera estaba rota.

—Qué estupidez —refunfuñó, sacudiendo la cabeza.

Se frotó la frente y pensó qué se podía hacer para salvar la fiesta de compromiso. El otro carruaje estaba en peores condiciones; se vendría abajo si lo movían siquiera un milímetro.

—Entonces no lo hagas —se dijo mientras caminaba en círculos y cambiaba de opinión. Finalmente se decidió y subió a su Range Rover. Condujo hasta el terreno del viejo Ian Clarke y buscó en los establos una silla de montar y una brida.

Mientras lo preparaba todo y comprobaba el equipo —ya había tenido suficientes sorpresas por hoy—, sintió una irrefrenable sensación de expectación. Hacía demasiado tiempo que no se subía a lomos de un caballo. No estaba preocupado, los animales eran enormes comparados con los polo argentinos, pero eran caballos de sangre fría y buen carácter. Probablemente podría echarse una siesta mientras cabalgaba, pensó con una amplia sonrisa. El viejo Ian había cuidado de sus cosas mejor que los dueños de la mansión. Finalmente, Alejandro cogió un cabestro, sacó a uno de los dos clydesdale del prado y ensilló al castrado. En los días siguientes se ocuparía de los cascos, que habían crecido demasiado. Había que recortarlos urgentemente, al igual que la ranilla. Ninguno de los dos caballos llevaba herraduras.

Entre medias, llamó a Kenneth y le habló del carruaje.

—Tendrás que subir a tu novia a la montura para llevarla contigo, pero por lo que he aprendido de Ellie, eso le gustará más que un pomposo paseo en carruaje como una princesa.

Kenneth no se mostró entusiasmado al principio, pero enseguida se hizo amigo de la idea y, al

final de la conversación, el escocés estaba convencido de que así era exactamente como su futura esposa quería viajar a su fiesta de compromiso.

Cuando poco después Alejandro buscó un taburete para subir al caballo, sonrió. Una vez encima, se tomó un momento para respirar profundamente mientras le invadía la maravillosa sensación de absoluto placer. Aquello era pura libertad. Luego hizo una señal al animal para que se alejara. Alejandro no tenía ni idea de adónde iba, pero confiaba en su compañero: estaba seguro de que le llevaría a casa.

* * *

Kendra se arrodilló ante la tumba de su hermana y acarició las iniciales grabadas en piedra. Era un cálido día de primavera, el sol lo bañaba todo con una luz suave. La nostalgia invadió su corazón al leer el nombre de su hermana. Antes había plantado unas cuantas violetas cornudas y azafranes. El trabajo había distraído un poco a Kendra de sus preocupaciones y la había ayudado a reflexionar.

—Te echo de menos, Libby —susurró—. A veces no sé cómo puedo soportarlo.

Kendra tragó saliva y se secó las lágrimas. No quería llorar; eso no devolvería la vida a Libby. Miró la foto de su hermana pequeña que estaba en un marco resistente a la intemperie sobre la lápida. Libby había sido tan bonita, tan maravillosa… Era injusto que le hubiera ocurrido aquello. ¿Desaparecería algún día ese dolor? El sentimiento no había disminuido con los años, había cambiado, pero no había disminuido. ¿Cómo podría alguien superar la muerte de su hermana pequeña?

Kendra aún no había sido capaz de encontrar una respuesta. Probablemente aquel hueco en su corazón nunca volvería a llenarse.

—Hermanita, tú no hubieras querido que discutiera con mamá y papá, pero es que no sé cómo hacerles entender que quiero seguir dirigiendo La Linterna. No entiendo por qué de repente ya no quieren apoyarme y me presionan para que vaya a la universidad.

Por supuesto, Kendra no obtuvo respuesta a su pregunta, pero a veces ayudaba expresar los pensamientos en voz alta. Los pájaros piaban en los árboles, la primavera había llegado de la noche a la mañana. Las hojas brotaban y las primeras flores aparecían en los arbustos. No había época del año en que Kendra extrañara menos a Libby, aunque se alegraba de que el negocio hubiera sobrevivido al invierno: esa era la peor época del año.

Pero aún quedaba el cumpleaños de Libby, y cada vez estaba más cerca. Su familia siempre se había sentado junta y comido tarta ese día, incluso después de su muerte: su silla había permanecido vacía. Era el día más deprimente del año. Kendra acababa de darse cuenta de que tal vez esa era la razón por la que sus padres se marchaban ahora. A ambos les dolía tanto como a ella, pero al menos se tenían el uno al otro. Kendra estaba sola, y de golpe tomó consciencia de ello más que nunca.

Suspirando, se levantó y se sacudió la suciedad de las rodillas, luego cogió el rastrillo y se lo llevó. Se lavó las manos y vagó sin rumbo. Lo mejor sería que volviera a La Linterna, ya era casi la hora de apertura de la tarde, pero no encontraba motivación. ¿Para qué, si sus padres iban a cerrar el bar dentro de unos días? Que vieran cómo les iba sin ella. Kendra necesitaba distancia, tampoco quería volver a casa, eso era lo contrario a poner distancia. ¿Por qué hoy todo le parecía tan mal?

—Hola, Kendra —la llamó alguien. Miró a su alrededor y vio a su amigo Colin paseando al caniche de la abuela.

—Hola, Colin —le devolvió el saludo e incluso levantó en gesto amistoso la mano. Deseó que continuara, pero no lo hizo y caminó directamente hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó.

Se encogió de hombros. No podía mentirle a Colin. Él la conocía bien, habían crecido juntos.

—Bueno —fue todo lo que pudo decir.

—Dime, ¿qué te pasa? —Parecía muy preocupado por ella—. Vamos, me has sacado de apuros muchas veces, Kendra. No intentes hacerlo todo tú sola. ¿Es por el premio del pub?

Sacudió la cabeza.

—Ni siquiera me he apuntado todavía. ¿Qué sentido tiene? Mis padres quieren vender La Linterna… O cerrarlo.

Colin se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? ¿Por qué?

Tragó saliva.

—Dicen que estoy desperdiciando mi vida aquí.

Enarcó una ceja. Por supuesto, Colin sabía que Kendra solo había vuelto a Kiltarff porque su hermana había caído enferma. Pero también sabía que estaba contenta con La Linterna . Bueno, «contenta» quizá no fuera la palabra adecuada, pero había hecho las paces con ello y no quería volver a su antigua vida. Simplemente no era posible, aunque quisiera, se había convertido en otra persona tras la muerte de Libby. Su lugar estaba aquí. Estudiar historia y arqueología ya no era una opción para Kendra.

—No entiendo por qué de repente actúan como si fuera algo terrible regentar un bar —añadió con un sonoro suspiro.

Por un momento pensó que Colin iba a abrazarla, pero no se movió. Por suerte para ella, porque de lo contrario habría roto a llorar de manera desconsolada. Kendra se sentía inusualmente emocional hoy, sobrepasada.

—Tus padres te quieren, desean lo mejor para ti. Pero, para ser sincero, yo tampoco sé de qué va todo esto. ¿Ha ocurrido algo?

Kendra respondió negativamente.

—Las cosas no van muy bien en la actualidad, es cierto que los inviernos siempre han sido un poco más difíciles. Tengo muchas ideas para volver a poner las cosas en marcha. Pero, ¿cómo voy a hacerlo si no me dejan? Me siento impotente.

Colin parecía estar pensando.

—¿No tiene sentido hablar, dices?

—Oh, eso solo acabará en pelea. No. Pero si venden La Linterna a un desconocido, me volveré loca. Ha pertenecido a nuestra familia durante generaciones, ¡no pueden hacer eso! Se lo prometí a Libby. —Una tonelada de peso le oprimía el pecho, apenas podía respirar.

—Te entiendo, Kendra. ¿Quieres que intente hablar con ellos?

—No creo que sirva de nada, parecen muy obcecados. Si tuviera dinero, lo compraría, incluso en secreto si quisiera. He ahorrado un poco, pero no es suficiente.

—Eso no tiene sentido, Kendra. Tienes que conseguir que te escuchen. ¿No dijiste que querían una vida diferente para ti? Entonces solo tienes que hacerles ver que esta vida es exactamente la que tú quieres llevar. ¿No dijiste algo sobre las ideas? Pues ponlas en práctica y sorpréndeles. No escondas la cabeza como un avestruz.

Kendra respiró hondo. Las palabras de su amigo eran ciertas, pero era más fácil decirlo que hacerlo.

—Gracias —dijo tras un momento sin habla. La opresión de su pecho había aflojado un poco —. A veces es bueno que te avisen cuando vas por mal camino.

Colin sonrió.

—Para eso están los amigos. Recuerdo las veces que me decías lo que pensabas de Ava y todo eso. —Sacudió la cabeza riendo.

Kendra sonrió y en realidad se sintió un poco mejor tras la breve conversación con Colin.

—Oh, sí, fuiste muy persistente —añadió él, haciendo una mueca.

—Creo que tengo que irme antes de que vuelvas a decirme lo estúpida que he sido — respondió ella alegremente, dándole una palmada en el hombro.

—Avísame si puedo ayudarte, ¿vale? En lo que sea.

—Gracias, lo haré. —Sonrió y pensó con qué debía empezar. Había tanto que hacer y, al mismo tiempo, no estaba segura de qué sería realmente útil.

Vagó sin rumbo por Kiltarff. Salía humo de algunas chimeneas. Tres barcos esperaban para cruzar el canal de Caledonia. En lo alto, una formación de gansos volaba hacia el norte. Las nubes y el cielo se reflejaban en los charcos. Olía maravillosamente fresco mientras una ligera brisa soplaba en su pelo.

Se dedicó a reflexionar para aclarar aún más la confusión de su cabeza. Elaborar un plan para convencer a sus padres. No sabía si un premio para el pub era lo correcto, pero desde que había creado esta cuenta de Instagram, solo ciento doce personas habían seguido a La Linterna. Así no iba a ganar y, de todas formas, no estaba tan segura de que fuera buena idea empezar con esto de las redes sociales.

Inconscientemente se giró en cierta dirección. Cuando se dio cuenta a dónde iba, dudó un momento. Se sentía un poco incómoda al presentarse en casa de Alejandro sin avisar. Sobre todo después de haberle dado largas cuando él la invitó a salir. Dejó a un lado sus pensamientos y siguió caminando. En realidad, él era la única persona con la que quería encontrarse en aquel momento. Solo para resolver los detalles del alojamiento de Laurie, al menos eso intentaba decirse a sí misma. Ni ella se lo creía, pero no le importaba. Quería estar cerca de Alejandro. Él no conocía su historia. Y cuando la miraba con sus cálidos ojos color caramelo, como si fuera la única persona en el mundo para él, ella florecía.

De repente se dio cuenta de que no se sentía vacía ni sola en presencia de Alejandro, como le había ocurrido en tantas ocasiones durante los últimos meses. Al contrario, cuando hablaba con él, volvía a ser ella misma, la antigua Kendra, soñando con el futuro por primera vez en años. No era de extrañar que se sintiera casi adicta a estar cerca de él. No necesitaba engañarse a sí misma.

Aunque había conseguido proteger su corazón hasta el momento, esta visita inesperada lo ponía de nuevo en peligro. Pero, ¿qué era mejor? ¿Cerrarse en banda eternamente para no salir herida, pero sentirse fatal en el proceso, o correr el riesgo? Al menos en ese momento, la decisión le resultó fácil. Pero no sabía adónde la llevaría aquel día.

Cuando llegó a la mansión Keating, el sol había desaparecido tras los picos de las montañas y, con él, el calor de la primavera. Al atardecer, volvió un frío desagradable que la hizo estremecerse. La grava crujía bajo sus zapatos mientras su corazón se aceleraba y la imponente mansión, con sus numerosas ventanas oscuras, se hacía más grande cuanto más se acercaba.

Tal vez no había sido tan buena idea aparecer así después de todo… «No importa», se dijo. Se percataría de que era inapropiado, haría su pregunta y volvería a desaparecer inmediatamente. Al menos tenía un motivo para acudir a él. Frunció los labios. Pronto se daría cuenta de que solo era una excusa, pero, por alguna razón, a ella no le importaba. Kendra se detuvo ante la pesada puerta de roble, respiró hondo y pulsó el botón del timbre. Expectante, dio un paso atrás y trató de mantener una expresión neutra pero amable en el rostro. Pasaron unos segundos y no ocurrió nada. Tragó saliva y volvió a tocar el timbre. Pero poco a poco dedujo que Alejandro no estaba en casa. Por eso no había luz en ninguna parte.

Qué estúpida había sido al venir aquí. Frunció los labios y miró a su alrededor. El todoterreno no estaba en la entrada.

Suspiró. Se había armado de valor, ¿y ahora esto?

Bajó los hombros, abatida, y se dio la vuelta para marcharse. Estaba deseando pasar una noche sin sus padres. Ya no podía, ni quería, discutir más con ellos. Necesitaba distancia y había pensado que la cercanía de Alejandro le haría bien. No solo la fascinaba de un modo muy especial, sino que además era un buen conversador. Bueno, hoy no cumpliría su deseo.

Kendra comenzó a desandar sus pasos, terriblemente agotada. Un ruido la hizo levantar la vista. Saltó hacia un lado, sorprendida, cuando el todoterreno de Alejandro pasó a toda velocidad junto a ella y casi la atropella.

—Dios mío —gimió, con el corazón latiéndole con fuerza.

Alejandro frenó de golpe, abrió la puerta con un movimiento rápido y bajó del coche. Todo ocurrió en cuestión de segundos.

—Dios mío —jadeó, con los ojos desorbitados. Kendra tuvo que sonreír. Probablemente no había esperado encontrarse con alguien en su propiedad—. ¿Estás bien? —preguntó, aún con el corazón en la garganta.

—Sí, por un pelo. —Ahora él estaba con ella, sujetándola por los hombros con ambas manos. El motor seguía en marcha, pero ella apenas era consciente del ruido. Todo a su alrededor se volvió insignificante. Nada importaba excepto él y su embriagadora cercanía.

—Lo siento, Kendra. Eso no debería haber ocurrido.

—No pasa nada —susurró mientras se perdía en el cálido caramelo de sus ojos. Su aroma masculino le llegó a la nariz, pero había algo más. Un sutil olor a establo y a caballo que no le resultó desagradable. Dios, era un hombre atractivo. Podía sentir el calor de sus manos a través del jersey. Se le puso la piel de gallina.

—Sí. Lo siento, tendré más cuidado en el futuro. —Guardó silencio un momento y su mirada se deslizó hasta la boca de ella.

Kendra tragó con fuerza. Estaba tan cerca de ella. Sentía un hormigueo en todo el cuerpo.

Se sentía impotente ante las sensaciones que él desencadenaba en ella. Ya no quería reprimirlas más.

—¿Querías verme? —preguntó dulcemente, con una ligera sonrisa en sus sensuales labios.

La respuesta a esa pregunta tenía que estar en algún lugar de su cabeza, pero le resultaba difícil pensar cuando él estaba tan cerca de ella como ahora. Solo pudo asentir. Ni siquiera estaba avergonzada; Kendra tenía la impresión de que Alejandro no esperaba que hablara con inteligencia, lo cual no significaba que debiera callarse. Al contrario, tenía la sensación de que algunas cosas no hacía falta decirlas. Quizá no fuera tan descabellado pronunciar las palabras justas en esta situación. ¿No era él quien estaba harto de que los demás le idolatrasen por su estatus? Su simpatía por él crecía por momentos. No estaba allí por su pasado ni por su estatus, y él parecía darse cuenta de ello, al menos eso pensaba Kendra.

—Hola. —Alejandro le levantó la barbilla con los dedos, con tal delicadeza que le produjo escalofríos—. ¿Por qué no entras conmigo y nos tomamos una copa para bajar el susto? No puedo dejarte ir así.

¿Se lo estaba imaginando o parecía un poco inseguro?

—Sí, me encantaría —respondió ella y volvió a sonreír—. Yo tampoco quería irme.

Sus ojos brillaban y le hacían sentir un cosquilleo en el estómago.

—Entonces, por favor, ven conmigo, yo aparcaré el coche, ¿vale?

CAPÍTULO 11



Pronto estuvo sentada con Alejandro en la amplia pero acogedora cocina. A Kendra le gustaron las ollas y sartenes que colgaban de la pared. La vieja mesa, con todas sus rarezas y muescas en la madera, era testigo de una larga tradición en la casa solariega. Olía a pasado sin ser polvorienta. Las bombillas anticuadas emitían una luz tenue que lo suavizaba todo un poco más. Había una copa de jerez delante de ella y él estaba sentado en el lado opuesto de la mesa. No tenía palabras para explicar por qué había venido, pero el silencio no era incómodo. Todo lo contrario. Alejandro le dedicó una cálida mirada y luego bebió un sorbo de su copa. Había una sensación de expectación en la estancia. Había algo en el aire y Kendra estaba segura de que él también podía percibirlo.

—Me alegro de que estés aquí —anunció por fin.

Sus sinceras palabras calentaron el corazón de Kendra, que parpadeó y sonrió.

—Gracias, eres muy amable.

—Lo digo en serio. Verte aquí me ha hecho feliz.

—Pareces muy contento. ¿Te ha pasado algo? —Nada más decirlo, se dio cuenta de que tal vez había ido demasiado lejos.

Alejandro se mostró sorprendido, pero no irritado, y Kendra respiró aliviada. Al fin y al cabo, no lo conocía tan bien.

—Tienes razón. Sí, he tenido una semana estupenda. Primero gané una cita con una persona especial, y hoy salí a pasear y exploré el barrio. —Las comisuras de sus labios se levantaron ligeramente y sonrió.

—¿Has estado montando a caballo?

Alejandro asintió.

—Sí, en realidad quería echar un vistazo al carruaje para la fiesta de Kenneth, pero… Está inutilizable, a no ser que se repare.

—Oh, no, es una pena. —Era extraño que Alejandro siguiera pareciendo tan feliz.

—Al final lo llamé y encontramos una solución juntos, todo va según lo previsto. Donald llegará aquí mañana con un ejército de ayudantes y lo montará todo. Ni siquiera se me permite mover una silla a mí. —Sonrió y Kendra también se rio.

—Sí, Kenneth me dijo que Donald se toma muy en serio su trabajo de mayordomo. Para alguien como él, estaría fuera de lugar que los caballeros se sirvieran a sí mismos.

—Por cierto, mi amiga Laurie quiere acercarse mañana para que los invitados no tengan que elegir sus trajes el día de la fiesta. ¿Te parece bien que montemos una especie de vestuario en algún lugar de la casa?

Alejandro tomó un sorbo de su vaso.

—Sí, por supuesto. La mansión Keating tiene tantas habitaciones que es agradable poder utilizar algunas de ellas.

Kendra se sintió aliviada.

—Me alegro de que digas eso. Eh…

Antes, por teléfono, había sido muy fácil, pero ahora dudaba si preguntarle a Alejandro si Laurie podía pasar la noche en su casa.

—¿Qué está pasando aquí? Dispara.

—Es inapropiado, una idea estúpida.

—Kendra —dijo Alejandro con severidad—, ¡dímelo! No muerdo.

—Laurie necesita un sitio donde quedarse, le reservaré una habitación en una casa de huéspedes. —¿Había subido la temperatura de golpe o era percepción suya?

—No es necesario. Como acabo de decir, aquí hay más habitaciones de las que una persona podría necesitar.

—¿Eso significa que…?

Él asintió con la cabeza.

—Claro, puede dormir en una de las muchas habitaciones de invitados. Le pediré a Donald

que prepare una mañana.

—Solo te advierto que todo lo que tiene de simpática, lo tiene de charlatana.

Alejandro se rio.

—Tengo una hermana. No te preocupes, puedo soportarlo. Estoy acostumbrado a que me arranquen una o dos orejas.

Sonrió con picardía.

—¿Tienes una hermana? —Kendra se sorprendió; nunca antes había pensado en sus relaciones familiares.

—Sí, Valentina es unos años más joven. ¿Y tú?, ¿tienes hermanos?

Kendra evitó su mirada. No quería estropear el ambiente hablando de Libby y de su muerte. La gente siempre la miraba de otra manera cuando se enteraban de que su hermana pequeña había muerto de cáncer. Kendra no quería que Alejandro sintiera lástima por ella.

Se hizo el silencio durante unas cuantas respiraciones. Kendra estaba a punto de decir algo cuando respiró hondo y se aclaró la garganta.

Alejandro se le adelantó.

—Escucha, ¿tienes hambre? Podría comerme un oso entero.

Se alegró de que le hubiera tendido el puente y se preguntó si se habría enterado por Kenneth o por Ellie de que había perdido a su hermana. Pero entonces no necesitó preguntar. Fuera lo que fuese, quizá solo consideración y compasión, se alegró. Con una sonrisa amable, respondió:

—Temo informarte de que hace mucho que no hay osos en Escocia, al menos no salvajes.

—Entonces somos unos afortunados de que casualmente tenga un filete en la nevera. Será suficiente para los dos.

—¿Esperabas visitas? —Sus ojos se abrieron de par en par.

Alejandro sacudió la cabeza.

—No, no esperaba a nadie, pero uno puede tener esperanzas, ¿no? —rio—. Para ser sincero, no se me da muy bien comprar. No calculo bien las cantidades, o compro mucho o compro poco.

Ella no dijo nada, pero supuso que tenía a alguien en Argentina que hacía estas cosas por él. No era descabellado y, a juzgar por el tamaño de la mansión, también debería contratar a alguien aquí. Por suerte, el mayordomo llegaría al día siguiente y lo dejaría todo preparado. No había una pila de platos sucios en la cocina, pero las huellas de su vida cotidiana no podían pasarse por alto. Migajas aquí y allá, paquetes rotos y abiertos, el cubo de la basura rebosante… De algún modo le tranquilizaba saber que incluso los famosos son simples humanos. Reprimió una sonrisa

al mirar a Alejandro. Parecía completamente relajado y, como siempre, estaba muy atractivo. Si lo conociera por casualidad, no pensaría que era un millonario deportista profesional. Exdeportista profesional. Era tan maravillosamente normal, en absoluto inaccesible, que la ayudó a bloquear toda la conversación sobre conocerlo mejor.

Kendra bebió un sorbo de jerez. Una sensación acogedora se extendió por su estómago. Se sentía mucho mejor, aunque huir y acabar en su casa no fuera la solución a sus problemas. Pero le sentaba bien; eran como unas vacaciones de su vida.

—¿Kendra?

—Perdona, ¿has dicho algo? —Sintió un calor incómodo y sospechó que probablemente sus mejillas estaban de un rojo intenso. Un estúpido efecto secundario de su piel clara: se notaba inmediatamente cuando estaba avergonzada.

Alejandro deslizó la mano por la mesa y tomó los dedos de ella entre los suyos.

— Cariño, no estás aquí, ¿qué ocurre?

Se le secó la garganta, no tenía ni idea de lo que significaba aquella palabra en español, pero la forma en que la dijo la hizo estremecerse casi imperceptiblemente.

—Oh, sí, estoy aquí. Contigo. —Se le aceleró el pulso.

—¿Te has tomado el día libre? —Su mirada escrutadora era ahora más la de un hermano mayor que la de un amante, aunque Alejandro no era ninguna de las dos cosas. «Aún no», dijo la vocecita de su cabeza.

Sí, ella lo deseaba, ese nunca había sido el problema, pero había toda una serie de razones por las que no era una buena idea. Pero cuanto más tiempo pasaba con él, menos problemas surgían. La atracción entre ellos era única y parecía fortalecerse cada vez que estaban cerca. Al menos en este aspecto, Kendra estaba segura: Alejandro la deseaba. Podía leerlo en sus ojos, en su sonrisa, en la forma en que le cogía la mano y le acariciaba la piel con el pulgar. «A la mierda el amor», le decía la vocecita, «toma lo que puedas». Ella anhelaba la cercanía, la ternura y la seguridad. El hecho de que pudiera no ser para siempre ya no la asustaba tanto como la idea de no estar con él ahora. Quizá pudiera saborear el momento. ¿Tal vez unas semanas o unos meses? No estaban destinados a estar juntos, Kendra no se engañaba, pero había algo entre ellos que antes no existía. Ansiaba descubrir qué era exactamente.

—Algo así —respondió ella en voz baja cuando la pausa se hizo demasiado larga.

Las oscuras cejas de Alejandro se fruncieron.

—Algo te preocupa, Kendra —afirmó él, y ella volvió a sorprenderse de lo fácil que parecía leerla—. Háblame de ello —le pidió con dulzura. Su voz profunda le puso la piel de gallina.

Se sintió sorprendida. No esperaba que se interesara por su vida ni por sus problemas. No era como ella se había imaginado a una superestrella. Era tan… normal. Bueno, no, casi se rio. Nada

en él era normal. Desde su punto de vista, parecía el chico perfecto, atractivo, divertido, atento… Tenía que haber una trampa, pero no le apetecía buscarle los tres pies al gato.

Kendra inspiró y espiró, intentando ordenar los pensamientos enmarañados de su cabeza.

—Seguro que no quieres oírlo —dijo finalmente.

—No querrás que vaya a preguntarle a tu padre, ¿verdad?

Los ojos de Kendra se abrieron como platos. ¿Habían estado hablando de ella durante su conversación en el patio? No, eso era imposible.

¿Verdad?

No sabía nada más, estaba demasiado perpleja para responder, pero al menos él parecía haber comprendido que sus padres tenían algo que ver con su estado de ánimo.

—Sí, se trata del pub —fue todo lo que dijo.

Alejandro la miró con una mezcla de curiosidad y fascinación. Le hacía sentir hermosa, incluso sin que él le dijera ningún cumplido. Era extraño cómo algunas cosas se daban a entender sin siquiera mencionarlas.

Alejandro asintió.

—Ya veo. ¿Qué te parece si, mientras yo cocino, tú me cuentas un poco sobre tu vida?

Le apretó la mano y se levantó. Ella siguió sus suaves movimientos con la mirada. La camisa entallada le quedaba perfecta, los vaqueros se ceñían a sus delgadas caderas. Se movía con una gracia despreocupada que la hipnotizaba. Alejandro sacó de la nevera los ingredientes necesarios para preparar para la cena. Sin preguntarle, abrió una botella de vino tinto, lo olió y sirvió un poco en dos copas.

—¿Quieres? —la ofreció.

Kendra asintió.

—Sí, me gustaría.

—¿Así que hoy no estás de servicio? —El brillo de sus ojos le produjo mariposas en el estómago.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—No, hoy no. —Le remordía la conciencia. Debería decirles a sus padres que hoy no iría, para que su madre la cubriera. Se pelearan o no, no debían preocuparse—. He recordado una cosa. Discúlpame un momento.

Si estaba sorprendido, no lo dejó traslucir cuando Kendra salió brevemente de la cocina para

escribir un mensaje en el móvil a su padre. Solo le mencionó que necesitaba tiempo para pensar y que no debían preocuparse por ella. De vez en cuando ocurría, pero la mayoría de las veces cogía la furgoneta y pasaba la noche en su lugar favorito, donde había conocido a Alejandro. Y después de la conversación de esa tarde, sus padres no se extrañarían, porque tenían pensado cerrar La Linterna durante quince días para poder irse de viaje. Aquel pensamiento le produjo una sensación de incomodidad en el estómago, pero lo apartó a un lado. Ya se ocuparía de eso más adelante. Ahora mismo, quería disfrutar de la velada con Alejandro. Para eso había venido, para desconectar.

Se sintió aliviada cuando volvió con él. Al menos sus padres no podrían reprocharle después que no se hubiera puesto en contacto con ellos. La cocina olía a tomates, ajo y hierbas frescas. Alejandro había cortado una baguette y estaba a punto de poner los filetes en la sartén caliente. Kendra cogió su copa de vino y la colocó junto al fuego. La copa burbujeó y un delicioso olor a asado recorrió la cocina.

—Veo que aprendes rápido —comentó ella con un guiño.

—Gracias a tu explicación.

Se rio y bebió un sorbo. El vino tinto corrió por su garganta, con cuerpo y sabor. Sintió la mirada de Alejandro clavada en ella. De repente desapareció todo, era como si volviera a estar en un salón de baile. Solo estaban ellos dos y nada más. Ese anhelo, ese deseo de tocarse y acercarse. Su corazón se aceleró y respiró hondo.

Alejandro le quitó el vaso de la mano, lo apartó y tiró de ella hacia él. Su calidez la contagió.

—¿Por qué estás aquí, corazón mío?

Él le acarició la mejilla con los nudillos y la piel de Kendra se erizó.

Sin excusas, sin pretensiones, se decidió y contestó:

—Quería estar cerca de ti.

Alejandro no respondió inmediatamente, pero ella pudo ver en su rostro que estaba complacido.

—Me gusta que sean sinceros conmigo. No mucha gente dice realmente lo que piensa. Te agradezco que me des la oportunidad de ser yo mismo.

Y ese fue el momento en que Kendra se dio cuenta de que Alejandro estaba tan solo como ella.

—También puedes estar solo rodeado de mucha gente —susurró.

Las pupilas de Alejandro se dilataron. Luego asintió.

—¿Por qué eres infeliz, corazón mío?

Su corazón se apretó de anhelo. Incluso sin conocer las palabras, comprendió lo que intentaba decirle. Respiró hondo, algún día le hablaría de Libby, pero no ahora. Kendra le rodeó las caderas con los brazos y se puso de puntillas.

—No me lo estoy inventando, ¿verdad? —añadió.

Él miraba hipnotizado sus labios, ella vio cómo se le movía la nuez de Adán.

—No. —La voz de Kendra sonaba más áspera que de costumbre. Y como tantas otras veces, no tuvo que explicarle lo que ocurría en su interior. Él sabía lo que quería decir—. Hay algo entre nosotros. Y es bastante intenso.

Este sería el momento perfecto para volver a besarse, pensó. Pero el siseo de la sartén era cada vez más fuerte y ya echaba humo.

Alejandro murmuró un improperio en español.

—Lo siento —refunfuñó, dando la vuelta a los filetes antes de que se quemaran del todo.

El momento chisporroteante había terminado, pero Kendra no estaba decepcionada. Se sentía a gusto. Viva.

Cogió su copa de vino, dio unos pasos y miró por la ventana al patio trasero de la mansión, donde un viejo farol proporcionaba una luz suave. La propiedad estaba enmarcada por robles y castaños nudosos, y los adoquines del patio se habían limpiado recientemente. Allí estaba aparcado un carruaje blanco con una rueda rota. Así que eso era a lo que se había referido antes. Kendra se dio la vuelta y se apoyó en la encimera para seguir los movimientos de Alejandro. Los muebles no solo parecían anticuados, sino que eran todo menos prácticos y no respondían a los estándares actuales. Hace siglos, la cocina estaba pensada para que los criados se sentaran a la mesa y comieran, para que la cocinera preparara la comida desde cero y para que los escuderos o criadas la ayudaran. No estaba pensada para que el señor de la casa cocinara su propia comida. Y por lo que parecía, a Alejandro le gustaba cocinar para sí mismo. De hecho, no creía que el argentino encajara bien en aquellos viejos muros, aunque carisma y dinero no le faltaban.

—¿Puedo ayudar? —preguntó, guardándose sus pensamientos. No quería ofenderle ni insultarle, porque Kendra no sabía en qué tipo de ambiente se sentía Alejandro realmente «en casa».

Sacudió la cabeza y le dedicó una sonrisa.

—No, hoy eres mi invitada, relájate.

Tras preguntarle cómo le gustaba la carne, le preparó el filete con una baguette y una especie de salsa a base de ajo, aceite y hierbas, a la que llamó chimichurri.

—Mi madre nunca me contó su receta secreta, pero la he observado mucho —explicó mientras servía a Kendra la comida y rellenaba su copa—. Espero que te guste. Que lo disfrutes —le deseó con una sonrisa.

—Seguro, huele delicioso.

Durante la comida, charlaron informalmente y comentaron algunos detalles más sobre la fiesta de compromiso.

—Nuestros ayudantes de servicio también se están encargando de la comida bajo la dirección de Donald. Ha pedido a todo el que mundo traiga algo que se pueda servir como aperitivo. Los lugareños quieren traerlo como una especie de regalo de compromiso. Ha dicho que eso sería más personal, lo cual me parece bien. Sé que el otro día dijiste que tu padre podría hacerlo, pero Donald insistió en que la gente también quiere contribuir. Espero que te parezca bien —explicó Alejandro.

Todo parecía organizado, lo cual alivió a Kendra.

—Sí, sí, por supuesto. Es estupendo.

Habría sido impensable que metiera la pata porque solo pensaba en sí misma y en sus propios problemas.

Las bebidas se entregarían el viernes, al menos eso había conseguido.

En un momento dado dijo:

—Mis padres quieren que deje el pub. Quieren un futuro diferente para mí.

Tal vez el vino tinto le había soltado la lengua, o tal vez simplemente se le había escapado porque se sentía muy cómoda en su presencia.

Alejandro inclinó la cabeza y respondió:

—¿Y tú? ¿Qué quieres?

Kendra bebió un sorbo.

—Me encanta La Linterna, aunque los últimos meses hayan sido difíciles.

—Comprendo. ¿Dónde está el «pero»?

Sonrió, la conocía muy bien para tan poco tiempo que habían pasado juntos. También le pareció estupendo que no la menospreciara por trabajar en el bar, pues ya lo había experimentado antes. Era un trabajo duro, sí, pero le encantaba el trato cercano con los clientes y el entorno histórico. Las tradiciones del pueblo la habían llevado a estudiar Historia y Arqueología. Hoy le parecía muy lejano. No podía imaginarse haciendo otra cosa que dirigir su propio restaurante.

—Cuando era joven tenía otros planes, pero entonces ocurrió algo que lo cambió todo. Lo que mis padres no pueden entender es que hoy sea feliz con lo que hago.

— Cariño, estar contenta no es lo mismo que ser feliz.

Le sorprendió que él también se hubiera dado cuenta. Se sentía vulnerable. Aunque por otro lado, esperaba que él no intuyera la falta de ánimo que había experimentado desde la muerte de Libby. La Linterna le había dado la estabilidad que necesitaba entonces y que seguía dándole hoy con su firmeza inquebrantable. Ella lo necesitaba.

—¿Qué es ser feliz? —se cuestionó Kendra, tomando una bocanada de aire.

Bajó los párpados para evitar mirarle porque, por desgracia, él había llegado al meollo de la cuestión: ella no era feliz. Lamentó haber sacado el tema del pub, porque inevitablemente llevaba a las razones por las que se había unido al negocio familiar en primer lugar. Para Kendra, no se trataba solo de perder a Libby, porque por desgracia no podía hacer nada al respecto. Para ella significaba que, después de todo lo que había pasado, su lugar estaba ahora en Kiltarff. Pero eso corría el riesgo de cambiar. Necesitaba un plan para revitalizar el pub y aumentar las ventas, pero no sabía cómo hacerlo.

—Eh —llamó él con voz suave.

Kendra levantó la vista y no supo qué decir. Básicamente, no quería seguir hablando. No había venido para eso. Apartó el plato, se levantó y caminó alrededor de la mesa. Echó la silla de él hacia atrás y Kendra se sentó a horcajadas sobre su regazo. Él emitió un sonido que era una mezcla de sorpresa y excitación. Kendra anhelaba su abrazo, su ternura, su cercanía. Quería sentir su piel, sus labios. Todo de él. Kendra le agarró la cara con ambas manos. Le hizo cosquillas en la barba incipiente.

—Creo que ya hemos hablado bastante —susurró.

Kendra notó cómo tragaba saliva. Su estómago se apretó de anhelo. Los sensuales labios de Alejandro estaban abiertos mientras sus ojos se oscurecían. Antes de que él pudiera decir o hacer algo sensato, ella apretó la boca contra la suya. Lo besó apasionadamente, volcando en el gesto toda la ira, la desesperación y la agitación interior que había estado albergando durante tanto tiempo. Él gimió y hundió las manos en su pelo. Su lengua jugó con la de ella mientras un deseo ardiente corría por sus venas. Lo deseaba y ya no le importaban las consecuencias. Sin aliento, Kendra se separó de sus labios, solo un instante.

—Quiero sentirte —exhaló ella.

Alejandro tenía los ojos vacíos y su pecho subía y bajaba rápidamente. Era casi como si dudara, pero Kendra podía sentir claramente los signos de su excitación. Quería desprenderse de las capas inútiles de tela para estar cerca de él.

—No se trata solo de eso —le explicó con voz ronca mientras sus manos se deslizaban por su espalda.

Ella escuchó sus palabras, pero no quiso continuar.

—Lo sé.

Kendra volvió a besarlo, más exigente, mientras apretaba su cuerpo contra el de él. Los

gemidos de Alejandro la sumieron en un estado de tensa excitación. En algún momento, él rodeó sus caderas con las piernas y se acercó a ella. Entre mil besos, salieron de la cocina, cegados por la lujuria, y subieron tambaleándose las escaleras hasta el dormitorio de él. Una gran cama dominaba la habitación. Kendra apenas era consciente de lo que la rodeaba, excepto de que allí arriba hacía más frío y olía aún más a él y a su aftershave. La tumbó en el colchón y se quitó la camisa por encima de la cabeza. Kendra le miró el torso, con una fina línea de vello negro que iba desde el ombligo hasta la cintura de los vaqueros. Le hizo un gesto con el dedo.

—Ven aquí —le instó ella con los párpados entreabiertos.

—Me estás volviendo loco, ¿lo sabías? —refunfuñó mientras se tumbaba a su lado. Deslizó las manos bajo el jersey de Kendra. Cuando sintió su tacto, suspiró con suavidad. Se desnudaron lentamente, se besaron y se acariciaron. En algún momento, ella se tumbó a su lado en ropa interior. Su piel clara contrastaba con la tez bronceada de él. La fascinación de su mirada le acarició el ego, se sentía bien, deseada. Tenía los labios hinchados y le hormigueaban los besos, y ambos respiraban agitados.

—¿Qué pasa? —quiso saber ella mientras él se ponía de lado, se apoyaba en los codos y se limitaba a observarla. Los dedos de la mano izquierda de Alejandro se deslizaron por sus curvas, desde las caderas hasta el cuello.

—Me tomaré un momento para admirarte. Eres preciosa, ¿te lo han dicho alguna vez?

Kendra sonrió, pero guardó silencio.

Enredó un mechón de su pelo entre los dedos.

—Tan extraordinaria —añadió en un murmuro.

Kendra no solía sentirse especial, al contrario, pero en su presencia le resultaba fácil creer que era cualquier cosa menos corriente. Se sentía casi como una diosa. Ningún hombre antes de Alejandro había conseguido causar en ella ese impacto. Era una sensación maravillosa. Quería más. Mucho más.

Kendra también se puso de lado y le pasó el dedo índice desde el pecho hasta el ombligo, lo rodeó y se detuvo. Sus músculos se tensaron bajo su contacto. Le excitaba ver el efecto que su simple caricia tenía en él. Kendra le obligó a ponerse boca arriba con un suave movimiento de manos y le separó los muslos. Luego se desabrochó el sujetador y lo tiró descuidadamente a un lado. Los ojos de Alejandro se oscurecieron y la parte superior de su cuerpo subió y bajó más deprisa. Ella se inclinó hacia sus labios y lo besó a conciencia mientras sus manos le hacían cosas que lo transportaban al cielo.

Cuando se deshicieron de las dos últimas prendas, las bragas y los calzoncillos, Alejandro tomó la iniciativa. Recostó suavemente a Kendra sobre las almohadas y le separó los muslos. Con los labios, dejó un rastro de besos cálidos sobre su piel fría. Acarició cada centímetro de su cuerpo hasta que ella ya no pudo mantener la cordura. Sabía exactamente lo que tenía que hacer para sacarla de sus casillas.

Kendra emitió un sonoro gemido cuando él apretó la boca contra su zona más íntima y deslizó las manos bajo su trasero.

—Oh, Dios —jadeó y le enterró los dedos en el pelo. Los giros de su lengua la hacían ver las estrellas, el cosquilleo en su centro hacía tiempo que se había convertido en una ardiente sensación de calor. Alejandro era un maestro en provocarla y llevarla a cotas insospechadas, incluso antes de revelar todo lo que tenía para ofrecerle. Kendra dejó escapar un gemido. Ansiaba liberarse, pero al mismo tiempo deseaba que él no se detuviera nunca. Maldijo y suplicó, pero Alejandro no se dejó impresionar. Sus gemidos retumbantes le demostraban lo mucho que le excitaba satisfacerla. Sus cuerpos estaban cubiertos de sudor y las caderas de Kendra se movían descontroladas. Estaba tan cerca. Era una tortura deliciosa, pero de repente sintió una ligera brisa en la piel cuando él se detuvo un momento.

—Qué demonios… —maldijo frustrada. Jadeó: ¡no podía hacer eso! Kendra abrió los ojos, sombría y fuera de sí. Una sonrisa lasciva se dibujó en los labios de Alejandro.

—Enseguida continuamos, cariño. —Su voz era un grave susurro. Su excitación era claramente visible y Kendra no podía saciarse. Se levantó y volvió poco después con un preservativo.

Dios, ni siquiera había pensado en eso. Ella observó cómo él abría el envoltorio y se lo ponía con un movimiento sensual. Mantuvo la erección un momento y miró a Kendra con fervor.

Ella jadeó, ya podía imaginarse lo que estaba a punto de ocurrir. Se tumbó provocativamente en la cama, él no pareció querer esperar más y se acercó a ella. Sintió su peso sobre ella cuando él se colocó entre sus piernas. La besó y se deslizó despacio, casi deliberadamente, dentro de su húmedo calor.

Alejandro maldijo en español y echó la cabeza hacia atrás. Ella no entendía lo que decía, pero le gustaba la idea de que era ella quien le excitaba tanto. Cuando por fin empezó a moverse en su interior, todo lo demás quedó en el olvido. Las sensaciones eran indescriptibles, nunca había sentido nada igual. Cada célula, cada nervio parecía a punto de estallar. Ella se aferró a él como una mujer que se ahoga, deslizando los dedos por su espalda, acariciándolo y empujando sus caderas hacia él con avidez. Notó cómo Alejandro intentaba controlarse. Una vena de la frente le palpitaba mientras prolongaba su agonía, acercándolos cada vez más a la liberación. Él la llenaba por completo, formaban una pareja perfecta. Sentir su peso sobre su cuerpo era lo más hermoso que le había sucedido nunca.

Las manos de él se posaron en su cabeza y la besó, imitando con la lengua el ritmo de sus caderas. Kendra le rodeó la pelvis con las piernas y lo empujó más adentro.

— Dios mío —gimió e intensificó su ataque.

El corazón de Kendra amenazaba con salírsele del pecho, era demasiado y demasiado poco al mismo tiempo.

—¡No pares, no pares! —Le llamó por su nombre.

Llegó un momento en que ya no había vuelta atrás para ninguno de los dos. Cada músculo del cuerpo de Kendra se tensó y ella sintió que él se ponía rígido mientras aumentaba el ritmo una vez más. Solo se oían sus jadeantes respiraciones y el sonido de sus cuerpos desnudos al chocar. Kendra arqueó la espalda y cerró los ojos mientras el orgasmo se apoderaba de ella. Estaba inmersa en otro mundo de luz resplandeciente y apenas sintió que Alejandro se dejaba caer y gemía su nombre.

Muy lentamente, volvieron a la realidad, al aquí y ahora.

Ella no tardó en apoyar la cabeza en el brazo de él, la mano en el vientre de él y un muslo en las piernas de él. Los latidos de su corazón eran cualquier cosa menos constantes mientras yacían exhaustos el uno junto al otro. Alejandro había extendido una manta sobre ellos y acariciaba el pelo de Kendra. Le dio un beso en la frente.

—Eres indescriptible, mi amor.

—¿Qué significa eso? —murmuró ella con los ojos cerrados. Olía tan bien, su calor la adormecía. Ese momento podría durar para siempre. No recordaba cuándo se había sentido tan segura y protegida. Tal vez nunca antes.

—Mi amor —tradujo en voz baja y la acercó un poco más a él—. Mi amor.

Kendra tragó saliva mientras su corazón se dilataba ligeramente. La recorrió una sensación de placer que no tenía nada que ver con la excitación sexual, pero no podía explicarla.

Había una lámpara encendida en la mesilla de noche, que proporcionaba un resplandor agradable en aquel entorno inusualmente pomposo. Fuera reinaba la oscuridad. Las ventanas del suelo al techo estaban enmarcadas por largas cortinas. Delante de la cama había una alfombra mullida. Las paredes estaban empapeladas con seda floral. De pronto no supo qué hacer. Kendra se preguntó si debía quedarse o marcharse. Alejandro no parecía querer deshacerse de ella. Pero… no estaba segura.

Notó cómo se ponía tensa.

—¿Qué ocurre, cariño?

Sus tiernas palabras la hicieron sonreír.

—Me preguntaba si debía levantarme o quedarme tumbada.

Probablemente era mejor que dijera la verdad, ¿para qué andarse con rodeos?

Alejandro se enderezó un poco.

—¿Qué te pasa, no te encuentras bien?

—Sí, me siento muy cómoda.

—Entonces yo diría que te quedes donde estás. Es decir, conmigo. ¿O tienes otros planes?

Kendra sacudió la cabeza y se alegró de no tener que mirarle. Volvió a acurrucarse a su lado. Era más fácil hablar cuando podía permanecer entre sus brazos con los ojos cerrados. La distensión de su cuerpo también era muy agradable.

Se preguntó si aquello que sentía era felicidad. No estaba segura, pero al menos se le parecía.

—No tengo ningún plan. Probablemente mis padres piensen que voy a pasar la noche en el lago Ness —explicó cuando se dio cuenta de que aún le debía una respuesta.

Él se rio y siguió acariciándole el pelo. Un gesto suave y muy tranquilizador que a ella le gustó. Tan lleno de ternura y amor.

«No, amor no», se corrigió. Pero le bastó con dejarse llevar.

—¿No les preocupas? —murmuró.

—Por supuesto, pero no si me voy de acampada a pasar la noche. —Sonrió.

—¿De verdad lo haces a menudo? —En realidad parecía sorprendido; probablemente no conocía a muchas mujeres que pasaran la noche en un saco de dormir en una furgoneta. Reprimió al instante cualquier pensamiento que involucrara a terceras personas, porque no quería pensar en quién más desempeñaba o había desempeñado un papel en su vida. Básicamente, no sabía nada de ella.

—Sí, es muy bonito —declaró ella, intentando volver a centrarse en la conversación. Si había algo que no quería hacer era estropear todo lo que había vivido con él dando vueltas en su cabeza.

—Me encantaría que alguna vez me llevaras contigo —murmuró cerca de su oído, y Kendra se estremeció. Le costaba creer que él no tuviera que hacer nada más para excitarla.

Y esto después de que acabaran de…

Se aclaró la garganta.

—Con mucho gusto.

—Pero hoy no. —Le besó la coronilla—. No pienso moverme de tu lado. Nos quedamos aquí, en esta cama. Es tan agradable tenerte conmigo, mi amor.

Oyó la sonrisa en su voz y se acurrucó contra él. Probablemente era una forma de felicidad, de eso estaba bastante segura.

CAPÍTULO 12



Alejandro bostezó y sintió como cada fibra de su cuerpo se desperezaba. Las comisuras de sus labios se estiraron hacia arriba. No pudo evitar sonreír dulcemente. Hacía años que no se sentía tan libre y despreocupado, y no solo por el fantástico sexo que había tenido con Kendra varias veces la noche anterior. Apenas habían dormido. Lo justo para recargar las pilas, pero al amanecer ella lo había vuelto a despertar y lo había sacado de la cama. Al principio no le entusiasmaba, pero ahora se alegraba de que Kendra no se hubiera rendido.

Sostenía una taza de café en una mano y apretaba los dedos de Kendra con la otra. Estaba sentado en el maletero con ella, con la puerta abierta y las piernas colgando. Se habían abrigado bien, había sido una noche fría. Su aliento dejaba nubecillas blancas en el aire de la mañana. En algún lugar gritó un cuervo.

—Esto es increíblemente hermoso —murmuró mientras dejaba vagar su mirada en la distancia. El sol se alzaba sobre el lago Ness, proyectando una luz resplandeciente. Las laderas de las montañas desaparecían en la bruma que se cernía sobre el suelo en algunos lugares. Misterioso.

—¿Así que no lamentas que te haya despertado? —preguntó ella y él la escuchó divertido.

Alejandro sonrió.

—No, estoy muy contento. Además, ahora conoces mi debilidad.

—¿Que eres un gruñón mañanero? —Tuvo que reírse.

—Sí, lo siento si no estaba de buen humor.

—Te entiendo, a mí también me gusta dormir hasta tarde a veces, pero las vistas merecían la pena.

—Por supuesto que te estoy muy agradecido, cariño. No solo por traerme aquí. —Le recorrió una sensación de calidez y apretó más fuerte la mano de Kendra. Le gustaba estar cerca de ella. Cuando el día anterior se había presentado en su casa, se sintió tan feliz como un niño. No se lo esperaba, ya que ella se había mostrado un poco reservada desde que se habían conocido. Afortunadamente, esa actitud quedó en el pasado. Tomó un sorbo de café, solo estaba tibio, pero eso no importaba. El viejo termo que habían encontrado en la cocina ya no podía mantener la temperatura. Lo principal era que le despertara…

Hablando de estar despierto: debería haberse puesto a escribir urgentemente, pero ahora tenía una excusa aún mejor para no querer ir a su escritorio.

—¿Ocurre algo? —Ella pareció percibir su cambio de expresión. Era atenta, eso le gustaba de ella. Había conocido a demasiadas personas que solo pensaban en sí mismas y en lo que representaban. Le pareció refrescante que Kendra no pensara en sí misma ante todo.

—Ah, esas malditas memorias —respondió con un suspiro—. Le dije a mi representante que

sería pan comido y que podría entregar el primer borrador en un par de semanas, pero ahora… No sé qué escribir sobre mí. Me siento tan estúpido.

Kendra lo miró de reojo.

—¿Por qué?

Frunció los labios.

—Eso me gustaría saber. Aunque mi historia suena como el cuento de hadas con el que sueñan muchos argentinos, no sé exactamente cómo contarla ni qué decir. No soy ni un semidiós ni un santo: simplemente era bueno en lo que hacía.

—Lo comprendo —dijo ella.

—¿En serio? —Frunció el ceño.

—Sí, absolutamente. Ahora que te conozco más, no eres una persona que se priorice a sí mismo. Y con estas memorias se supone que tienes que hacer precisamente eso, poner tu vida en primer lugar.

Le sorprendió que ella lo expresara de forma tan concisa, a pesar de que llevaban poco tiempo conociéndose. En muchos sentidos, Kendra era una de las pocas personas que realmente podían ver detrás de su fachada, porque con ella no la necesitaba. Kiltarff era como un oasis para él, al que solo tenían acceso las personas que no querían hacerle daño. Cuando tenía éxito, había al menos tantos críticos como admiradores, para darle una de cal y otra de arena. No había olvidado las razones por las que había venido aquí. Sin embargo, hasta ahora había conseguido suprimir todo lo que había hecho de su vida en Argentina un infierno.

Quizá ese fuera otro de los motivos por los que evitaba el escritorio. Cuando pensaba en su historia, en su carrera, llegaba inevitablemente al punto de tener que informar sobre los lados oscuros. No estaba seguro de estar preparado. Tenía que preguntar por la chica, pero también temía hacerlo. ¿Y si, después de todo, no había conseguido liberarse de sus delirios? La joven de diecinueve años se había enamorado de una foto suya y había entablado una supuesta relación con él, pero cuando se dio cuenta de que nada de aquello había sido real, intentó acabar con su vida. No tenía ni idea de cómo se encontraba hoy, porque sus padres le culpaban de todo y se negaban a darle información cuando se la pedía.

—¿Qué te parece si te ayudo? —sugirió Kendra en ese momento, sacándole de sus pensamientos.

—¿Qué quieres decir con «ayudar»? —Frunció el ceño.

—Podrías contarme algo sobre ti, quizá eso te ayude a saber qué es importante para tu historia.

Se lo pensó un momento.

—¿No te aburriría terriblemente?

—Todo lo contrario. En realidad, se me da bastante bien mecanografiar, así que… No quiero hacer ahora de tu secretaria, pero… —Le guiñó un ojo.

Las comisuras de sus labios se crisparon.

—Oh, eso parece un juego de rol. —Ella se rio—. Seguro que serías una ayudante sexy.

Kendra le dio unas palmaditas suaves.

—En serio. Quizá te resultaría más fácil si no tuvieras que pensar y teclear, sino que pudieras dar rienda suelta a tus pensamientos.

—¿Pero no estás ya bastante ocupada? —Aunque le gustaba la idea porque significaba que podría pasar aún más tiempo con ella, no quería aprovecharse de ella ni presionarla demasiado. Ya se había dado cuenta de cuánta atención requería La Linterna: apenas le quedaba tiempo para su vida privada. ¿Y luego tendría que sacrificar las pocas horas libres que tenía por él? Sintió un cosquilleo. Quizá podrían llegar a un acuerdo de alguna manera.

Una sombra pasó por su rostro.

—Bueno, al parecer eso cambiará pronto.

Ella evitó su mirada y apartó la vista.

—Eh, ¿qué pasa? —Alejandro le acarició el dorso de la mano.

Kendra suspiró, y su buen humor parecía haber desaparecido bruscamente. Temía haber preguntado lo que no debía cuando ella procedió a explicarse.

—Mis padres quieren cerrar el pub o venderlo. Yo me opongo, pero no quieren escucharme. Y ahora se van fuera quince días. No tengo un cocinero que sustituya a mi padre mientras tanto y no puedo ser camarera y cocinera al mismo tiempo. Así que no tengo más remedio que cerrar. También sería absurdo mantener el bar abierto a toda costa. Necesitamos más clientes y, en general, más volumen de negocio para que el personal pueda cobrar un sueldo decente y le sobre algo a final de mes. Esa es la versión resumida.

Alejandro dejó la taza y subió a Kendra a su regazo.

— Cariño, encontraremos una solución. Estás muy unida a La Linterna, ¿verdad?

Ella asintió y apoyó la cabeza en su cuello.

—Ha sido nuestra durante generaciones.

Él aspiró el aroma afrutado de su perfume. Saboreó la cercanía y la familiaridad que ya compartían. Kendra siguió hablando.

—Me resulta difícil aceptar que mis padres tomen decisiones sobre mí. Quieren jubilarse y me dicen que otra carrera me haría más feliz. Tengo que convencerles de alguna manera de que

puedo llevar el pub por mí misma. Pero no puedo contratar a ningún empleado. La Linterna no da suficiente dinero ahora mismo, y aunque lo diera, no contrataría a nadie con tan poca antelación. Así que… Sí, tengo tiempo para mecanografiar para ti. Aparte de La Linterna, hay algunas horas al día en las que me vendría bien descansar de todo el ajetreo con mis padres. Y me encantaría ayudarte con tus memorias.

Alejandro respiró hondo. Pensó que a ella le gustaría trabajar con él en la historia de su vida. Pero esa no era una solución factible. Kendra huiría de sus propios problemas y al final no sería feliz. Tenía una idea, pero aún no sabía si era una completa locura o una genialidad. Pronto lo descubrirían.

—No, Kendra. Así no es como lo haremos —declaró con firmeza, sintiendo que realmente lo deseaba.

Dio un paso atrás y lo miró. Sus ojos verdes brillaban de duda.

—No pasa nada si no quieres hacerlo. No pasa nada.

Alejandro le puso una mano en la mejilla.

—Quiero que me ayudes, pero solo si me dejas ayudarte.

Ella saltó de su regazo y se puso blanca como la nieve.

—No, no, en absoluto. No quiero tu dinero, ¡no te lo he dicho por eso! Dios, no.

Alejandro respiró hondo y se levantó también.

—Vuelve aquí, Kendra. No quiero darte dinero.

Kendra frunció el ceño, pero no se movió del sitio.

—¿No?

Alejandro sacudió la cabeza.

—No. Sé cocinar… ¿O quizá no te gustó tanto el filete? Podría sustituir a tu padre.

Kendra se quedó con la boca abierta.

—¿Quieres cocinar en La Linterna?

Su sorpresa le divirtió un poco. Alejandro le tendió la mano y le pidió que se uniera a él.

—¿Dudas de que pueda hacerlo? Quizá comamos algo argentino mientras tus padres están fuera. Un bistec, por ejemplo.

Ella sonrió con debilidad.

—Tenemos ternera escocesa.

—Ya sabes lo que quiero decir, cariño. Hay una solución para todo si te esfuerzas lo suficiente.

—¡No te creo! ¿Quieres trabajar de cocinero en un pub? — Sacudió la cabeza y se frotó la frente con la mano.

—¿Por qué no? —Enarcó las cejas.

Kendra tragó saliva.

—¿Hablas en serio?

Él se encogió de hombros.

—Pues claro que hablo en serio. Tú quieres demostrar algo a tus padres, y yo quiero ayudarte. Así que déjame intentarlo. Y tal vez puedas pensar en algo para alcanzar tus sueños mientras tanto. Yo disfruto cocinando, y me gustaría mucho probarlo día tras día en un ambiente profesional.

—De acuerdo —respondió Kendra arrastrando los dientes—. Apenas puedo creer que esto esté ocurriendo.

Se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

—Lo hago por puro egoísmo: para poder estar cerca de ti todo el día.

La besó larga e insistentemente.

En algún momento, se separaron.

—Vale, y yo te ayudaré con tu manuscrito, ¿hecho?

Asintió con la cabeza.

—Hecho. ¿Y la fiesta de compromiso?

—Ese día cerraremos La Linterna, eso seguro.

El plan sonaba divertido. Por supuesto, no trabajaría siempre de cocinero, pero de momento le apetecía probar sus habilidades y explorar nuevas vías. No estar en primera fila por una vez…

—Oh, mierda —gruñó Alejandro.

—¿Qué?

—Tengo que ir a la granja a cuidar de los animales.

—Claro, vamos. Te acompaño.

—Me encanta que seas tan espontánea. —Cerró de golpe el maletero y subieron al coche.

Después de que Alejandro diera de comer a los caballos y las cabras, llegó el turno del ganado. Puso pienso fresco en el comedero y se aseguró de que tuvieran agua en el bebedero. Afincó los codos en la valla de madera y apoyó un pie en un tablón. Su mirada recorrió el prado verde, que olía a hierba, a ganado y a primavera. Aunque aún hacía fresco, pensó que ese sería otro día cálido, al menos para los estándares escoceses. Kendra estaba de pie a unos metros, rascándole la cabeza a una vaca. No podía oír lo que decía, pero estaba charlando con el animal. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

Como si ella sintiera su mirada, volvió el rostro en su dirección.

—¿Qué pasa? —gritó.

—Estaba pensando en lo hermoso que es esto. Esta paz y tranquilidad…

—¿Qué te parece nuestro ganado?

—Es genial, me gusta su actitud. Tienen todo lo que necesitan y parecen muy relajadas.

—Como todos los escoceses en general, ¿no?

Se rio y pensó que podría acostumbrarse a vivir allí. Tal vez tendría ganado y cabras de las Tierras Altas escocesas. Podría hacer queso y comer su propia carne. Por un momento se vio a sí

mismo como un granjero satisfecho, sentado al sol fuera de su casa, leyendo el periódico. Parpadeó y volvió al aquí y ahora.

¿Qué hacía allí, soñando con un futuro más que improbable? ¿Allí?

—Oye, Alejandro, ¿estás bien? Parece que hayas visto un fantasma. —Kendra se acercó a él —. Estás muy pálido.

Dio un paso atrás y se pasó la mano por la cara.

—Yo… —No encontraba las palabras adecuadas, no encontraba sentido a lo que le pasaba por la cabeza. Sí, había venido aquí para desconectar, para alejarse de todo. Pero nunca duraría más de unos meses en esa zona, donde llovía casi todos los días, donde soplaba constantemente un fuerte viento y los inviernos eran interminables y muy fríos.

Kendra le puso una mano en el brazo.

—Entiendo que el plazo te ponga nervioso. Si quieres, podemos empezar ahora mismo. Aún tengo un poco de tiempo antes de comer.

Hizo un esfuerzo por sonreír.

—Estoy bien, de verdad. Primero tengo que definir un plan aproximado, eso puedo hacerlo solo. Empezaremos después de la fiesta de compromiso. No importa si tardamos unos días más. Tengo mucho que hacer en casa a partir de hoy, ya sabes, Donald vendrá con sus ayudantes.

—Cierto, me olvidé de eso por un momento.

No quería seguir hablando, pero deseaba una cosa: disfrutar de su tiempo con Kendra, durara lo que durara. No había pensado en lo que pasaría entre ellos. Hasta la noche anterior, ni siquiera había sabido que llegaría a esto. Sin duda se alegró, porque se sentía cómodo con ella. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más disfrutaba. Solo se le ocurrió una cosa para distraerse de sus pensamientos: la atrajo hacia sí y la besó con fuerza y posesividad. Kendra soltó un sonido de sorpresa, pero enseguida se acurrucó contra él y le devolvió el beso.

—Vaya —dijo ella recuperando el aliento cuando se separaron—. Creo que me han flaqueado las rodillas.

A Alejandro siempre le sorprendía para bien lo abierta y sincera que Kendra expresaba exactamente lo que le pasaba por dentro. Le resultaba no solo espontáneo, sino también tan atractivo que por un momento deseó que desaparecieran todos sus problemas. Que pudiera llevar una vida sencilla, sin verse afectada por contratos millonarios ni por las «conexiones adecuadas» que necesitaba para los pactos publicitarios.

Por desgracia, la realidad era distinta.

Suspiró.

—Venga, cariño, volvamos. Los dos tenemos mucho que hacer, y este evento debería ser especialmente agradable para Kenneth y Ellie.

Al entrar en el coche por el lado del conductor, le zumbó el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Lo miró y vio que era su representante. No quiso hablar con él y lo guardó. Lo llamaría más tarde.

Cuando Kendra bajó del todoterreno con Alejandro frente a la mansión Keating, Kenneth ya estaba en la puerta principal y, con él, un ejército de empleados esperando para ponerse en marcha. Ya habían traído sus herramientas de trabajo, fregadoras, material de limpieza, aspiradoras y uniformes para la noche del compromiso.

Los ojos de Kenneth se abrieron de par en par cuando vio a Kendra de pie junto a Alejandro. Ella sintió el calor subiéndole por el cuello y las mejillas. Que piense lo que quiera. Por otra parte… No había hablado con Alejandro sobre lo que iban a decir a la gente. Le dirigió una mirada furtiva, él parecía completamente relajado, saludó a Kenneth y luego se presentó a los demás con una sonrisa alegre.

—Siento haberos hecho esperar —dijo Alejandro después de saludarles, con un acento español un poco más marcado de lo habitual. Luego todos desaparecieron dentro de la casa excepto Kenneth, Kendra y él.

El argentino parecía un poco sorprendido, pero no era por ella, sino por la cantidad de gente que parecía saber exactamente qué hacer y, sobre todo, dónde. Reprimió una sonrisa; si ella fuera él, probablemente también estaría un poco sorprendida. No era consciente de lo unidos que estaban todos en Kiltarff y de que la ayuda mutua era muy importante.

Kenneth le dio una palmada en el hombro.

—Encontrarán el camino, algunos de ellos probablemente conozcan la finca de los viejos tiempos.

—Entiendo —respondió Alejandro, no muy convencido.

Kendra estaba a punto de despedirse cuando Kenneth se acercó a ella.

—¿Puedes ayudarnos? —preguntó. Solo entonces se dio cuenta de que Kenneth llevaba varias bolsas de ropa.

Ella se acercó un paso y enterró las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros.

—Aquí tengo ropa para Alejandro. Una falda escocesa, habrá que ver si le queda bien.

Kendra enarcó una ceja.

—Quieres decir…

Sonrió al darse cuenta de que la felicidad de Alejandro había desaparecido por completo.

—No voy a llevar falda —declaró audaz el argentino, cruzando los brazos delante de su ancho pecho. Había dejado la chaqueta en el coche, pues ya entrado el día no hacía tanto frío como al amanecer. Ahora estaba allí de pie con su jersey de cuello alto y enfurruñado, casi como un niño pequeño. Kendra podía entenderlo un poco; si no habías crecido con las tradiciones escocesas, podía parecer una tontería, pero decidió no mostrarse compasiva. Tenía curiosidad por ver si Alejandro se dejaba convencer. Se lo imaginó vestido de highlander.

Kenneth puso los ojos en blanco, pues estaba claro que tenía poca paciencia para discutir con Alejandro durante demasiado tiempo. Por supuesto, el futuro novio ya estaba bastante nervioso.

—Por favor, ¿tienes miedo de que tus pantorrillas no puedan seguir el ritmo o qué está pasando?

Alejandro soltó un bufido.

—Estás loco.

Kendra los miró a ambos, encontrándolo divertido de algún modo, pero al mismo tiempo no queriendo estar en ninguno de los dos bandos.

—¿De verdad es necesario que me ponga esto? —quiso saber.

—Sí —gritó Kenneth.

—No —refunfuñó Alejandro en el mismo momento.

Se echó a reír.

—¡Está bien! Vosotros dos, antes de que os golpeéis la cabeza, vamos a… ¿A dónde, Alejandro? —Menos mal que supo disimular. Estaba a punto de sugerirle que fueran a su dormitorio, donde sabía que había un espejo del suelo al techo. Aunque no era ningún secreto que había estado en la cama con Alejandro, no quería darle demasiada importancia. En aquel momento, no se trataba de ella, sino de su amiga Ellie, Kenneth y su fiesta.

—A mi habitación —dijo finalmente Alejandro—. Nadie puede verme así.

Kendra soltó una risita y Kenneth volvió a poner los ojos en blanco. Pronto estuvieron en su dormitorio y Kendra intentó no fijarse en la cama deshecha. Recordaba demasiado bien todo lo que había ocurrido allí entre ellos la noche anterior. Un cosquilleo nervioso le recorrió la boca del estómago cuando captó la mirada de Alejandro. ¿Estaba pensando lo mismo que ella? Un atisbo de sonrisa apareció en sus labios.

El sonido de una cremallera rompió el silencio y Kenneth sacó una falda escocesa con el tartán de MacGregor.

—Pruébatelo, debería quedarte bien. Creo que la costurera ha hecho un buen trabajo.

—Y aquí en el pueblo, ¿de verdad todos llevan algo así, todos los hombres? —quiso saber

Alejandro.

—Sí, todos los que vienen llevan una. Y ahora pruébatelo. Los calcetines y la camiseta también están incluidos.

Kendra miraba por la ventana mientras Alejandro se cambiaba de ropa. Unas nubes blancas y espesas surcaban el cielo azul de las Tierras Altas. Los rayos del sol brillaban sobre el lago Ness. Un par de patos revoloteaban junto a la ventana. Oyó al argentino decir palabrotas en español. Al parecer, aún no se había resignado a su destino. Reprimió una risita.

—Bueno, deja que te explique cómo va esto —Kendra oyó la voz de Kenneth sin que ella lo viera. Le parecía inapropiado observar cómo se cambiaba Alejandro mientras Kenneth estaba allí. De algún modo la hacía ruborizarse, era una sensación extraña. Casi volvía a sentirse como una adolescente.

—La falda escocesa se envuelve alrededor de las caderas, sí, mira, exactamente de modo que los pliegues formen una prolongación de la columna vertebral. El extremo superior se abrocha con la hebilla del cinturón y el inferior con el imperdible — explicó entonces el conde.

—Imperdible, menuda chorrada, ¿por qué no tiene botón? — refunfuñó Alejandro.

—Hazlo —oyó Kendra que le respondía Kenneth con un suave suspiro—. Y también tenemos aquí el gorro, la boina, si quieres. Mira, lleva el escudo de nuestro clan. Te queda muy bien. —Al parecer, Kenneth había colocado el gorro en la cabeza de su amigo.

—Pfff —fue todo lo que dijo Alejandro. Kendra se tapó la boca con una mano para no reírse a carcajadas. Sabía que Alejandro podría ofenderse y quería evitarlo.

—Ahora solo falta el chaleco, la chaqueta y un sporran. —La tela crujió.

—Esto mejora por momentos —refunfuñó Alejandro—. ¿Ahora tengo que atarme una de estas cosas al cuello?

—Es una bolsa de cuero porque la falda escocesa no tiene bolsillos. En realidad viene con una daga que cabe en los calcetines de lana, pero prefiero no dártela ahora. Me gustaría seguir vivo para el día de mi boda. —Kenneth se rio con cautela.

Alejandro resopló.

—Debes arrodillarte —exigió ahora Kenneth con cierta impaciencia—. El dobladillo no debe tocar el suelo. Si no te queda bien, tendré que llevárselo de nuevo a la costurera… O tendrás que hacerlo tú mismo si sigues siendo tan estúpido.

Kendra se dio la vuelta y se le cortó la respiración. Vaya, Alejandro estaba impresionante. Como si el tartán se hubiera tejido solo para él. La camisa blanca resaltaba brillantemente sobre su tez bronceada y la falda acentuaba sus caderas y pantorrillas estrechas. «Dios mío, no sé de qué se preocupaba», pensó. Sus piernas tenían un aspecto fantástico, al igual que todo lo demás. Un espectáculo impresionante. Alejandro se subió las medias negras hasta las rodillas y, por

suerte, no se dio cuenta de que ella le miraba.

Alejandro suspiró.

—¿Qué otra cosa se supone que debo hacer?, ¿tal vez besarte los pies?

—Por favor, no seas así —se burló Kenneth, mientras una sonrisa jugueteaba en los labios del escocés—. Kendra, también he hablado con la organización cultural local, vendrán con sus gaitas a tocar para nosotros esta noche.

Ella aplaudió.

—¡Qué maravilla! Qué gran idea. No puedo creer que no se me ocurriera a mí.

Casi se avergonzaba de lo poco que había contribuido al éxito de la fiesta hasta el momento, pero eso solo demostraba una vez más lo preocupada que estaba por sus propios asuntos. Una excusa pésima, pero desgraciadamente era la verdad. Esperaba que las cosas mejoraran a partir de ahora. Pensó por un momento que trabajaría codo con codo con Alejandro en La Linterna y en sus memorias durante quince días. Le invadió una sensación de calidez y su corazón se volvió extrañamente ligero.

—¿Y tú qué llevarás puesto? —quiso saber Alejandro, dirigiéndose a Kendra, que estaba sentada con expresión malhumorada en el rostro. Dejó a un lado sus cavilaciones y se aclaró la garganta.

—Mi amiga Laurie traerá una colección de trajes de un estudio cinematográfico. Todavía hay muchas producciones cinematográficas históricas en Edimburgo. Las mujeres llevaban vestidos y, por supuesto, había diferentes estilos según la localización. Los kilts de los hombres también diferían en cuanto a la calidad del material y la confección. Incluso el patrón del clan es una invención bastante reciente. —Se le puso la piel de gallina—. Los kilts y los plaids se prohibieron después de la derrota de Culloden. No se volvieron a permitir hasta cuarenta años después, en mil setecientos ochenta y dos. El patrón fijo para un clan no apareció hasta el siglo XIX y probablemente fue más una cuestión de marketing, al menos así lo describiríamos hoy. Antes de eso, los patrones fijos se clasificaban por distritos, si es que existían.

—Vaya, eres un libro de historia andante —dijo Alejandro en tono halagador.

Kendra hizo un gesto tímido con la mano.

—Son cosas que debes saber si eres de Escocia, ¿verdad, Kenneth?

—Sí, es cierto. Pero tengo que decir que como MacGregors nos hemos acostumbrado a nuestro patrón de tartán. Me sentiría raro si vistiera con uno diferente… O si un extraño de otro clan viniera con nuestro patrón. Sea históricamente correcto o no. —Se frotó la barbilla.

—Me sorprende que digas eso cuando en realidad no querías el título —comentó Kendra.

—Bueno, supongo que estoy madurando.

Kenneth sonrió como un niño y el corazón de Kendra latió por él. Era maravilloso ver lo feliz que era el escocés. Por supuesto, su futura prometida Ellie tenía mucho que ver con ello. Su desconocido papel de conde de Glencairn había causado algunos problemas al principio de su relación, que por suerte habían dejado atrás hacía tiempo. Y ahora se dirigían hacia su perfecto final feliz o, mejor dicho, hacia el feliz comienzo de su futuro juntos como marido y mujer. Kendra suspiró suavemente y se alegró por ellos, pero al mismo tiempo sintió que también anhelaba su propio para siempre.

Alejandro chasqueó la lengua y la sacó de sus pensamientos.

—Una falda para un hombre. Menudo invento.

Kendra se abstuvo de decir que los verdaderos escoceses llevaban la falda escocesa sin ropa interior. En primer lugar, porque le hacía tener pensamientos muy pecaminosos, y en segundo, porque la cara de Alejandro no parecía que pudiera aguantar una broma de ese estilo.

—Kendra, ¿has pensado cómo conseguir que Ellie se ponga el vestido sin que sospeche? —le preguntó Kenneth—. También tengo que confesarte algo: quería un traje realmente único para ella. Siento no haberte dado más detalles antes. —Desabrochó otra cremallera y sacó un vestido ribeteado de encaje con una sobrefalda de tartán MacGregor, un corpiño a juego y un pañuelo para los hombros de Ellie.

—¡Dios mío, es increíble! —Kendra se acercó y pasó los dedos por la tela—. Le va a encantar. Es mil veces mejor que si tuviera que llevar un disfraz.

—Me angustiaba que pudiera no sentirse hermosa en un día tan especial. Y bueno… Anteayer fui a la costurera y le conté mis preocupaciones. Gloria se puso manos a la obra enseguida y trabajó día y noche. Y también mandé hacer uno para ti. Es un poco menos elaborado —explicó, sonriendo tímidamente.

Cuando Ellie se convirtiera en condesa y jefa del clan, su ropa tendría que ser, naturalmente, más suntuosa. Y Kendra tenía que vestirse como dueña de un pub. Sabía que Kenneth no lo decía de forma despectiva; al contrario, apreciaba que hubiera pensado con antelación y hubiera encargado un vestido digno de una acomodada mujer de negocios.

De pronto, una bombilla se encendió en su cabeza.

—¡Dios mío!

Los ojos de Alejandro y Kenneth se abrieron de par en par, sorprendidos.

—¿Qué pasa? —gimieron al unísono.

Kendra sacó el vestido y se lo probó por encima.

—¡Eso es! —se dijo más a sí misma que a los demás—. Tengo que organizar veladas históricas en La Linterna. Ya lo había pensado, pero esto me lo deja claro. Es lo que hay que hacer. Tenemos que viajar atrás en el tiempo, incluso con nuestros platos. Todo tiene que

volverse más rústico. Lejos del fish and chips, volver a los platos tradicionales. Pero tienen que ser lo bastante comerciales para que cualquier persona se anime a probarlos. Quizá incluso con ingredientes más regionales. —Pensaba en voz alta y ya no era consciente de lo que ocurría a su alrededor—. Pero no todos los días, los prepararemos bajo reserva…

Aún no estaba segura de si su idea podría llevarse a cabo, ni de si ayudaría a aumentar la popularidad del pub, pero en su visión este plan parecía ser justo lo que buscaba.

—¿Todavía me necesitas aquí? —quiso saber impacientada. Tenía las manos húmedas de la excitación.

Kenneth frunció el ceño.

—Eh, no, creo que no.

—Vale, estupendo. Tengo que irme. —Volvió a dejar el vestido sobre la cama y estaba a punto de marcharse cuando dudó—. Oh, Kenneth…

—¿Sí?

—Mi amiga Laurie, que trae los demás trajes…

—Sí, ¿qué pasa con ella?

—Trabaja para una productora cinematográfica.

—Sí, ya me lo has dicho.

Se dio cuenta de que Kenneth se estaba inquietando y pensó en cómo debía decírselo. Laurie aún no le había dicho exactamente qué buscaban, pero pensó que era un buen momento para decírselo a Kenneth. Si Laurie llegaba más tarde, quizá quisiera hablar con él directamente y no quería que le pillara desprevenido. Ellie no podía saber nada por el momento.

—Escucha, ella, su jefe, está buscando una localización para una nueva serie, y quizá el castillo de Kiltarff sería adecuado. Solo quería que lo supieras; cuando llegue, querrá hablar contigo.

Los ojos de Kenneth se abrieron de par en par.

—¿Una serie? ¿Una especie de telenovela para un servicio de streaming?

Kendra frunció los labios.

—No sé nada concreto, pero se supone que está ambientada en un escenario histórico: una mezcla de Downtown Abbey y Outlander.

Kenneth parpadeó.

— Outlander —repitió lacónicamente—. Madre mía.

Kendra se rio.

—No tienes por qué hacerlo, pero podrías pensártelo; sería una gran publicidad, supongo. Si la serie termina captando la atención de los espectadores, conseguirías muchas reservas. No sería malo para la ciudad, creo.

Alejandro no dijo nada, pero ella podía sentir su mirada clavada en ella. Kendra evitó mirarle o podría perder el hilo de sus pensamientos.

Kenneth se frotó la barbilla y caminó de un lado a otro por la habitación.

—Sí, no sé. ¿Una producción cinematográfica? Eso traería muchos problemas y mucha atención. No sé cómo me sentiría al respecto. Pero sí, tienes razón, claro que también tendría un efecto positivo. Me lo pensaré y hablaré con Ellie. Oh, no —dijo inmediatamente—. Sigo sin poder hacerlo. Los nervios. Ya no sé ni dónde tengo la cabeza.

Kendra le puso una mano en el brazo.

—No pretendía añadir más tensión, no tienes por qué decidirlo ahora. Puede que el castillo de Kiltarff no sea lo que realmente busca el productor. Solo quería avisarte, ¿vale?

Kenneth asintió y sonrió.

—En cualquier caso, muchas gracias.

—No hay de qué. Bueno, tengo que irme ya. Quiero ver a mis padres antes de que se vayan.

—¿Se van de viaje? —preguntó Kenneth.

—Sí, se irán de vacaciones un tiempo. Aún estamos en pretemporada —respondió ella con ligereza y notó que la mirada de Alejandro se hacía más insistente. Ella no le miró, sino que centró su mirada en Kenneth. No quería hablar de sus problemas, de verdad que no… Y tampoco quería hablar de sus vagos planes para mejorar la situación—. Hasta luego, Alejandro, volveré cuando llegue Laurie, ¿vale?

—Perfecto, Kendra —respondió con una cálida sonrisa.

Al salir del dormitorio, sonó su teléfono móvil.

Lo sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros y contestó.

—Oh, hola, Laurie.

—Heeeey Kendra —oyó decir a su amiga al otro lado, y Kendra sintió de inmediato que algo iba mal.

—¿Va todo bien?

—Eh, sí, teóricamente sí, pero hoy no puedo ir.

—¿Qué? ¿Por qué no? —Los latidos del corazón de Kendra se aceleraron. Bajó lentamente las escaleras. Algunos trabajadores estaban barriendo el vestíbulo de la mansión y dos mujeres limpiaban las ventanas. Kendra las saludó con la cabeza y siguió su camino.

—Me necesitan en un plató, lo siento.

—¿Y los trajes? —se alarmó.

—¡Prometo que estaré allí el viernes por la noche!

El estómago de Kendra se apretó como un nudo. Esto no podía salir mal. No conocía a Laurie lo suficiente como para estar segura de que se presentaría. Se habían conocido en Edimburgo cuando aún eran estudiantes, y Laurie había vivido con ella como compañera de piso. Por lo que Kendra recordaba, su amiga podía ser un poco desastre, pero no era poco fiable. Además… Qué importaba, era demasiado tarde para buscar otro encargado de vestuario, pensó Kendra febrilmente.

—También podría ir a Edimburgo y recoger los trajes —sugirió entonces.

—¿Y si hay que cambiar algo? —Laurie no parecía convencida.

—Tenemos una costurera en el pueblo.

—No, Kendra, iré. Sin duda iré. No te preocupes, lo he prometido. Lo he prometido. Estaré allí el viernes por la noche.

Kendra no estaba muy segura, pero no tenía elección, no quedaban opciones viables. Ya era miércoles…

—De acuerdo, te enviaré la dirección. Puedes pasar la noche en la mansión Keating, donde se celebra la fiesta. Ya lo he organizado todo.

Tras despedirse, Kendra salió de casa y respiró hondo. En el cielo se acumulaban nubes oscuras y se había levantado viento. Probablemente empezaría a llover pronto. Esperaba que aquello no fuera un mal augurio sobre la fiesta.

Ya en el camino de grava, se disponía a conducir hasta su casa cuando vio la chaqueta de Alejandro colgada de la puerta trasera de su coche. Se dirigió al todoterreno, lo abrió y se dispuso a guardarla en el interior. Al levantarla, un trozo de papel rojo cayó al suelo. Lo recogió y se dio cuenta de que tenía escritos un número de teléfono, un nombre y un pequeño corazón.

Tragó saliva y se quedó paralizada. Volvió a meter el papel en el bolsillo de la chaqueta, de donde probablemente había salido. Maldita sea.

Kendra no era ingenua, sabía que Alejandro era probablemente uno de los solteros más codiciados. Sin embargo, no esperaba que fuera uno de esos tipos que coleccionan números de teléfono. Descansó la vista frente al volante, cerró de golpe la puerta del coche y arrancó a toda velocidad. No quería pensar en ello, quería fingir que nunca había encontrado la maldita nota,

pero por desgracia no era tan fácil. Aunque hubiera a conocido a aquella mujer antes de venir aquí, eso seguía diciendo mucho de su carácter. Aún no había calificado a Alejandro de mujeriego, pero, ¿qué sabía ella? Le conocía desde hacía poco tiempo y probablemente él no había tenido aquí tantas oportunidades como de costumbre. ¿Por eso había acabado en la cama con ella? ¿Por falta de alternativas?

Tenía un nudo en el estómago y otro en la garganta. Respiró hondo e intentó disipar la tensión que se había apoderado de ella. Pero no lo consiguió, aunque no dejaba de recordarse lo cariñoso y atento que había sido con ella, con qué ternura la había llamado «corazón mío», «cariño». ¿Hacía eso con todas sus conquistas? Ella no lo sabía, y eso bastaba para hacer desaparecer la euforia que la había acompañado toda la mañana.

CAPÍTULO 13



Después de que Kendra saliera del dormitorio de Alejandro, se hizo un extraño silencio en la habitación. El argentino no sabía muy bien qué decir o hacer, así que empezó a deshacerse de su inusual ropa. Aún no se había hecho a la idea de tener que llevar falda un sábado. Por otra parte, recordaba la mirada que le había echado Kendra al verle por primera vez con aquel traje. El deseo se había apoderado de él cuando se dio cuenta de que ella lo encontraba sexy. «Muy bien», pensó, notando que las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba. «No puede ser tan malo».

Dejó la ropa sobre la cama y volvió a ponerse los vaqueros y el jersey.

—¿Pasa algo? —le preguntó entonces a Kenneth, que lo observaba todo el tiempo con los brazos cruzados delante del pecho —. A lo mejor tienes miedo de que te robe el protagonismo con mis musculosas pantorrillas —bromeó, moviendo las cejas.

Kenneth permaneció muy tranquilo, casi escéptico a los ojos de Alejandro.

—En absoluto, listillo.

—Está bien. Por cierto, los caballos de Ian Clarke ya están preparados. He comprobado la montura y todo. ¿Quieres dar un paseo antes?

—¿Crees que no puedo manejar un clydesdale? —Kenneth se rio y sacudió la cabeza.

—Quién sabe, debes de estar un poco oxidado. ¿Por qué no tienes establos en el castillo? ¿No echas de menos los caballos?

Kenneth respiró hondo.

—Mi padre… ordenó derribarlos cuando me fui a jugar al polo a Argentina. Probablemente

fue su forma de demostrar lo indignado que estaba por que a su hijo no le importaran las convenciones, aunque ese no era nuestro principal problema. De algún modo, habíamos perdido el contacto tras la muerte de mi madre.

Alejandro asintió con pesar.

—Lo siento, amigo.

—Sí, yo también. Hoy comprendo mejor muchas cosas. Por desgracia, no tuvimos ocasión de reconciliarnos antes de que él muriera. —Kenneth se aclaró la garganta—. Y sí, echo de menos la vida con los caballos, aunque realmente no haya tenido tiempo para ello en los últimos meses.

—He estado pensando en traerme algunos de mis caballos. Ahora que no hace tanto frío.

Kenneth sonrió.

—Frío, ¿eh?

—Sí, ¿qué te parece? ¿Te interesaría establecer un programa de cría conmigo?

Los ojos de Kenneth se abrieron de par en par.

—¿Qué quieres decir? ¿Potrillos, aquí en Kiltarff?

Alejandro se encogió de hombros.

—Se puede ganar mucho dinero con ello, y yo lo disfrutaría tanto. Lo echo de menos…

—Tengo que pensarlo, es bastante abrumador en este momento. Aunque reconozco que suena muy bien. Pero, ¿y tú?, ¿qué hay de ti? No querrás quedarte aquí para siempre… —Kenneth no lo formuló como una pregunta, sino como una afirmación.

Alejandro respiró hondo y exhaló lentamente.

—Probablemente no. Pero de momento me siento cómodo aquí.

Se formó una pronunciada arruga entre las oscuras cejas de Kenneth.

—¿Tiene esto algo que ver con Kendra, por casualidad?

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, puedo ver cómo la miras.

—¿Cómo la miro? —Alejandro frunció el ceño.

—Sabes exactamente lo que quiero decir. ¿Te acostaste con ella?

—No sé por qué te interesas por eso ahora.

De repente, Kenneth parecía muy sombrío.

—Te lo advierto, Alejandro. Kendra es de las buenas. No le rompas el corazón, no se lo merece.

—¿Quién dijo que quiero romperle el corazón? —Alejandro se sintió injustamente atacado, dio un paso atrás y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—No recuerdo que hayas tenido nunca una relación duradera, ¿o sí?

—Con Kendra es distinto. —Aunque no debería importarle, Alejandro sentía que la desconfianza de Kenneth le estaba hiriendo. ¿Por qué le resultaba tan difícil creer que sus sentimientos hacia Kendra podían ser reales?

—Comprendo que este es un viaje a otro mundo para ti, y me alegro de que puedas desconectar. Simplemente no quiero que mi amiga Kendra, que ha pasado por muchas cosas en su vida, acabe sufriendo. Está enamorada de ti.

Los ojos de Alejandro se abrieron de par en par.

—¿De verdad?

Su corazón saltó de alegría.

Kenneth asintió.

—Sí, y el hecho de que no parezcas haberte dado cuenta todavía es señal de que solo te interesa una cosa. No soy moralista, eso no va conmigo. Tan solo te pido que no le hagas daño, ¿vale? Déjale las cosas claras desde ya.

—Nunca le he dicho nada malo y nunca he tenido intención de hacerlo. No sé a dónde va a llegar esto con Kendra, pero ahora mismo es exactamente la persona que necesito a mi lado.

Era cierto, ella era mucho más que eso. Alejandro tenía la sensación de que Kendra era la única persona —aparte de su familia — que realmente lo veía como lo que era: un hombre normal con deseos y sueños. Si ni siquiera Kenneth se daba cuenta de que era algo más que un rompecorazones de famosos… Estaba más disgustado de lo que jamás admitiría. Quizá había sido un error sugerirle a Kenneth que criara caballos con él si pensaba que se estaba aprovechando de Kendra.

—Puede que la necesites, pero, ¿para qué? —expuso Kenneth—. ¿Y qué hay de ella? ¿Has pensado en lo que ella necesita?

Alejandro tragó saliva. No, no lo había hecho, pero había pensado que tal vez podrían averiguarlo juntos. ¿Era ingenuo? No tenía ni idea, pero no quería seguir hablando de las intenciones de Kenneth con Kendra. Al parecer, su amigo ya había tomado una decisión. Iría a ver a Kendra más tarde y hablaría con ella, le explicaría que para él era algo más que una mujer con la que quería acostarse. Pero eso no era asunto de Kenneth, sino algo que aclarar entre

Kendra y él.

—¿Puedes decirme dónde vive Kendra? —preguntó finalmente Alejandro.

Odiaba no saberlo. Hasta ahora siempre había quedado con ella en La Linterna, pero el bar no volvería a abrir hasta el martes, como habían acordado, y él quería hablar con ella lo antes posible. No quería que un malentendido provocara una ruptura antes de que hubiera siquiera empezado.

—¿Me has escuchado hace un momento, Alejandro? —atacó de vuelta Kenneth.

—Sí, así es, y quiero hablar con Kendra.

Kenneth bufó y le dio la dirección.

—Siento si te he ofendido, no era mi intención. Solo estoy preocupado por Kendra.

Alejandro miró a su compañero en silencio durante un momento y luego asintió.

—Lo sé.

Se despidieron con un abrazo varonil, luego Kenneth cogió el vestido de Ellie y desapareció de su dormitorio.

Alejandro se acercó a la ventana y miró hacia fuera. El cielo se había oscurecido, unas gruesas nubes se arremolinaban a su alrededor. Los árboles parecían haberse vuelto verdes de la noche a la mañana, había llegado la primavera. Mientras pensaba en cómo explicárselo a Kendra, se frotó la barbilla sin afeitar. ¿Cómo iba a hacerle entender lo que ocurría en su interior? ¿Estaba realmente enamorado de ella? Le recorrió una extraña sensación que lo hizo sonreír. Aún no sabía qué quería decirle exactamente, pero ya se le ocurriría algo. Alejandro salió de su habitación a grandes zancadas y bajó las escaleras a toda prisa.

Donald se acercó a él en el pasillo y Alejandro se detuvo.

—¿Necesitas algo? —le preguntó. Aunque no llevaba traje de mayordomo, irradiaba su verdadera vocación por todos los poros.

—Señor —respondió Donald con un movimiento de cabeza. Tenía el pelo canoso pulcramente peinado y el rostro arrugado, pero sus ojos azules eran claros y brillantes—. Estamos avanzando a buen ritmo. Solo quería insistir una vez más en lo mucho que me alegra que la fiesta de compromiso se celebre aquí. Me he encariñado mucho con el conde y su familia.

—Yo también estoy contento.

—Llevo más de tres décadas trabajando para los MacGregor.

—Sí, Kenneth me contó un poco. Y ahora, ¿estás disfrutando de tu jubilación?

Donald respiró hondo, parecía estar buscando las palabras adecuadas.

—Bueno… Tengo que decir que estoy un poco harto de trabajar en el castillo, si se me permite la expresión informal.

—Lo entiendo, lo siento. Pero ¿quizá puedas trabajar en el hotel cuando abra? Estoy seguro de que alguien tan experimentado como tú sería un magnífico jefe de camareros.

Una sacudida recorrió el esbelto cuerpo de Donald.

—¿De verdad?

Si Alejandro no lo hubiera experimentado él mismo, no lo creería, pero el hombre parecía años más joven, sus ojos brillaban.

Alejandro asintió.

—Por supuesto, he oído que aún no han contratado a todos los empleados. ¿Puedo hablar con Kenneth?

Donald se aclaró la garganta.

—No quiero molestar a nadie, pero estoy seguro de que mi amplia experiencia podría ser útil para un hotel como este.

Alejandro casi se echa a reír, era un poco agotador oír hablar a Donald. El fuerte acento, unido a la extraña estructura de las frases, le hacía sonar como de otra época, lo cual no era del todo falso.

No cedió al impulso de darle una palmadita en la espalda al hombre mayor.

—Sé que Kenneth y Ellie te aprecian mucho. Quizá tuvieron la misma idea hace tiempo. Así que, ¿estarías dispuesto a aplazar un poco tu jubilación?

—En efecto, sí, señor. Estaría dispuesto a dedicar todas mis energías a la familia MacGregor y al castillo de Kiltarff.

Alejandro estaba seguro de que esos empleados de pura sangre eran complicados de encontrar hoy en día.

—Muy bien. Una cosa más: ¿podrías tener preparada una habitación para invitados? Tengo una visita.

—Sí, claro, señor. La arreglaré enseguida.

—Gracias Donald, ahora tengo que irme.

Donald levantó una mano.

—No tiene por qué explicarme nada, la discreción forma parte de mi trabajo tanto como la capacidad de reconocer los deseos antes de que se expresen.

Alejandro quiso decir algo, pero volvió a cerrar la boca.

—Que tenga un buen día, señor. —Donald también se inclinó. El argentino asintió cortésmente y luego se marchó en busca de Kendra.

—Oh, mierda. —Recordó la llamada perdida de esa mañana. Necesitaba hablar con Nicolás. Quizá hubiera noticias. Se mareó de solo pensarlo. Dónde estaba su estúpido teléfono, pensó, y entonces se acordó. Lo dejó en el bolsillo de su chaqueta, que aún estaba en el coche.

«Tendrá que esperar», se dijo, y continuó su camino. Ya no iba a dar marcha atrás. Al mismo tiempo, sintió las primeras gotas de lluvia en la cara.

Kendra seguía confusa por el descubrimiento accidental del número de teléfono, pero apartó ese pensamiento cuando llegó a casa y puso un pie en el pasillo. Cuando cerró la puerta, le llegaron olores familiares del vecindario.

—¿Mamá? ¿Papá? —Estiró la cabeza hacia arriba y se agarró a la barandilla con una mano.

—Estamos arriba —respondió su madre.

—¿Puedo hablar con vosotros un momento?

—Sí, ¿qué pasa? Ahora bajamos. Estamos haciendo las maletas.

Kendra apretó los labios. No saldrían de Kiltarff tan rápido.

—De acuerdo, os espero en la cocina.

En cierto modo, ella podía comprenderlos. Habían trabajado toda su vida, y en verano su madre incluso ayudaba en la oficina del camping. No podía culparles por querer hacer algo por sí mismos ahora.

Kendra puso el agua a hervir y llevó tres tazas a la mesa. Puso una cucharada de earl grey en un colador de té y lo introdujo en la tetera. Colocó unas galletas en un plato. También añadió azúcar y leche. Quería que el ambiente fuera positivo y que la conversación no estallara de inmediato. Había decidido explicar con naturalidad por qué quería hacerse cargo de La Linterna y que nada le haría cambiar de opinión. Esperaba que sus padres lo aceptaran. No mencionaría a Alejandro todavía, entre otras cosas porque ahora no estaba segura de si realmente la ayudaría o si únicamente lo había dicho por compromiso. Además, su ayuda no sería permanente, solo duraría mientras sus padres estuvieran fuera. Pero Kendra no podía creerlo ni siquiera ahora. «¿Qué diferencia puede marcar una maldita nota?», pensó abatida mientras esperaba a que hirviera el agua. No quería insinuar que solo salía con ella porque estaba «disponible», pero las dudas estaban sembradas. Por desgracia, no podía quitárselas de encima como las gotas de lluvia de una chaqueta de cera.

El silbido de la tetera la sobresaltó. Kendra suspiró y luego vertió el filtro de té en la tetera hasta el borde. Pasaron unos minutos más hasta que sus padres bajaron retumbando del piso de arriba. Kendra oyó que llevaban las maletas por el pasillo. «Vaya», pensó, «ahora sí que se van.

Esto es una locura».

Se sentó a la mesa y sirvió la infusión en las tres tazas. Un tentador aroma a té negro llenó la habitación mientras sus padres entraban en la cocina uno detrás del otro. Ese había sido su hogar toda la vida y, sin embargo, Kendra sintió que había llegado el momento de tomar las riendas de su propio destino. De repente se dio cuenta de que eso también significaba encontrar su propio hogar. Kendra tragó saliva.

—Sentaos, por favor. Quiero deciros algo.

Su madre y su padre intercambiaron miradas y ambos parecían sorprendidos, pero también un poco nerviosos. Era evidente que el asunto de La Linterna era muy importante para ellos. No solo eso, sino que, por supuesto, querían que su hija fuera feliz por encima de todo. Kendra lo sabía. Eso facilitó la conversación. Al menos es lo que esperaba, porque hasta ahora no había tenido mucho éxito con ellos en lo que se refería al bar.

Las patas de las sillas hicieron un ruido al arrastrarse por el viejo suelo de piedra. Mamá y papá se sentaron casi simultáneamente y se deslizaron hasta la mesa. Se sirvieron leche y azúcar en el té sin que nadie dijera una palabra.

Kendra tenía el corazón acelerado y las manos húmedas. Respiró hondo mientras removía la bebida con una cuchara.

—Quiero hablar con vosotros —empezó—. Como habréis notado, últimamente ha habido demasiadas discusiones entre nosotros.

Su padre quiso contestar, pero su madre le puso la mano en el brazo y guardó silencio.

—Déjala hablar primero —intervino su madre, dedicándole a Kendra una sonrisa alentadora.

«Gracias, mamá», pensó Kendra y continuó hablando.

—Comprendo que no queráis trabajar en La Linterna durante el resto de vuestras vidas. También comprendo que queráis que tenga una vida mejor que la vuestra, eso es lo que quieren todos los padres. Y sí, antes tenía otros planes, pero eso fue hace mucho tiempo. Han pasado muchas cosas desde entonces y también he madurado bastante. Sé lo que quiero, así que no tenéis por qué preocuparos. Puede que sea vuestra hija, pero ya soy mayor. Sí, puede que penséis que no soy lo bastante independiente porque aún vivo aquí. Acepto las críticas. Pero siempre me he sentido a gusto con vosotros, sobre todo después de que Libby… —Se le quebró la voz y se le hizo un nudo en la garganta. Respiró hondo y continuó—: Su enfermedad, su muerte, me afectaron al menos tanto como a vosotros. Pero no es por eso por lo que sigo viviendo aquí y por lo que no he reanudado mis estudios.

Sus padres se habían quedado pálidos, y su madre se secaba una lágrima que le caía por el rabillo del ojo. Sí, incluso después de todos estos años seguía doliendo muchísimo hablar de Libby, pero había que hacerlo ahora, porque sus padres tenían que entender de una vez por todas que Kendra quería y tomaría sus propias decisiones para el futuro.

—Crecí con La Linterna, conocí el pub cuando era un bebé. Me encanta interactuar con los clientes y verlos entrar hambrientos y salir satisfechos. La Linterna es para mí mucho más que un viejo local que ha pertenecido a nuestra familia durante generaciones. Puede que no lo haya demostrado en los últimos meses, pero es exactamente así. Quiero que La Linterna siga funcionando…

Su padre abrió la boca, pero Kendra lo silenció con un gesto de la mano.

—Aún no he terminado. Escuchadme primero. Sé que las cosas no van muy bien económicamente en este momento, pero tengo ideas. Estoy trabajando en un concepto para que todo vuelva a funcionar. Y me voy a mudar. Aún no sé cómo ni cuándo, pero he ahorrado un poco y estoy segura de que me las arreglaré…

—Kendra, no tienes que irte —la interrumpió su madre.

Kendra sonrió.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Ya va siendo hora. Necesito valerme por mí misma de una vez por todas.

—Ya lo estás haciendo —le explicó su padre y le cogió la mano. Le gustó la sensación de su calor, su fuerza y sus callos. Sintió que sus hombros se relajaban un poco.

—Quiero hacerlo y lo haré. Solo tenéis que darme un poco de tiempo y confiar en mí.

Su madre se frotó la frente.

—Pero, cariño, ¿no quieres volver a pensar en ello con tranquilidad? Al menos el estudio…

—Mamá, no. Eso se acabó, deseo vivir aquí, dirigir La Linterna y darle una nueva perspectiva. Sé que puedo hacerlo.

—Mi niña. —Su madre sonrió—. Nunca lo hemos dudado. Es solo que siendo mujer, las horas de trabajo, la vida… Si no tienes a nadie que te haga compañía, es difícil de soportar.

Kendra respiró hondo.

—No vivimos en el siglo pasado, no necesito que un hombre me ayude a gestionar La Linterna. —Sus pensamientos se desviaron brevemente hacia Alejandro. Tal vez no fuera él, desde luego que no. El argentino solo estaba de paso, como un pájaro que se detiene un momento en un lugar hermoso, pero ya piensa en su próximo destino. Kendra no se arrepentía de haberse involucrado con él, pero no podía cometer el error de pensar que había venido para quedarse. Porque no era así.

—Ya lo sabemos —dijo ahora su padre—. Pero un día conocerás a un buen chico y quizá te cases. Un pub como este es una gran carga, una carga enorme.

—Nunca tuve la sensación de que fuera así en vuestro matrimonio —objetó Kendra.

Sus padres intercambiaron una mirada.

—También lo fue, pero lo supimos gestionar. Aunque no fue fácil.

—No nos adelantemos a los hechos. En primer lugar, no tengo un hombre al lado con el que discutir mis decisiones, y en segundo lugar… —Había perdido el hilo porque había estado pensando en Alejandro. Kendra se aclaró la garganta—. Entonces, ¿podemos estar de acuerdo en que me dejaréis dar lo mejor de mí? Para mí, eso significa que quiero dirigir La Linterna. Puedo pagaros algo. ¿Un alquiler? Si las cosas van mejor, puedo compraros la casa. Haremos un contrato oficial.

—Kendra —interrumpió su padre—, deja eso. No queremos ganar dinero contigo. Ya tenemos cubierta nuestra jubilación. Ese no era nuestro objetivo. Nunca.

—Dejadme hacerlo —repitió lacónicamente.

—No. Nuestra idea con la venta era darte a ti el dinero para que pudieras proseguir con tus estudios y tus sueños. Un impulso para tu vida. Lo sabes, ¿verdad?

Kendra tragó saliva.

—Sí, más o menos, pero últimamente no tenía ni idea de lo que pasaba realmente ni de por qué.

Su madre se levantó.

—Cariño, no ha sido fácil para ninguno de nosotros. Lo afrontaremos juntos si estás realmente segura de que ese pub es lo que quieres hacer para ganarte la vida. —Cogió a Kendra en brazos —. Te apoyaremos todo lo que podamos, pero tienes que encontrar a otras personas para el bar. Eso está claro. Papá y yo estamos hartos de la monotonía.

—Sí, trato hecho. —Kendra echó la barbilla hacia delante.

Después de haber llorado y reído juntos durante un rato, sus padres se despidieron de ella.

—Volveremos dentro de quince días, entonces veremos si podemos contratar a alguien para la cocina, ¿vale? Y hasta entonces, puedes pensar en lo que quieres cambiar. —Su padre le acarició la mejilla.

—Disfrutad. ¿A dónde vais? —Kendra se dio cuenta de que se estaba ruborizando. Ni siquiera lo había preguntado.

—Volamos de Inverness a Tenerife, donde se está bien pero no hace demasiado calor.

—A las Islas Canarias —le explicó su padre—. Es un archipiélago.

—Sé dónde están las Islas Canarias —le interrumpió Kendra entre risas.

Tras otro abrazo, los padres salieron de casa a la lluvia torrencial que se había desatado.

Kendra les ayudó con las maletas y les saludó desde la puerta abierta mientras subían a su viejo coche y ponían rumbo hacia Inverness.

CAPÍTULO 14



Seguía diluviando, como si alguien hubiera abierto las compuertas del cielo. Unas gruesas gotas golpeaban las ventanas. El resto del té hacía tiempo que se había enfriado. Kendra estaba sentada a la mesa de la cocina con la radio sonando de fondo; no soportaba más el monótono tic-tac del reloj y la había encendido. Delante de ella había un bloc de notas en el que quería apuntar todo lo que se le ocurriera sobre el tema «Cómo hacer que La Linterna vuelva a funcionar». Aún no tenía mucho, solo las palabras clave «histórico», «tradicional», «orgánico» y «regional». Sabía cómo debía funcionar el concepto, pero aún le faltaba dar con la idea brillante. «Eventos», cayó en cuenta. Pero ¿con qué frecuencia? Dejó el bolígrafo a un lado con un suspiro. Se levantó y se paseó por la cocina. Le resultaba difícil concentrarse. Por desgracia, sus pensamientos seguían vagando hacia cierto hombre. No tenía ni idea de cómo encontrarse con él ni de si siquiera debía ir a verle esa noche. De algún modo, aquella maldita nota lo había cambiado todo para ella. Ojalá no lo hubiera conocido nunca. «No», se dijo a sí misma e hizo una pausa. Era mejor saber a qué se enfrentaba ahora que cuando fuera demasiado tarde. ¿Para qué?

Kendra apretó los labios y se alborotó el pelo. Sin poder evitarlo, lo anhelaba a él y a su tacto. Ni siquiera aquella maldita nota había podido cambiar lo que sentía. Al mismo tiempo, sabía que sería estúpido de su parte seguir involucrándose con él. Por otro lado, podía verlo como un rollo con el que divertirse. El sexo con él era fantástico, el mejor que había tenido en su vida. ¿Por qué iba a renunciar a él? ¿No podía darle la vuelta a la tortilla y disfrutar de eso en lugar de dejarse utilizar?

Antes de que pudiera terminar este pensamiento, sonó el timbre. Por un instante, se preguntó si debía abrir. No quería hablar con nadie, responder a las estúpidas preguntas de sus amigos ni hacer nada más. Por otra parte, quizá fuera una urgencia.

O Alejandro.

Pero no, ni siquiera sabía su dirección.

Kendra puso los ojos en blanco y se acercó a la puerta para abrirla. Se quedó estupefacta al ver al argentino de pie frente a ella, como un caniche. Se había tapado la cabeza con la capucha de la chaqueta. Aunque se había cubierto bajo el porche, estaba completamente empapado, mientras que el mundo exterior aún parecía estar inundándose.

—¡Alejandro! —gimió sorprendida.

—Hola, cariño —respondió con una sonrisa irónica.

«Dios, si no fuera tan sexy», pensó. Y esos ojos… Nunca había visto a nadie tan atractivo. Era simplemente un hombre guapísimo, y el brillo de su mirada no era falso en absoluto. Contra su voluntad, sintió mariposas en el estómago.

—Me encantaría besarte a modo de saludo, pero me temo que antes tengo que escurrirme —bromeó.

Kendra sonrió y se apartó.

—Sí, yo también lo creo. Pasa.

Alejandro se quitó los zapatos antes de llegar al umbral, pero de poco le sirvió, pues lo mojó todo. Kendra le metió la ropa en la secadora, sin pararse a revisar si la etiqueta lo permitía. No estaba familiarizada con cosas tan caras. La puerta golpeó contra la cerradura y él se quitó la chaqueta. Al menos el jersey parecía haberse mantenido seco.

—¿Y los vaqueros? —preguntó ella con una sonrisa sugerente.

Alejandro movió las cejas y miró a su alrededor.

—¿Vives sola aquí?

Kendra se encogió de hombros.

—No, con mis padres, pero ahora no están.

—Vale, solo quería asegurarme de que tu padre no aparecía por la esquina con una escopeta. —Se rio y se desabrochó la hebilla del cinturón.

Sin que ella lo quisiera, un cosquilleo se extendió por su piel. Sí, maldita sea. Lo deseaba, fuera o no un mujeriego. La chaqueta y los pantalones yacían en el suelo.

—¿Debo meter esto en la secadora o lo estropearé todo? —quiso saber Kendra.

—Eh, buena idea. Espera, vaciaré mis bolsillos. Tengo que sacar mi móvil. —Metió la mano en uno, luego en el otro y sacó el móvil. También cayó al suelo un trozo de papel rojo.

La sonrisa de Kendra se desvaneció.

«Mierda, ojalá hubiera mantenido la boca cerrada», pensó, conteniendo la respiración mientras esperaba su reacción.

Alejandro lo cogió, lo miró y soltó un improperio en español. Evidentemente, no se había dado cuenta de que seguía llevando el número de teléfono de otra persona.

—¿Qué pasa? —preguntó Kendra, con la esperanza de parecer indiferente, porque el corazón le martilleaba tan fuerte contra la caja torácica que se sentía mareada. ¿Diría algo? Y si lo hacía,

¿qué pasaría?

El segundo siguiente pareció una eternidad.

Alejandro la miró y negó con la cabeza. Luego apretó los labios.

—Dios mío, a veces odio mi vida —fue todo lo que pudo decir.

—¿Por qué? —Estaba muy tensa y apenas podía ocultarlo, aunque quería parecer tranquila.

Era una actriz patética. Kendra debería decirle que sabía de lo que hablaba. Pero entonces, ¿no pensaría que lo espiaba?

Ya no tenía ni idea de lo que estaba bien o mal. Le faltaba valor y al mismo tiempo temía que sus preocupaciones estuvieran justificadas, de que él solo la hubiera agarrado para unos escarceos rápidos. Aunque la noche anterior había sido de todo menos rápida, habían hecho el amor tan extensamente y con tal intensidad que parecía como si hubiera sentimientos reales de por medio. Al menos, esa había sido la percepción de ella. Seguro que se había equivocado y él era sencillamente el mejor amante del mundo…

Kendra respiró hondo. Aquel despiste la estaba volviendo loca. Las dudas también.

Alejandro arrugó el papel.

—¿Tienes una papelera? —preguntó—. Este es el número de la relaciones públicas de LaMaria.

— ¿LaMaria?

—Ya sabes, esa marca de ropa. Tengo un contrato con ellos y me acompañaron en el último rodaje.

El dolor de los celos golpeó a Kendra con toda su fuerza. Se clavó profundamente en su carne. Sin saber quién era aquella mujer, ya la detestaba. ¿Se había acostado con ella? ¿Quizá en el plató? ¿En una caravana destartalada?

Por Dios. Claro que lo hizo. Se la habrá tirado.

Y ahora ya no quería tener nada que ver con ella.

Pronto sería una más de las mujeres que se quedaban esperando una llamada suya que nunca llegaría.

Aquel pensamiento serenó a Kendra de inmediato.

—Papelera. Sí, claro. Dámelo.

Extendió la palma de la mano.

—Bien, ahora ya sí. Hola, cariño, ¿qué te cuentas? —preguntó Alejandro con la mayor de sus sonrisas. Vaya, definitivamente se le daba mejor actuar que a ella.

Kendra respiró hondo mientras la rabia crecía en su interior. ¿Acaso no se daba cuenta de lo indecoroso que había sido darle el número de una aventura pasada —o lo que fuera— para que se deshiciera de él? Aquel tipo no tenía escrúpulos. Era una locura lo equivocada que estaba con la gente. Al parecer, era tan encantador y atento con todas las mujeres como con ella.

Lástima que hubiera caído en la trampa.

—Nada de nada —fue lo único que se le ocurrió decir a Kendra.

Alejandro bajó la cabeza. En lugar de darle el papel arrugado, le cogió la mano y tiró de ella hacia él. Kendra estaba demasiado conmocionada para resistirse. Le levantó la barbilla con los dedos de la otra mano y la obligó suavemente a mirarlo.

—Siento haberte dado una impresión equivocada.

—No sé a qué te refieres —mintió ella, con el pulso acelerado. Su voz estaba quebradiza, porque por desgracia no era inmune a su proximidad, a su olor, a su presencia.

¡Debería ser condenado!

—Kendra —murmuró—. Siento no haber tirado la nota en cuanto esa mujer me la dio.

¿Mentira o verdad? No podía descifrarlo.

—De verdad, no importa. No me debes ninguna explicación.

—No, en eso tienes razón. Pero me gustaría explicártelo. —No sonreía, sino todo lo contrario. Tenía los labios apretados y los ojos con una expresión casi triste.

¿Por qué?

Estaba muy confundida.

¿De qué se arrepentía?

No podía pronunciar una frase, ni siquiera una palabra o un solo pensamiento.

—Una serie de terrible sucesos habían tomado el control de mi vida. Por eso terminé en Kiltarff en primer lugar, para encontrar la paz.

—«Terminé» —repitió Kendra bruscamente—. Qué feo suena eso. Como si no tuvieras otra opción.

—No quise decir eso. —Le acarició la mejilla con los nudillos mientras le estrechaba la otra mano.

Piel de gallina.

Palpitaciones cardíacas.

Deseo.

Kendra maldijo su cuerpo traidor. No lo deseaba, pero lo deseaba. Y de qué manera…

—No soy un santo —explicó—. Nunca lo fui, hubo mujeres, muchas mujeres… Pero eso fue antes de conocerte. También hubo razones trágicas por las que quise o tuve que desaparecer de Argentina durante un tiempo. Y sí, el remoto altiplano era el lugar perfecto para desaparecer. No esperaba encontrarte aquí. Quedé prendado de ti desde el primer segundo, mi amor.

É

Él permaneció en silencio y la miró con tal calidez en los ojos que ella se sintió completamente distinta. Sus palabras aún resonaban en su cabeza y ella intentaba comprenderlas.

Por mucho que quisiera creerle, las dudas seguían ardiendo en su interior. Tal vez él pensara realmente eso ahora, pero, ¿cuánto duraría ese hechizo? Desde luego, no para siempre. Y entonces se le rompería el corazón. No.

Kendra parpadeó.

—Como te he dicho, no tienes que explicarme nada, Alejandro.

—Solo quiero decirte que no tengo secretos contigo, Kendra. Tengo un pasado, me pertenece. Pero mi futuro aún no está escrito. No sé adónde me llevará ni qué ocurrirá. Pero si algo tengo claro es que quiero que formes parte de él. Me gustas, Kendra. Te deseo. Quiero que estés conmigo. Cuando sales de la habitación, te echo de menos incluso antes de que la puerta se cierre tras de ti. Olvida esta nota, olvida a las demás mujeres… Comparadas contigo, todas las demás son insignificantes. Solo tengo ojos para ti.

¡Oh, Dios! Su corazón saltó de alegría.

—Alejandro… —empezó ella.

Él le puso un dedo en los labios.

—Por favor, amor mío. Dame la oportunidad de demostrarte que no soy solo el argentino rico que hizo fortuna con el polo. Y este número… Solo acepté la nota para no herir a la mujer con mi rechazo. Nunca me interesó.

Y en ese momento se dio cuenta de lo estúpidos que habían sido sus celos. De lo superficialmente que había pensado y actuado. Ella había querido verle así porque era lo que siempre había esperado. En el fondo, nunca había creído que sus intenciones pudieran ser serias. Pero lo que decía, lo que expresaban sus ojos, no podía ser mentira.

—Lo siento —murmuró, sintiéndose de golpe terriblemente avergonzada.

—¿Por qué?

—Por haber pensado que tú…

—Shh, cariño. Te comprendo, yo también lo habría pensado. Pero créeme cuando te digo que nunca he sentido por una mujer lo mismo que por ti. No hace mucho que nos conocemos, también soy consciente de ello, pero quiero llegar a conocerte. Saberlo todo de ti. —Y entonces la besó y le hizo olvidar lo que quería responder a sus palabras.

La lengua de Alejandro jugaba con la suya, sus manos le acariciaban la espalda arriba y abajo. Sus labios expresaban todo lo que ocurría en su interior. Era tan hermoso, tan sincero, que quiso abofetearse por su celosa reacción de antes. Cuando Alejandro se levantó el jersey, todo lo que había estado zumbando en su cabeza desapareció. Lo que quedó fue excitación y deseo.

—Eres todo lo que quiero , mi amor —respiró contra su oído antes de dejar un rastro de besos calientes por su cuello. Ella se estremeció y echó la cabeza hacia atrás. Un suspiro escapó de sus labios.

—Alejandro —susurró sin aliento.

Le cogió la cara entre las dos manos y apretó la boca contra la suya. Le besó apasionadamente. En algún momento, acabaron en el pequeño dormitorio de ella. Se arrancó el jersey y lo tiró a un lado. Luego miró un momento a su alrededor.

Kendra se mordió el labio y observó su habitación con otros ojos por primera vez en mucho tiempo. No había cuadros en las paredes, ni siquiera un póster. Nada de nada. Estaban desnudas. El viejo armario se erguía casi como un monumento en la habitación, con una manga de camisa colgando de él. Nunca había estado especialmente ordenada. La alfombra verde lima estaba tan desgastada en algunas partes que apenas se reconocía el dibujo. Su estrecha cama no parecía muy acogedora y ni siquiera estaba hecha. Había montones de papeles y carpetas sobre el escritorio. Hacía mucho tiempo que no se sentaba ante él. Las cortinas bloqueaban la luz. Incluso ella se sentía sombría. Tras la muerte de Libby, había tirado todas las fotos, todo lo que le recordaba a ella. Desde entonces, Kendra no había tenido fuerzas para cambiar nada, ni siquiera para embellecerla. Apenas se atrevía a mirar a Alejandro y se balanceaba de un pie a otro. Normalmente diría algo como: «Se está bien aquí». Pero incluso en su cabeza, eso sonaba ridículo. Era triste.

Tragó saliva y respiró hondo. Alejandro se sentó en la cama y palmeó el espacio que había a su lado.

—Ven aquí, cariño —pidió casi con severidad.

Kendra se mordisqueó el labio inferior e hizo lo que le ordenó. Alejandro le cogió los dedos y le besó el dorso de la mano.

—No tienes por qué avergonzarte ni pensar que estoy juzgando, sea lo que sea.

¿Por qué parecía capaz de leerle la mente? Eran prácticamente desconocidos, eso era

imposible.

—Yo… —No supo qué responder.

Alejandro se dejó caer sobre su espalda y la estrechó entre sus brazos.

—Sabes, crecí en una pequeña granja, a unos tres cuartos de hora de Buenos Aires. No crecí rico ni consentido. Y para ser completamente sincero, ni siquiera me gusta ser siempre el centro de atención. Al principio sí, todo me fascinaba.

Disfrutaba escuchándole. Él le acarició el pelo y Kendra cerró los ojos. Le gustaba estar cerca de él.

—Era joven y el éxito se me subió rápidamente a la cabeza — continuó—. Claro que pasé por muchas cosas, pero nunca perdí de vista mis objetivos. No fui a muchas fiestas salvajes, pero las hubo. He visto mundo, Kendra, pero no hay lugar en el que prefiera estar ahora más que aquí. Contigo. Espero que algún día me creas. Hasta entonces, trabajaré cada día para convencerte. Si eso es lo que quieres.

A Kendra le dio un vuelco el corazón: ¿cómo era posible que siempre encontrara las palabras adecuadas?

—Podría escucharte durante horas.

—Espero no adormecerte con esto.

Ella se rio y se dibujó pequeños círculos alrededor del ombligo.

—En absoluto. Entiendo por qué quieres escribir tus memorias, y estoy más que segura de que tu voz es la adecuada para contar tu historia. Gracias por compartirla conmigo primero.

La besó en la cabeza y le soltó los brazos.

—Espera un momento, voy a buscar mi teléfono, quiero enseñarte algo.

Kendra lo miró, apoyó la cabeza en la almohada y se quitó los vaqueros. Se metió bajo las sábanas. Cuando él volvió, ella se estaba quitando la camiseta interior, tirándola a un lado.

Sonrió al verla.

—Creo que es una decisión muy acertada. Y es maravilloso que tu cama sea tan pequeña, así puedo estar más cerca de ti.

Alejandro trepó con agilidad sobre ella y se deslizó en su interior. Encontraron su posición, estrechamente entrelazados, y entonces él desbloqueó su teléfono móvil. Kendra se sorprendió cuando empezó a enseñarle fotos.

—Esta es mi familia: mi padre, mi madre y mi hermana. Significan mucho para mí.

—Tienes sus ojos —apuntó Kendra. No solo se percató de eso, sino también de que, al igual que Alejandro, su hermana era de una belleza incomparable. Era igual de guapa que él pero en versión femenina—. ¿No echas de menos a tu familia?

Alejandro guardó silencio un segundo antes de decir:

—Sí, claro. La echo de menos, pero también estoy acostumbrado a no verla durante meses.

Kendra se preguntó si había alguna posibilidad de que Alejandro se quedara allí después de todo. Con ella. Lo deseaba.

Fue entonces cuando ocurrió.

Se había enamorado.

Cuando tomó consciencia, respiró más deprisa. Esperaba que él no se diera cuenta de lo que la ocurría. Sintió un mareo, aunque estaba tumbada en la cama. ¡Dios mío! Finalmente había cedido, lo había visto venir, pero no había podido hacer nada para evitarlo. Claro que no.

Quizá había ocurrido la primera vez que se vieron. Aún recordaba la primera mirada, la primera sonrisa. Ya entonces la había fascinado. Le parecía que habían pasado años desde aquel encuentro, aunque ni siquiera había pasado un mes. No quería imaginarse cómo sería cuando él volviera a marcharse de Kiltarff. Pero era inevitable, ¿no? Nunca había dicho que quisiera quedarse, solo que había venido a escribir estas memorias. Kendra respiró hondo y cerró los ojos, luego los volvió a abrir.

—¿Los llamas a menudo? —preguntó con voz demasiado aguda.

—De vez en cuando… Depende. No tenemos un itinerario de comunicación, si te refieres a eso. —Ella oyó la sonrisa en su voz—. ¿Quieres que te enseñe algunas fotos de la granja? ¿De mis caballos?

Kendra asintió y se acurrucó contra él. Respiró su aroma único y su corazón se encogió de anhelo. Amaba a aquel hombre, quisiera o no, pero lo amaba. Amaba cada poro, cada pelo, cada pequeño detalle de él. Era completamente absurdo, más incluso después de tan poco tiempo, pero era cierto.

—Claro, enséñame la propiedad —suspiró. Había ojeado su perfil de Instagram hacía unos días, pero lo cerró inmediatamente al darse cuenta de que no era el Alejandro que ella conocía. Volvió a centrar su atención en él.

Alejandro se relajó y durante la siguiente media hora repasaron su vida, del Alejandro real, no del famoso. Kendra se dio cuenta de lo mucho que le gustaba reírse, aunque él mismo solo salía en unas pocas fotos y sus padres, su hermana, sus caballos y la gente que los cuidaba aparecían mucho más a menudo. ¿Cómo podía suponer que quería aprovecharse de ella? Ahora le parecía estúpido, aunque solo hubieran pasado unas horas.

En un momento dado, dejó el móvil, se echó encima de ella y la mantuvo cautiva con su

cuerpo. Kendra nunca se había sentido tan cómoda y protegida. Tan amada. Levantó la vista hacia él y vio todo eso reflejado en sus ojos.

— Cariño —susurró él mientras le acariciaba con ternura un mechón de pelo de la cara—. Quiero estar cerca de ti, quiero sentirte.

Ella sonrió suavemente.

—Pues hazlo —respondió con tono burlón.

Alejandro selló los labios de ella con los suyos, y la realidad perdió nitidez; lo único que importaba eran ellos dos, su lujuria, la pasión que los unía.

Al llegar al clímax, Kendra abrió los ojos y se perdió en los de él. «Te amo», pensó, pero no pronunció las palabras. Alejandro se corrió con ella, abrazándola aún más fuerte y susurrando su nombre. Nunca había sonado tan hermoso como en aquel momento.

CAPÍTULO 15



El fuego crepitaba en la chimenea del salón de la mansión Keating y Kendra yacía en brazos de Alejandro. No recordaba la última vez que se había sentido tan bien. Quizá nunca. Había disfrutado al máximo las últimas veinticuatro horas. No solo el sexo era estupendo, también podía hablar con Kendra largo y tendido sobre cualquier tema. Aun así, no podía deshacerse de la sensación de que ella todavía no confiaba del todo en él. La estúpida nota que llevaba en el bolsillo no había hecho más que demostrarlo, casi se alegraba de que hubiera aparecido. Sin embargo, sospechaba que Kendra le ocultaba algo que no podía explicar. Tampoco sabía qué podía hacer para cambiarlo. Quizá solo veía fantasmas. ¿O quizá tenía que subirla a un avión y presentársela a su familia para que creyeran que iba en serio? La idea le atrajo. Ella se dio cuenta de que él estaba sonriendo.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella, levantando la cabeza del pecho de él.

—¿Por qué?

—No sé, has hecho un ruido raro.

—Quizá porque tengo hambre —bromeó.

—Eso no es posible, apenas…

—Como ordenes… —La atrajo hacia su regazo y buscó sus labios —. Eres lo que más me gusta mordisquear…

Kendra se rio entre dientes.

—Laurie llegará pronto. Sería vergonzoso que estuviéramos desnudos en el sofá cuando llame.

—Lástima —dijo, y la besó de todos modos.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta.

—Maldita sea —bramó mientras Kendra se deslizaba por sus muslos.

—¿Quieres que te acompañe?

— Mi casa es tu casa —respondió él en español, y Kendra frunció el ceño—. Mi casa es tu casa —tradujo él, y lo dijo en serio. Deseaba que Kendra pudiera estar siempre con él, tanto si tenía prisa como si no. Nunca había sido de los que se negaban deseos o dejaban los planes en un segundo plano.

—No estoy segura de lo que intentas decir —respondió ella.

Volvió a sonar el timbre.

—Voy a abrir —respondió. Decidió hablar de eso con ella más tarde, cuando estuvieran solos. Después de haberla amado ya una vez, no podía saciarse de ella. Era adicto a su cercanía, a sus labios y a su naturaleza sincera.

Cuando abrió la puerta, aún sonreía. No sabía cómo se había imaginado a Laurie, pero probablemente no así. Era bajita, no más de un metro setenta de altura. Llevaba gafas negras con cristales grandes en la nariz y el pelo gris ratón recogido en un grueso nudo. Vestía un abrigo gris con pantalones oscuros.

—Eh, hola —saludó, parpadeando nerviosamente—, ¿es esta la mansión Keating?

Alejandro asintió.

—Buenas noches, tú debes de ser Laurie. Pasa, pasa, estábamos deseando verte.

Laurie sonrió tímidamente y cruzó el umbral.

—Buenas noches, ¿cómo estás?

Se presentó y lo siguió a la sala común, donde Kendra les había preparado algo de beber. Agua y té, porque querían mantener la cabeza despejada antes de la gran fiesta del día siguiente.

Kendra la abrazó y parecía muy contenta. Aunque no había dicho mucho, había estado un poco nerviosa todo el día y no había dejado de mirar el móvil como si no estuviera segura de si su amiga llegaría a tiempo. Ahora que había visto a Laurie, entendía por qué. Parecía muy simpática, pero también un poco perdida. Sonrió y le sirvió la bebida que Laurie había pedido. Cuando todos tenían su vaso, se sentaron.

—¿Así que trabajas como diseñadora de vestuario? —quiso saber Alejandro.

Laurie asintió y cogió su vaso de agua, derramando un poco. Lo dejó en el suelo y se disculpó mil veces mientras se limpiaba las manchas con un pañuelo de papel.

—No pasa nada —la tranquilizó Alejandro—, la mesa no es de azúcar —bromeó.

—Está bien. —Laurie se subió las gafas a la nariz—. Sí, me encargo de la caracterización en general, soy una especie de todoterreno. A veces puede resultar un poco confuso.

—Entiendo. —Alejandro se apartó y miró a Kendra. Ella le dedicó una sonrisa y lo único que él deseaba ahora era desaparecer en el dormitorio con su amante. Aunque no fuera justo para Laurie.

Fingió bostezar.

—Lo siento, es muy grosero por mi parte.

Laurie hizo un gesto de indiferencia con la mano.

—Oh, no, lo entiendo. No recuerdo la última vez que dormí más de cinco horas. Si es que he dormido alguna vez.

Alejandro se levantó.

—Oh, vaya, pues tenemos que hacer algo al respecto.

Los ojos de Kendra se abrieron de par en par. Ella también se levantó.

Alejandro continuó:

—Ven conmigo, Laurie. Te enseñaré la habitación de invitados y luego tendrás todo el pasillo para ti sola. Puedes dormir hasta mañana, cuando vendrán los del vestuario. No hay por qué agobiarse. ¿Necesitas algo más?

Primero condujo a su invitada al vestíbulo y recogió su equipaje de una furgoneta blanca. La acompañó escaleras arriba, donde giraron a la izquierda por un largo pasillo que conducía a cinco habitaciones. Cuando llegó a la habitación que había ordenado preparar para ella, abrió la puerta y dejó la maleta en la espaciosa estancia tras encender la luz. Alejandro se dio cuenta de que apenas recordaba la habitación. Solo conocía vagamente el papel pintado de seda amarilla y las cortinas a juego. Como casi todo lo demás de aquella enorme casa. Una vez más, se preguntó qué le había llevado a comprar una propiedad tan grande. Probablemente se había alejado demasiado de los caballos. «Ahora no», se dijo. Quizá reconsideraría su decisión en otro momento.

Mientras tanto, Laurie miraba asombrada la habitación.

—Increíble, es como un museo. Es fascinante. ¿Es todo original? —Siguió caminando y tropezó con el borde de la alfombra, estuvo a punto de caerse, pero consiguió agarrarse al poste de la cama—. Oh, lo siento. Soy tan torpe.

—¿Te ha pasado algo? —Se acercó un poco más.

—No, no. —Se acarició tímidamente un mechón de pelo de la cara que se había soltado del moño—. Afortunadamente, se me da mejor la aguja y el hilo.

—Estoy convencido de ello —asintió, alentador—. Si no necesitas nada más, te deseo felices sueños. Siéntete como en tu casa, Laurie, por favor.

—Con mucho gusto. Gracias y buenas noches. Hasta mañana.

Al cerrar la puerta tras de sí, recorrió el pasillo hasta su dormitorio en la otra ala con un divertido movimiento de cabeza. Kendra ya le estaba esperando. Allí también había un fuego encendido, eso era lo mejor de ese viejo caserón, que aún conservaba las chimeneas originales por todas partes. Le gustaba el olor y el calor acogedor que desprendían si lo hacías bien.

Alejandro entró en la habitación y se desnudó. Kendra ya estaba tumbada en la cama, medio sentada y con las sábanas bajadas hasta el ombligo, dejando al descubierto sus pequeños pechos perfectos. Le encantaba su piel blanca y el pelo rojo que contrastaba maravillosamente con ella.

—Empezaba a echarte de menos —susurró mientras se metía en la cama con ella.

—A veces no sé si me tomas el pelo o lo dices en serio. —Se rio.

Por un momento se sintió irritado; ¿seguía sin creerle? Apartó ese pensamiento y centró su atención en los labios de Kendra. Luego le cubrió las clavículas con besos ardientes y exploró cada centímetro de su cuerpo como si fuera la primera vez.

A la mañana siguiente, Kendra ya estaba fuera de la cama cuando Alejandro abrió los ojos. Palpó su espacio, pero estaba frío. Tampoco parecía estar en el baño. Suspiró y se acarició la cara con las manos antes de estirarse. No recordaba la última vez que había dormido tan bien y tan profundamente. Se sentía pleno. Feliz. Llegaron a sus oídos ruidos suaves, que asoció con los preparativos de la fiesta, pero que no conseguía ubicar.

Por primera vez en mucho tiempo, estaba en paz consigo mismo. Pero esta sensación no duró mucho. Los recuerdos de por qué había venido a Kiltarff volvieron demasiado rápido. Podía estar tan bien y seguir haciendo solo lo que le gustaba. Si no fuera por ciertas cosas que reprimía continuamente, pero que seguían pesando sobre él. Si no existieran, su vida sería perfecta. Por desgracia, no podía borrarlas como la marca de un lápiz.

Con un suspiro, cogió el teléfono que estaba sobre la mesilla de noche. El día anterior lo había puesto en silencio. Hizo una mueca al mirar la pantalla. Había recibido una serie de mensajes. Su madre quería saber cómo estaba, al igual que su hermana. Y también una llamada de su representante. Alejandro debía devolverle la llamada, pero no le apetecía. Recordó la última vez que había hablado con él.

Iba de camino a casa de Kendra cuando empezó a llover. Llevarse la chaqueta había sido una

buena idea. Llamó por fin a Nicolás, que primero le había dicho que debía ponerse a escribir ya (le conocía demasiado bien), y luego le había informado que la chica Letizia Sánchez había recibido el alta hospitalaria. Se había recuperado.

Por un lado, Alejandro se sintió aliviado por la noticia, pero por otro se preguntó qué ocurriría a continuación. Los medios de comunicación argentinos habían encontrado ahora otros temas más interesantes que la historia de la desafortunada joven que se había enamorado de la famosa estrella del polo. Presumiblemente también porque él se había retirado por completo y se había mantenido al margen de todo y porque la chica había sobrevivido y se recuperaría. Pero seguía molestándole, y por mucho que estuviera disfrutando últimamente de su vida aquí en Kiltarff, el hecho de que alguien quisiera suicidarse por su culpa le entristecía. Seguía sintiéndose mal y agraviado porque le estaban presentando como el malo de la película. Al mismo tiempo, se sentía traicionado, aunque no quería culparla: seguramente sus sentimientos eran tan reales como su tristeza por el hecho de que Alejandro no quisiera tener nada que ver con ella. Ni siquiera la conocía. Se había enamorado de una imagen de él, el mayor defecto de su popularidad. La gente proyectaba sobre él cosas que no tenían nada que ver con la realidad. Aún no había encontrado la forma de enfrentarse a ello. Hasta entonces, siempre había disfrutado interactuando con sus fans, y por supuesto que a veces había resultado agotador, pero nunca se había producido un incidente como este. Hasta el final.

Alejandro se incorporó y enterró la cara entre las manos, con los ojos cerrados. Las piernas ya fuera de la cama y los pies apoyados en el suelo. Suspiró.

No importaba cuántas veces pensara en ello, nunca encontraría una respuesta, pero sabía que necesitaba una para escribir su historia y aceptar por fin esta tragedia. No quería que su carrera acabara con una acosadora mentalmente inestable destruyendo su vida porque él no quería amarla, no podía amarla. ¿Realmente tenía alguna responsabilidad por que ella se hubiera enamorado de la imagen de un hombre al que nunca había conocido en persona? Sí, ella le había tendido una emboscada, había viajado tras él durante semanas. Sin embargo, no reconoció su rostro cuando alguien le enseñó una foto suya y empezó a hacerle preguntas.

Respiró hondo y se levantó. No sabía qué podía o debía hacer. Estaba agotado.

Había podido reprimirlo durante un breve periodo de tiempo, pero volvía una y otra vez. Una y otra vez. Precisamente hoy quería estar alegre y ser un buen anfitrión.

Alejandro maldijo. No tenía solución, pero sabía una cosa: no dejaría que le estropearan el día. Casi desafiante, entró en el cuarto de baño, se dio una ducha rápida, se vistió y entró en su despacho. Se sentó en el escritorio, arrancó el portátil y abrió el documento en el que quería escribir sus memorias. El trabajo le distraería.

Estaba sentado delante de una página en blanco. El cursor parpadeaba.

Los minutos pasaban volando. El ritmo frenético de los preparativos, los gritos y el traqueteo de los ayudantes en los pasillos y fuera, en el patio, le irritaban cada vez más.

—Joder —murmuró brevemente y cerró los ojos.

Así nunca conseguiría hacer nada. Alejandro abrió el cajón superior y volvió a cerrarlo, porque aún contenía carpetas y álbumes que no le pertenecían a él, sino al anterior propietario, y que debían de haber quedado olvidados cuando decidieron vender la mansión. ¿No tenía en alguna parte el número de teléfono de aquel hombre? Sacó el móvil y buscó, por fin lo encontró y decidió llamarle.

Tras un breve timbrazo, Matthew Keating contestó al teléfono. Alejandro se presentó, explicó quién era y por qué llamaba.

—¿Documentos y fotos, dices? —preguntó Matthew Keating.

—Sí, aquí siguen. No los he mirado, pero hay muchos papeles en este escritorio que no puedo tirar así como así. ¿No los quieres?

Vacilación en el otro extremo.

—¿Cómo es vivir en la mansión Keating? —preguntó el antiguo propietario.

Alejandro se sorprendió. Se rio, sonaba artificial.

—Es demasiado grande para una sola persona.

Al otro lado del teléfono también sonó una risa.

—Ah, sí, es verdad. Está lleno de historias.

—Sí, puedo sentirlo. —Alejandro sacudió la cabeza, parecía un psicópata… «¿Puedo sentirlo?»—. ¿Y qué se supone que debo hacer ahora con ellos? —continuó Alejandro.

—¿Podrías enviármelos?

Alejandro suspiró.

—Oh, espera, mejor me paso yo por allí, no quiero causarte problemas. Siento las molestias.

Ahora no podía evitar sonreir. Mathew Keating sonaba casi tan estúpido como él. De algún modo simpático, humano.

—Vale, pero no te estreses. No es tan urgente.

—Vale, te avisaré con tiempo. Gracias por llamarme.

Alejandro acababa de colgar cuando Kendra entró por la puerta.

—¡Ahí estás!

Tenía las mejillas sonrojadas.

—Buenos días, cariño. —Cerró el portátil, rodeó el escritorio y la estrechó entre sus brazos—.

Te he echado de menos esta mañana.

—Ya están preparando todo. Quería echar un vistazo a las cosas. Los proveedores de bebidas ya están aquí y… Bueno, hay mucho que hacer.

—¿Por qué no me has avisado? ¿Es muy tarde?

Kendra se rio.

—Son las doce.

— Dios mío. Perdóname.

—No pasa nada. Laurie está completamente en su elemento. Aunque sea un poco desastre con el vestuario.

—Menos mal. Por lo que vi ayer estaba preocupado.

—Créeme, yo también. —Kendra le acarició la cara con los dedos y le lanzó una mirada escrutadora—. ¿Qué te pasa?, pareces angustiado. ¿Qué hacías aquí? Aún no has desayunado, ¿verdad?

El corazón de Alejandro latió por Kendra.

—Tienes razón, he tenido que pensar en el pasado y… No sé. — Suspiró.

Kendra no dijo nada, esperó, y eso le dio valor y confianza.

Alejandro respiró hondo.

—¿Puedo decirte algo?

Ella asintió.

—Claro que puedes hablar conmigo de cualquier cosa. ¿Qué ocurre?

La arrastró con él hasta una de las ventanas, se sentaron juntos en el amplio alféizar y él le cogió la mano.

—No me resulta fácil hablar del tema que me preocupa. Quizá sea porque temo tu reacción.

La miró a la cara y notó cómo sus ojos se abrían por la angustia.

—De acuerdo. —Ella asintió.

Los latidos del corazón de Alejandro se aceleraron y le rugió el estómago. No creía que Kendra lo juzgara, pero no estaba del todo seguro.

—Esta es la situación —empezó y se aclaró la garganta, el estúpido nudo que tenía allí no

desaparecía—. No me quejo, por favor, no me malinterpretes. Estoy agradecido por cómo me ha ido la vida. Pasé buenos años en el polo, a veces aún me cuestiono si todo era un sueño. Claro que ha habido contratiempos y lesiones, pero cuando resumo mi carrera y mi vida hasta este momento, parece un cuento de hadas incluso para mí. —Miró sus dedos entrelazados con los de ella—. Mi fama no solo me ha aportado riqueza, sino también un gran número de personas que me consideran un ídolo, un modelo a seguir, casi un dios, por absurdo que suene.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo ella en voz baja.

—Pero el lado oscuro… —Su voz ya no sonaba tan tranquila—. A nadie le gusta hablar de ello, pero está ahí y me ha atrapado, Kendra.

Se le secó la boca y tuvo que tragar saliva.

Ella le dio un apretón alentador en la mano.

—Érase una vez una mujer, más bien una joven, que… se enamoró de mí, me siguió y… Bueno, aparentemente no le presté atención. No recuerdo siquiera haberla conocido. Tienes que entender que a veces había cientos de personas esperando fuera de un hotel para conseguir un autógrafo.

Kendra no dijo nada, pero escuchó atentamente. Él agradecía que le diera la oportunidad de hablar en paz.

—En fin, ella creía que me quería… Y se sintió rechazada, no correspondida. Le afectó bastante y acabó intentando suicidarse. Tomó pastillas.

Kendra inhaló, estupefacta.

—Dios mío.

Alejandro tenía náuseas, los latidos de su corazón estaban muy por encima del límite saludable y tenía las manos heladas.

—Sí, ya lo sé. Es terrible. Y yo soy la razón por la que no quería vivir.

Kendra lo miró.

—Tonterías, no es culpa tuya. ¿Está bien ahora?

—La encontraron, luego fue a una clínica y todo salió a la luz. Ahora sé por mi representante que ya le han dado el alta. Tengo miedo de que vuelva a hablarse de ello… Los medios de comunicación lo vieron como una buena historia y yo pasé por un infierno. Por si eso no fuera suficientemente malo para mí, me culpo a mí mismo y me pregunto qué podría haber hecho de otra manera. Muchos han hablado en mi contra y me han culpado, aunque ni siquiera conozco personalmente a la chica. Si no me hubieran enseñado una foto y mencionado su nombre, no habría sabido quién era. Eso es todo… —Se le quebró la voz. Sentía que le ardía detrás de los ojos. Se cubrió la cara con ambas manos. Estaba incómodo, quería desvanecerse en el aire.

Simplemente desaparecer.

Vio cómo Kendra le soltaba los dedos y le cogía ambas manos entre las suyas.

—No es culpa tuya, Alejandro.

Él sacudió la cabeza.

—Tengo una responsabilidad: millones me siguen. Una palabra mía en un sentido u otro tiene un impacto enorme. Algo así no debería ocurrir, y sin embargo sucede. Las chicas jóvenes no ven la realidad, no solo esta mujer, pero en este caso se imaginó que yo me enamoraría de ella, que estaríamos juntos para siempre. Cuando el sueño se rompió, quiso acabar con su vida. Eso no está bien, ¿solo porque le gustan mis fotos, mi imagen? ¿Porque a veces veía mi cara en la televisión? ¿En eventos lejanos? No sé cómo afrontarlo, cómo vivir con el hecho de que yo debería ser responsable de todo esto. Los medios de comunicación me acosaron como si fuera un criminal. Por eso vine a Kiltarff, Kendra. Por eso me escondo aquí. Ya no soporto que la gente me vea como una estrella, me insulte o me idolatre. Solo quiero ser normal, vivir una vida en la que no vigilen cada uno de mis movimientos.

La miró a la cara y tuvo miedo de lo que pudiera descubrir. Asco, tal vez. O decepción.

Nunca se había mostrado tan débil delante de nadie, nunca había dicho en voz alta lo que bullía en su interior desde hacía semanas. Las lágrimas brillaron en los ojos de Kendra.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por eso. —Apoyó la frente en la suya y lo abrazó.

No podía hablar y apenas podía respirar, como si las paredes se cerraran sobre él y le comprimieran los pulmones. Se sentía mareado.

—No es culpa tuya —continuó ella, repitiendo lo que había dicho al principio. Él deseaba tanto aceptarlo, pero le resultaba difícil. Las acusaciones contra él se habían lanzado con demasiada vehemencia, una y otra vez, hasta que él mismo había empezado a creerlas.

—Me haces tanto bien —murmuró—. Me siento bien a tu lado.

—Yo siento lo mismo —confesó Kendra

Tiró de ella hacia sí y la subió a su regazo para tenerla aún más cerca.

—Gracias por escucharme, amor mío.

En efecto, se sintió aliviado, aún devastado, pero ya no solo.

Ella le acarició la mejilla sin afeitar y se le puso la piel de gallina. Su cálido aliento en sus labios le pareció maravilloso. El hecho de que siguiera sentada a su lado, a pesar de haberle hablado de sus remordimientos, del profundo agujero que las acusaciones habían abierto en su corazón, significaba mucho para él. No lo miraba de forma diferente a antes. No lo despreciaba.

Y entonces se dio cuenta de que necesitaba a Kendra a su lado. Ella sembró esperanza donde

antes solo había vacío. Ella le llenó, le revitalizó y alimentó su deseo de llevar una vida completamente distinta, una nueva vida con ella.

—Te amo —susurró, y luego la besó. Sus labios rozaron los de ella con ternura, casi con suavidad. Kendra respondió con un suave suspiro y correspondió a sus caricias. Se acercó aún más y se acurrucó contra él. Algo había cambiado entre ellos, el vínculo se había estrechado. Se alegró de que Kendra estuviera a su lado y le comprendiera y consolara a su manera. En algún momento, se separaron.

—Podría hacer eso todo el día —susurró ella con una sonrisa en los labios.

—Lo haremos. Mañana —prometió él, y la besó en la frente—. Ahora vamos a asegurarnos de que nuestros amigos tengan un compromiso maravilloso. Pero antes necesito un café.

Kendra se rio.

—Tenía la sensación de que ahora sí que estabas despierto.

Se dio cuenta de que se refería al bulto de su entrepierna.

—Mi cabeza necesita cafeína —sonrió.

Cogidos de la mano, recorrieron la casa hasta llegar a la cocina. La estancia bullía de actividad; Donald y sus ayudantes habían llegado hacía un rato. Habían colocado antorchas en el patio para encenderlas más tarde, cuando llegaran el novio y su prometida. La banda de gaitas local estaba ensayando su actuación, un sonido extraño para los oídos del argentino, pero que sorprendentemente le gustaba. Encajaba con el lugar. Al entrar en la cocina, Alejandro se sintió rodeado por el agradable olor a bollería recién horneada y el traqueteo de los esforzados ayudantes de fondo. Por primera vez, se sintió como en casa.

CAPÍTULO 16



El sol había desaparecido tras los picos de las montañas y teñía el cielo de rojo. Las nubes parecían caramelos de colores pastel. El corazón de Kendra latía con fuerza en su pecho mientras se dirigía al castillo de Kiltarff con dos bolsas de ropa. También había mandado a hacer una corona para Ellie en la peluquería, que le tejería en el pelo. Se le daba muy bien; Libby y ella se peinaban mutuamente a menudo en el pasado. Kenneth ya no estaba allí, debía estar cambiándose para montar a caballo hasta el castillo y recoger a Ellie. Una sensación de hormigueo recorrió su cuerpo. Esperaba que Ellie le siguiera la corriente a la mentira de Kendra de que todo era para La Linterna. Ella misma estaba nerviosa y muy contenta por su amiga. Al mismo tiempo, no dejaba de pensar en la mañana, en la confesión de Alejandro, que la había conmovido profundamente, y, por supuesto, en las dos palabras que la habían seguido: «Te amo» .

Ella no se pronunció, aunque sentía lo mismo por él. Pero en aquel momento no quiso o no pudo decirle nada. Después de que él se desahogara con ella y le explicara lo horrible que podía ser la fama, había pensado que sería mejor esperar. Pero le compensaría. En aquel momento, todo parecía irle bien, era feliz.

Estaba deseando que llegara la noche. Sin duda sería una fiesta increíble, pero primero había que sorprender a la futura esposa.

Esperaba que todo saliera bien. Kendra entró en el castillo y miró a su alrededor en busca de Ellie, que sabía que iba a venir. Antes había hablado con ella por teléfono y le había contado la historia de que el pequeño ensayo general de una noche temática era en La Linterna. Kendra estaba convencida de que Ellie lo había comprado todo.

Ellie estaba sentada en el salón, hojeando una revista que, en cuanto vio a su amiga, cerró y colocó sobre la mesita de café. El lobero irlandés Dougie estaba tumbado frente a la chimenea y levantó la cabeza con desinterés cuando Kendra se acercó, antes de volver a cerrar los ojos.

—Hola, Kendra, me alegro de verte. ¿Dónde has estado estos últimos días? Te he echado de menos —la saludó Ellie.

Kendra sonrió.

—He estado increíblemente ocupada. Incluso más que tú.

—Sí, sí. —Hizo un gesto con la mano—. No me lo recuerdes. No hablemos ahora de la renovación, hablemos de tu proyecto. Me tiene entusiasmada. ¿Ya tienes fecha para la noche temática?

Kendra tropezó. Maldita sea, no había pensado con tanta antelación.

—Eh, sí, pero eso no viene al caso. Primero quiero probarme el traje. ¿Vamos?

Ellie miró a su alrededor.

—Sí, ¿por qué no? Kenneth no volverá hasta más tarde, tiene algo que hacer en la granja. Sabes que uno de los arrendatarios ha muerto. No tiene herederos y ahora Kenneth tiene que hacerse cargo de la granja. No es mucho, pero…

—Sí, lo sé. Toma. —Kendra sonrió, le tendió dos bolsas de ropa y sacó primero el vestido de Ellie, pidiéndole que se lo probara enseguida.

—Vaya, qué bonito. —Ellie, desprevenida, se quitó la ropa apresurada y se puso el vestido. Kendra anudó el corpiño para su amiga y la ayudó con la sobrefalda, luego colocó la tela escocesa sobre los hombros de Ellie—. Ahora el peinado.

Ellie quiso protestar, pero Kendra ni siquiera la dejó hablar.

—No me importa, siéntate —ordenó con inusitada determinación e incluso dejó escapar una

risita.

La futura esposa se sentó y la miró.

—Sabes, me alegro mucho de que podamos volver a pasar tiempo juntas. Apenas lo hemos hecho en los últimos meses. ¿Cómo estás, Kendra? Parecías muy decaída el otro día cuando fui a verte al pub.

No quería hablar de sí misma, porque iba a ser la gran noche de Ellie. Una de las mejores de su vida, aunque ella aún no lo supiera.

Kendra empezó a trenzarle el pelo alrededor de la corona de campanillas azules que tan bien combinaban con el tartán MacGregor, y que daban nombre a su restaurante, el Bluebell. Tuvo que tragar saliva cuando Ellie se levantó. Parecía una belleza de otro tiempo. Era más que digna del rango de jefa de clan… Y también de condesa.

—Estás preciosa —susurró Kendra, conmovida.

—Tengo curiosidad, pero primero ponte tu traje y luego iremos juntas al espejo, ¿vale?

Kendra asintió y se cambió de ropa a toda prisa.

—¿Por qué tengo la sensación de que mi traje es mucho más espléndido? —comentó Ellie frunciendo el ceño.

—Porque yo soy la casera y tú no. —Se soltó el pelo y se sujetó la corona menos elaborada de pequeñas flores blancas con unas horquillas—. Ya está, he terminado.

Miró discretamente el gran reloj de péndulo de la pared de enfrente. Eran poco antes de las seis y hacía rato que había oscurecido; por suerte, el tiempo era favorable.

—¿Espejo? —sugirió.

Ellie se aferró a ella.

—Ven conmigo. Hay uno colgado en el pasillo.

Kendra se alegró de que la criada Molly hubiera seguido las instrucciones de su amo mientras tanto. Había velas encendidas por todas partes y las luces eléctricas estaban apagadas.

—¿Qué está pasando aquí? —murmuró Ellie—, ¿se ha ido la luz?

Kendra reprimió una risita.

—No lo sé.

Llegaron al espejo y los ojos de Ellie se abrieron de par en par al verse en él.

—Vaya, me veo preciosa.

—Como de otra época —coincidió Kendra.

Ellie estaba a punto de decir algo cuando la gran puerta se abrió y unos pasos pesados resonaron por el pasillo. A Kendra le dio un vuelco el corazón, estaba muy emocionada. Kenneth subió las escaleras y, cuando Ellie vio a su novio, soltó un grito agudo.

—¿Tú también? —fue todo lo que pudo decir.

Kendra tuvo que admitir que a Kenneth le quedaba muy bien la falda escocesa. También tenía unas bonitas pantorrillas y unas caderas estrechas. Era un orgullo para su clan.

Kenneth solo tenía ojos para Ellie, pero le dedicó una pequeña sonrisa a Kendra y le guiñó un ojo. Ella retrocedió lentamente.

—Ellie, ¿puedo pedirte que vengas conmigo? —dijo Kenneth a su amante, tendiéndole la mano.

Kendra bajó corriendo las escaleras y esperó en el patio.

Allí también ardían antorchas, y Stuart, que trabajaba para los bomberos locales, sujetaba el caballo de Kenneth. También llevaba falda escocesa.

—Hola —saludó Kendra—. Tienes buen aspecto.

—Tú también —respondió él alegremente.

—¿Te veré allí mismo?

—Sí, por supuesto. No puedo perdérmelo.

Kendra dio un paso atrás y observó cómo Ellie salía del castillo con Kenneth. Cuando vio el enorme caballo y las antorchas, se quedó boquiabierta.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber.

Kenneth sonrió.

—Todo a su tiempo, querida, ¿puedo llevarte a dar un pequeño paseo a caballo?

—A caballo —repitió Ellie, sorprendida y ahora completamente confundida.

Kendra no podía dejar de sonreír. Era maravilloso ver lo mucho que se querían. Y lo mejor era que aquello no era más que el principio de su futuro juntos. El hecho de que Kenneth hubiera organizado todo aquello para ella demostraba lo mucho que Ellie significaba para él. Normalmente, era alguien que prefería vivir en privado, que no valoraba las grandes celebraciones ni la publicidad. Pero incluso eso había cambiado con la responsabilidad que había asumido tras la muerte de su padre. No solo se preocupaba por Ellie, sino también por el bienestar de todos los habitantes de Kiltarff.

Vio cómo Kenneth se balanceaba en la silla de montar, ponía los pies en los estribos y tendía la mano a Ellie.

—Por favor, ven conmigo.

—Dios mío —susurró Ellie. Se acercó, aunque no se sentía del todo cómoda cerca del apuesto clydesdale.

—No te preocupes —intentó tranquilizarla Kenneth.

—Me haces sentir segura. —Ellie levantó la vista y sonrió, pero Kendra notó que a su amiga le flaqueaban las rodillas.

Ese fue el momento en que Kendra se dio la vuelta. Se sintió como una cotilla. Era un momento privado que solo les pertenecía a ellos dos. Corrió hacia la finca Keating, hacia Alejandro. Ansiaba estar a su lado y vivir la fiesta con él. Era un sentimiento maravilloso que le llegaba a lo más profundo de su ser. Se volvió hacia Ellie y Kenneth, ella estaba sentada frente a él, él la rodeaba de manera protectora con los brazos, ambas piernas apoyadas en el lateral de la silla a causa de su vestido. Era una imagen tan hermosa de ellos dos que Kendra tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

Unos minutos más tarde, llegó a la mansión Keating, sin aliento. Tomó la entrada trasera y dejó la delantera a la pareja. El camino de entrada estaba iluminado con antorchas que proyectaban una luz muy distinta sobre la casa. Kendra entró en la cocina. Estaba repleta de actividad, rellenaban vasos y preparaban aperitivos. Se topó con Laurie, que estaba sentada en un taburete, preparada para salir, sorbiendo café. Era evidente que la pobre había estado trabajando todo el día.

—Hola —saludó Kendra—. ¿Va todo bien?

Laurie sonrió feliz.

—Oh, sí, maravilloso. Pero estoy agotada. Me he tomado un descanso para sentarme.

—Ya veo, ¿puedo ofrecerte algo?

Laurie negó con la cabeza.

—No, creo que me llevaré un vaso y lo observaré todo desde lejos. No soy uno de ellos.

—Vamos, mézclate con la gente. Todos te están muy agradecidos.

—¿Lo crees?

—Oh, sí, sin duda. Gracias a tus esfuerzos la celebración puede tener un aspecto verdaderamente histórico. Y pronto llegarán los novios, bueno, futura novia y futuro novio. No querrás perdértelo, ¿verdad? Tú también eres parte de esta celebración.

Laurie sonrió y enseguida pareció menos agotada.

—Vale, veré si encuentro algo que ponerme.

—¿Puedo ayudarte?

—No, no hace falta. Me las arreglaré, es mi especialidad.

—Estupendo. ¿Has podido hablar hoy con Kenneth? ¿Estuvo aquí?

—Eh, solo un momento. Todavía no le he comentado nada. Pero creo que esta casa de aquí también tiene potencial, al menos en lo que se refiere a las tomas interiores. La cocina es sin duda genial. Pero, por supuesto, también me gustaría ver el castillo. En definitiva, Kiltarff sería un telón de fondo maravilloso para una serie como esta. Mi jefe quedará encantado… Pero eso lo hablaremos más tarde. Voy a prepararme, Kendra. Hasta ahora.

Kendra le hizo un gesto con la cabeza y se puso en marcha. Encontró a Alejandro en el vestíbulo, donde estaba saludando a los invitados y charlando con ellos. Le acompañaban Ava y Colin. Miró a Alejandro un momento y su corazón se llenó de amor por aquel hombre. Era difícil creer que los sentimientos pudieran ser tan intensos y profundos después de tan poco tiempo. Se reía y parecía que pertenecía a este lugar; quizá no a esta casa, pero con esa ropa seguro que pasaría por escocés…

Cuando la vio, su sonrisa se ensanchó aún más. Kendra se acercó a él, insegura de cómo comportarse. Pero Alejandro se le adelantó, le dio un beso rápido y la rodeó con el brazo. Kendra se dio cuenta de que se estaba sonrojando. Sus amigos parecían sorprendidos, pero no escandalizados. Sí, probablemente ya sospechaban algo. Y

Kendra haría todo lo posible por explicarse… Ni siquiera sabía qué diría.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo en su lugar—. Deberíamos irnos ya, creo que Kenneth y Ellie no tardarán en llegar.

Alejandro asintió, luego subió las escaleras y pidió atención. «Asombroso», pensó Kendra, simplemente estaba hecho para asombrar a la gente y ser el centro de atención. No necesitaba armar jaleo, no necesitaba hacerse un nombre, pero ella estaba segura de que todo el mundo le seguiría sin cuestionárselo dos veces si surgiera un conflicto.

Parpadeó y apartó aquellos pensamientos absurdos. No se trataba de una guerra, ni de que nadie tuviera que seguirle. Probablemente el traje de época se le había subido a la cabeza, y no solo eso, sino que sus sentimientos hacia él se habían reforzado. Al mismo tiempo, reprimió el hecho de que no se veía a sí misma en el papel de una mujer que pudiera caminar junto a un hombre tan importante como Alejandro. Era diferente cuando estaban solos. Pero aquí, rodeada de todas aquellas personas, se dio cuenta de golpe de que él y ella eran cualquier cosa menos una pareja de ensueño. Tragó saliva y se obligó a sonreír. Probablemente exageraba, tenía los nervios a flor de piel. Había pasado unos días emocionantes, ¿quién no estaría un poco nervioso?

Los invitados empezaron a moverse, un reguero de gente salía de la casa y se alineaba fuera. Alejandro estaba a su lado. Ni siquiera lo había visto venir porque estaba muy preocupada por sí misma.

—Hola, cariño, ¿estás bien? Te veo muy pálida.

Casi se echó a reír, no era posible que estuviera más blanca de lo habitual. Sonrió, aunque no parecía un gesto sincero. Soltó el aire de sus pulmones.

—Estoy muy emocionada —mintió.

—Eres maravillosa. —Alejandro la rodeó con el brazo y la besó con ternura en la frente.

Ella se relajó un poco y salieron juntos al exterior. Las antorchas difundían una agradable luz y el sonido de las gaitas hacía el resto, de modo que, tras unos minutos de tensa espera, olvidó lo que la había estado preocupando. Volvía a ser ella misma, apoyada en Alejandro, que la acompañaba y la tranquilizaba. Su calor era agradable; era una fresca tarde de primavera en las Tierras Altas.

Un murmullo recorrió la multitud cuando apareció el caballo negro de largas crines con dos jinetes. Kendra seguía sin reconocer el rostro de Ellie, pero estaba segura de que su amiga probablemente estaba observando la escena con los ojos y la boca abiertos. ¿Sabía lo que Kenneth estaba tramando?

Se hizo el silencio mientras Kenneth detenía el caballo, desmontaba, cogía a Ellie en brazos y la ayudaba a bajar. Alguien se estaba llevando el caballo, pero Kendra no pudo distinguir de quién se trataba. Volvió a mirar a la pareja.

Cuando Kenneth cayó de rodillas ante su amante, Ellie se tapó la boca con las manos. Todos guardaron silencio, solo se escuchaba el suave sonido del viento y el siseo de las antorchas. La tensión era palpable.

—Ellie —empezó Kenneth, aclarándose la garganta—. El día que nos conocimos, mi vida cambió. Al principio no quería admitirlo, pero enseguida me enamoré de ti. Por desgracia, yo era bastante testarudo, pero tú persististe y no dejaste que mi franqueza te desanimara.

Kendra notó que Ellie se limpiaba furtivamente los ojos mientras sonreía feliz.

Kenneth continuó:

—Te estoy infinitamente agradecido por mostrarme cada día lo hermosa que puede ser la vida. Me enseñas lo que significa amar y ser amado. Te quiero más que a nada y me gustaría preguntarte aquí y ahora, delante de todos mis amigos y conocidos: ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa, en mi condesa de Glencairn?

Kendra contuvo la respiración, al igual que todos los demás.

Ellie asintió mostrando una sonrisa radiante en su rostro.

—Sí, me encantaría —respondió con voz temblorosa.

Kenneth se levantó de un salto y atrajo a Ellie hacia su pecho en un beso tormentoso, otro

«Ohhh» sobresaltado resonó entre la multitud.

En ese momento, Alejandro acercó aún más a Kendra hacia él y le apretó los labios en la parte superior de la cabeza. Ella cerró los ojos un segundo y saboreó aquel breve momento de intimidad, a pesar de estar rodeada de tanta gente. Estaba a punto de darse la vuelta y besarle cuando él le susurró al oído.

—¿Me disculpas un momento, cariño? Me ocuparé del caballo y lo llevaré de vuelta a los establos.

Kendra se giró. No le había preguntado si quería ir con él. No habría dicho que no a ir juntos a la granja.

—¿Te acompaño? —se ofreció.

Alejandro sonrió amablemente.

—Será mejor que te quedes aquí, cariño. no quiero que te lo pierdas.

—¿No puedes enviar a otra persona? —quiso saber. Al fin y al cabo, la fiesta se celebraba en su casa.

—No estaré fuera tanto tiempo. Hay que cuidar de los animales y prefiero hacerlo yo mismo. Después de todo, le di mi palabra a Kenneth. Lo entiendes, ¿verdad? Por favor, no te preocupes, volveré enseguida. Ni siquiera te darás cuenta de que me he ido, corazón. — La besó brevemente y luego le soltó la mano.

Kendra no dijo nada, se le había secado la boca. Quizá estaba paranoica. Pero tenía la sensación de que Alejandro quería estar solo. El «no te preocupes» había hecho saltar todas sus alarmas. ¿Se acababa de dar cuenta Alejandro de que no quería quedarse en Kiltarff? ¿Con ella? ¿Que su lugar estaba en Argentina y no en Escocia? No lo sabía, pero durante unos minutos algo había sido diferente.

No quería que se le notara, tal vez se estaba engañando a sí misma e imaginando cosas. Pero en el fondo lo sabía, siempre lo había sabido: Alejandro nunca se quedaría aquí con ella. Más le valía estar preparada para el momento en que él se lo dijera. Quizá primero quisiera escribir sus memorias, pero luego se marcharía. Ella nunca lo había negado.

—De acuerdo, nos vemos en un minuto. —Su voz no sonaba tan segura como le hubiera gustado.

Alejandro no pareció darse cuenta de nada. Se abrió paso entre la multitud y ella lo vio coger el caballo, alejarlo unos metros, subir a la montura y picarle en los costados. Se alejó galopando de la mansión Keating .

Kendra suspiró y se apretó las palmas de las manos contra el estómago.

—Muy atlético —dijo alguien a su lado. Kendra se dio cuenta de que Ava se había unido a

ella. Estaba muy guapa, con el pelo suelto y una diadema de flores.

—¿Qué? —fue lo único que pudo decir Kendra.

—Bueno, me refiero a Alejandro. Ha sido muy sexy la forma en que se ha subido al lomo del caballo y luego ha salido corriendo.

—Sí, o puedes o no puedes… —Kendra dejó escapar un largo suspiro y hundió ligeramente los hombros.

—¿Va todo bien?

—Claro. —Kendra volvió a tensarse—. ¿Por qué no?

Sintió los ojos escrutadores de su amiga sobre ella.

—¿Cómo van las cosas en Instagram?

Sorprendida por el brusco cambio de tema, frunció el ceño.

—Bastante mal —respondió Kendra—. Creo que olvidaré las redes por ahora. Ni siquiera he enviado aún la solicitud para el premio del pub.

—¿Por qué?

Frunció los labios.

—Han pasado muchas cosas, discusiones con mis padres y demás.

Con «y demás» quería decir, por supuesto, que se había enamorado perdidamente de Alejandro, pero no lo dijo; Ava también parecía entenderlo así.

Le pasó un brazo por los hombros.

—¿Está ya todo bien con tus padres?

—Sí, creo que sí. Pero tengo que encontrar la forma de continuar con La Linterna. No creo que una cuenta en las redes sociales sea la solución a todos los problemas. Pero no hablemos de eso ahora, ¿vale? —Observó cómo la multitud se movía hacia el interior. Allí esperaban camareros y camareras con champán.

—Como quieras. —Ava sonrió alentadora—. De todos modos, creo que hacéis una pareja encantadora.

Kendra quería protestar y decir que eso no era cierto. Pero se lo guardó para sí, porque no encontraba fuerzas para lidiar con sus sentimientos. Ansiaba a Alejandro, aunque eso significara que pronto se quedaría sola en Kiltarff. Con el corazón roto. Le había creído cuando él le dijo aquellas dos palabras. Te amo. Sabía que él había sentido lo mismo por ella aquella mañana. Pero su amor no podía ser más que un destello. Kendra realmente podía ser su apoyo en un

momento difícil. Pero cuando esto acabara, él volvería a su antigua y glamurosa vida. Ella lo sabía. Y su lugar estaba aquí, en Kiltarff, no en el candelero. Mientras caminaba hacia casa con Ava, tomó una decisión. Disfrutaría de su tiempo con él mientras durara, quería saborear cada segundo con él. Y cuando llegara el momento de dejarlo, aceptaría su marcha.

Kendra tragó saliva y tomó una copa de champán que le ofrecieron al entrar en el vestíbulo. A continuación, ella y Ava se unieron a la larga cola de invitados que querían felicitar a la pareja. En el salón de baile sonaban gaitas y había velas encendidas por todas partes. Murmullos, risas y el tintineo de las copas llenaban la vieja mansión. Pero Kendra se sentía sola. Tan sola como puede sentirse una persona en medio de tanta gente.

CAPÍTULO 17



La luna brillaba sobre el lago Ness e iluminaba el camino que el caballo probablemente habría encontrado incluso en completa oscuridad. Alejandro había empezado a trotar suavemente con el caballo después de galopar a toda velocidad. Había sido liberador y maravilloso. Casi estaba arrepentido de no haber llevado a Kendra con él. Había visto la decepción en sus ojos cuando se negó. Pero era mejor para ella, aquella noche era de una de sus amigas, y él solo quería ver cómo llegaba la pareja, reagrupar a los dos caballos y respirar hondo. Al fin y al cabo, eran animales de rebaño y no debían separarse por la noche. De lo contrario, podrían entrar en pánico y ocasionar un percance. También necesitaba un momento para pensar. El día había pasado volando y solo había podido comprobar su buzón de voz justo antes de que llegaran los primeros invitados. Nicolás había vuelto a hablar con él. Alejandro aún no había digerido del todo la noticia de la chica del hospital.

Se desvió por un camino estrecho y lleno de baches que conducía a la granja. Llegó unos minutos después y desmontó. Tras desensillar al castrado y frotarle el pelaje cubierto de sudor, lo condujo al prado donde estaba su compañera. Ella ya estaba esperando en la puerta, relinchando con entusiasmo. Observó cómo se saludaban después de cerrar la puerta.

Alejandro permaneció allí unos minutos, dejando que el viento nocturno soplara alrededor de sus oídos. Respiró el aire fresco con sus olores ya familiares. Pero esperó en vano a que se le quitara el peso del pecho para poder inspirar hondo. Temía lo que Nicolás había dejado en su buzón de voz. Por fin, Alejandro se dio la vuelta y estaba a punto de dirigirse al coche de Kenneth para regresar cuando se dio cuenta de que había una luz encendida en la casa. Había estado allí brevemente con Kenneth aquella tarde para cambiarse de ropa. Debieron de olvidarse de apagarla. Por supuesto, las llaves del coche seguían sobre la mesa de la cocina. Lentamente, apretó el pomo de la puerta y entró. No había necesidad de cerrar con llave, aquí nadie tenía miedo de los ladrones. A Alejandro le había parecido extraño al principio, pero ya se había hecho a la idea de que no pasaba nada por no preocuparse demasiado por la seguridad.

Kenneth le había enseñado la casa aquella tarde. Una empresa había vaciado la propiedad en los días anteriores. Ahora solo quedaban unos pocos muebles viejos pero muy bonitos. Había una mesa de roble oscuro con seis sillas a juego en el salón y estanterías talladas a mano que probablemente habían estado en las paredes durante generaciones y que ahora se habían vaciado. Alejandro estaba de pie en medio de la habitación cuando una brisa fresca lo rozó.

Aquí es donde quiero estar, aquí es donde quiero quedarme…

Parpadeó, ¿qué era eso? Era como si alguien le hubiera hablado, como una vieja canción, una melodía antigua y un susurro. Estaba inquieto, su corazón latía más deprisa. ¿Se había vuelto loco? No creía en fantasmas. Además, ni siquiera había sido siniestro, más bien… cálido y acogedor. Suave y apacible. Como un saludo tierno.

Maldijo en voz baja para sí y se frotó la cara.

—Probablemente el estrés me haya vuelto loco —murmuró, con el corazón latiéndole con fuerza.

Miró a su alrededor una vez más y en su mente apareció una visión de cómo podría estar amueblada aquella habitación. Con flores frescas sobre la mesa, un acogedor sofá en un rincón, juguetes infantiles y risas de niños, piececitos repiqueteando sobre el viejo suelo, el olor a tarta recién horneada…

La puerta principal se cerró de golpe, haciéndole estremecerse.

Alejandro tragó saliva. «Es solo el viento», se dijo. «Nadie intenta enviarme un mensaje». Una vez más, se recordó a sí mismo que no creía en lo sobrenatural, que no era como su supersticiosa madre o su abuela, que incluso leía los posos del café.

Dios, tenía que salir de aquí. Aún no había bebido ni una gota de alcohol y le dolía la cabeza.

Alejandro se frotó la cara, luego cogió las llaves del coche, salió de casa tras apagar las luces y condujo de vuelta a la mansión Keating. Podía ver desde lejos las numerosas ventanas iluminadas. Redujo la velocidad y se escuchó a sí mismo. Aquella vuelta a casa se sentía diferente. Pensó en la casa de campo. Había una gran diferencia entre Keating Manor y la vieja granja, pero no podía quitarse de la cabeza la idea de que había comprado la propiedad equivocada. «Ahora no», se dijo, aparcó el coche a poca distancia, salió y cerró con llave. Al día siguiente le devolvería la llave a Kenneth, ese día no conduciría más.

Alejandro se enderezó, se alisó la falda escocesa y tuvo que admitir que no le quedaba tan mal. Sonrió para sí y salió en busca de Kendra. Esperaba que no se ofendiera por su pequeña escapada en solitario. Desde la casa se oían risas, murmullos y el tintineo de las copas, junto con los sonidos de un cuarteto de cuerda. Los gaiteros ya habían cesado su actuación, lo que comprendió perfectamente. Debía ser increíblemente agotador sacar cualquier sonido de aquellas cosas.

Cruzó el vestíbulo y se dirigió directamente al salón de baile. Allí se detuvo un momento y miró a su alrededor en busca de Kendra. Donald se acercó a él con una bandeja y le ofreció una copa.

—¿Qué es eso? —quiso saber.

—Whisky, señor, ¿o prefiere otra cosa?

—No, está bien. Muchas gracias. Cogió un vaso.

—¿Está todo a su satisfacción, señor?

Alejandro sonrió amablemente.

—Sí, claro que sí. Está todo maravilloso. Muchas gracias, Donald.

El mayordomo asintió obediente. Si Alejandro no se equivocaba, sus finos labios incluso se curvaron un poco hacia arriba. Sin decir nada más, se retiró y se dispuso a atender a los invitados. Sonaba un vals y muchos daban vueltas por la pista de baile, algunos no tan arreglados, pero aun así parecían felices.

Alejandro dio un sorbo al whisky, que corrió por su garganta, ahumado y con cuerpo. Maisie charlaba con gente que no conocía. Llevaba un traje de época que la transformaba por completo, casi como si hubiera salido directamente de una novela. Recordó que Kendra le había dicho que Maisie regentaba una librería y que tenía una afición personal por las novelas inglesas del siglo XIX.

Entonces vio a Kendra de pie con Ellie y Kenneth. Se le apretó el corazón y empezó a moverse. Cuando llegó junto a los tres, besó a Kendra en la frente. Solo entonces felicitó a los novios. Le dio una palmada en el hombro a Kenneth.

—Bien hecho.

Ellie sonrió de Kendra a él, la reacción de Kenneth fue más apagada. Alejandro recordó la última conversación que habían tenido ellos dos sobre Kendra. No le apetecía y no era apropiado en este salón de baile explicarle que no trataba a Kendra a la ligera.

—Así que estabais todos confabulados —empezó Ellie, apoyándose en su prometido.

Alejandro asintió.

—Espero que la sorpresa haya sido un éxito.

Sin duda, Ellie había tenido esta conversación varias veces aquella noche, pero no parecía molesta por ello, solo contenta.

—No tenía ni idea —respondió, riendo—. Y Kendra es realmente una gran actriz, de verdad que pensé que se trataba de algún evento para La Linterna cuando vino con la ropa.

La sonrisa de Kendra parecía forzada y él lo notó. Le pasó un brazo por los hombros.

—Estaba muy angustiada y le preocupaba que no cayeras en la trampa —explicó.

Antes de que Kendra pudiera decir nada, Ellie y Kenneth fueron abordados y piropeados por una pareja que Alejandro no conocía.

Terminó su bebida y se la entregó a una camarera, luego tomó la mano de Kendra entre las suyas.

—¿Qué haces? —quiso saber ella. Lo miró con sus grandes ojos verdes y él no pudo evitar pensar que tal vez no había disfrutado mucho de la velada hasta el momento. Eso tenía que cambiar.

Le levantó la mano y la besó sin apartar los ojos de ella. Sus pupilas se dilataron y se humedeció los labios.

—¿Me concedes este vals? ¿Recuerdas nuestro primer baile?

—Claro que me acuerdo. —Kendra se sonrojó, y eso fue suficiente para él. Recordaba demasiado bien aquella noche, el maravilloso primer beso, la suave presión de los labios de ella sobre los de él. Tragó saliva y tiró de Kendra hacia la pista de baile antes de que pudiera pensar en nada y arrastrarla de vuelta a la habitación. Intentó ignorar el nudo en sus entrañas mientras colocaba una mano en la estrecha cintura de ella y se ponía en posición. Se balancearon al dar los primeros pasos, ella aún parecía un poco tensa.

—Relájate, corazón mío —le susurró al oído y apretó la mejilla contra la suya. Demasiado cerca para un vals rápido, pero a él le daba igual si llevaban ritmo o no. Lo único que le importaba era que ella estuviera con él. Por fin Kendra se acurrucó contra él como si hubiera atravesado una barrera invisible. Su cuerpo se fundió contra el suyo. Fue perfecto, como la primera vez. Su delicioso aroma le llegó al olfato y el pulso de Alejandro se aceleró.

—Siento haber tenido que dejarte sola un momento.

Si hubiera sabido que a Kendra le molestaría tanto su pequeña aventura en solitario, lo habría organizado de otra manera y se la habría llevado con él.

—No pasa nada —dijo ella y lo dejó así.

No quería darle demasiada importancia, solo quería disfrutar del tiempo con ella, de la velada, de la compañía. A un vals siguieron muchos más hasta que se quedaron sin aliento. Riéndose, Alejandro la sacó a la terraza. Hacía fresco fuera, pero se agradecía después del movimiento. También habían colocado antorchas en el jardín, pero no impedían ver las estrellas en el cielo. Llevó a Kendra hasta la barandilla y la atrajo hacia sí para que pudiera calentarla con su cuerpo.

—Es tan maravilloso —le murmuró al oído y ella sintió que se estremecía. El deseo se disparó por las venas de Kendra e inhaló bruscamente. Se acercó un poco más a él. Las manos de Alejandro se posaron en su corpiño. Los sonidos apagados del interior llegaron a sus oídos.

—Resultó ser una fiesta maravillosa —dijo finalmente Kendra.

—Sí, es cierto. Los dos parecen muy felices.

No sabía qué decir ni qué hacer. Sentía que había un muro invisible entre ellos y no sabía cómo superarlo. Se había disculpado, eso era todo lo que podía hacer. Le dio la vuelta con suavidad y le cogió la cara entre las manos.

—Me alegro de que estés conmigo —murmuró, deslizando la mirada hacia los labios sonrosados de ella.

—Yo también —respondió Kendra.

Y entonces bajó la boca hacia la de ella y borró todos los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza. Sus alientos se mezclaron, las manos de Kendra se deslizaron bajo la chaqueta de él. Todo lo que Alejandro deseaba era estar aquí con ella. La amaba y quería verla feliz. Un gemido escapó de sus labios cuando la lengua de ella jugó con la suya. Dios, esta mujer lo estaba volviendo loco. Una caricia suya era suficiente para que ardiera. Apenas se reconocía, pero era una sensación maravillosa que no quería perderse.

—Quiero sentirte —le susurró al oído, y el suave gemido de Kendra le dio a entender que el deseo era mutuo. Entrelazó sus dedos con los de ella y la atrajo contra sí. Como dos ladrones, se arrastraron desde la terraza a través del jardín hasta la entrada del servicio. Riéndose, se apresuraron a atravesar la cocina y luego subieron las escaleras traseras hasta la habitación de él. Era más de medianoche, pero la fiesta seguía en pleno apogeo. Era poco probable que alguien se diera cuenta de que habían desaparecido. Y aunque lo hicieran, no le importaba. Quería estar a solas con Kendra y no tener que responder ante nadie.

—¿Puedo? —preguntó después de cerrar la puerta con estrépito. Alejandro giró la llave del dormitorio, no quería que nadie interrumpiera de ninguna manera lo que estaba a punto de hacer. Expectante, se colocó detrás de Kendra y le estampó un beso en el cuello mientras sus dedos se deslizaban por los tirantes de su corpiño.

—Me lo estoy buscando —respondió ella, divertida.

—Qué torpe soy —refunfuñó cuando no fue lo bastante rápido—. Debería coger unas tijeras y cortar esto.

Finalmente, se las arregló sin tijeras y la desvistió prenda a prenda hasta que yació desnuda ante él. Le pasó los dedos reverentemente por las clavículas, por su piel blanca. Sus pezones sonrosados estaban erectos, la parte superior de su cuerpo subía y bajaba rápidamente. Era simplemente perfecta, por dentro y por fuera.

—Te amo —susurró, y luego la besó apasionadamente. Ella aún no le había respondido, pero él no le daba importancia, no necesitaba oírlo de inmediato. Sabía que era demasiado atrevido y se precipitaba al hablar de sentimientos profundos. No quería empujarla a nada y, además, ahora tenía otras cosas en la cabeza de las que quería hablar. Kendra tiró impacientemente de la ropa de Alejandro, desabrochándole el imperdible, el cinturón, hasta que se quedó delante de ella solo con la camisa.

—Oh —dijo ella—, esto sí que no me lo esperaba.

—He oído que los hombres de verdad no llevan nada debajo de la falda escocesa —se rio Alejandro.

—Si lo hubiera sabido… —bromeó ella, deslizando las manos bajo su camisa. Los músculos de su vientre se tensaron bajo su contacto y ella siseó.

— Cariño, ¿qué me estás haciendo? —Su voz sonaba más áspera que de costumbre.

La presionó suavemente sobre la cama y cubrió cada curva, cada centímetro de su piel con mil besos. Ella le quitó la camisa y le pidió más.

Alejandro abrió un preservativo y lo deslizó sobre su erección. Con un movimiento lento, lo introdujo en su interior y se quedó quieto un instante. «Maldita sea», pensó mientras apretaba la mandíbula. Era tan agradable, se sentía tan bien, que temió correrse como un adolescente antes de haber empezado de verdad. Impaciente, ella empujó las caderas hacia él y él soltó una maldición ahogada en español.

—Un segundo —jadeó ella—, dame un segundo.

Kendra ni siquiera le dio tiempo para pensar, lo empujó desde abajo con una fuerza asombrosa y le hizo tumbarse boca arriba. Fuera como fuese, ahora estaba a horcajadas sobre él y balanceaba las caderas.

—Dios mío —gimió Alejandro, y colocó las manos sobre sus curvas mientras ella marcaba el ritmo. La dulce agonía era indescriptible, respiraba agitadamente y no podía apartar los ojos de ella. Su pelo rojo caía con delicadeza sobre sus pechos perfectos, que subían y bajaban con cada movimiento. Kendra había cerrado los ojos e inclinado la cabeza hacia atrás. Alejandro dejó que sus dedos se deslizaran por el vientre y los pechos de ella para luego bajar hasta sus labios. Su placer aumentó hasta que pensó que apenas podría aguantar más. Kendra también estaba a punto, como pudo comprobar por sus movimientos y sus gritos agudos. Empleó todas sus fuerzas en no correrse de inmediato, pero seguía sin querer hacerlo…

Madre mía.

Sintió las primeras olas rompiendo sobre él y cada músculo de su cuerpo se tensó.

—Kendra —gimoteó. Deslizó una mano por su vientre hasta el pubis. Encontró su punto más íntimo y dejó que sus dedos lo rodearan. Ella gritó y se incorporó, dejándose caer sobre él y hundiéndolo más en su interior. Se corrieron juntos mientras ella lo besaba apasionadamente y se tragaba sus gemidos. Poderoso e intenso, aquel orgasmo interminable lo inundó, pero sintió que Kendra se estremecía y saboreó el momento. Era maravilloso, único. Adictivo. Nunca se hartaría de ella, nunca tendría suficiente.

—Kendra —murmuró una vez más, enterrándose las manos en el pelo. No encontraba las palabras adecuadas, había tantas cosas que quería decir, pero nada parecía tener sentido. Estaba completamente agotado, pero excitado al mismo tiempo. No, excitado no. Estaba flotando…

CAPÍTULO 18

Alejandro estaba en la cocina de La Linterna preparando dos comidas. Apenas había tocado el suelo en los últimos días; seguía en el séptimo cielo. Por eso no había devuelto la llamada a Nicolás. Su representante había intentado ponerle al día sobre la chica, pero Alejandro no había querido salir de su burbuja color de rosa y había estado posponiendo la llamada de vuelta. En sus treinta y cinco años de vida, nunca había entendido lo que significaba estar contento de verdad. Tenía éxito, sí, pero solo había experimentado esa profunda paz interior a través de Kendra y con ella. Por las mañanas trabajaban en sus memorias, el progreso era lento, pero constante. Siguió cuidando de los animales de la granja, y a la hora de comer abrían La Linterna. El menú se había reducido un poco, ahora servían filete de ternera escocesa con su salsa especial argentina. El plato tuvo buena acogida y, con un poco de suerte, seguiría en el menú. Sonrió mientras sacaba la carne de la sartén y la añadía a los gajos de patata que ya había preparado.

Kendra entró en la cocina y, cuando lo vio, se le iluminaron los ojos.

—¿Preparado? —quiso saber.

Hizo un saludo militar.

—Sí, señora —respondió riendo.

Kendra se acercó a él y le plantó un beso en los labios.

—Qué raro.

—¿No estás contenta conmigo, cariño? —le lanzó un guiño.

Kendra hizo una pausa. Lo miró con calma, con los ojos aún brillantes.

—No tienes ni idea de lo feliz que soy contigo.

—¿Así que las cosas pintan bien para el cocinero en periodo de prueba? —A él le gustaba mucho trabajar allí, aunque a veces terminara agotado, sobre todo tras las horas punta del mediodía y de la noche. Ahora podía entender que el padre de Kendra estuviera tan ansioso por encontrar un sustituto; él llevaba décadas haciendo ese trabajo. Sin embargo, no se lo había contado a Kendra. Sabía que ella estaba sensible al respecto.

Le dio una palmada en el trasero.

—Yo no me confiaría tanto —respondió ella, sacudiendo la cabeza, cogió los dos platos y desapareció de la cocina. Más rápido de lo que él pudo reaccionar. Cruzó los brazos delante del pecho y miró tras él. Alejandro no podía entenderla. Por muy apasionada y entregada que fuera en la cama, a veces se comportaba de manera extraña cuando salían de su pequeño reino. «Quizá

fuera la barrera del idioma», pensó. No sabía qué significaba su última frase. «Yo no me confiaría tanto».

¿Significaba eso que su comida no era buena? ¿O quizá no quería que trabajaran juntos en La Linterna? No tenía intención de esclavizarse en la cocina seis días a la semana, al menos no durante mucho tiempo. De vez en cuando, sin embargo, no le importaba. Incluso habían diseñado en broma su menú perfecto: una mezcla de platos argentinos e ingredientes regionales. El ganado escocés, por ejemplo, incluso había sugerido que podían criarlo ellos mismos. La reacción de Kendra fue muda, así que cambió de tema.

Alejandro se acercó a la ventana y la abrió para que entrara aire fresco. Era un cálido día de primavera, con verdor y flores por todas partes. Se preguntó qué retenía a Kendra. Algo había cambiado entre ellos desde la fiesta de compromiso y él no podía entenderlo. Al principio pensó que ella estaba disgustada porque él había estado fuera un rato. Ahora estaba seguro de que ese no podía ser el motivo. Nadie se enfadaba por algo tan insignificante durante tanto tiempo. La única razón que se le ocurría no le gustaba nada: ¿y si sus sentimientos por él no eran tan fuertes como los suyos? Ella aún no le había dicho que también lo amaba.

Se mordisqueó el interior de la mejilla. Nunca había dudado de sí mismo en el pasado, y en la cama no tenían problemas. El sexo era perfecto. Sin embargo, había un pero que le preocupaba cada vez más. Quizá se había equivocado y Kendra solo buscaba en él la satisfacción sexual.

Tragó saliva y cerró la ventana de golpe. ¡No!

No quería ni plantearse esa posibilidad. Tal vez hablándolo con ella se daría cuenta de que todo había sido un malentendido. Sonó su teléfono móvil.

Dio un respingo cuando vio el nombre de Nicolás en la pantalla. «Mierda», pensó febrilmente. Su representante llevaba esperando que le devolviera la llamada desde el sábado pasado. Alejandro había ignorado sus intentos de ponerse en contacto con él durante días. No porque no quisiera hablar con él, sino porque no sabía qué hacer. Había una parte no le había comentado a Kendra el sábado, cuando le confesó sus problemas.

Jadeó.

¿Era tal vez esa la razón por la que de repente todo era distinto entre ellos? Desde que le había contado la tragedia con Letizia Sánchez y le había confesado después su amor por ella, Kendra se había mostrado a veces —no siempre— extrañamente reservada.

Maldijo en voz baja para sí y descolgó el teléfono. No podía ignorar a Nicolás más tiempo, el tipo era capaz de coger el siguiente avión para verlo en persona.

—Hola, Nicolás —respondió alegremente, aunque no tenía ganas.

—Dios mío, por fin atiendes —refunfuñó.

—Lo siento, he estado muy ocupado.

—¡Sí, claro! —Su voz destilaba sarcasmo. No hacía falta ser especialmente perspicaz para darse cuenta de que Nicolás no se creía ni una palabra—. Quiero que me respondas.

Sí, Alejandro sabía lo que debía hacer. El único problema era que no podía darle a su representante la información que quería oír. Pero si no lo hacía, sería un idiota. Suspiró.

—¿Qué puedo decir? —suspiró.

—Sabes muy bien que esta es tu oportunidad de dejar claro ante un público de millones de personas que tú eres la víctima y no ellos.

Cuando Alejandro se enteró la noche del compromiso de que lo habían invitado a aparecer en un programa de entrevistas, el de Oprah en Argentina, le entró el pánico. Era exactamente el formato que odiaba, pero le daba la oportunidad de presentar su versión de la historia. La guinda del pastel era que Letizia Sánchez también estaría allí para aclarar las cosas. Se había puesto en contacto con Nicolás a través de su psiquiatra porque quería que cesara el acoso mediático contra Alejandro. Sus padres fueron quienes informaron a la prensa cuando la vida de su hija corría peligro. Habían acusado a Alejandro de ser el culpable de su estado. Letizia no estaba de acuerdo. Era adulta y tomaba sus propias decisiones. Con ayuda de la terapia, se había dado cuenta de que había confundido la adoración con el amor. Ahora quería decirle al mundo lo equivocada que había estado y también advertir a otras chicas de que no prestaran más atención a una foto en Internet que a la vida real.

Sería muy fácil si estuviera disponible para una entrevista. Pero él no quería eso. Quería quedarse aquí, en paz y tranquilidad, con Kendra. Había descubierto más cosas maravillosas en las últimas semanas que en los últimos años, aparte del polo, claro. Aquí se sentía como en casa, y temía volver a quedar atrapado en su antigua vida en cuanto se marchara. No quería arriesgarse a eso. Al mismo tiempo, sabía que sería estúpido no aprovechar esta oportunidad. Dos fuerzas opuestas luchaban en su pecho.

—No lo sé —refunfuñó.

Nicolás dejó escapar un suspiro molesto.

—¿Qué no sabes? ¿Eres tonto?

—Sí, puede ser.

—Pues siento informarte de que ya he reservado el día. Así que mete tu apretado trasero en el próximo avión y ven aquí.

Alejandro jadeó.

—¿Que tú qué? ¿Desde cuándo decides todo por mí?

¿Había fijado una fecha? ¿Para cuándo? Alejandro se tensó de pies a cabeza.

—Desde que muestras claros signos de irracionalidad. Alejandro, debes acudir a este

programa. El mundo te pedirá disculpas públicamente cuando por fin se entere de lo que ocurrió en realidad.

Escuchó sus palabras, pero seguía sin querer hacerlo.

—No.

—¿No?

—Así es.

—Escúchame con atención. Tus padres, tu hermana, todos han sufrido, no solo tú. Esta es tu oportunidad de arreglar las cosas. ¿No es eso lo que quieres?

—Sí, es cierto.

—Eso es.

Alejandro suspiró.

—Además —Nicolás reanudó su discurso—, tendríamos un verdadero problema si retiráramos ahora nuestra participación.

—No deberías haber dicho que sí sin mi permiso, en primer lugar.

—Venga, no me cabrees. Llevo días intentando ponerme en contacto contigo, pero no consigo localizarte y necesitaba una respuesta. Si me hubieras llamado, sabrías que la entrevista está programada para este sábado y no te sorprenderías tanto ahora.

Por desgracia, Alejandro tuvo que darle la razón. Nicolás continuó:

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo y supuse que querrías sincerarte en la próxima oportunidad. Así que, por favor, no me lo reproches ahora.

—Sí, está bien. —Alejandro reflexionó—. ¿Cuándo has dicho que es?

—Sábado por la noche.

—Mierda, es mañana. —Dios mío, qué estúpido había sido por no haberse ocupado de ello antes. Ahora era demasiado tarde y tenía que apresurarse.

—Bueno, pues sube al coche y conduce hasta el aeropuerto. Te reservaré un vuelo mientras tanto. ¿Desde dónde?

—Inverness.

—¿Inver-qué?

Alejandro tuvo que sonreír.

—Inverness. Ah, y reserva dos billetes, el segundo a nombre de Kendra MacKenzie, te enviaré sus datos. —Aunque no estuviera planeado, seguía siendo una buena oportunidad para viajar con Kendra. Esperemos que aceptara.

Nicolás suspiró y ahora parecía aliviado.

—Ahora entiendo todo, por eso pasabas de mí. Tus historias con las mujeres. Bueno, todo saldrá bien. Te veré mañana por la mañana, te recogeré en el aeropuerto. Te deseo un buen viaje.

Colgó.

A Alejandro le pilló completamente por sorpresa y se deslizó sobre un taburete de la pared que había detrás de él, estupefacto.

—Esos eran los últimos clientes… —Kendra entró en la cocina y se quedó helada al verlo—. ¿Alejandro? —En un instante estaba con él—. ¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

Cogió la mano de Kendra entre las suyas.

—Yo… No lo sé. O quizá sí lo sé. Por fin todo se va a arreglar. — Notó que las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba. Todo estaba sucediendo demasiado rápido, pero igualmente había pensado en volar a Argentina con Kendra en algún momento para presentarle a su familia.

Alejandro se levantó.

—Ven conmigo a Argentina —le pidió solemnemente.

Los ojos de Kendra se abrieron de par en par y se puso blanca como el papel. No pudo articular palabra.

—Sé que es muy pronto, pero tengo que ir de imprevisto a Buenos Aires. Recordarás que te hablé de la chica que intentó suicidarse.

—Sí, ¿qué pasa con ella? —Parecía que volvía a hablar, pero seguía teniendo cara de haber sido atropellada por un autobús.

—Es una oportunidad para sincerarse, para tener una conversación franca; suena complicado ahora, pero como parte de su terapia se ha dado cuenta de que necesita que la gente deje de acosarme. Quiere contar su historia y concientizar a la gente de que no hay que abusar de las redes.

Kendra frunció el ceño.

—No lo entiendo…

—Lo sé, te lo explicaré todo por el camino, los vuelos ya están reservados. —Ya estaba casi en la puerta, pero Kendra no se movió —. Venga, tenemos que irnos —agregó.

—¿Qué? —Ella entrecerró los ojos.

—Para el aeropuerto de Inverness, el tiempo apremia. El programa es mañana.

—¿Programa?

—Te he dicho que te lo explicaré todo por el camino. Solo tenemos que recoger tu pasaporte y el mío, todo lo demás lo compraremos en Argentina…

Kendra inspiró, espiró y cruzó los brazos delante del pecho.

—No puedo irme de aquí.

Alejandro hizo una pausa. Algo estalló en su interior.

—¿Qué?

Ella echó una mirada demostrativa a la cocina.

—¿Crees que un bar como este funcionará solo?

Él se quedó con la boca abierta.

—Es muy importante, Kendra. Volveríamos al día siguiente, y… Además, quiero que conozcas a mis padres y a mi hermana.

—Ya te lo he dicho, no puedo irme de aquí.

Su actitud le hizo ver todo con claridad. Tragó saliva.

—¿No puedes o no quieres?

—¿No se reduce a lo mismo? No encajo en tu mundo, Alejandro. Aunque cerrase La Linterna, no abandonaría Kiltarff. Jamás.

—No te estoy pidiendo que te mudes a Argentina. Es una visita a mi familia… A lo mejor no vas tan en serio como yo.

Los ojos de Kendra se llenaron de lágrimas.

—Esas son tus palabras, Alejandro.

Él extendió la mano y cogió la de ella.

—Nunca lo has dicho, Kendra. ¿Me amas?

La vio tragar saliva. Pero ella no respondió.

La verdad le golpeó como un puñetazo en las tripas.

—Lo comprendo —se limitó a decir.

Kendra negó con la cabeza. Una lágrima resbaló por su mejilla.

—No, creo que no.

—Tengo que irme —gimió, abrumado por los sentimientos que le invadían. No quería que ella se diera cuenta del daño que le había hecho.

Alejandro se quitó la chaqueta de cocinero mientras caminaba, la colgó en el pomo de la puerta, se puso una camisa blanca de vestir, luego salió de La Linterna por la entrada trasera y se dirigió a toda prisa a la mansión Keating. Metió apresuradamente el portátil en la mochila, que también contenía su pasaporte. No lo había necesitado desde su llegada. Unos minutos después, estaba en el coche camino de Inverness. En el trayecto, envió un mensaje de texto a Nicolás y le dijo que solo necesitaba un billete. Alejandro no tenía tiempo para nada más. Cuando estaba ya a varios kilómetros de distancia de Kiltarff, recordó que tenía que decirle a Kenneth que no podría cuidar de los animales durante unos días.

Dudó y se dio cuenta de que aún iba bien de tiempo: ¿debería volver a Kiltarff?

* * *

Kendra se sentó inmóvil en la cocina de La Linterna, con la cara enterrada entre las manos. No lloraba, ni una sola lágrima quería escapar por el rabillo del ojo. Estaba congelada, por dentro y por fuera.

El sueño se había hecho añicos. Había sucedido más rápido de lo que ella temía. Sin embargo, no entendía por completo lo que acababa de ocurrir. Le había pedido que lo acompañara a Argentina porque iba a aparecer en un programa de televisión. ¿Y también quería presentarle a sus padres?

Todo parecía tan apresurado, ¿o acaso él lo había sabido todo el tiempo y no se lo había dicho? Había sucedido demasiado deprisa y ella entró en pánico. No hablaba español, ni sabía cómo vestirse en sus círculos (¡como si tuviera ropa cara!). Pero eso no era todo. La razón principal por la que no lo acompañó fue que él le había dejado bien claro que tenía que cerrar La Linterna el tiempo que estuvieran fuera. No le había preguntado, no había indagado y no le había hecho ninguna sugerencia. No, había dado por sentado que sus preocupaciones eran más importantes que las de ella. Desde su punto de vista, incluso podía entenderlo; para él se trataba sin duda de contratos y dinero, de su reputación ante la opinión pública. Para ella, sin embargo, había mucho más en juego que el dinero. Su dignidad, por ejemplo. Y su tranquilidad.

Kendra respiró hondo. Se había ido. Lo echaría de menos. Sentía tristeza. ¿Debería haberse ido con él?

No, eso solo lo habría retrasado todo. En algún momento, ese tema habría terminado inevitablemente con su historia. Estaba segura de ello, porque había sospechado desde el principio que su estancia aquí terminaría en el momento en que se resolvieran sus problemas o completara su objetivo: escribir las memorias.

Aunque había intentado prepararse interiormente para aquel día, el hecho de que él se hubiera ido con tanta rapidez la golpeó como un puñetazo en las tripas.

Kendra había perdido la noción del tiempo, ni siquiera se había dado cuenta de si algún cliente había entrado en el pub y se había marchado sin ser atendido. No le importaba, tenía que cuidar de sí misma. Kendra salió de la cocina y cerró la puerta del local. Le pareció que tenía cierto poder simbólico. Desde luego no era un adiós definitivo, pero tal vez los días del pub tradicional estuvieran contados. No quería pensar en ello ahora, no podía.

Se arrastró detrás de la barra y sacó el cartel que había colgado en la puerta la semana pasada. Cerraba. No había fecha para su reapertura. Sus padres volverían a casa dentro de ocho días, así que tenía que tener un plan de futuro para entonces. Hasta ahora había tenido esperanzas, pero el castillo de naipes se había derrumbado y su confianza yacía enterrada bajo él.

—Qué asco —murmuró. Kendra había disfrutado de su tiempo con Alejandro, pero también había sido cuidadosa con sus sentimientos y confesiones. Ahora se alegraba de ello. Había protegido su corazón. ¿Por qué ella no lo sentía así?

Se dio cuenta de que había desconectado de la realidad por completo cuando se encontró en la calle, frente al cartel colgado de nuevo en la puerta. Con un suspiro, se recompuso. Dio un paso atrás y lo miró consternada. «Cerrado».

—¿Kendra? —dijo Colin, que acababa de salir con el caniche de su abuela. El animalito olisqueó una columna y luego levantó la pata. No había ni una nube en el cielo azul intenso y el sol brillaba con fuerza. Kendra pensó que debería estar lloviendo en un día tan sombrío.

—Ah, hola, Colin —respondió ella, esbozando una sonrisa que más bien parecía una mueca.

—¿Qué pasa? —quiso saber. Al parecer, no había conseguido fingir buen humor. Tampoco es que lo hubiera intentado con muchas ganas.

—Nada, no te preocupes. —Tragó saliva, pero el nudo en la garganta no desaparecía.

Colin se puso a su lado y señaló el cartel.

—¿Qué se supone que significa eso? He visto antes a Alejandro salir corriendo del pub… ¿Va todo bien?

Kendra exhaló y se estiró. En esta ciudad, nada permanecía en secreto durante mucho tiempo.

—Está de camino a Argentina.

Los ojos de Colin se abrieron de par en par.

—¿A Argentina?

Kendra casi se hubiese echado a reír si no estuviera tan triste.

—Sí, así es. La Argentina en la que vive.

—¿Y cuándo volverá?

¿Nunca más?

No tenía ni idea.

—No lo sé. —Ella hundió los hombros y luchó contra las lágrimas.

—Oh, oh —dijo Colin, tirando de ella hacia sus brazos—. Lo siento mucho. ¿Os habéis peleado?

Ojalá fuera así. Seguía aturdida por la situación. La última conversación apenas había durado más de un minuto y, sin embargo, lo había cambiado todo. Principalmente el hecho de que él la amaba. Apartó a Colin de ella y se enderezó.

—Oye, no pasa nada. Sabía desde el principio de que no duraría para siempre.

Colin enarcó una ceja y no pareció creer ni una palabra de lo que ella decía.

—Se ha comprado una casa, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Esa parece ser la costumbre en su realidad, alquilar un piso de vacaciones sería estúpido, ¿no? —Se dio cuenta de lo amargada que sonaba—. Da igual —continuó, respirando hondo—. Se ha ido y tengo que pensar cómo voy a hacer con La Linterna. De todas formas, fue una idea estúpida dejarle cocinar.

—Mmm, me gustaban sus filetes. —Colin arrugó la nariz.

—Eso no ayuda, Colin. No ayuda. —Dirigió a su amigo una mirada sombría.

Él levantó las manos en señal de defensa.

—Vale, ya veo, mal tema. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—Si no puedes conseguirme un cocinero que sea realmente bueno y trabaje gratis, entonces no. —Suspiró.

—Eh —dijo.

—No te preocupes. —Le dio la espalda—. Es viernes por la noche, debes de tener planes, ¿dónde está tu otra mitad?

A Colin se le iluminó la cara.

—Sí, realmente lo es, mi media naranja. Ava sigue en la obra. Así que, si quieres emborracharte y necesitas compañía, tengo tiempo —sugirió con una amplia sonrisa.

Kendra estaba agradecida, pero prefería estar sola.

—No, me apetece más una comedia romántica y un paquete familiar de Cheerios.

¿Cheerios?

Frunció los labios.

—No me gustan las patatas fritas y el muesli tiene un crujiente parecido.

—Oh, Dios, eso suena asqueroso. ¿Ni siquiera con leche?

—Anda, vete a casa y déjame a mí con mis Cheerios. —Ella le abofeteó juguetonamente en la cara.

—De acuerdo, pero si necesitas algo, llámame, ¿vale?

—Por supuesto. Gracias, Colin.

Le dio otro abrazo rápido y siguió caminando, silbando suavemente para sí mientras el caniche lo seguía con pasos pequeños y lentos. Kendra suspiró y volvió a casa. Allí la recibió el silencio y la soledad. Cogió la caja de cereales y se acurrucó en el sofá de sus padres con una manta. Descargó una película de un servicio de streaming que parecía desgarradora y tenía un final feliz, justo lo que necesitaba en aquel momento.

Kendra no quería pensar en Alejandro, pero la corriente de sentimientos que estaba experimentando no era fácil de canalizar. Así que prestó poca atención a lo que ocurría en la pantalla. No dejaba de preguntarse qué debería haber hecho distinto, y si realmente Alejando había desaparecido de Kiltarff para siempre. Casi se sentía como si hubiera estado soñando durante las últimas semanas. No quería despertarse, pero era demasiado tarde. Volvía a estar sola.

* * *

Alejandro superó rápidamente el control de seguridad del aeropuerto. Un escáner, el pasaporte y la tarjeta de embarque: eso era todo. El aeropuerto de Inverness no era grande ni estaba muy concurrido aquel viernes por la tarde. Llegaría en el último vuelo a Londres, donde tendría que cambiar de avión para poner rumbo a Buenos Aires. Solo tenía la ropa que llevaba puesta, pero seguro que había suficiente en el armario de su piso para elegir algo para el programa en directo del día siguiente.

Dejó escapar una carcajada sin humor. Como si ese fuera su mayor problema…

Los transeúntes le miraban como si estuviera loco; quizá no se equivocaban. Al menos se sentía totalmente estúpido. Alejandro cogió su mochila y siguió caminando. Quería comprar una botella de agua en un quiosco que vendía libros, revistas y bocadillos. Pasó junto a una estantería y se detuvo porque le llamó la atención una novela con una portada muy ornamentada. «La Dama y el Highlander», leyó en voz baja. Un hombre musculoso y con el torso desnudo llevaba a una hermosa mujer pelirroja con un vestido por las Tierras Altas escocesas.

Alejandro no sabía por qué, pero no podía evitar pensar en Kendra, quizá porque ella también tenía rizos rojos. O porque, de todos modos, era la única en la que podía pensar.

Frunció los labios pensativo. Sin duda, el tipo de la foto no permitiría que un contratiempo se interpusiera entre su dama y él. Lucharía por su amante, se la echaría al hombro si fuera necesario y la arrastraría consigo para demostrarle que la amaba y que le pertenecía.

Pero Alejandro no era un Highlander que pusiera sus necesidades por encima de la ley, ni Kendra era una dama de la Edad Media. Y sin embargo…

Tal vez había tirado la toalla demasiado deprisa, pero había sucedido tan rápido que se estaba acabando el tiempo. Si al menos hubiera llamado antes a Nicolás. Ahora no estaba seguro de qué podía hacer para recuperar a Kendra. Sacó el móvil y se quedó mirando la pantalla. ¿Debía llamarla? Quizá ella no lo quería de verdad y él se había equivocado en su intuición…

«No», se dijo. Seguro que ella también tenía miedo de que la hirieran, ellos no eran tan diferentes como Kendra pensaba. Se había dado cuenta de que su fama seguía ahuyentándola. No era como las demás mujeres. Sonrió. Sí, superaría esta maldita entrevista en Buenos Aires y, con suerte, después podría pensar con más claridad.

En este momento, un descanso podría incluso hacerle bien. Podría pensar, considerar lo que realmente quería… Y ella también. Pero el hecho de que la hubiera dejado en Kiltarff con La Linterna le entristecía. No era propio de él, porque había prometido ayudarla. Se encontraba en una tesitura. Tenía que superar este programa de algún modo, dependía demasiado de ella.

Alejandro pensó en lo que podía hacer, pero no dio con ninguna solución rápida para ayudar a Kendra desde la distancia. Maldijo en voz baja para sus adentros. En ese momento, llamaron a su vuelo y se dirigió a la puerta de embarque. Tal vez la inspiración llegaba mientras sobrevolaba las nubes… De camino al avión, llamó a su madre, que ya había intentado ponerse en contacto con él varias veces.

CAPÍTULO 19



Kendra sentía náuseas, no solo por la ansiedad, sino también por el consumo excesivo de comida azucarada durante las últimas veinticuatro horas. Por desgracia, eso no había servido de nada; no se sentía mejor, ni tenía idea de cómo salvar La Linterna. Su bloc de notas seguía igual que la última vez, solo que ahora no tenía a nadie que la ayudara a ponerlas en práctica.

—Todo eso son tonterías —refunfuñó y tiró al suelo el bolígrafo y el bloc de notas.

El timbre de la puerta la sobresaltó. Kendra miró el reloj: sábado por la tarde, pasadas las seis… ¿Quién podía ser? De nuevo el timbre; imaginó que era una de sus amigas. Eran insistentes y no se irían hasta haberla visto. Probablemente Colin no había podido mantener la boca cerrada. Frunció el ceño. Las noticias viajaban rápido en este lugar. Kendra se levantó del sofá, con un Cheerio pegado a la camisa. Se lo quitó y lo dejó sobre la mesita, luego se dirigió a la puerta y la abrió. Se quedó de piedra cuando vio la cara de Ellie. Estaba balanceando una gran bandeja delante de ella.

—Hola, hola —balbuceó su amiga—, ¿puedo pasar?

Kendra tuvo que sonreír, pues sospechaba que la «entrega» no era más que una excusa. En algún lugar habría oído que el cielo ya no estaba lleno de violines para Kendra.

—¿Y si digo que no? —respondió con una sonrisa irónica.

—Entonces lo haré de todos modos. —Ellie esperó hasta que Kendra se hizo a un lado, luego entró en la casa haciendo cabriolas e hizo lo que pudo con su presumiblemente deliciosa carga.

—¿Qué llevas contigo? —quiso saber Kendra.

—He creado unos postres nuevos para el Bluebell y te propongo que los probemos.

¡Oh, Dios! Más azúcar.

—No hace falta —respondió con un largo ronquido. Kendra temía vomitar si comía más dulces.

—¿Qué pasa? —preguntó Ellie mientras entraba decidida en la cocina. Ya se había quitado los zapatos y los había dejado en el pasillo.

Kendra la siguió y se sentó a la mesa.

—¿Quieres beber algo?

Ellie se quitó el abrigo y se sentó.

—¿Agua?

Luego volvió a levantarse, cogió los cubiertos y los platos y llenó dos vasos con agua del grifo. Kendra ya estaba familiarizada con esto, Ellie prefería echar una mano, no le gustaba que le sirvieran. Al mismo tiempo, sabía que la visita improvisada no se había organizado solo por los nuevos postres. El silencio en la sala se hizo cada vez más fuerte, pero Kendra mantuvo la

boca cerrada. Por desgracia, no se le ocurría ni un solo tema que no tuviera nada que ver con Alejandro o La Linterna . Ni siquiera quería pensar en el próximo cumpleaños de Libby.

—Aquí tienes, querida —habló por fin Ellie, colocando un trozo de tarta de chocolate en el plato de Kendra—. Tienes que probarla.

Le rugió el estómago.

—¿Qué tiene de nuevo?

—Menta y especias con un toque de naranja.

Kendra cogió el tenedor y lo pinchó.

—Sabes, yo…

Ellie la miró con desconfianza.

—Cielo, he notado que Alejandro y tú estáis un poco estresados.

Pfff. Su amiga llevaba aquí tan solo dos minutos y ya había ido al grano.

—Bueno, no lo llamaría estrés —evadió Kendra.

Ellie enarcó las cejas.

—¿Entonces cómo?

—No lo sé, dímelo tú. Quería que fuera a Buenos Aires con él, le dije que no, entonces se subió solo a su coche y se marchó. No he sabido nada de él desde entonces.

Ellie soltó un silbido.

—Vaya, qué fuerte, ¿por qué salió corriendo tan rápido, así sin previo aviso? No me lo puedo ni imaginar.

—No lo sé, no me explicó mucho, tiene algo que ver con la chica que intentó suicidarse por su culpa.

—¡¿Qué?! —Ellie frunció el ceño.

—¿No lo sabes?

—No, la verdad es que no. Tengo que confesar que tal vez Kenneth mencionó algo, pero con la reforma… Ya no controlo mis sentidos.

—No te culpo. La razón por la que Alejandro vino aquí es que quería paz y tranquilidad, para escribir sus memorias.

—Sí, eso lo recuerdo.

—No tenía esa tranquilidad en su casa de Buenos Aires, porque los medios de comunicación debieron ensañarse con él cuando los padres de la chica lo acusaron. Pensaban que era culpa suya que su hija ya no quisiera vivir. No lo sé exactamente, no leo noticias en español y solo puedo repetir lo que me dijo.

—Ya veo. —Ellie se metió en la boca un trozo de tarta de chocolate—. ¿De verdad no quieres probarla?

Kendra apretó los labios.

—Lo siento mucho, seguro que está todo delicioso, pero es que he estado comiendo porquerías poco saludables, muchas, y ya me siento muy mal, Ellie.

—Está bien. No es para tanto… Pero cuéntame más.

—No sé qué más decir. Se fue y eso fue todo. —Se encogió de hombros.

—No, no. Estoy segura de que no ha sido eso. Estoy segura de que volverá y hablaréis. ¿Por qué no quisiste ir con él? ¿No sería genial un viaje espontáneo a Argentina? No es un destino que uno suele plantearse. Podríais haberos relajado unos días y todo. Salir del pequeño pueblo, eso también te vendría bien.

Kendra deseaba poder ser tan despreocupada como Ellie. De su boca, aquello no sonaba tan trágico como Kendra lo había hecho sonar el día anterior. Pero ella le había dado la espalda.

—¿Y La Linterna? —Ella misma se dio cuenta de lo poco convincente que sonaba. Por supuesto, podría haber cerrado durante unos días, pero eso no venía al caso ahora, dada la precaria situación económica. No se trataba de eso.

—Esa es otra —continuó—. Supuso que me iría con él, que lo dejaría todo por él inmediatamente.

Los ojos de Ellie se abrieron de par en par.

—Ya… Lo entiendo. ¿Crees que quería ser condescendiente contigo? ¿Hacerte ver que sus intereses son más importantes que los tuyos?

Kendra se quedó pensativa. Sí, el día anterior ella había sentido lo mismo. Ahora había llegado a la conclusión de que Alejandro estaba realmente bajo mucha presión. De lo contrario, no habría reaccionado de forma tan extrema. Ella sabía cuánto le pesaba la situación. Lo había visto en su estudio el sábado, su desesperación no era fingida.

—No, no realmente —murmuró.

Ellie frunció el ceño.

—Mmm. Vale. Entonces, no lo entiendo del todo. Pero dime, ¿qué le pasa a La Linterna?

¿Qué ocurre?

Kendra suspiró y se miró las manos.

—Es complicado.

—Mi querida Kendra. Si hay problemas, ¿por qué no has dicho nada?

—No quería agobiarte, ya tienes suficiente estrés.

—Oh, querida. ¿Por qué no me lo cuentas?

—Lo cierto es que las cosas ya no van tan bien. Y necesito un plan para cambiar eso. Mis padres se han dado cuenta de que realmente quiero seguir con el pub, pero ahora necesito tener ideas concretas sobre cómo mantenerlo a flote. Y por ahora no se me ocurre nada. Pensé ideas con Alejandro, entonces todo parecía genial. Pero ahora que se ha ido, me pregunto si de verdad pueden funcionar.

—¿Puedo echar un vistazo? —sugirió Ellie.

Kendra se levantó y cogió el bloc de notas y el bolígrafo del salón.

—Cuando nos sentamos juntos así hace unos días, me pareció estupendo. Ahora no estoy tan segura. No, yo… Oh.

—Tómatelo con calma. Déjame ver. —Ellie revisó las notas y, a medida que leía, los nervios de Kendra aumentaban. Ellie sabía de lo que hablaba, al fin y al cabo, ella misma regentaba un restaurante y su opinión era muy importante para ella. Era curioso que hasta ahora no se le hubiera ocurrido preguntarle. A veces solo te das cuenta de las cosas tras haberte equivocado de camino. Pero no quería agobiar a su amiga con sus problemas cuando ella misma estaba sometida a tanta presión con la renovación del castillo.

—¿Y bien? —preguntó Kendra con cautela.

Ellie levantó los ojos y se aclaró la garganta.

—Bueno, en primer lugar, me parece una idea estupenda que solo esté abierto por la noche o a la hora de almorzar. Yo no entendía por qué tenía que estar abierto todo el día.

—Siempre pasaba alguien. —Kendra volvió a encogerse de hombros.

—Sí, pero cuando las cosas cambian, tienes que adaptarte. A mí me pasa lo mismo en el cobertizo.

Kendra hizo una pausa.

—Sí, claro… En realidad, tienes razón.

—Vale, entonces, limitémonos a almorzar o cenar, ¿qué prefieres?

—Tenía ideas para ambos turnos. Pero creo que el pub funciona mejor para cenar que para almorzar.

—Todavía se puede pensar en ello, y creo que los platos regionales son estupendos, al igual que los ingredientes locales. Y el hecho de que también haya algunas influencias argentinas no está mal.

—Sí, creo que ya podemos prescindir de eso último. —Hizo una mueca.

—Vamos, una diferencia de opinión no acaba con todo. Compró una propiedad aquí, pero no solo por diversión. Y creo que está muy enamorado de ti. Lo vi con mis propios ojos el sábado.

Kendra sabía que era mucho más que una simple diferencia de opinión. Quizá estaba enamorado, pero, ¿era eso suficiente? Cuando él quiso que le dijera que lo quería, ella se había callado. Aún podía ver la expresión de su cara, la decepción, el dolor… Debía de haberle hecho mucho daño. El día anterior pensó que había hecho bien en no confesarle sus verdaderos sentimientos. ¿Y ahora? No estaba segura. ¿Y si él pensaba que ella no sentía nada por él y realmente no volvía?

Aquel pensamiento hizo que el suelo temblara bajo sus pies. Tragó saliva.

—Maldita sea —maldijo Kendra, enterrando la cara entre las manos—. ¿Por qué todo es tan complicado?

—Querida —le dio Ellie unas palmaditas en el brazo—, el amor siempre es complicado, pero también es hermoso. ¿De qué tienes miedo?

Kendra respiró hondo y exhaló lentamente.

—De que me rompa el corazón.

Miró con cuidado a través de sus dedos.

—¿Por qué lo haría?

—No sé. —Bajó los brazos y gimió—. Quizá porque es una superestrella rica y puede tener a cualquiera…

Ellie asintió.

—Entiendo que estés insegura. Yo me sentía igual al inicio de mi relación. Ahora puedo decirte que aquellas dudas eran estúpidas. Estoy segura de que en tu caso también son completamente infundadas. Y no creo que sea tan orgulloso de sí mismo. Pero, claro, no lo conozco tan bien, es solo mi impresión mezclada con mi intuición. De todas formas, a Kenneth le molestó un poco la actitud de Alejandro.

—¿Por su huida?

—No necesariamente por eso, pero cuando él se dio cuenta de que pasaba algo entre vosotros,

enfrentó a Alejandro.

A Kendra le dio un vuelco el corazón.

—¿Y?

—Alejandro no quiso dejarse convencer. Pero dijo que no tenía intención de aprovecharse de ti. ¿Por qué iba a mentirle a Kenneth?

—No sé, estoy abrumada. Es demasiado para mí. Además, ya tengo otras cosas de las que ocuparme. —No quería seguir hablando de Alejandro y de las oportunidades perdidas—. Dime, ¿qué tal la casita del viejo Ian?

—¿A qué viene eso? —Ellie no parecía sorprendida de que Kendra hubiera cambiado de tema tan bruscamente, y no se quejó. Kendra se sintió aliviada.

—¿Vas a volver a alquilarla? —quiso saber. Lo primero en su larga lista de cosas que quería hacer era tener su propia casa.

—¿Por qué? ¿Quieres mudarte allí?

—Eh, sí, para ser sincera. Al menos lo pensé. Estuve allí una vez con Alejandro, solo la vi por fuera, pero me gustó mucho la finca, el entorno, la casita. Ese encanto rústico. No me gustan las casas nuevas, no tienen alma. —Kendra sonrió tímidamente.

—Ya veo. —Ellie sonrió—. ¿Y Alejandro?

—¿Qué pasa con él?

—Tiene una villa con no sé cuántas habitaciones. Estarás bien ahí.

—Bobadas —y Kendra no estaba muy segura de esto—, nunca viviría con él. Quiero mis propias cuatro paredes.

—¿Tan de repente? —Ellie frunció el ceño.

—Sí y no. Por fin me he dado cuenta de que siempre he estado esperando algo desde que Libby murió, ya ni siquiera sé qué. Tengo que tomar las riendas de mi vida, no puedo vivir con mamá y papá para siempre.

—Entiendo. Creo que suena bien.

—¿Puedes preguntarle a Kenneth si puedo alquilarla? He ahorrado un poco.

—Sí, tranquila, puedes quedarte con la casa. Seguro que está muy contento de que quieras mudarte.

—Podría cuidar también de los animales, si no quiere venderlos. Tengo tiempo mañana por la mañana, antes de que abra La Linterna. Necesito ver si alguien puede ayudarme con el prado de

los caballos.

—Realmente aún no hemos pensado qué vamos a hacer con ellos. Todo fue tan repentino.

—Sí, lo sé.

Ellie extendió la mano al otro lado de la mesa.

—Bueno, adelante, Kendra. Puedes mudarte cuando quieras, ¿vale?

—Eh, sí, perfecto. Muchas gracias. ¿Y el alquiler?

—Ya hablaremos de eso cuando estés instalada. Te traeré la llave.

Kendra sonrió.

—Vaya, tú sí que haces lo que dices.

—Tú también, supongo. —Ahora las dos reían—. Tómate tu tiempo para ver qué hay que hacer o si puedes mudarte de inmediato.

—Oh, Dios, esto es emocionante. Ya solo me queda por resolver lo de La Linterna.

—¿Necesitas una cocinera? —quiso saber Ellie.

—O un cocinero.

—Revisaré mi agenda. Quizá pueda ponerte en contacto con alguien.

—¿De verdad? —Dios mío, qué estúpida había sido. Llevaba semanas pensando en ello y probablemente la solución al problema no estaba tan lejos.

—El año pasado hice muchos contactos a través de aquel programa de televisión. No puedo prometer nada, pero… ¿Quién sabe? —Sonrió con picardía.

—Dime, ¿qué pasó con Laurie y su idea? —recordó de pronto Kendra, hirviendo de calor.

—¿Con la serie de televisión?

—Sí.

—Kenneth no está muy a favor, pero tampoco está completamente en contra. Los argumentos sobre publicidad y demás funcionan bastante bien. Laurie quedó totalmente enamorada y tomó fotos de cada rincón. Además, valdría la pena económicamente. No entró en detalles, pero desde luego era interesante.

—Sería estupendo si funcionara.

—Pero entonces no habría paz en el pueblo.

—Un poco de ajetreo me vendría bien —bromeó Kendra.

—Sí, como a todos los que llevamos un negocio, supongo. Hablaremos con el productor y ya veremos. Tendremos que concretar cada detalle. Y si tú no quieres probar nada ahora, me marcho ya. —Ellie sonrió.

Kendra gimió y se frotó el estómago.

—Lo siento, si hubiera sabido que necesitabas un catador…

Ellie se levantó y le dio a Kendra un beso en la mejilla.

—No pasa nada, no pretendía ofenderte. Y no te castigues. Encontrarás solución para todo.

—Amén. —Kendra guiñó un ojo y acompañó a su amiga hasta la puerta. Aunque ya no se sentía tan sola tras la visita de Ellie, seguía sin estar del todo convencida de que volvería a ver a Alejandro. No obstante, sintió una débil esperanza de que quizá no todo estuviera perdido aún.

* * *

Alejandro se sentó en maquillaje mientras dos señoras lo empolvaban y le daban tirones de pelo para prepararlo para la entrevista. Por desgracia, Alejandro no tenía ni idea de cómo o qué decirle a Kendra, así que lo dejó pasar y no la llamó. No se sentía bien con su decisión, pero no podía retroceder en el tiempo. Sin embargo, esperaba que, al regresar, tuviera la oportunidad de explicárselo todo a Kendra. Si es que estaba interesada en hablar con él… Dudaba sobre ello.

Pero ahora tenía que concentrarse en otra cosa, porque el programa estaba a punto de comenzar. Apenas había dormido durante el vuelo, pero no importaba, estaba tan excitado y nervioso que no se sentía cansado. Este programa podía darle la razón o destrozarle por completo. Tenía miedo de enfrentarse a aquella chica: ¿y si se volvía loca delante de las cámaras y hacía lo contrario de lo que había dicho? ¿Y si seguía fanáticamente enamorada de él y sufría un ataque de nervios? Estaba a punto de salir de la sala de maquillaje y entrar en el estudio cuando sonó su teléfono. Era un mal momento, pero miró la pantalla. No era Kendra, sino Kenneth. Lo guardó.

Le llamaría más tarde, aunque ya era tarde. Buenos Aires tenía cuatro horas de retraso con respecto a Escocia. Gracias a la diferencia horaria es que había conseguido llegar a tiempo.

El ayudante del director se puso a su lado y le dijo que el programa estaba a punto de empezar. Alejandro respiró hondo y siguió al hombre hasta el plató. El corazón le dio un vuelco cuando vio a la chica sentada en la silla. Al verle, se sonrojó y sonrió con timidez.

Rápidamente la presentadora corrió hacia él y lo saludó con dos besos.

—Alejandro, estás estupendo, bienvenido.

Ella lo condujo a su silla. Alejandro saludó a Letizia.

—Me alegro de que te sientas mejor —dijo él, y ella asintió con delicadeza.

Antes de que se diera cuenta, la cámara de grabación parpadeaba en verde y la presentadora estaba charlando.

Alejandro se puso muy nervioso cuando pidieron la palabra a Letizia.

—Estoy hoy aquí porque quiero contar mi historia. Es sobre las ilusiones de la fama que confundí con el amor. Quiero advertirles. Es muy difícil en esta época con las redes sociales. Yo tampoco me lo creí hasta que lo viví en carne propia. Siento mucho haber tenido que sufrir por enamorarme de la imagen de un hombre que, sinceramente, no conocía en la vida real y él tampoco sabía de mi existencia. Quiero dejar claro que solo yo soy responsable de lo que me ocurrió, y al mismo tiempo quiero animar a todo el mundo a que se defienda y no deje que los demás le hagan sentirse inseguro. En primer lugar, quiero pedir sinceras disculpas a Alejandro Álvarez. Siento de verdad que haya sufrido la presión de los medios de comunicación…

Mientras Letizia seguía hablando, Alejandro sintió un nudo en el estómago. En ese momento se dio cuenta de lo que realmente quería en su vida. Fue incapaz de prestar atención al resto de la entrevista.

Después del programa, Alejandro estaba empapado en sudor, pero contento. Su representante lo esperaba entre bastidores, en el camerino; le habían asignado una salita. Nicolás le dio un rápido abrazo.

—Lo has hecho muy bien.

Alejandro se dejó caer en un sofá y cerró los ojos. De golpe notó lo agotado que estaba.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir.

—A ver qué hacen ahora los medios de comunicación… —Nicolás sacó el móvil y quiso leerle los últimos titulares.

—No, por favor —lo interrumpió él con un gesto firme—. Primero necesito digerir todo esto.

—Como prefieras. Pero seguro que conseguimos nuevos contratos de publicidad. Incluso podrías beneficiarte de ellos.

Alejandro respiró hondo. Por un lado, lo que tenía que decir ahora no era fácil, pero por otro, apenas podía esperar a tomar esta decisión.

—No más contratos nuevos —dijo con calma. Cuando sus palabras se desvanecieron, sintió cómo la opresión del pecho se disipaba por fin.

—¿Perdona? —Nicolás parpadeó como si no lo hubiera oído bien.

—No voy a volver a esta rueda de hámster. Ya no quiero nada parecido.

Nicolás se levantó y sus fosas nasales se abrieron de par en par.

—Vete a casa y duerme bien, Alejandro. Mañana verás el mundo diferente.

—No, me voy al aeropuerto a coger el próximo avión a Europa.

—No puedes hablar en serio —respondió su representante, atónito.

—Oh, sí. Lo digo en serio. Lo siento, pero ya estoy harto de toda esta mierda. Mi carrera está acabada y haré lo que sea para ocultar mi cara de las cámaras hasta que sea vieja y arrugada.

Nicolás lo miró asombrado.

—Piensa otra vez a qué estarías renunciando.

Alejandro se puso en pie.

—Créeme, lo he pensado mucho. Tengo más dinero del que puedo gastar. No necesito más, sino todo lo contrario. Necesito un propósito en la vida. Cumpliré con los contratos existentes y se acabó. Hay una última cosa para la que necesito tu ayuda.

—¿Sí? —Su representante se frotó la cara, consternado. Parecía años más viejo.

—Me gustaría donar setecientos millones de pesos argentinos a una organización a la que puedan acudir las personas que tengan pensamientos suicidas.

Nicolás lo miró con los ojos muy abiertos.

—Setecientos millones. ¿Estás loco? Eso es casi un millón de dólares.

—Así es. —Alejandro estaba satisfecho, feliz de poder hacer por fin algo útil con su dinero.

—Te has vuelto loco. —Nicolás sacudió la cabeza—. Loco — repitió.

Alejandro sonrió.

—No, no lo creo. Creo que acabo de darme cuenta de lo que es realmente importante. Y ahora me voy a Escocia a recuperar a mi chica.

CAPÍTULO 20



Alejandro maldijo en voz baja mientras esperaba en la larga cola del control de seguridad. Llevaba una gorra de béisbol con la que se había tapado la cara. Afortunadamente, nadie lo había reconocido todavía. No le apetecía hacerse selfies con los fans. Hoy no. Volvió a mirar el reloj cuando sonó de nuevo su móvil. Contestó porque era Nicolás y se sentía un poco culpable por haberlo atacado antes.

—Hola —dijo.

—Alejandro, necesitaba volver a hablar contigo.

—Sí, ¿qué pasa?

—¿No quieres reconsiderarlo? He recibido varias peticiones para otros programas de entrevistas.

Frunció brevemente los labios.

—No, ¿no me he explicado bien?

Nicolás suspiró.

—Sí, lo has hecho. Pero por alguna razón no puedo aceptarlo. ¿Y qué pasa con los socios publicitarios?

—Te dije que cumpliría los contratos ya firmados, por supuesto. —Guardó silencio unos segundos, se le había ocurrido una idea. Nicolás llevaba años trabajando profesionalmente en sus cuentas de las redes sociales, pero Alejandro siempre había preferido hacerlo él mismo. Hasta ahora—. ¿Qué tal si organizas mi presencia en Instagram, mis cuentas y mis publicaciones? Sigo estando disponible para sesiones de fotos, por supuesto. También puedo enviarte algo para mi feed diario y mis stories, no hay problema.

—No te reconozco. ¿Qué te pasó en Escocia?

Alejandro sonrió.

—¿Quieres o no?

—Sí, sí, y tal vez recapacites. Hasta entonces, siempre puedo explicar tu ausencia con las memorias. ¿Cómo va eso?

Por desgracia no iba bien con el manuscrito. La cola apenas había avanzado desde que llegó, parecía eterna.

—Tengo que colgar —mintió. Ahora mismo no le apetecía hablar de ese estúpido asunto de la escritura—. Estoy en el control de seguridad. Te enviaré los datos de acceso a mis cuentas, pero antes tengo que hacer una cosa más yo mismo.

No esperó respuesta de su representante y colgó.

Alejandro ya había pensado en ello, pero aún no había hecho nada. Ya era hora de que utilizara su popularidad para otra persona, concretamente para Kendra. O, mejor dicho, para La Linterna. Había dudado hasta ahora, no solo porque estaba ocupado con otras cosas. Sino también porque perdería parte de su recién descubierta libertad si publicaba algo así. Quizá no todo el mundo viajaría a Escocia de inmediato, para la mayoría de sus fans no era económicamente posible, pero había aprendido en las últimas semanas a no subestimar el poder de las redes sociales. Kendra quería que La Linterna se hiciera más popular, y él podía ayudarla a conseguirlo, aunque eso significara que las cosas podían volver a cambiar si acudían muchos fans y se armaba un gran alboroto.

Alejandro abrió su cuenta de Instagram, ignoró los numerosos mensajes que había recibido y vio que su historia, que había grabado en el taxi de camino a la entrevista, ya había sido vista siete millones de veces. Era para alegrarse, pensó, y buscó la cuenta de La Linterna. Le había echado un vistazo la semana anterior y vio que solo tenía unos pocos seguidores. Eso cambiaría esta noche, afirmó con satisfacción.

Introdujo el alias, pero no encontró nada. ¿Qué estaba ocurriendo? Mientras la fila avanzaba milímetro a milímetro, comprobó si había cometido un error al teclear. Pero no. Lo había escrito bien. Eso solo podía significar una cosa: habían desactivado la cuenta de La Linterna. ¿Por qué?

Estaba descorazonado. No podía ser cierto. No renunciaría a La Linterna, ¿verdad? No, no lo haría solo porque hubieran discutido, ¿verdad? Sin pensárselo ni un segundo más, marcó su número. Sonó, pero no contestó.

Vale, eso podía significar dos cosas: que no quería hablar con él, o que estaba dormida, lo cual no era del todo descabellado. Eran poco más de las diez de la noche en Argentina, lo que significaba que en Escocia era plena madrugada. Por supuesto, ya no estaba despierta.

—Mierda. —Suspiró y volvió a colgar.

Finalmente, el control aligeró la marcha. Su vuelo estaba listo para embarcar, leyó en uno de los muchos tablones de anuncios. Alejandro respiró hondo, tenía que llegar al avión antes de que se cerraran las puertas. Y cuando llegara a Londres, haría unas cuantas llamadas más. Quizá pudiera hacer algunos recados desde el avión, ya que el Airbus tenía wifi para los pasajeros de primera clase. Al menos eso era algo, pensó, ahogando un bostezo. No le vendría mal cerrar los ojos durante unas horas. Ya llevaba demasiado tiempo despierto.

* * *

El lunes por la mañana, Kendra estaba en el cuarto de baño y observaba su imagen en el espejo. La ventana estaba abierta y podía oír el canto de los pájaros y la luz del sol que entraba en la habitación. Parecía un hermoso día de primavera en las Tierras Altas, aunque, por desgracia, no para todos. Kendra parpadeó un par de veces y esperó que solo fuera una ilusión óptica a la que había sucumbido.

—Maldita sea —refunfuñó, se inclinó un poco hacia delante y se frotó la frente con los dedos. Sin embargo, nada cambió. Las manchas marrones de la cara seguían exactamente donde estaban. Sus antebrazos tenían el mismo aspecto desastroso.

Con un gemido teatral, cogió el envase de autobronceador que había comprado el día anterior, y que se aplicó en cuanto llegó a casa, y volvió a leer las instrucciones del reverso. Sacudió la cabeza, molesta.

—Eso es exactamente lo que hice, no decía nada de que después parecería una vaca manchada. Esto no es posible, ¿qué se supone que tengo que hacer ahora?

Tiró el envase a la papelera y se alborotó el pelo. Demasiado para un simple autobronceador. Su racha de mala suerte no parecía querer terminar. Y eso que apenas comenzaba el día…

Bajó los hombros y abrió el grifo. Probablemente solo había una cosa que hacer: frotar la piel. Quizá Carly tuviera una idea. Si era necesario, le pediría a su peluquera que la maquillara. Kendra se metió en la bañera y corrió la cortina para ocuparse del accidente con la crema. Eso le pasaba por querer tener un bonito cutis bronceado…

Dos horas más tarde, estaba sentada en la silla de la peluquería para tratar de disimular el desastre. Ya que estaba allí, Carly podría lavarle y peinarle el pelo. Kendra quería darse un capricho después del estrés de los últimos sucesos. Era un día importante, aunque no fuera agradable. Libby habría cumplido veinticinco años ese día. Kendra quería ir más tarde a su tumba y leerle un fragmento de su saga favorita: Harry Potter. Nunca lo había hecho, al menos no de este modo, porque sus padres siempre habían estado allí ese día del año. Esta vez se encontraban disfrutando en Tenerife, cosa que no les envidiaba, pero hacía que Kendra se sintiera aún más sola. Ni siquiera intentó reprimir el hecho de que también echaba mucho de menos a Alejandro. Y él ni siquiera sabía que Libby existía. Así que, desde luego, no se pondría en contacto con ella… No después de que ella lo hubiera rechazado tan bruscamente.

Mientras Carly enjabonaba la cabellera de Kendra, ella cerró los ojos. No conseguía relajarse del todo, sus pensamientos daban vueltas en círculos. ¿Debería haber reaccionado de otra manera? ¿Debería haberse ido con él? ¿No debería haberle hablado de Libby hace mucho tiempo? ¿Se habría quedado entonces? No, no se lo habría permitido. Sabía lo importante que era para él salvar su reputación. Se preguntó cómo le habría ido. Había intentado averiguarlo por Internet, pero estaba todo en español y no entendió ni una palabra.

¿Y por qué la había llamado el sábado? ¿En mitad de la noche?

¿Se había emborrachado en un bar y había pensado en ella?

Su corazón se apretó de anhelo.

Por mucho que no quisiera estar enamorada de él, lo amaba de todos modos.

Por desgracia, los sentimientos no podían controlarse. Simplemente estaban ahí, y ella tan solo lidiaba con ellos lo mejor que podía.

Se preguntó cómo se sentiría.

¿Seguiría pensando en ella?

Kendra suspiró.

El masaje craneal fue bueno, Carly pareció darse cuenta de lo mucho que necesitaba relajarse y la masajeó durante más tiempo de lo habitual. Además de los ruidos habituales del salón, el secador, la música de la radio y la charla, también captó algunos fragmentos de palabras.

—Imagínate… Acaba de comprar la mansión Keating y ahora quiere volver a venderla…

A Kendra se le cortó la respiración.

Oh, no. Hablaban de Alejandro.

¿Vender?

¿Mansión Keating?

Estaba claro lo que eso significaba. No quería quedarse, probablemente ya ni siquiera quería volver allí.

Kendra abrió los ojos.

—Un momento. —Carly le sujetó suavemente la cabeza entre las manos en el lavabo.

Kendra tragó saliva y cerró los párpados, resignada, mientras se esforzaba por oír la conversación. La otra voz debía de ser Flora, que trabajaba a la vez como agente inmobiliaria y peluquera. Una combinación extraña, pero parecía funcionar.

—Está de camino a una cita… No necesito hacer nuevas fotos…

Carly abrió el grifo y enjuagó el pelo de Kendra. Por desgracia, ahora no podía oír nada de la conversación. Maldita sea.

Su corazón se aceleró mientras su esperanza se desvanecía.

Así que iba a vender la mansión, lo que significaba que descartaba a Kendra. Probablemente se lo diría el sábado. El dolor de esta noticia era tan grande que le costó quedarse quieta en la silla. Pero lo consiguió.

El resto de la cita, el secado y la aplicación del maquillaje, pareció vivirla en tercera persona. Cuando se miró al espejo al final, quedó asombrada. A pesar de su estado interior, se veía guapa sin parecer exagerada. Carly había hecho un buen trabajo. Sus rizos rojos enmarcaban con suavidad su cara en forma de corazón, sus ojos verdes estaban sutilmente resaltados y las manchas marrones ya no eran visibles. Y eso era bueno.

Kendra pagó, se despidió y salió corriendo del salón. Ya era mediodía, pero aún hacía fresco.

Kendra pasó junto a La Linterna. Cuando vio el cartel de «Cerrado», parpadeó y se apresuró a seguir. Al llegar a casa, cogió el primer volumen de Harry Potter y se dirigió al cementerio.

Tal vez fuera una idea estúpida, pero al mismo tiempo no le importaba lo que los demás pensaran de ella mientras se sentaba con las piernas cruzadas junto a la lápida de Libby y abría el libro. Una suave brisa rozó su piel como un saludo amistoso. Un cuervo cantó en un árbol. Kendra levantó la vista y vio que el animal la miraba fijamente. Suspiró y trató de no darle demasiada importancia a la situación, pero quizá Libby estuviera escuchando de un modo u otro. Por supuesto, Kendra se dio cuenta de que su hermana muerta ya no existía en forma física. Por mucho que la pesara. Pero la idea de que estaba en alguna parte, pensando en ella —en la forma que fuera—, era reconfortante. Pensar que simplemente había desaparecido, se había borrado, era demasiado triste. Kendra se consolaba suponiendo que el alma vivía en otra parte. No era budista, pero le gustaba este aspecto de la fe.

—El señor y la señora Dursley estaban orgullosos de él —empezó a leer el primer volumen, que ya estaba bastante hecho jirones de tanto tiempo en sus manos. Hablaba en voz baja pero clara, sin levantar la vista, concentrándose plenamente en el texto. Al cabo de unos minutos, se relajó un poco, sintió que sus hombros cedían y que la monotonía de su propia voz la tranquilizaba. Sintió que podía estar cerca de su hermana pequeña. Como cuando se acostaban juntas en la cama y ella le leía antes de dormir mientras sus padres trabajaban en el pub. Kendra se sobresaltó cuando el cuervo salió aleteando del árbol y se posó sobre la lápida de Libby. Sonrió y siguió leyendo.

CAPÍTULO 21



—¿Cómo que ya has alquilado el chalé a otra persona? — repitió Alejandro con asombro, mientras seguía intentando concentrarse en el tráfico. Tenía a Kenneth al otro lado de la línea—. No puedes hacer eso así como así, ¿sabes?

Por desgracia, no llegó a Inverness hasta el lunes por la tarde. Su madre y su hermana habían llegado antes que él, pues ellas aterrizaron el día anterior. Habían reservado el mismo avión, pero él perdió su vuelo en Buenos Aires en el último momento.

Alejandro ya no quería enfadarse, menos por esto. Había cosas peores, y sin duda las dos mujeres estarían bien hasta que él llegara. Amablemente, Ellie y Kenneth habían cuidado de ellas y las habían llevado a la mansión Keating. Por suerte tenían una llave de repuesto. De lo contrario, podrían haber pasado la noche en el castillo de Kiltarff.

—Alejandro, ¿cuál es tu problema? Tienes una mansión enorme, no necesitas una segunda casa.

Alejandro resopló.

—Quizá no necesite una segunda casa, pero, ¿y si no quiero quedarme en la mansión Keating?

—Escucha, ahora mismo estoy de muy mal humor. Y quizá deberías preocuparte menos por dónde te alojas y más por Kendra.

—¿Qué pasa con Kendra? —El corazón le dio un vuelco—. He intentado localizarla. ¿Está bien?

—«Bien» es relativo. Creo que es una pena que no estés con ella en un día como hoy. Vuestras diferencias no son asunto mío, pero después de que dijeras que ibas en serio con ella, supuse que estarías a su lado.

¿De qué hablaba su amigo?

—¿Qué es hoy? ¿Le pasa algo a La Linterna?

—¿No te dijo nada?

Alejandro perdió la paciencia.

—Por el amor de Dios, escúpelo y deja de darme largas —rugió.

Kenneth chasqueó la lengua.

—Hoy es el cumpleaños de su hermana.

—¿Tiene una hermana?

—Murió. De cáncer. Hace unos años.

Alejandro redujo la velocidad y agarró el volante con ambas manos. ¿Por qué Kendra nunca le había hablado de ella?

Él sabía la respuesta: porque ella no confiaba en él.

—¿Dónde está ahora? Voy para allá.

—Dale un respiro. Está en el cementerio, al menos estaba allí antes, y parecía que iba a quedarse un rato más. Aun así, deberías pensártelo dos veces antes de irrumpir allí como un toro en una cacharrería. Quizá sea mejor darle algo de tiempo primero.

—¿Tiempo para qué?

—Dios mío, yo tampoco soy un experto en mujeres. Si quieres consejo, llama a Ellie, ¿vale?

Alejandro sonrió.

—Sí, quizá debería hacerlo. Aunque prefiero hablar directamente con Kendra. Me parece que tenemos mucho que aclarar.

Aunque temía el encuentro por el miedo a que ella volviera a rechazarle, estaba deseando como un loco volver a verla. Pero aguantaría y esperaría a mañana. Puede que ella aún no lo supiera, pero lo necesitaba a su lado tanto como él a ella. La convencería de ello. Y luego le presentaría a su familia, con la excepción de su padre, que no había podido volar con tan poca antelación.

* * *

—Disculpe —se dirigió a Kendra una mujer con acento mientras caminaba por la acera. Aferró con fuerza su libro de Harry Potter y miró a esas dos caras amistosas que le resultaban vagamente familiares. Pero no recordaba de dónde eran.

—Sí —respondió Kendra. Su voz sonaba un poco áspera después de tanto leer.

—¿Puedes decirnos dónde está La Linterna ? —preguntó una de ellas.

Kendra se quedó boquiabierta al darse cuenta de a quién le recordaban aquellas mujeres. Alejandro.

—¿Eres Kendra MacKenzie? —preguntó la mayor de las dos. Se parecían, tenían los mismos rizos negros y los mismos ojos marrones aterciopelados.

¿La habría estado buscando?

No.

Eso no era posible.

Se lo habrá imaginado.

—Sí, soy yo —graznó y tragó en seco.

Por un momento pensó que iban a abrazarla, pero no fue así. Kendra estaba claramente abrumada por la situación.

—Sentimos sorprenderte así —explicó la mujer más joven con una sonrisa tímida—. Soy Valentina Álvarez y ella es mi madre, María.

¿Qué hacían allí y por qué querían hablar con ella?

—Mi hermano probablemente nos matará si descubre que te hemos estado acosando, pero… No podíamos esperar más. Sentimos mucha curiosidad por ti.

Kendra no entendía lo que decía, y probablemente su expresión lo dejaba claro, porque María Álvarez le puso una mano en la parte superior del brazo.

—Le hubiese gustado llegar antes, pero perdió el vuelo.

—Me temo que no sé nada de eso —gimió.

—Queríamos conocer a la mujer especial que ha cautivado su corazón en tan poco tiempo.

Los ojos de Kendra se abrieron de par en par.

—¿Eso ha dicho?

Valentina sonrió aún más.

—No lo dijo así, nos llamó y nos dijo: «Tomen el avión a Escocia, quiero que conozcan a la mujer con la que voy a pasar el resto de mi vida».

Kendra respiró hondo y casi dejó caer el libro. ¿El resto de su vida? ¿A pesar de haberlo rechazado tan duramente?

—Ya veo que estás sorprendida —dijo María—. También mencionó que se habían peleado.

—Mamá, no deberíamos decir nada más. Ya ves que la hemos asustado. No era nuestra intención, Kendra, sabemos lo extraño que parece todo. Pero, ya sabes, las últimas semanas han sido duras para nuestra familia y nos alegramos mucho de que Alejandro esté bien, de que haya encontrado la felicidad aquí. Tan inesperadamente. —Valentina la saludó con la cabeza. A Kendra le cayó bien de inmediato, era muy simpática.

—No se preocupen —murmuró.

—No, no es eso, ¿podemos invitarte a té o a lo que sea que se beba aquí? —preguntó María.

—Bueno, en realidad, iba a…

—No pretendíamos molestarte, lo siento —explicó Valentina con un guiño. Y entonces lo hizo. Se acercó a Kendra y la abrazó con tal cariño, como si ya formara parte de la familia. Extrañamente, Kendra no se sintió sorprendida, sino acogida y aceptada. Cerró los ojos, tragó saliva y se movió. Valentina le acarició la espalda—. Nos alegramos mucho de estar aquí —dijo con dulzura.

En algún momento, las tres se dieron la vuelta y se miraron. Kendra no sabía qué hacer ni qué decir. Menos mal que había ido a la peluquería aquella mañana. No es que le importara mucho su aspecto, pero no quería encontrarse con ellas con la cara manchada. Trataba de repasar los últimos días, tal vez había malinterpretado a Alejandro. En cualquier caso, todo estaba sucediendo demasiado deprisa para ella, aún no se lo podía creer.

Había tantas cosas que no se habían dicho, sobre todo por su parte. Le dio un poco de vergüenza no haberle creído, porque parecía hablar en serio. Aquello debía de dolerle mucho.

Pero, ¿y el hecho de que quisiera vender la casa?

—Mamá, no deberíamos retener más a Kendra. —Valentina se volvió de nuevo hacia Kendra —. Perdona si estamos siendo demasiado insistentes. No solemos ser así, pero nos emocionamos mucho cuando Alejandro nos habló de ti, te adora de verdad. Y bueno, nuestra curiosidad era mayor que nuestra prudencia.

Ahora Kendra tuvo que sonreír.

—Vale.

—Esperemos a Alejandro. Te veremos más tarde. —María le sonrió amablemente—. Cuando él llegue deberías estar con tu familia, así que te buscaremos más tarde.

Un suspiro después, Kendra se dio cuenta de que probablemente la madre de Alejandro se refería a la propia Kendra, a Valentina y a Alejandro como «tu familia» y no a sus padres. Pero se habían marchado antes de que ella pudiera replicar.

Kendra hizo una pausa y pensó en aquel encuentro. Casi pensó que estaba soñando. En algún momento, continuó su camino con un gesto incrédulo de la cabeza.

Estaba sumida en sus pensamientos cuando un todoterreno pasó junto a ella a toda velocidad. Al cabo de unos metros, justo cuando estaba a punto de maldecir, se dio cuenta de que era Alejandro.

Había vuelto.

Madre mía. Y tenía tan buen aspecto como siempre.

Se detuvo y bajó la ventanilla.

—Hola, amor mío.

—Alejandro —fue todo lo que pudo decir. El corazón le martilleaba con fuerza contra las costillas y las rodillas amenazaban con ceder bajo sus pies.

—¿Podemos hablar? —Parecía cansado, con sombras oscuras bajo los ojos. No le extrañaba, seguramente había pasado más tiempo en aeropuertos y en el aire en los últimos días que algunas personas en todo un año.

Ella quería contestarle, pero no encontraba las palabras adecuadas. Finalmente, él aparcó a un lado de la carretera, se bajó y se acercó a ella. Kendra sintió que él quería abrazarla y besarla, pero no lo hizo.

—¿Cómo estás? —preguntó en su lugar.

—Bien —murmuró mientras luchaba consigo misma. Tenía tantas ganas de acurrucarse contra él, pero algo la retenía. No podía decir qué era.

Una sombra pareció cruzar el rostro de Alejandro.

—¿Por qué no puedes ser sincera conmigo, Kendra?

Ella jadeó.

—¿Perdona?

Nunca había mentido.

—No estás bien —afirmó con calma.

—Si lo sabes, ¿por qué lo preguntas?

Mierda. Se oyó a sí misma sonar como una borde, pero quería acercarse a él, disculparse y preguntarle cómo le había ido el viaje.

¿Por qué era tan difícil?

Ella lo vio respirar hondo, luego sus facciones se relajaron. Le tendió la mano, ella la miró y se sobresaltó.

«Confía en él», dijo la vocecita de su cabeza.

Tras dudar un momento, estiró el brazo.

—He recorrido medio mundo para volver a verte cuanto antes. Día y noche, solo he pensado en tenerte entre mis brazos y decirte cuánto te quiero. Te necesito —explicó con su timbre aterciopelado. La piel de Kendra se erizó. Se dio cuenta de cómo le ardía detrás de los ojos. Sus palabras la conmovieron, la emocionaron. Quiso decir tantas cosas, pero nada salió de su boca.

Alejandro tiró de ella, la apretó contra su cuerpo y le acarició el pelo. Olía tan bien y se sentía tan bien estando con él.

—Te ves distinta —comentó mientras le levantaba suavemente la barbilla.

Kendra sintió que se ruborizaba. Ahora no le hablaría de su experimento con el autobronceador y de su paso por la peluquería.

—Es posible.

—¿Por qué no me hablaste de Libby? —quiso saber. La pregunta le llegó tan de repente que se dio cuenta de que la tenía en la punta de la lengua desde hacía tiempo. También reconoció el dolor en su mirada. Kendra lo comprendió. Le dolía que no le hubiera hablado de su familia, a pesar de que él le había contado muchas cosas sobre la suya y había intentado que se sintiera cómoda desde el principio. Kendra no había hecho nada de eso. Ahora se arrepentía. Se le apretó el corazón.

—Yo… No lo sé. —Apartó la mirada.

Alejandro le acarició los labios. Un toque ligero como una pluma.

—Yo sé por qué. Porque tienes miedo de que te hagan daño. Al principio estaba enfadado, muy enfadado, Kendra. Pero cuanto más he viajado, más me he dado cuenta de que necesitas tiempo para creerme. Quiero que sepas una cosa: estaré aquí, Kendra. Cuando estés preparada para admitir que tú también sientes algo por mí, estaré aquí.

Sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Algo no encajaba, pensó, recordando la conversación que había oído en la peluquería.

—Ah, sí, ¿y qué pasa con la mansión Keating? Si piensas quedarte aquí, ¿por qué quieres venderla?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Por el amor de Dios! No se puede tener un secreto aquí, ¿verdad?

Kendra respiró hondo. No encajaba. Todos sus miedos habían vuelto, eclipsándolo todo.

—¿Cómo voy a creer algo de lo que digas?

Alejandro la soltó y dio un paso atrás. Parecía profundamente dolido. Tanto que su corazón se contrajo, incapaz de comprenderla.

—¿Por qué no tienes ni una pizca de fe en mí? ¿Te he dado una sola razón para que no me creas? —gruñó, con una vena palpitándole en la frente.

No, cariño.

No, corazón mío.

Aquello debió de hacerle mucho daño. Sin embargo, los hechos estaban en su contra… Ella no dijo nada.

—Lo siento, Kendra. Pero no puedo hacerlo. Te amo, pero una relación es de dos. Keating Manor es demasiado grande para mí, quería encontrar una casa más pequeña, que se adaptara a mí y a nuestra futura familia, no una mansión con una historia que no es ni mía ni tuya. Pero tú solo ves lo negativo, y no sé qué he hecho para merecer esto. He sido sincero contigo desde el primer segundo, y lo único que obtengo de ti es desconfianza. Si quieres creerme y confiar en mí, ya sabes dónde encontrarme. Te amo, Kendra, pero no me merezco esto.

Se dio la vuelta y se alejó. Desbloqueó el coche con el mando a distancia y se preparó para volver a entrar.

Kendra sintió que las lágrimas brotaban de su interior. ¿No quería marcharse de Kiltarff? ¿Buscaba un hogar más pequeño para él y para ella? Cuando se dio cuenta de lo que eso significaba y de que había vuelto a herirle, un grito ahogado escapó de su garganta.

Lo había estropeado.

Se marcharía de nuevo.

No. No podía permitirlo. No otra vez.

—¡Espera! —gritó cuando él ya había casi desaparecido. Al ver que Alejandro no respondía, corrió hacia él y le agarró la mano.

—Espera. —Su voz sonaba sin aliento.

Él levantó la vista y ella tuvo que tragar saliva; el amor de sus ojos no se había desvanecido en absoluto. En ellos brillaba una chispa de esperanza.

—Alejandro —susurró ella, y él volvió a salir—. Por favor, no te vayas.

—¿Por qué no? —Tenía la voz ronca y una postura decaída.

El corazón de Kendra martilleaba tan fuerte contra sus costillas que pensó que se le saldría del pecho. La sangre le llegó a los oídos.

—Yo… —balbuceó. Luego jadeó y se aclaró la garganta—. Te amo. Te amo mucho.

Sus labios se entreabrieron, las comisuras se curvaron un poco hacia arriba.

—Me enamoré de ti en cuanto te vi —confesó Kendra finalmente —. Pero no quería aceptarlo, me resistía porque tenía miedo. Miedo de involucrarme contigo porque sé lo doloroso que es perder a alguien a quien amas.

Alejandro la cogió en brazos y le acarició la espalda.

—¿Tu hermana?

Kendra asintió.

—¿Puedes perdonarme?

La apartó suavemente de él. Su sonrisa era tan abierta y cálida que ella no pudo evitar llorar en voz alta. Se arrojó contra su pecho y dejó salir todas sus preocupaciones, todas sus penas y, sobre todo, su alegría por que todo hubiera terminado bien al final. Él solo tuvo que abrazarla y decirle una y otra vez cuánto la amaba. Y esta vez ella le creyó.

CAPÍTULO 22



Estaban de pie en el puente sobre el canal de Caledonia. Por encima de ellos, las nubes se habían disipado y unos brillantes rayos de sol atravesaban el cielo. Había aparcado el coche

un poco más lejos. Alejandro le había rodeado los hombros con un brazo y le cogía la mano con el otro.

—Hay tantas cosas de las que aún no hemos hablado —murmuró —. También tengo una sorpresa para ti.

Kendra levantó los ojos y sonrió.

—Si piensas presentarme a tu hermana y a tu madre, entonces llegas tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Las conocí hace unas horas.

Se quejó.

—Debería haberlo imaginado —gruño Alejandro—. Mira que les dije que esperaran a que volviera.

—Por lo visto, no escuchan lo que les dices. —Sonrió.

—Ese parece ser un problema habitual de las mujeres que me rodean. —Le besó en la frente.

Kendra le dio una palmada en el costado.

—Eso ha sido mezquino.

Él se echó a reír.

—Lo siento. Así que ya las conoces. Espero que no hayan sido demasiado intensas.

—Yo no lo diría así, no. Son muy agradables.

—Puedo entenderlas. Después de todo, eres la primera mujer que he presentado oficialmente a mi familia.

—¿De verdad?

—Sí, así es. —Asintió con la cabeza—. No es que seamos católicos estrictos, pero tenemos presentes los valores cristianos. Mi madre nunca quiso saber nada de mis relaciones casuales. Siempre me decía: «Alejandro, trae solo a la mujer cuyo nombre tenga que recordar de verdad».

—Muy sabia. —No quiso aludir al hecho de que, de lo contrario, habría tenido que volver a olvidar a muchas chicas, porque ese era su pasado. Y Kendra tenía que aceptarlo y dejar de cuestionarlo. Eso era lo que había iniciado las dudas sobre sí misma en primer lugar, y ahora se habían acabado.

La giró suavemente hacia él y la besó con pasión. Kendra le correspondió. Se sentía tan bien teniéndole a su lado, sintiéndole. Su cercanía, su aliento, su olor. Dejó escapar un leve suspiro

porque no podía saciarse de él.

—Te he echado tanto de menos —susurró Alejandro con voz ronca.

—Yo también.

—Ahora todo irá bien. Tengo algo más que decirte.

Ella escuchó.

—¿Sí?

—En realidad pensé que la granja podría ser el hogar perfecto, con los pastos, las vistas y la paz y tranquilidad celestiales. Pero eso nunca podrá ser.

—¿No? —Kendra enarcó una ceja.

Él sacudió la cabeza, con un gesto entre disgustado y cabreado. Era evidente que no sabía que pronto viviría en la casa de campo.

—Kenneth, ese idiota, ha alquilado la granja a otra persona. Sin preguntarme.

Sonrió.

—¡¿Cómo pudo hacerlo?! —dijo Kendra con una sonrisa tímida en su rostro.

—¿Qué tiene eso de gracioso?

Ella dejó un beso en la punta de la nariz.

—Que fui yo quien alquiló la granja.

—¿Tú?

—Si te portas bien conmigo, puedes visitarme. O mudarte.

Alejandro crispó las comisuras de los labios, la levantó y la hizo girar en el aire.

—Ah, conque esas son las condiciones… Esta noche te demostraré lo bueno que puedo ser. Por desgracia, ahora tenemos que ir a ver a mi familia, si no te importa. Sé de buena tinta que mi madre ya debe andar trasteando en la cocina de la mansión Keating y cocinando innumerables platos argentinos que nos hará comer. Es una cocinera excelente.

—¿Así que lo heredaste de ella?

Él sonrió.

—¿Entonces crees que mi comida es excelente?

—Pues sí. Para ser un hombre…

—Eh… —Alejandro entrecerró los ojos y de repente se puso muy serio—. Cariño, tengo algo más que decirte.

—¿Sí? —Kendra contuvo la respiración.

—Siento haberte dejado atrás. No era mi intención. De verdad que no era mi intención. Lo estropeé todo.

Ella le puso un dedo en los labios.

—Eso también es cosa del pasado. Comprendo que tuvieras que ir a Buenos Aires. Pero ¿por qué tan deprisa?

Se secó la frente con la mano.

—Porque ignoré las llamadas de mi representante hasta que fue casi demasiado tarde. Podríamos haberlo solucionado todo con calma si hubiera hablado antes con él. Me culpé terriblemente y me arrepentí por no habértelo explicado mejor.

—No pasa nada, de verdad. El tiempo para pensar me ha venido bien.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Que te amo. ¿No es eso lo principal?

Le brillaron los ojos.

—Por supuesto. Nada más importa en este momento. —Volvió a besarla—. ¿Me acompañarías a la mansión Keating? Sé que hoy es un día difícil para ti, pero… ¿Lo pasarías conmigo?

—Tu madre y tu hermana prácticamente ya me han invitado.

Se quejó.

—Oh, Dios, ¿qué más han dicho?

—Que soy la mujer con la que quieres pasar el resto de tu vida.

No se rio, pero le dirigió una mirada penetrante. Tan penetrante que la atravesó. Le sujetó la cara con las manos.

—Sí, mi amor. Eres todo lo que siempre he deseado sin darme cuenta. Me haces sentir completo. Cuando estoy contigo, quiero ser una mejor persona. Para ti. Para nosotros.

El estómago de Kendra se apretó de anhelo.

—Yo siento lo mismo.

Entrelazó los dedos de ella con los suyos.

—Vamos a casa. Me encantaría ir directamente al dormitorio contigo, pero me temo que tendremos que posponerlo.

—¿Me sorprenderás a escondidas por la noche entonces?

—¿Te gustaría? —Sonrió.

—Quizá… ¿Por qué no lo intentamos? Al fin y al cabo, aún nos queda el resto de nuestras vidas para averiguar lo que realmente queremos.

EPÍLOGO



Kendra y Alejandro despidieron a María y Valentina cogidos del brazo cuando salieron de la finca en su coche de alquiler. Alejandro acercó a Kendra un poco más a él.

—¿Estás bien?

Ella le sonrió.

—Nunca me he sentido mejor.

La besó.

—No sabes lo feliz que me haces.

Su teléfono móvil zumbó en el bolsillo trasero.

—Mierda —refunfuñó—, cada vez que nos caldeamos…

Kendra se rio.

—Vamos, podría ser importante.

Alejandro asintió y se dio cuenta de que la sensación de opresión ya no le invadía en cuanto alguien lo llamaba. Al ver que era Matt Keating, contestó de inmediato.

—Hola, ¿cómo estás?

—Hola, Alejandro, quería decirte que estaré por el pueblo a finales de semana. Quería volver a verte para hablar de los documentos.

—Sí, estupendo. Dime cuándo y lo organizaré para poder estar allí.

—Vivo y trabajo en Inverness, que está a solo una hora de Kiltarff.

—Ah, sí. —Tenía en la punta de la lengua la pregunta de por qué había vendido la casa, pero no la formuló. Al fin y al cabo, no era asunto suyo—. Por cierto, Keating Manor es una gran propiedad — añadió en su lugar.

Una mariposa pasó revoloteando junto a Kendra. Ella sonrió encandilada y se quedó mirando a la mariposa amarilla. El corazón de Alejandro se llenó de amor por aquella mujer. Se alegraba de que se hubieran reconciliado y hubieran dejado de lado todas sus diferencias.

—Sí, lo es —Matt Keating lo sacó de sus pensamientos.

—Si alguna vez te arrepientes, podría vendértela de vuelta.

—¿Qué? No. No. ¿Por qué? Te lo agradezco, pero eso… no creo que vaya a ocurrir. Todas las habitaciones… La historia…

—Lo comprendo. Te pido disculpas.

—No, no tienes por qué. Keating Manor es maravillosa, pero de algún modo tengo la sensación de que debería vivir allí alguien que lo apreciara todo más.

Al principio no hubo ninguna reacción del otro lado, luego un suave suspiro.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Escucha, Alejandro, hablaremos de ello cuando llegue. Por desgracia, ahora tengo que ir al juzgado.

—Por supuesto. —Se despidieron el uno del otro, luego Alejandro caminó hacia Kendra y la acompañó hasta La Linterna.

Habían acordado que cambiarían un poco el menú y que solo abrirían por la noche. Juntos, hasta que tuvieran un cocinero. Al mismo tiempo, trabajarían en el concepto de la granja, plantarían un huerto de verduras y hierbas y, por supuesto, empezarían una nueva vida con la cría de caballos y ganado. Esperaba un futuro con ella en armonía con la naturaleza.

Caminaron cogidos de la mano por el puente del canal de Caledonia, donde se cruzaron con Ellie y Kenneth.

—Hola chicos, ¿cómo estáis? —preguntó Ellie alegremente.

Kendra sonrió.

—Muy bien, ¿y vosotros?

Kenneth suspiró y se pasó la mano por la frente.

—Acabamos de tener una cita con el jefe de Laurie, ya sabéis, el productor de cine.

—¿Y? —preguntó Alejandro.

—Parece interesante —explicó Ellie—, pero también es bastante complicado. Aún no estamos seguros.

—No lo dejéis pasar —convino Kendra.

—Pero ya hemos contratado a Donald como jefe de camareros de nuestro hotel, aunque tardemos un poco más en abrirlo. El hombre estaba encantado. —Kenneth sonrió.

Hablaron brevemente y luego cada uno siguió su camino. Cuando llegaron a La Linterna, Alejandro tiró de Kendra y la abrazó. El cartel chirriaba con el viento.

—Gracias por creer en mí —murmuró contra los labios de ella—. Haré todo lo que pueda para que seas feliz conmigo.

Le acarició la mejilla con la mano.

—Ya lo soy, cariño. Lo soy.

Y entonces sus labios se fundieron en un beso largo y sensual.

FIN…

Gracias por comprar y leer mi libro. Si te ha gustado, me encantaría recibir tus comentarios, ya sea en forma de reseña o de publicación en las redes sociales.

Si no quieres perderte más noticias, suscríbete ahora a mi

boletín.

Puedes encontrarme en Instagram, Facebook o en mi página web.

Con todo mi amor,

Tu Karin

ACERCA DE LA AUTORA



Karin Lindberg pasó diez años trabajando en consejos de administración de empresas internacionales. Sin embargo, en cuanto se publicó su primera novela, dejó su trabajo para dedicarse a tiempo completo a su pasión por escribir. Le apasiona crear heroínas fuertes y héroes atractivos que se enfrentan a ciertos obstáculos de su vida, para finalmente permitirles vivir un final feliz soñado. Hoy, Lindberg deleita a sus fans con historias llenas de humor, pero sobre todo con su talento para los grandes momentos emotivos. Karin es una de las autoras alemanas de mayor éxito, con títulos que encabezan regularmente las listas de los más vendidos. La autora vive con su familia en las afueras de Hamburgo. Ha publicado más de cincuenta novelas, de las que se han vendido más de dos millones de ejemplares.

AGRADECIMIENTOS

Al final de un libro, siempre hay un gran número de personas a las que quiero agradecer. Primero, por supuesto, a mis lectoras y lectores, sin ustedes no sería posible que yo viviera mi sueño. Me alegro por cada reseña, correo electrónico o mensaje en Facebook.

Por último, pero no menos importante, también quiero agradecer a mis lectoras de prueba, quienes meticulosa y rápidamente pescan los últimos errores del texto antes de que el libro salga al público.

No duden en visitar mi página de Facebook donde regularmente se realizan sorteos. Me alegro por sus "me gusta".

Si quieren asegurarse de no perderse nada, simplemente suscríbanse a mi newsletter gratuito, a través del cual ocasionalmente envío capítulos extra de mis libros. Si quieren charlar más conmigo sobre libros, portadas, protagonistas y proyectos futuros, no duden en unirse a mi grupo de Facebook.

Con cariño

Karin Lindberg

GRATIS PARA TI

Al final de un libro, siempre hay una serie de personas a las que me gustaría dar las gracias. En primer lugar, por supuesto, a mis lectores, sin ustedes no me sería posible vivir mi sueño. Agradezco cada reseña, correo electrónico o mensaje en Facebook.

Para no perderte ninguna novedad, suscríbete ahora a mi boletín. Recibirás una sorpresa especial de mi parte como agradecimiento.

Pasión bajo protección

La vida de Abbie da un vuelco cuando de repente se convierte en testigo de un importante caso criminal. Finalmente, la embarcan en un avión con destino a lo desconocido, con el objetivo de que pueda esconderse allí hasta el juicio. Cuando llega a Alaska, conoce a Dexter Clark. Este no sólo es diabólicamente guapo, sino que también será su protector durante las siguientes semanas. Aunque Abbie está bajo la tutela de Dexter, él se siente atraído por ella. Abbie también siente que hay algo entre ellos. La tensión erótica está a flor de piel, pero, entonces, descubren su tapadera y Dexter tiene que tomar una decisión: el deber o el amor...



Con mucho cariño

Karin Lindberg